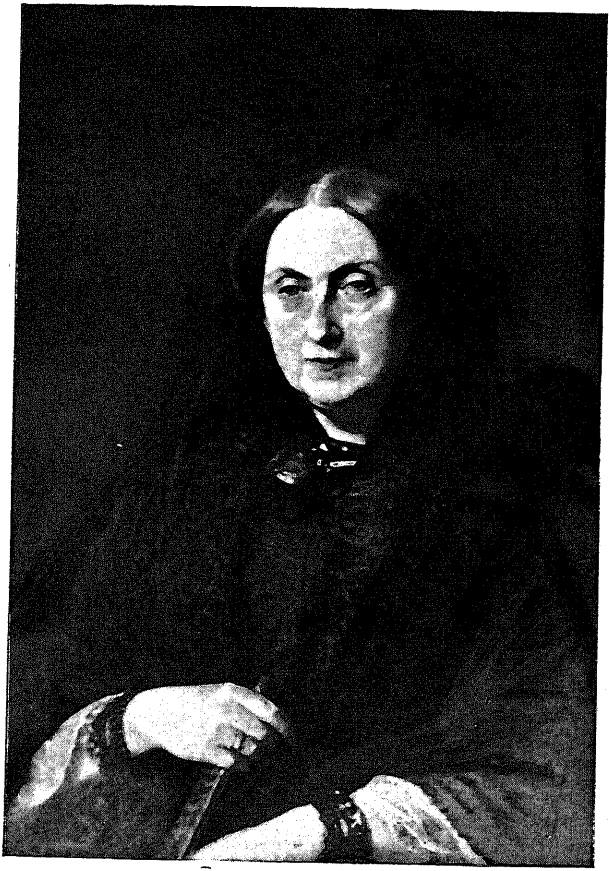


19 Luis

R - 115663

JUNTA DE ANDALUCIA
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA ORIENTAL

RECUERDOS

DE

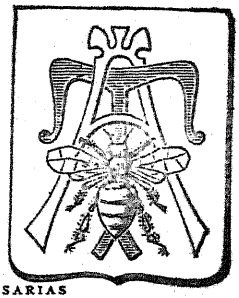
FERNÁN CABALLERO

POR

EL P. LUIS COLOMA, S. J.,

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN:
ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»
Ayala, 3.—BILBAO.

Año - 1910

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

Imprenta del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7.

I

El saber es algo: el genio es más: pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.

(Fernán Caballero.)

Son increíbles y chistosos los yerros de la imaginación, cuando se empeña en forjar la imagen de una persona que solo conoce por noticias oídas ó escritas. Suele, en tales casos, esta maga sin juicio, escoger con cierto buen sentido, entre los elementos que conoce, los que juzga más adecuados; zurcirlos con alguna lógica natural, y obtener por resultado un monigote absurdo, que coincide en algo con el género, recuerda en parte á la especie, y se diferencia por completo del individuo en particular. No

faltarán, por lo tanto, en estas creaciones fantásticas, á un Rey el cetro y la corona; ni á una Reina la cola larga; ni á un patriota las barbas sucias y los calzones rotos ó ausentes; ni á un poeta la melena; ni á un enamorado el color de pajuela, según el clásico consejo de Ovidio. *Paleat omnis amans.*

Mas llega la hora de cotejar el retrato con el original, y húndese todo aquel andamiaje, bórranse aquellos colores postizos, y resulta casi siempre, el Rey en mangas de camisa ó á lo menos en *pyjama;* la Reina de tonelete; el patriota afeitado como clérigo y con pantalones de Hammon; el poeta pelado al rape; y el enamorado, gordo, rubicundo, y encarnadas las mejillas como tomates roteños.

Pues algo parecido me sucedió á mí cuando allá en mis primeros años, procuraba evocar en mi infantil imaginación la simpática figura de Fernán Caballero. Había yo devorado desde que supe leer las obras todas de la insigne escritora, y anidaba en mi cabeza aquel enjambre bullidor de chiquillos y de viejas, damas y campesinas, señorones y labriegos, gatos, perros, gallos, grillos, cabras y demás criaturas de Dios que pululan al calor de la fantasía de Fernán, y saltan, cual si estuviesen vivos, en cada una de sus encantadoras páginas. Lloraba yo amar-

gamente las trágicas desventuras de *Medio Pollito;* reía, con Pedro de Torres, de D. Judas Tadeo y no Iscariote; erizábaseme el pelo y despertaba despavorido, soñando con el pordiosero asesino del serranito de Zahara; y acongojábame, y sentía la honda desolación, la nostalgia del cielo que se apodera del alma á la vista de las miserias de la tierra, cuando me figuraba en la solitaria playa de Villamar y en una brumosa tarde de Noviembre, la hoguerita que consumía la cama, los muebles, y las ropas de Lágrimas, la pobre niña hética, para no dejar *nada... nada de ella; ni aun la memoria...* ¡Oh!... Con qué gusto, con qué satisfacción tan grande de deber cumplido, hubiera dado entonces un par de cachetes, que le aboyasen por lo menos la chistera, á D. Roque la Piedra, el repulsivo millonario padre de Lágrimas, *más feo que el Hércules de la Alameda de Cádiz.*

Natural era que en el centro de aquel mundo fantástico que poblaba mi infantil cabeza, se levantase también la imagen de la prodigiosa maga (sabía yo que era maga y no mago) que con las puntas de su pluma les daba vida, como con una varita mágica, y así era en efecto... Nunca acudía á mi memoria el recuerdo de Fernán Caballero, sin que acudiese también á mi imaginación un delicado fantasma, igual

siempre, inmutable cual si estuviese estereotipado dentro de mi cabeza. Era una señora alta, delgada, de grave y reposado continente, facciones muy regulares, tez blanquísima, y cabellos negros como el azabache, peinados en forma de ahuecadas cocas, que le cubrían las orejas: su vestido era de gruesa seda azul celeste con falaláes, de talle muy largo, cotilla, y rico camisolín bordado: hallábase sentada al pie de una verde enredadera de hojas muy menudas, y tenía en la mano un librito muy chico, que no era ciertamente uno de los siete sibilinos, sino un Catecismo de la Doctrina Cristiana, en rústica, con cubierta de color, de los del Padre Astete.

Este era el Fernán Caballero que para mi uso particular había yo fabricado, sin que pueda asegurar, á ciencia cierta, de dónde diablos saqué los accesorios que le adornaban de cocas, falaláes, camisolín bordado, Padre Astete, y verde enredadera, á la que parecía adherida como un caracol á su concha... Muchos años después, releyendo por centésima vez la novela *Lágrimas,* encontré en su capítulo XIV, un abundante surtido de falaláes, cocas huecas y chatas, camisolines bordados, trajes de cotilla, y hasta verdes enredaderas, de donde es fácil que sacara yo, sin darme cuenta de ello, los

pintorescos accesorios con que adorné mi imaginado retrato.

En cuanto al Catecismo del P. Astete, que como libro de consulta traía siempre en la mano, es fácil también que me lo inspirasen las siguientes líneas que sirven de prólogo á uno de sus libros: «Corto será, pues se escribe solo para contestar á los que nos echan en cara hablar en nuestros escritos demasiado religiosamente, hasta el punto de haberlos honrado *La Discusión* calificándolos de *Novelas Devocionarios*. Diremos en primer lugar que difícilmente se pintarán con exactitud las costumbres de la sociedad española, alta y popular, sin este requisito; y en segundo lugar, contestaremos con este corto diálogo, que sostienen en el cuadrito *Vulgaridad y Nobleza* el noble capataz Pascual y su vulgar amo D. Anacleto.

»—Erraste la vocación, Pascual, debías ser cura, pues eres más místico que los Santos Padres, y echas más textos de Escritura que un predicador.

»—¡Qué señor!... Pues si no sé más que la doctrina.

»—Pero la metes en todo, como el tomate.

»—Señor, para eso se nos dió; contestó el capataz con gravedad».

Es fácil también que mi instinto de niño,

adivinase entonces estas palabras que escribió Aparisi y Guijarro más tarde:

«Recuerdo al leerlas (las novelas de Fernán Caballero) ese libro singular que llaman el Kempis, y esa odisea de la desgracia que Italia nos regaló con el título de *Mis prisiones*. Descuella en otras obras más vigorosa imaginación; deslumbran imágenes más atrevidas; seduce estilo más florido, ó pomposo; mas yo prefiero leer el Kempis, *Mis prisiones* y las novelas de Fernán, porque me parece oir la voz del Buen Pastor y los sollozos del Hijo pródigo.

»Y es que la musa de Fernán es la musa del pesebre de Belén y la del monte Olivete, y como ella bajó del cielo, sabe cosas que ignora esa otra musa que suele inspirarnos á nosotros».

Y como yo no había leído aún el Kempis, ni tampoco *Mis prisiones,* ni había escuchado todavía la voz del Buen Pastor, que luego me gritó tan recio, ni los sollozos del Hijo pródigo, que tan amargos retumbaron después en mi corazón, sinteticé todo ello en el único libro que había leído y que sabía: el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

Eso sí; saberlo, lo sabía muy bien: todo de memoria con preguntas y respuestas.

II

LEGÓ por fin la hora de que conociese yo á Fernán Caballero, y sucedió esto con los motivos y circunstancias siguientes.

Había en casa de mis padres un retirado aposento, que llamaban el *cuarto oscuro,* porque lo era en efecto, y porque encerrados en él cumplíamos mis hermanos y yo las frecuentes condenas merecidas por nuestras travesuras. Un día, siendo ya mayorcito, merodeaba yo por aquellos siniestros andurriales, mudos testigos de mis terrores y remordimientos, y en el último rincón de un desvencijado estante sin puertas, encontré una empolvada colección de *La Democratie Pacifique,* periódico que se publicaba en París allá por los años de cuarenta y tantos. No sé por dónde vendría allí aquello, pues en mi familia nó hubo

nunca demócratas pacíficos ni tampoco alborotados.

En un folletín del tal diario, topéme con una interesante novelilla que devoré en el acto, sin salir de allí, de una sola sentada. Titulábase—*¡Si les riches savaient!*—y era una sencilla historieta de marcadísimo sabor revolucionario socialista, en que los ricos aparecían siempre como verdugos explotadores, y los pobres como víctimas explotadas. Estaba sin embargo escrita con tal maestría, y con tan exquisita habilidad hería las fibras más delicadas del sentimiento, que fácilmente inoculaba, por el camino del corazón, el virus de los sofismas y errores que contenía.

He olvidado completamente el argumento de aquella obrilla: sólo recuerdo que su acción, muy dramática y con verosímil y sobria sencillez expuesta, se desarrollaba á la luz del más desconsolador ateísmo, y que su protagonista, Jacobito, niño de pocos años, perecía trágicamente con su madre, en la negra desesperación que estas ideas traen consigo.

El efecto que produjo en mí esta lectura, fué muy notable y me inspiró una muy extravagante idea. La solidez de mis principios religiosos poníame á cubierto de todo error, y hacíame ver la malicia y falsedad de aquellas

escenas: pero no por eso dejaba de compadecer hondamente á los protagonistas, ni de indignarme contra el autor, como si fuese el causante de su infortunio: ni de revolver mi ira contra las mismas víctimas, diciéndome muy enfadado:

—¿Y por qué fueron majaderos?... ¿Por qué desesperaron?... ¿Acaso no había en París Dios en el cielo, ni caridad en la tierra, ni esperanza cierta de próximos y eternos bienes?...

Y con el ansia caritativa que inspira siempre una gran catástrofe, iba yo escogiendo, una por una, allá en mi imaginación, las sombrías escenas de la vida del tal Jacobito, é iluminándolas con la suave luz de la fe, con los ardientes reflejos de la caridad, y las consoladoras perspectivas de la esperanza, trocábalas todas ellas en cuadros, tristes ciertamente, pero no sombríos ni desesperantes, sino matizados suavemente por aquellas tres grandes virtudes, como lo están siempre en la vida real los infortunios del pobre creyente y honrado.

Entonces nació en mí aquella idea que antes califiqué de extravagante. Traduje la obrilla—no mal por cierto—y conservando la misma acción y los mismos personajes, híceles hablar y obrar, no como empedernidos ateos, sino como fervorosos católicos, llegando así lógica y

verosimilmente á un natural desenlace, no impío y desesperado, sino consolador y cristiano, y trocando por ende la obrilla, sin perder nada de su interés, de impía y revolucionaria, en religiosa y moralizadora.

Quedé tan satisfecho de mi obra, que llegué á creerla de mi propiedad absoluta: corregíla cuidadosamente y maticéla con bellísimos y oportunos pensamientos de Fernán Caballero, que por haber sabido comprenderlos y entresacarlos de sus obras, creía yo también de mi propiedad exclusiva. En aquel tiempo era yo poco escrupuloso en achaques de propiedad literaria, y, sin haber leído todavía á Voltaire, practicaba su dicho.

Je pris mon bien, partout ou je le trouve.

Rebauticé mi engendro con el título de *Todos lloran.—Contrastes de la vida:* púsele por epígrafe aquellas honradas palabras de Schiller con que pretendía yo anonadar á todos los propagandistas sectarios.—*¡Bufón despreciable, que quieres arrebatarle su Dios á un hombre desesperado!*—y ya juzgué con esto á Periquito hecho fraile: es decir, lista y compuesta mi primera obra literaria, cuyo análisis químico podría reducirse á esta fórmula: $^2/_5$ de Democracia Pacífica + $^2/_5$ de Fernán Caballero + $^1/_5$ de buen deseo y habilidad con que revolví yo

y machaqué y convertí en una sola sustancia, todo aquel conjunto de sustancias heterogéneas.

Con mis *Contrastes de la vida* en el bolsillo, tracé entonces un plan muy halagüeño. Había yo de comenzar aquel año mis estudios de Derecho en Sevilla, donde á la sazón vivía Fernán Caballero, y propúseme enviarle el manuscrito, ofreciéndole la dedicatoria, y entrar así en relaciones con la célebre autora, si no de potencia á potencia, á lo menos de ilustre escritor á menguado escritorzuelo. Hubiera podido fácilmente trabar relaciones con ella haciéndome presentar por cualquiera de los muchos amigos de mi familia que lo eran también suyos: pero no quise deber esta insigne honra sino á mí mismo, y no bien quedé instalado en la famosa capital andaluza, apresuréme á enviar á Fernán el manuscrito, con una respetuosa carta en que le suplicaba pasase los ojos por aquella humilde obrilla que un novel escritor le dedicaba.

No se hizo esperar la respuesta de Fernán, y pocos días después recibí una carta dándome las gracias y aceptando la dedicatoria de *Todos lloran:* hacíame también un parco elogio de mi trabajo, y aplicábame estas palabras que de ella misma había escrito Donoso Cortés, el sublime Marqués de Valdegamas.—*Escribía Donoso Cortés á un amigo hablando de mí,* (di-

ce esta carta que tengo á la vista después de cuarenta y cinco años de escrita): «*Sus principios religiosos no deberían ser elogiados en otros tiempos, como quiera que á nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo: pero hoy día el cumplimiento del deber es una acción heróica merecedora de prolongados aplausos.— Permítame V. que le aplique igual elogio, que si bien pierde en valor por no salir de labios tan autorizados, está quizás mejor aplicado y más merecido dirigido á V.*»

Ofrecíame también su casa y su amistad y con muy fina delicadeza indicábame que tendría mucho gusto en conocerme... Esto era lo que yo esperaba, y hondamente emocionado hice mis preparativos para la ansiada visita. Acostumbrado yo desde niño al trato de gentes, no me impresionaba en lo más mínimo una visita por empingorotada que fuese: pero lo que me emocionaba entonces, y despertaba en mí una timidez que nunca tuve, y me producía en el estómago el hormigueo característico del estudiante, momentos antes de examinarse, no era la altura de la dama, ni la fama universal de la autora insigne; era que, como los pícaros á la hora de la muerte reconocen y lamentan todas sus picardías, así también á la hora de rendir yo cuentas literarias de mis malaventu-

rados *Contrastes de la vida,* reconocía todos mis hurtos y rapiñas literarias; dolíame de haberme levantado un pedestal á costa de la Democracia Pacífica y de Fernán Caballero, y parecíame grotesco, absurdo, cínico ó tonto y merecedor siempre de cadena perpetua en la cárcel del ridículo, haber ido á ofrecer á Fernán un ramillete de flores que en su mismo jardín había yo robado.

Mas ya era tarde para retroceder y seguí adelante... Vivía entonces Fernán en aquella parte del Alcázar de Sevilla, que por muchos años le cedió para su vivienda la reina Doña Isabel II, y allá me encaminé nervioso y desasosegado. Es verdaderamente curioso que ni por un momento me ocurriese la idea de que el Fernán que iba á ver, no fuese el Fernán que para mi uso particular había yo fabricado años antes, pegado á su verde enredadera: así fué que atravesé el gran salón que precedía al gabinete en que acostumbraba á recibir la célebre escritora, creyendo firmemente que iba á encontrar allí á la dama de las negras cocas ahuecadas, el traje azul celeste con camisolín bordado, el Catecismo de Astete en la mano y, á guisa de concha de caracol, la verde enredadera á la espalda.

Levantó el criado la cortina, y ni cocas ne-

gras ahuecadas, ni traje azul celeste con camisolín bordado, ni Catecismo de Astete, ni verde enredadera de menudas ni gruesas ramas, aparecieron á mi vista. Lo único verde que allí apareció fué una gran poltrona de reps, y hundida en ella una simpática viejecita, muy limpia y enlutada, que hacía reposadamente calceta al mismo tiempo que leía en un libro colocado en un atrilito.

Al pronunciar el criado mi nombre, dejó la calceta en una cestilla de labor que junto á sí tenía y se levantó vivamente. Adelantéme yo disimulando mis miedos y el recibimiento de Fernán los disipó todos de repente... Acogióme con una cordialidad de buen tono, alegre y candorosa, como suele ser la de los ancianos para con los vástagos jóvenes de generaciones pasadas que han conocido y amado. Este era el caso de Fernán para conmigo: mi padre fué su amigo en Jerez de la Frontera: había conocido mucho á mi abuelo en el Puerto de Santa María, y frecuentado con su madre, en Cádiz, la casa de una mi tía bisabuela, famosísima señora, de que se contaban graciosas anécdotas.

Túvome por largo tiempo entretenido con sus oportunos recuerdos, aquella anciana encantadora que más parecía cariñosa abuela que ilustre autora de universal renombre, y fué tal

mi embeleso, que hasta llegué á olvidar por completo mis apuros y mis cuitas... Mas de repente mis ojos se fijaron en la canastilla de la media, y una oleada de sangre me subió á la cabeza: en el fondo, medio oculto entre la calceta á medio hacer y los dos ovillos ahuevados, asomaba las narices el cuerpo del delito, el manuscrito malhadado que ostentaba en su cubierta con caligráficos floreos y desvergonzado cinismo: — *Todos lloran.* — *Contrastes de la vida por Luis Coloma.*

Mi confusión fué inmensa y en vano invoqué el recuerdo de Chateaubriand descubriendo sobre la mesa de León XII su *Genio del Cristianismo,* abierto por aquel pasaje que hizo al anciano pontífice calificarlo de *demasiado francés.* Mi turbación creció de tal modo que hubo de notarla Fernán, y siguiendo con sus ojos la dirección de los míos, adivinó la causa.

No he oído nunca risa más *maternal*, que la que asaltó entonces á Fernán Caballero: parecía la de una tierna abuela que tratara de disipar con su benévola alegría, los temores del nieto predilecto confundido por el peso de sus diabluras. Sacó entonces el manuscrito de la canastilla de la media, donde reposaba humillado como un águila real en un nido de patos; hízome un breve análisis que probaba bien á

las claras con cuánta atención lo había leído, y concluyó proponiéndome su publicación en un periódico católico, que por aquel entonces dirigía un célebre polemista amigo suyo.

Atónito yo, turbado, confundido, no me postré por tierra como el bueno de Edipo, porque el asombro, el susto y la sorpresa me pegaron á la silla... Volví en mí, titubeé un momento, y tuve al fin un arranque de valeroso arrepentimiento, cantando, por toda respuesta, la palinodia más honrada y más leal, que registran los fastos de los grandes conversos. Con ganas de llorar también, confesé la extraña gestación de *Todos lloran;* su origen impío, su conversión al catolicismo, cómo lo bauticé yo ingeniosamente y cómo le adorné con postizos ingertos que fuí distribuyendo sagazmente todo á lo largo de su cuerpo.

Admiróse mucho Fernán de que pudiera trocarse una obra impía en religiosa, dándole vuelta, como á un calcetín, del revés al derecho, y propúsome entonces publicar juntas la traducción exacta del original francés,—*¡Si les riches savaient!*—y mi famoso calcetín vuelto del revés—*Todos lloran*—con todos sus ingertos y aditamentos, precedido todo ello de cuatro renglones suyos, á guisa de prólogo, que hiciesen notar mi ingeniosa maniobra, y como conse-

cuencia de ella, la profunda verdad de que basta reflejar un rayo de la lumbre de la fe sobre cualquier infortunio, para que quede mitigado y consolado, cuando no remediado del todo. Recuerdo que me dijo entonces, como quien habla por experiencia propia:—Si la fe no fuera la primera de las virtudes, sería siempre el mayor de los consuelos. Es ambas cosas.

Esta visita echó los cimientos de la íntima y cariñosa amistad, que no obstante nuestra enorme diferencia de edades, me unió con Fernán Caballero desde entonces hasta su muerte. En nuestras largas y á veces cotidianas pláticas, escuché de sus labios datos curiosísimos con los que, cediendo á las súplicas de muchos, pretendo tejer una biografía de aquella mujer extraordinaria, superior por su genio y superior también por sus virtudes, que se retrató á sí misma, sin sospecharlo, al escribir en un libro precioso: «El saber es algo: el genio es más: pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos».

III

En el tiempo en que la conocí, contaba ya Fernán Caballero más de setenta años y era entonces una viejecita pequeña, que no conservaba más restos de la espléndida hermosura de su juventud, que una boca roja y fresca cual si tuviera quince años y una dentadura blanca, igual y limpia como las teclas de un piano. Tenía los ojos azules, muy alegres y algo papujados, como los de Santa Teresa: la tez era nacarada, con algunas arrugas: los cabellos, blancos sobre su primitivo color, que era dorado, llevábalos formando cocas, con dos ricitos sobre las sienes, de aquellos que llamaban *nenes* en tiempo de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Su porte era de gran dama, y sus modales medidos, reposados y elegantes. Vestía or-

dinariamente de negro con gran sencillez, pero con suma pulcritud y esmero. Solía decir: «Las jóvenes se arreglan para parecer bien, y las viejas debemos arreglarnos para no parecer mal». Llevaba siempre y á toda hora, colgado del brazo, un bolsillo de tafetán negro, que contenía el pañuelo, las gafas, el rosario y limosnas para los pobres.

Dos retratos auténticos se conservan de Fernán Caballero, que tienen por cierto una historia muy curiosa. Refiriómela ella misma con aquel simpático candor característico suyo, que se observa siempre en las personas de genio muy elevado, ó de virtud muy exquisita. Fernán Caballero, á pesar de su superioridad indiscutible, era mujer y *mujer femenina,* como decía al Rey D. Sancho la buena de doña Urraca:

Muy bien sabe el Rey D. Sancho
Que soy mujer femenina...

Pues en virtud de esta cualidad tan amable como frágil, recordaba siempre la autora de Clemencia y La Gaviota, que en su juventud había sido preciosa; veía muy bien que en su vejez no conservaba rastro de aquella espléndida hermosura, y temía pasar á la posteridad como una vieja que nunca había sido joven; una vieja con la circunstancia agravante de li-

terata, que deben ser aquellas que manda el diablo cuando él no puede ir, según el proverbio alemán que aplicaba á Mme. de Maintenon la Princesa Palatina: «Donde el diablo no puede ir en persona, envía siempre una vieja».

En este apuro imaginó Fernán un medio sencillísimo de conjurar el conflicto. Conservaba un retrato de sus tiempos de Marquesa de Arco-Hermoso, en todo el esplendor de aquella belleza que tan gallardamente trazó en Clemencia, retratándose á sí misma, sin hermosearse por cierto. «Era, decía, de mediana estatura y perfectas formas; blanca y sonrosada como un niño inglés; su dorado cabello la cubría toda cuando estaba suelto como un manto real de oro. Sus grandes ojos tenían un señorío dulce y grave, que parecían haber sido colocados por la nobleza en la cara de la inocencia. Su hermosa boca tenía sonrisas de Ángel, como las que en la cuna tienen los niños para sus madres».

Era el retrato una preciosa miniatura, mucho mayor que las que ordinariamente se conservan de esa época, y hallábase representada la linda Marquesita con traje de terciopelo negro, diadema y aderezo completo de fantásticos corales. Pensó, pues, con razón Fernán, que conservando sólo este retrato de su juventud, y no permitiendo que se le hiciese otro en su vejez,

tendría precisamente que pasar á la posteridad, en todo el esplendor de su juventud y su belleza. El cálculo no estaba mal tirado: pero no contaba Fernán con la huéspeda, que lo fué en este caso un príncipe de regia estirpe.

Un día, allá por los años de 1860, recibió Fernán Caballero un convite para almorzar con los Infantes Duques de Montpensier, en su palacio de San Telmo. Hallábanse entonces estos señores en el apogeo de la cariñosa popularidad que les conquistaron en Sevilla sus muchas virtudes, tan discutidas después por los políticos, mas no puestas aun, en aquella fecha, en tela de juicio. Reunían los Infantes en su palacio de San Telmo una pequeña corte, remedo de la de Madrid, y era uno de sus principales ornamentos Fernán Caballero, á quien dispensaban entera y cariñosa confianza... No extrañó, pues, Fernán un convite que con frecuencia se repetía, y acudió al almuerzo sin sospecha de miras ulteriores: llamóle sin embargo, la atención, que al terminar el almuerzo propusiera la Infanta tomar el café en la magnífica galería de cristales que se abre sobre el jardín, toda cerrada de celosías, cosa que de ordinario no se acostumbraba. Llegaron otros dos convites con escasos intervalos de tiempo, seguidos siempre de largas sesiones en la galería de cris-

tales. Nada sospechaba Fernán: pero al cuarto almuerzo, que no se hizo esperar, comenzó á sospechar algo, y más todavía cuando observó el aire de misterio y desasosiego que reinaba aquel día en los de palacio: mirábanse todos azorados y divertidos, como quien espera algo; y hasta en la misma Infanta, cuya gravedad característica la hacía impenetrable, observó por tres veces unas espantosas ganas de reirse. Estaba allí aquel día el célebre pintor Federico Madrazo, cuyo aristocrático pincel ha inmortalizado, retratándolas, las bellezas más ilustres de su época. Al terminar el almuerzo creció el desasosiego en todos los presentes: no habló la Infanta de ir á la galería como las otras veces, y el Infante, dirigiéndose á Fernán, le dijo:

—Cecilia, le voy á dar á V. una sorpresa...

Y ofreciéndola el brazo galantemente, llevóla á su biblioteca: siguiéronles todos, con la Infanta á la cabeza, y allí, ante el pasmo de Fernán, soltáronse las comprimidas risas... En un lienzo de pared en que se abría una puertecita de escape y cubriendo á ésta mañosamente, había un magnífico retrato de Fernán Caballero, pintado por Madrazo en tres sesiones que correspondían á los tres almuerzos en San Telmo. Mientras los Infantes entretenían á Fernán en la galería de cristales, sacaba Madrazo tras

las celosías los necesarios apuntes, que luego completaba con el mágico encanto de su elegante genio. Era el retrato de medio cuerpo y hallábase Fernán representada tal como era entonces, á los sesenta y cuatro años, y tal como se conservó, con escasa diferencia, hasta la época de su muerte.

Por indicación del Infante habíala pintado Madrazo con la clásica mantilla española de que era ella tan fervorosa entusiasta: esto contribuyó mucho á consolarla de aquella malhadada galantería del Duque de Montpensier, que venía á echar por tierra todos sus bien combinados planes de inocente coquetería póstuma. Indignóse Fernán como pudiera ladrar una paloma, que era únicamente como ella podía indignarse: tuvo sin embargo, que disimular su indignación y dar encima las gracias, permitiéndose por todo desahogo el calificar á su vera efigie de *Safo aburrida:* notoria injusticia suya, pues en este retrato, quizá más que en otro alguno, supo Madrazo trasladar al lienzo la dulce naturalidad, grave y señoril que caracterizó siempre á la antigua Marquesa de Arco-Hermoso.

Mas no pararon aquí los disgustos que proporcionó á Fernán la *Safo aburrida* del palacio de San Telmo. Un íntimo amigo suyo, noble

caballero, valiente militar y notable poeta, quiso, por cariño á Fernán y por darse el placer de tener su retrato, imitar la galante é importuna sorpresa del Duque de Montpensier. Alcanzó, pues, de éste una copia reducida del retrato de Madrazo, y colocóla en su preciosa biblioteca de la calle de San Vicente, entre otros varios retratos de autores ilustres. Súpolo Fernán y acto continuo mandó á un pintor sacar una copia de tamaño natural de la hermosa cabeza de su célebre miniatura, y envióla á su amigo, exigiendo en cambio la destrucción de la *Safo aburrida* copia de Madrazo...

Muy bien sabe el Rey D. Sancho
Que soy mujer femenina...

IV

En 1790 dos hermanos alemanes, Gottlieb y Juan Nicolás Böhl, fundaron en Cádiz una casa de comercio. Eran jóvenes, ricos y nobles: mas desavenidos con su madre Cecilia Lütkens, por su segundo matrimonio con el ilustre Consejero Martín Jacok von Faber, realizaron su herencia paterna y abandonaron á Hamburgo, su patria, para fijar su residencia en Cádiz, emporio entonces del más floreciente comercio.

Era Cádiz á la sazón, como Fernán Caballero le llama, el Rostchild de las ciudades andaluzas y veíase de ordinario en sus concurridas calles, el espectáculo que describe Alcalá Galiano en sus Memorias, de largas filas de robustos gallegos llevando sobre sus dobladas cervices pesados talegos de pesos duros.

Los marinos y el alto comercio ponían el tono en el Cádiz de entonces, y juntos con la escasa nobleza gaditana, formaban una sociedad aristocrática, que hermanaba de modo admirable la cultura y el arte de la elegancia extranjera, con la gracia y la espontaneidad de la elegancia española. Era aquella sociedad esencialmente española, pero tomaba lo que la embellecía ó agradaba de las cosas de otros países, como se toman ricos esmaltes para hermosear una joya de oro puro, sin desvirtuarla. El amor y apego á lo español de los gaditanos de entonces era tan natural, sencillo y sin alardes, como lo es al valiente su denuedo, sin pregonarlo; y á las estatuas griegas su belleza, sin adornarla; y al campo sus flores sin ostentarlas.

No estaba en los labios el españolismo de aquellos buenos gaditanos, sino que estaba en su sangre, en su índole, en sus gustos, y se hacía tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero; se le conservaba tanto su precioso tipo meridional, que era la admiración y encanto de los extranjeros. En Cádiz no reinaba entonces el *spleen,* sino la más franca alegría, identificada con la más exquisita finura: no había clubs ni casinos, sino tertulias: dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas y en-

tusiasmaban los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Á las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudía toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje, formando un conjunto tan bello, tan gracioso, tan característico, que Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza, exclama admirado:

I cannot describe it: so much it strike!
Nor liken it: I never sau the like (1).

Pues esta sociedad, alegre, culta y eminentemente española, abrió de par en par sus puertas á los dos hermanos alemanes. Gottlieb, el mayor, enfermo y algo misántropo, la frecuentaba poco: mas el segundo, Juan Nicolás, que llamaban en Cádiz D. Juanito, alma franca, cándida y apasionada, dejóse arrastrar por aquel elegante torbellino, y entre su perfumado oleaje encontró á poco su media naranja. Llamábase esta media naranja D.ª Frasquita de Larrea, porque el castizo y caballeresco *Doña* que usaron las reinas españolas, no había venido aún á ser entre la gente joven, como lo es hoy, atributo exclusivo de los reumas gotosos y las pe-

(1) Tanto admira, que mal puede pintarse
Ni á compararle acierto: que en mi vida
Cosa no ví á que pueda compararse.

lucas empolvadas; sino que se anteponía siempre al nombre de toda señora, cualquiera que fuese su edad, como un timbre de honor y una señal de respeto.

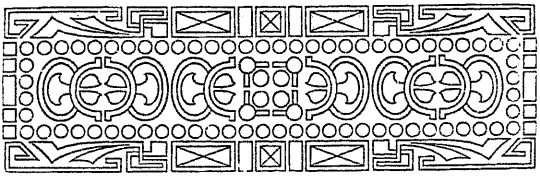
Casáronse, pues, D. Juanito y D.ª Frasquita, por Marzo de 1796, no sin vencer antes grandes dificultades, porque era D.ª Frasquita católica ferviente, y protestante de buena fe D. Juanito.

El tiempo y la ausencia, poderosos disolventes de resentimientos y agravios, habían suavizado de tal manera la tirantez de relaciones que mediaba entre los dos hermanos alemanes, su madre y su padrasto el Consejero Jacok von Faber, que al efectuar D. Juanito su boda creyóse obligado á emprender el largo y penoso viaje de Alemania, sólo para que su madre conociese y abrazase á su nuera la inteligente y despierta D.ª Frasquita.

Era esta señora irlandesa por su madre, la cual habíala educado esmeradamente en Inglaterra, sin que jamás acertara á separarse de ella ni aun después de casada. Acompañó, pues, á los dos jóvenes esposos en el viaje de Alemania, y fué gran providencia de Dios que así sucediese, porque al atravesar la Suiza, en la aldea de Morges, perteneciente entonces al cantón de Berna, dió á luz D.ª Frasquita una niña

el 25 de Diciembre de 1796. Bautizáronla en la iglesia de San Juan de Echallens, que era la parroquia católica más próxima que había, y pusiéronle por nombre el de su abuela paterna, Cecilia, como consta todo en su partida de bautismo.

Pues esta niña Cecilia, nacida por casualidad en Suiza, hija de padre alemán y de madre española, y nieta por su madre de abuelos irlandeses, fué, andando el tiempo *Fernán Caballero*.



V

La primera buena obra de aquella niña Cecilia, que tantas otras hizo después en el mundo, fué la de afirmar la paz y la reconciliación entre su padre y su abuela. Aquel angelito llovido del cielo en Hamburgo, apoderóse por completo, desde el primer momento, del corazón de esta señora; subyugó con sus monadas á su ilustre, grave y tieso marido, y reconquistó, como consecuencia, para sus padres, el lugar de hijos que les correspondía en el opulento y respetado hogar de Martín Jacok von Faber y Cecilia Lütkens.

Y tan firme fué la paz y tan suave la dicha de que disfrutó entonces toda la familia, que cada cual por su parte dióse prisa á prolongar-

la y afianzarla. Martín Faber prohijó legalmente á su hijastro D. Juanito, dándole un cuartel de sus armas para que lo uniese á las suyas, y añadiendo el apellido Faber al de Böhl para formar uno solo, Böhl de Faber, que llevaron desde entonces él y sus descendientes. D. Juanito, por su parte, incorporóse desde luego á la Nobleza del Imperio alemán, como le correspondía, y pensó en comprar el dominio señorial de Görslow en Mecklembourg, que había pertenecido á su familia, con el fin de no volver á España y educar allí en Alemania, en la paz y reposo de la vida campestre, los hijos que Dios le diese.

Este proyecto, sin embargo, no llegó á realizarse por entonces, en su última parte, por la muda pero tenaz oposición que le hizo la propia D.ª Frasquita. Nunca había podido, en efecto, aquella hija legítima de la bella y resplandeciente Andalucía, acostumbrarse á la mústia y melancólica Alemania del Norte, envuelta siempre en sus nieves como en un sudario, ó encapotada en sus nieblas como una triste anciana en gasas color de gris. Ni pudo tampoco congeniar jamás la vehemente y comunicativa gaditana, alegre, locuaz y graciosa, con aquellas gentes cachazudas, formales, tardas en comprender, que tomaban al pie de la letra las na-

turales exageraciones de la andaluza, y se reían por la mañana del chiste oído la noche antes.

Suspiraba, pues, á todas horas D.ª Frasquita por aquel Cádiz que se le representaba con el vago encanto de las cosas ausentes, alegre, radiante, con sus murallas de granito, su bahía azul, su cielo de zafiro, su alameda del Peregil, su barrio de la Viña, y como escapulario sobre el pecho de un guerrero, su iglesia del Carmen. Resonaban también en sus oídos, sin cesar, como lejanos repiqueteos de castañuelas, los alegres chismorreos de sus tertulias, los graciosos pregones de sus vendedores callejeros, el clásico y pintoresco bullicio del muelle en días de toros del Puerto, y el continuo vocear, moverse y bullir, el expontáneo exagerar y el asombroso mentir de los vagos y desocupados de la Plaza de San Juan de Dios.

¡Jesús qué mareo
Y qué confusión,
Hay en la Plaza
De San Juan de Dios!

Así fué que cuando D.ª Frasquita llegó á temer seriamente que no volvería á pisar aquel rinconcito del mundo en que había nacido, situado según testimonio fidedigno de las comadres de Puerta de Tierra, justo, justito debajo del trono de la Santísima Trinidad, y cobijado

con el resplandeciente manto azul de María Santísima, no protestó ni dijo nada, porque en las circunstancias y juventud de su marido temía quizá torcer su fortuna; pero una tristeza mortal invadió su alma, dejóse llevar de su amargura, y esa dolencia misteriosa de que enferman y mueren los suizos, *el mal de la tierra,* se apoderó de ella y vino á llenar de alarma y confusión á toda la familia. Asustado D. Juanito, abandonó por entonces la última parte de su proyecto y emprendió con su mujer, su suegra y su hija la vuelta de Cádiz, por otoño de 1797.

Otra razón verdaderamente poderosa y seria, que las circunstancias la obligaban á tener secreta, tenía D.ª Frasquita para desear con ansia su regreso á España. Era esta señora profundamente religiosa, y en la exaltación de su fe, deseaba más que nada en el mundo, atraer á su marido á la Iglesia católica. Íbalo intentando con gran prudencia bajo una sabia dirección, poco á poco, lentamente, limitándose por entonces á poner ante sus ojos las excelencias de nuestra fe, á fin de que él las viese y las palpase por sí mismo, sin necesidad de que se las hiciera notar nadie. Pensó, pues, con harta razón D.ª Frasquita, que la estancia definitiva en Alemania, rodeado por todas partes de pro-

testantes, dificultaría seguramente su obra y acaso la imposibilitaría por completo.

Dios, sin embargo, habíase encargado de llevar de la mano á aquel hombre de buena fe, clara inteligencia y corazón magnánimo, y á los pocos meses de su vuelta á Cádiz, envióle el mensajero que había de hacer á su alma la primera y poderosa llamada. Fué éste el famoso capuchino Fray Diego de Cádiz, colocado hoy en los altares, que vino á misionar en aquella época por toda la Andalucía baja. La misión comenzó en Cádiz el 1.º de Marzo, en la extensa plaza de San Antonio, y asistió á ella don Juanito, atraído por la fama de la elocuencia sobrenatural y avasalladora del Capuchino. He aquí los hermosos versos en que describe esta misión famosa D. José Joaquín de Mora, testigo ocular y de mayor cuantía, por ser uno de los volterianos más recalcitrantes que guardaba entre sus muros el Cádiz de entonces.

Yo ví aquel fervoroso capuchino,
Timbre de Cádiz, que con voz sonora,
Al blasfemo, al ladrón y al asesino,
Fulminaba sentencia aterradora.
Ví en sus miradas resplandor divino
Con que angustiaba el alma pecadora,
Y diez mil compungidos penitentes
Estallaron en lágrimas ardientes.
Le ví clamar perdón al trono augusto,
Gritando humilde: «No lo merecemos».

Y temblaban cual leve flor de arbusto
Ladrones, asesinos y blasfemos;
Y no reinaba más que horror y susto
De la anchurosa plaza en los extremos,
Y en la escena que fué de impuro gozo,
Sólo se oía un trémulo sollozo.

El mismo Fray Diego de Cádiz da cuenta de esta misión á su confesor el P. Alcover, en carta escrita desde Jerez de la Frontera:

«No es fácil, dice, reducir á una carta el todo de lo ocurrido en ella. Se hizo en la plaza de San Antonio, concurriendo toda clase de gente. La hice primero por siete días, y habiendo sobrevenido la lluvia, fué preciso suspender la del pueblo y hacer entonces ocho días de ejercicios á los eclesiásticos y algún otro sermón al Hospicio. A esto siguieron tres tardes á los señores protestantes, después de los cuales se manifestaron deseosos de oir más; y se les predicó en otros dos. Dios se dignó concederme modo tal de hablarles, tan suave, caritativo y agradable, que se aficionaron sumamente á la predicación. Algunos se redujeron y se han reconciliado con la Santa Iglesia, entre ellos un cónsul de bastante instrucción y juicio. Este y *otros dos* me hablaron separadamente y me aseguraron que quedaban convencidos y satisfechos. De los demás, me dijo un Vicecónsul, que todos quedaban tan movidos, que

por lo menos en la hora de la muerte creían que se declararían por católicos. Ayúdeme V. á dar gracias al Señor, porque atendiendo á las oraciones de ciertas almas justas, encargadas de este asunto, les ha concedido lo que llevo referido y más que yo no sé. En todo el pueblo se advierte también mucho fruto y algunas conversiones particulares que solo he sabido con esta generalidad. El modo de la predicación ha sido dulce, suave y caritativo, pero fuerte y eficaz en el peso de la autoridad y la razón».

Pues uno de aquellos *otros dos* á que se refiere el Santo Capuchino, fué D. Juan Nicolás Böhl de Faber. El primer llamamiento de la gracia estaba ya dado: faltaba el segundo y definitivo, y reservábalo la Providencia para la inocente Cecilia que dormía entonces en su cuna.

VI

NUEVE años contaba ya la tierna Cecilia, cuando su padre, con lenta constancia verdaderamente germana, determinó emprender un segundo viaje á Alemania con toda su familia, para probar si una nueva tentativa le permitía realizar el sueño dorado de educar á sus hijos y pasar el resto de sus días en el dominio señorial de Görslow que á prevención había ya comprado.

Muchas y profundas modificaciones había sufrido la familia de Böhl de Faber en estos nueve años. Faltaron unos y vinieron otros á ocupar su puesto según ley natural de los humanos. Desapareció primero Gottlieb, el hermano mayor de Juan Nicolás, que murió en Cádiz en 1801, y siguióle, sin que sepamos en qué fecha, la buena abuelita irlandesa, madre

de D.ª Frasquita. Esta inofensiva y callada señora, desapareció, como había vivido, en el silencio y la sombra, y con razón hubiera merecido el epitafio de aquella dama romana.—Amó á sus hijos y bordó en tapicería,—porque sólo quedó en la familia, como recuerdo suyo, un inmenso cuadro de este género, bordado por ella con el detestable gusto de la época.

En cambio de estas dos bajas, vinieron tres angelitos á reforzar la familia: un niño que se llamó Juan, y dos niñas que se llamaron Aurora y Ángela. Ninguno pudo sin embargo, ni aun el varón con las prerrogativas de su sexo, desbancar del primer sitio en el corazón de su padre, á la primogénita Cecilia. Habíala él servido de padre y madre desde los primeros días de su nacimiento, y solo él dirigió, vigiló y siguió paso á paso el desarrollo de su cuerpecito, el balbuceo de su inteligencia, y los primeros brotes de su infantil voluntad. «He conseguido, escribe á su maestro Campe, contener sus llantos y rabietas en su primer brote y sin ser molesta á nadie, comienza á saber dominarse. Es notablemente robusta y tiene muy buena salud, pero habla muy poco: lo cual no me importa, porque detesto todo indicio de precocidad».

¿Usurpaba Juan Nicolás en estos cuidados

los derechos de la madre ó cumplía más bien los deberes que ésta descuidaba ó abandonaba por completo?... Difícil es contestar á esta pregunta: pero es de notar y puede ser significativo, que Fernán, que á todas horas hablaba de su padre con amor y entusiasmo de hija, ponderando con razón sus virtudes, sus talentos, su saber y los beneficios extraordinarios que le debía, no hablase de su madre sino rara vez y como de paso, ni mencionara siquiera la cultura de esta señora, que era mucha, ni sus méritos literarios, que no eran pocos, como puede juzgarse todavía por su traducción del Manfredo de Byron, y por algunos artículos firmados con el pseudónimo de Corina, la célebre creación de Madame Stäel, que por aquel tiempo entusiasmaba á los románticos.

Hechos ya los inmensos preparativos que suponía entonces el viaje de toda una familia desde Cádiz al norte de Alemania, recibió la tierna Cecilia una impresión terrorífica, que le duró toda la vida, que nunca recordaba sin sentirse hondamente afectada, y que le suministró más tarde asunto para un sentido articulito que con el nombre de *Una Madre,* corre impreso entre sus obras: tal fué la que produjo en su ánimo infantil la batalla de Trafalgar, vista desde su propia casa.

Vivía entonces en Cádiz una ilustre señora, viuda de un General de marina y parienta cercana de D.ª Frasquita de Larrea. Tenía esta señora tres hijos que seguían la gloriosa carrera de su padre, y el menor de ellos, D. Manolito, que acababa de cumplir doce años, era grande amigo de Cecilia y manifestábale en todas ocasiones esa especie de cariño protector que se observa á veces en los niños mayorcitos con respecto á los más pequeñuelos. Amábanla todos en aquella familia, y con frecuencia llevábala la Generala á pasar el día entero en su casa, mimada por ella y festejada por los tres hermanos y muy en especial por D. Manolito. A mediados de Setiembre de 1805, salió éste á Guardia marina, y el día en que con gozo infantil y cabriolas de niño, estrenó su primer uniforme, quiso la Generala que viniese Cecilia á celebrar con ellos tan fausto acontecimiento.

Mas de allí á poco llegó el domingo 20 de Octubre, fecha funesta en que debía España ceñir á sus sienes una corona de fúnebre ciprés, más gloriosa, si cabe, que los infinitos laureles que ya la adornaban. La escuadra combinada, surta en el puerto, salió al mar repentinamente al encuentro de la inglesa que mandaba Nelson, y los tres hijos de la Generala salieron en ella en sus respectivos barcos. Quince navíos

españoles y uno francés salieron aquella mañana del puerto, navegando á toda vela, ciñendo el viento, largas las airosas banderas, en ademán de ir á provocar al enemigo. El mar centelleaba con los rayos del sol; un viento fresco y ligero acariciaba, como un niño, su brillante superficie: el cielo estaba puro y sereno, como si jamás hubiera de turbarlo la tempestad, tan próxima sin embargo y tan horrorosa!...

La población entera hallábase en la muralla, en las azoteas y en las innumerables y gallardas torrecillas que tanto embellecen á Cádiz, observando con gemelos y anteojos la salida de la escuadra, y comentando todos, intranquilos y azorados, aquella repentina marcha que se sabía ya era contraria á la opinión unánime de los Generales españoles, acordada en el último Consejo de guerra celebrado á bordo. Hacíanse, pues, siniestros augurios, profetizábanse desastres y señalábase al Almirante francés Villeneuve como único responsable de lo que suceder pudiese.

Así era en efecto: Villeneuve había tenido noticia de que Napoleón le destituía por no atreverse á aventurar un combate con los ingleses, y ciego de ira y despecho dió la señal de darse á la vela sin aviso ni consejo previo, con loco ímpetu, sacrificando á su amor propio mi-

llares de vidas y centenares de barcos, y tan sin demora ni reflexión que, según cuenta Alcalá Galiano, su padre D. Dionisio, que mandaba el navío *Bahama* y en él murió gloriosamente, no tuvo tiempo ni aun de mandar un aviso á su mujer y á su hijo que se hallaban en Chiclana. Los tres hijos de la Generala, que no habían salido de Cádiz, tuvieron media hora de tiempo para despedirse de su madre.

Vivía esta señora en el centro de la población y no tenía por lo tanto vistas al mar su casa. Los Böhl de Faber por el contrario, vivían en el barrio de San Carlos, que se entra atrevidamente por las olas sobre poderosos cimientos y divisábase desde sus balcones toda la embocadura del puerto, y desde la torre, que era de las más altas de Cádiz, abarcaba la vista, aun sin necesidad de anteojo, toda la extensión de mar que hay, por la parte del Sur, hasta el Estrecho de Gibraltar y las aguas vecinas al Cabo de Trafalgar, desde aquel día tan funesto.

Trasladóse, pues, la Generala á casa de su parienta D.ª Frasquita, con el natural deseo de ver salir del puerto y seguir siquiera con la vista, aquellos barcos que se llevaban á sus hijos y con ellos su alma entera hecha tres pedazos. Desde un balcón cerrado de cristales, de los

que llaman en Andalucía *cierros*, vió salir la señora aquellos magníficos barcos, lentos, mesurados, surcando el mar como señores, y saliendo al encuentro del enemigo como caballeros armados que llevasen por penacho el ligero y gallardo pabellón de la patria. Clavada la señora al balcón, no acertaba á separar del mar sus miradas, ni de su lado á Cecilia que, hecha cargo de la situación, pegábase á sus faldas como gatillo cariñoso, sin decir una palabra, mirándola con ansia á la cara, pronta siempre á llorar, pero sorbiéndose las lágrimas.

Era ya la hora de comer, que solía ser entonces la de la una, y D.ª Frasquita y su marido forzaron dulcemente á la Generala á sentarse con ellos á la mesa. Acabada la comida, salió Juan Nicolás en busca de noticias; D.ª Frasquita encendió luces ante una imagen de la Virgen del Carmen, patrona de los navegantes, y púsose á rezar el rosario con la Generala, Cecilia y los criados todos de la casa. De repente sonó un golpe seco, bronco, lejano, como ensordecido por la distancia... Asustados suspendieron todos el rezo, y las dos señoras se miraron pálidas y sobrecogidas, sin atreverse á formular la idea que había acudido al mismo tiempo á la mente de ambas. Sonó otro golpe idéntico, seguido de otros varios, y la Generala se levan-

tó de un salto, como galvanizada, y corrió al balcón gritando:

—Cañonazos!... Son cañonazos!...

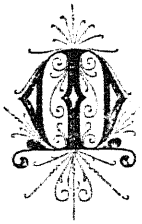
Estaba el balcón de par en par abierto por lo agradable de la temperatura: el tiempo seguía sereno y la mar poco movida, pero notábanse ya en el horizonte las señales de próxima borrasca. Allá muy lejos descubríanse á la simple vista buques de gran porte y cerca de ellos unas especies de nubecillas, que á tanta distancia, lo mismo parecían de niebla que de humo. No satisfecha la Generala, precipitóse, seguida de todos, á la escalera de la torre para mirar á los barcos por el magnífico anteojo que desde por la mañana estaba allí montado. En aquel momento llegó Juan Nicolás de la calle muy sobrecogido, y tomando aparte á D.ª Frasquita, díjole rápidamente que la torre de vigía hacía señales de *combate á la vista*. No pudo, sin embargo, decirlo tan rápido ni tan bajo, que no lo oyese Cecilia, que, asustada, se agarraba á las faldas de su madre. Desapareció entonces la niña con grandes muestras de espanto, y como extrañado, la buscara luego su padre, halló-la arrodillada ante la Virgen del Carmen, anegada en lágrimas, pidiéndole, con las manitas cruzadas, por los tres hijos de la Generala, y ofreciéndole en cambio, si no les sucedía nada,

nada, nada, no comer dulces en cuatro meses, uno por cada uno y dos por D. Manolito...

Cuando oí esto á Fernán preguntéle enternecido, si llegó á cumplir aquel voto.

—Sí; me contestó, y con no poco trabajo: porque, como buena andaluza, era entonces, y lo sigo siendo todavía, sumamente golosa.

VII



IENTRAS tanto convencíase la Generala por sí misma de que el combate era cierto. Á través del anteojo distinguíanse perfectamente aquellas ligeras nubecillas hechas ya compacta humareda alrededor de la escuadra, y por entre los claros de la siniestra nube, aparecían á veces navíos desarbolados y llenos de destrozos, que no podían haber causado aquel viento en calma y aquel mar tranquilo, sino el furor de algún recio combate. Seis horas duró aquel espantoso cañoneo, y con él, la angustia horrible de aquella infeliz madre que pegada al anteojo, creía ver á cada estampido volar por los aires los miembros sangrientos y palpitantes de cada uno de sus tres hijos.

Al declinar de la tarde comenzaron á acentuarse las señales de borrasca, y rendida al fin la Generala, cedió á las instancias de D.ª Frasquita, que pugnaba sin cesar por apartarla de aquel horroroso martirio... Mas de repente y en el mismo momento, una llamarada vivísima alumbró un instante el mar próximo al horizonte; vióse entre aquella espantosa claridad la silueta de un navío y luego, con el intervalo de segundos que la luz adelanta al ruido, retumbó un horrible estampido... Un inmenso gemido de horror se alzó en todo Cádiz, y el grito de—¡Ha volado un barco!—bajó en lastimoso coro de balcones, torrecillas y azoteas...

La Generala cayó al suelo sobrecogida de espanto, barbotando—¡Mis hijos!—y el miedo y el horror hicieron á Cecilita refugiarse convulsa, en los brazos de su padre. Lleváronla á la cama y en otra improvisada pusieron á la Generala, presa de violentas convulsiones. La tempestad se desató terrible y espantosa entrada ya la noche: entonces cesó el cañoneo, como si la criminal furia de los hombres callase atemorizada ante la formidable cólera de Dios. Pero aquel silencio era ya el silencio de la destrucción, era el callar de la muerte!... D.ª Frasquita pasó á la cabecera de su parienta, consolándola y partiendo su ansiedad y su pena toda

aquella negra noche, larga, interminable, sin fin como la eternidad; llena de dolor y angustia como la agonía.

El amanecer fué triste y desolador, como lo es el luto después de la muerte: cubierto el cielo de negras y apiñadas nubes, cayendo con violencia copiosa lluvia, bramando desatado el viento S. O. que allí llaman vendaval, levantándose olas como montes que rompían en la muralla con espantoso ruido, rociaban con su espuma los lugares vecinos y amenazaban con no leve peligro la tierra y los edificios contiguos á la orilla. Y aquellos primeros rayos de luz de este triste día, tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios á un cadáver, el horroroso espectáculo que ofrecían cuatro navíos, tumbados, más bien que anclados en la costa opuesta, por no haber podido tomar bien la embocadura del puerto, desmantelados como moribundos que se desploman y agonizan á la puerta del hospital: eran el *Bucentauro*, el *Bahama*, el *Neptuno* y el *Aguila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques. Las playas se iban cubriendo de cadáveres!...

En vano intentó D.ª Frasquita impedir á la Generala que se precipitase al balcón y subiese á la torrecilla... Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre, se fijaron en aque-

llas masas informes, que el día antes había visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas...

Entonces, loca de horror, con los ojos secos y la mirada extraviada, comenzó á llamar á sus hijos, á pedir que la llevasen á su casa, para esperar allí aquellos pedazos de su corazón... Lleváronla en una silla de manos, acompañándola la anciana María, su nodriza, perteneciente á la familia, si no por los vínculos de la sangre, por los del corazón: detrás iba D.ª Frasquita en otra silla de manos: una hora después llegó Juan Nicolás trayendo en brazos á la espantada Cecilita, envuelta en un gran capote impermeable, porque la Generala la llamaba á voces en su delirio y quería tenerla á su lado. Al verla aparecer abrióle los brazos y tuvo el consuelo de llorar.

—Ya no tengo hijos!, decía, Dios mío, Dios mío; ten compasión de mí!

Así se pasó todo el día, hasta la caída de la tarde. Pero dejemos contar al mismo Fernán el horrible desenlace.

«Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En aquel momento se oyen pasos precipitados. María da un grito y la Generala se halla en brazos de uno de sus hijos. Entonces se agolpan á sus ardientes y secos ojos las lágrimas y lo estrecha sobre su pecho

como si los peligros á que ha escapado viniesen á arrancárselo de nuevo. Aún no ha podido hallar voces su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entonces ella se levanta arrebatadamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita á los pies de la Virgen, sofocada por su emoción. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua á los temblorosos labios de su señora. Pero qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar á una madre al hijo por quien tiembla?

—Y vuestro hermano? pregunta á los recien entrados: y vuestro hermano?...

Sus hijos callan.

—Ay! gime la madre acongojada. No respondéis! Ya lo veo!... Ese niño que apenas entraba en la vida, ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales!... No me lo ocultéis!...Decidme la verdad! Dónde está?... Dónde está mi Manuel?...

—Aquí estoy! gritó una voz conmovida é infantil, y su hijo menor se echa en sus brazos y se refugia en el seno de su madre como para olvidar los horrores que acababan de agitar su joven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan: no brilla en ellos la felicidad, ni los enturbia el do-

lor. Su semblante ha poco tan expresivo por diversas emociones, queda en calma, como el mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean: sus brazos inertes se desprenden de ellos: su rostro móvil reflejo de sus vehementes sensaciones, se torna frío y estúpido.

—Ah, Dios mío, Dios mío! exclama aterrado el mayor de sus hijos: qué imprudencia la nuestra!

Sentimiento tardío! Aquel corazón de madre, tan tierno y tan padecido, no pudo soportar tanta felicidad!

Había perdido el juicio!...»

VIII

TAL efecto produjo en D.ª Frasquita, esta segunda tentativa de aclimatación en Alemania... Ni el cariñoso recibimiento de sus suegros en Hamburgo, ni el magnífico dominio de Görslow de que era señora, ni el gozo y la satisfacción de que veía disfrutar á su esposo y aun á sus mismos hijos, lograron apagar en esta empedernida andaluza, el recuerdo verdaderamente morboso de su Cádiz. Por cuatro meses luchó heróicamente contra tristezas y melancolías: pero el quinto vencióla el *mal de la tierra*, y preciso fué sacarla de Alemania y volverla á su patria. Entonces se dividió la familia: D.ª Frasquita volvió á Cádiz con sus dos hijas menores Ángela y Aurora: Juan Nicolás

permaneció en Görslow con los otros dos, Juanito y Cecilia, confiando entonces su educación, bajo la más estricta vigilancia suya, á una institutriz belga, católica, que les hablaba siempre en francés.

Era por fortuna esta señora de mucha religión y entendimiento y ella inculcó y afianzó en Cecilia aquella su piedad sólida y activa, que no se contentaba con prácticas devotas, sino que subía de ellas á obras superiores de amor de Dios y del prójimo. Esta prudente y concienzuda mujer fué también la que valiéndose de un sencillo y tierno ardid, empujó, por decirlo así, á Juan Nicolás, á pronunciar al cabo la abjuración que hacía años proyectaba. El caso fué de esta manera.

Había D.ª Frasquita desde los primeros tiempos de su casamiento, compuesto ella misma una breve y tierna oración en que pedía á la Virgen Santísima la conversión de su esposo. Enseñóla á su hija Cecilia desde que supo hablar, y hacíasela repetir todas las noches con algunas ligeras modificaciones relativas á las circunstancias de su edad y á su carácter de hija. Rezábala la niña con infantil gravedad y devoción profunda; pero sin comprender naturalmente lo que pedía, ni mucho menos su alcance y trascendencia. El tiempo fué, sin em-

bargo, descifrando poco á poco el enigma en su inteligencia, y cuando cayó en Alemania en manos de la institutriz belga, ya comprendía muy bien Cecilia toda la desgracia de su padre, y llevaba en su infantil corazón ese cruel torcedor que es para el alma creyente y apasionada, no ya el temor, sino la sola duda, de la perdición eterna de los que ama.

Confióse entonces á su aya, que había sabido desde el primer momento captarse su confianza, y esta santa mujer la consoló, rezó con ella, animóla á poner en Dios su confianza, y conociendo el valor inmenso que tienen ante Él los clamores de la inocencia, aconsejóla enseñar á su hermano Juanito aquellas mismas oraciones, y rezarlas juntos todos los días, al levantarse y al acostarse: el primer pensamiento y el último de ambos niños, habían de ser por lo tanto diariamente, pedir á Dios la conversión de su padre.

Hízolo así Cecilita y el espectáculo conmovedor que ofrecían aquellos dos angelitos haciendo su petición, hincados de rodillas, con las manitas cruzadas, la angustia en el corazón y las lágrimas en los ojos; aquellos dos seres débiles é inocentes luchando á brazo partido, por medio de la oración, con aquel otro ser amado de poderosa inteligencia y voluntad robusta,

inspiró á la institutriz una idea, que Dios le sugirió sin duda como medio de conceder, por caminos naturales, la petición de los niños. Por la estratagema que antes indiqué, y cuya trama ahora no recuerdo, logró la institutriz que Juan Nicolás presenciase á escondidas y oyese una noche la oración de los niños... No se necesitó más para que el honrado y tierno corazón de Juan Nicolás, se rindiese por completo á este segundo movimiento de la gracia.

La semilla sembrada por el Beato Fray Diego de Cádiz no había caído en tierra ingrata ni estéril; mas una mala influencia había paralizado su desarrollo é impedido su fruto. Fué esta mala influencia la del célebre autor del Robinsón, Campe, que había educado á Juan Nicolás, guiado sus primeros pasos en Religión, y conservado siempre con él íntima amistad y frecuente correspondencia. No creyó por lo tanto, Juan Nicolás, en su leal carácter, que debía dar un paso tan importante como un cambio de Religión, sin participarlo antes y aconsejarse de su antiguo maestro y director espiritual, que era á la sazón Canónigo del Capítulo de Saint Syriaque en Bruswick. La respuesta de Campe fué astuta y cobarde, como lo es siempre la herejía en sus luchas con la verdad. Desaprobóle su conducta, como era natural y lógico en

un hereje: pero no la rebatía con razones, sino limitábase á lamentarla con grandes extremos, y pedíale encarecidamente que aplazase su resolución, lo menos por un año, comprendiendo sin duda que la demora del buen propósito trae siempre consigo la frialdad primero, el olvido después, y la anulación completa más tarde. Por la calle de *después,* se llega á la plaza de *nunca.*

Así sucedió en efecto; por respeto y amor á Campe aplazó Juan Nicolás su propósito un año; y los negocios, los estudios, las diversiones, las mil ocupaciones de sociedad y de familia, y sobre todo, la pereza y el vago recelo que preceden siempre á todo cambio radical de vida, hiciéronselo demorar por más de seis años!... Mas cuando sintió de nuevo el poderoso aguijón de la gracia, hiriendo sus sentimientos de padre; cuando vió correr las lágrimas de aquellos dos inocentes angelitos y oyó sus trémulas vocecitas pidiendo para él una gracia que ya Dios le había concedido, y que hasta entonces él mismo había desdeñado, salió al punto de su marasmo, confundido, lleno de dolor y de vergüenza, y como torrente que se deshiela de un golpe, emprendió al punto y con gran ímpetu los preparativos necesarios para su abjuración. Fuése á Hamburgo y allí deparóle Dios un au-

xiliar poderoso, guía experimentado y amigo muy querido al mismo tiempo. Fué éste el Conde de Stolberg, Federico Leopoldo, que acababa de abjurar él mismo y escribía á la sazón su magnífica obra de la *Historia de la Religión Cristiana*. La profunda capacidad, la vasta ilustración, el aprecio y aun la elevada posición de este ilustre personaje, ataron, por decirlo así, á Juan Nicolás, y ya no se separó de Stolberg hasta que por muy graves razónes hizo primero abjuración secreta, que algún tiempo después renovó públicamente en Schwerin.

No pudo sin embargo, gozar de esta satisfacción purísima aquella buena institutriz belga, que tanto había contribuído á procurarla á todos, porque la muerte la arrebató casi de repente algunos meses antes. Vióse entonces precisado Juan Nicolás á escoger otra persona á quien confiar la educación de sus hijos, y era esta empresa harto difícil en aquella época, y en aquel país protestante, para un padre católico. El mismo Conde de Stolberg le sacó del apuro, indicándole para Cecilia un reducido pensionado católico, que había establecido en Hamburgo una noble señora francesa, emigrada, procedente de Saint-Cyr, el célebre colegio para Señoritas nobles, fundado por Mme. de Maintenon.

La historia de esta señora era trágica y sangrienta, como lo son casi todas las de las familias nobles francesas de esa época. Su hermano, guardia de corps, fué materialmente despedazado en la matanza de Versalles: su madre murió de horror y de pena en los calabozos de la Conserjería; su hermana mayor fué al cadalso en la misma carreta que Mme. Isabel, y ella misma, refugiada en el Cuartel de Inválidos al lado de su pariente el Marqués de Sombreuil y de su hija María, cuya maestra había sido en Saint-Cyr, fué arrastrada con ellos á las prisiones, y presenció el acto heróico de María Sombreuil de beber á la salud de la Nación para salvar á su padre. Mas según oí á Fernán más de una vez, con referencia á este testigo de vista, no bebió la valerosa doncella para acompañar al horrible brindis, un vaso de sangre como vulgarmente se dice; sino un vaso de vino tinto, sin que por eso disminuya en lo más mínimo su heroísmo, dadas las horrorosas circunstancias del caso.

Pudo al fin esta señora, pobre y sin recursos, emigrar á Alemania, donde con la protección del Conde de Stolberg, fundó un pensionado en Hamburgo, para veinticuatro Señoritas nobles, en que se educaban éstas con los mismos refinamientos, las mismas costumbres y el mismo

método del célebre Colegio de Saint-Cyr. Por recomendación de Stolberg fué Cecilia admitida en el pensionado, donde permaneció los cinco años que tardó aún en volver á España, y donde recibió la primera comunión, admirablemente preparada por un sacerdote francés de los emigrados cuando el Terror. Allí también, según Mr. Morel-Fatio asegura, fué donde adquirió Cecilia el exquisito buen tono, el sabor de *ancien regime*, y el absoluto y al mismo tiempo sencillo y fácil *comm' il faut* que realzaba su trato y resplandeció siempre, como aristocrática aureola, en toda su persona, sus cosas y sus acciones.

Un detalle curioso: era tradición en el famoso Saint-Cyr servir todos los jueves á las Colegialas en la merienda, un pastel ó budin extraordinario que llamaban *de la señora,* porque era el dulce favorito de Mme. de Maintenon, y porque con él solía obsequiar con frecuencia á las educandas, cuando ella misma se hallaba en el Colegio. Conservábase la misma tradición en el Saint-Cyr de Hamburgo, y tales ponderaciones hizo una noche Fernán del *Pastel de la señora,* de su exquisito gusto, de lo bien que sabía á las Colegialas de su tiempo, y del placer con que ella misma volvería á comer aquella golosina después de más de sesenta años,

que la difunta Marquesa del S., sobrina carnal suya y muy querida, que también se hallaba presente, preguntóle si se conservaba la receta. Contestó Fernán que ella la tenía: pidiósela la sobrina y no volvió á hablarse más del pastel de la Maintenon.

Mas á los pocos días recibí una tarjeta de la Marquesa convidándome á tomar el té en su casa: encontreme allí á Fernán y con gran sorpresa de ambos vimos en el centro de la mesa en que lo sirvieron, en el lugar de honor, un apetitoso pastel de dorada costra... Era el *pastel de la señora*, la histórica golosina de Madame de Maintenon, que la cariñosa sobrina había mandado hacer á su cocinero para obsequiar á su anciana tía. El gozo de ésta no desmereció del que hubiese manifestado sesenta y tantos años antes, delante de la merienda del jueves; porque poseía Fernán esa delicadeza de corazón que sabe apreciar hasta los menores detalles de un obsequio, y goza en mostrar su gratitud, aceptándolo con júbilo. Ella misma usurpó las atribuciones de la Marquesa, y á cada uno nos sirvió su parte: era la mía la más crecida, sin duda porque me juzgó Fernán el más joven, ó el más goloso, ó quizás, como era verdad, ambas cosas á un tiempo. Tomé el primer bocado con más apetito que ilusión histó-

rica, y—¡Santo Dios de Israel!—¡Qué apuro más grande!... Era aquello una masa gelatinosa, insípida, acre, que tenía algo del *puding* inglés, no poco de la torta de maíz vascongada, y mucho del engrudo, mezcla de harina y agua, con que se pegan en las esquinas los carteles de los teatros. El decoro me impidió lanzarlo: el paladar resistíase á darle paso, y en esta lucha cruel, encomendeme á Cacaseno, hijo de Bertoldino y nieto de Bertoldo, de quien escribió la musa popular,

De engrudo un peról lleno
Se ha engullido el pobrecito...

Miré á la Marquesa como pidiendo auxilio: luchaba ella como yo, con la circunstancia agravante de combatir al mismo tiempo graves tentaciones de risa. Miré á Fernán: comía tranquilamente, como pensativa, sin levantar la vista del plato, y dispuesta al parecer, á consumir todo el pastel y morirse luego de repente, antes que disgustar á su querida sobrina, haciéndole conocer que le sabía á demonios su obsequio. La Marquesa venció al fin un enemigo y se dejó vencer por el otro: tragó el bocado y soltó la risa. Comprendió por esta Fernán que no la disgustaría si apartaba de sus labios el cáliz, es decir, el pastel, y apartólo en efecto, empujando el plato suavemente.

—Está visto, dijo, que las leyendas históricas pierden su poesía al pasar por la budinera.

—Y su sabor, añadí yo muy bajito.

Y con aquella su sencilla naturalidad, exenta de toda hinchazón y pedantería, nos refirió entonces esta anécdota que oí por primera vez de sus labios, y cuya exactitud histórica he comprobado recientemente. Cuentan del Emperador Carlos V que estando ya retirado en Yuste, se le antojó un día comer de unas salchichas que le servían en Tordesillas, cuando en su juventud iba á visitar á su madre la Reina Doña Juana. Encargáronse las salchichas: vinieron preparadas como para Emperador; sirviéronselas en la comida con harta ilusión suya... No le gustaron: separó el plato y dijo:

—No son las mismas... Están insípidas.

Díjole el mayordomo (1):

—Las salchichas son las mismas, Señor... El que no es el mismo es V. M.

—Y yo te digo, hija mía, añadió Fernán, encarándose con su sobrina, que el pastel es el mismo: la que no es la misma soy yo... Hay gran diferencia de tener diez años, á tener cerca de ochenta...

(1) Este mayordomo era Luis Quijada, y él mismo refiere el hecho en una carta á Juan Vázquez, Secretario de la Princesa D.ª Juana, hija del Emperador.

IX

En 1812 dióse por terminada la educación de Cecilia en Alemania, y volvió á Cádiz con su padre al lado de D.ª Frasquita. Era entonces tanta su hermosura, que recuerdo haber oído en mi niñez á ancianos que la conocieron, que la gente solía detenerse en las calles de Cádiz para verla pasar, y manifestábale su admiración con espontáneas bendiciones ó ingeniosas galanterías. Realzaban estas prendas naturales, como un doble engarce á una rica perla, la brillantez de su educación y el candor de su alma, que cual suave corona de blancas rosas embalsamó siempre y adornó su frente pensadora, lo mismo en los serenos días de su juventud, que en los borrascosos de su edad madura, que en los melancólicamente plácidos y resignados de su ancianidad.

Hablaba correctamente Cecilia, cuando volvió á España, cuatro idiomas: el francés, el español, el alemán y el inglés, y érale familiar el latín, cuyos clásicos habíale enseñado á manejar su padre. Éste fué su verdadero maestro, y el hábil lapidario que talló, abrillantó y pulió aquella piedra preciosa: porque eran el padre y la hija dos almas parecidas, dos corazones semejantes, y desde luego conoció Juan Nicolás que serían también análogas sus inteligencias, si conseguía verter los tesoros de saber, de cultura y conocimiento de mundo que guardaba la suya, en el entendimiento de Cecilia, virgen aún, pero tan apto para saber, tan ansioso de enriquecerse y elevarse.

Hízolo, pues, con amoroso entusiasmo y solicitud exquisita, sin emplear métodos de enseñanza, ni reglas de estudio; sino dejando á la ventura enlazarse las cosas unas con otras para explicarlas y analizarlas, como espontáneas efusiones del alma, en los largos paseos y solitarias veladas de Gröslow. Y este magisterio basado en el mútuo amor del padre y la hija, y la inmensa y ciega fe de la discípula en el maestro, fué el que retrató después Fernán Caballero, en las tiernas y profundas lecciones que daba á Clemencia su tío el Abad de Villamaría: personaje en el cual pintó la hija, de mano

maestra, el carácter y la bondad de aquel padre tan amado; y yo ví, en unas amarillentas cuartillas que me enseñó una vez Fernán, como una reliquia, escritas en alemán por el propio Juan Nicolás y dirigidas á su hija Cecilia, las mismas sabias, profundas y delicadas máximas que enseñaba su tío el Abad á la inocente Clemencia.

Reproducimos á continuación estas máximas tal como las tradujo Fernán del original de su padre, porque conocerlas á ellas, es conocer á la misma Cecilia que tanto las estudió y amó que llegó á personificarlas, y á encontrar en su enseñanza los delicados resortes con que logró aquella mujer insigne separar por completo sus dos personalidades de Fernán Caballero y de Cecilia, relegando la primera sólo á los libros, y dejando á la segunda el imperio absoluto de su trato social y su vida íntima, en que jamás aparecía el autor para nada, y sólo brillaba la ilustre dama, la discretísima señora y la mujer sencilla y modesta que se llamó Cecilia Bölh de Faber.

He aquí estas prudentes enseñanzas de Juan Nicolás á su hija:

«Tú no vas á poner cátedra y por lo tanto lo que te conviene es una idea exacta de cada cosa, sin que tus conocimientos sobre ellas lleguen á ser profundos en ninguna. Debes sólo

formarte un ramillete con las flores del árbol del saber, puesto que, como mujer, tienes que considerar tus conocimientos no como un objeto, una necesidad ó una base de carrera, sino como un pulimento, un perfeccionamiento, es decir, cosa que debe serte más agradable que útil.

»Nunca, por muchos que adquieras, los mires como una superioridad, puesto que el saber está al alcance de todos, y no es una *prerogativa,* sino una *ventaja,* y aun dejará de serlo si le acompañan la intolerancia y la presunción, que son seguros medios, no sólo de hacerse odiosos, sino de caer en ridículo, puesto que, como se ha dicho muy bien de los valientes, se puede decir de los que presumen de saber, que siempre hallarán otro que sepa más que ellos.

»Es cierto que el saber da al que lo posee cierta superioridad sobre el ignorante: mas aun dado caso que el ignorante no tuviese sobre el que sabe otra clase de superioridad que le compense ó aventaje, no hay nada en el mundo, hija mía, que se deba disimular más que una superioridad, pues es lo que menos se perdonan los hombres; y, sobre todo, no perdonan las superioridades adquiridas y hostilizan á las erguidas. Persuádete bien de esta verdad: la supe-

rioridad es una carga, como lo es para el gigante su estatura; gozar de ella y disimularla con benevolencia y no con desdén, es la gran sabiduría de la mujer.

»La superioridad que se ostenta, lastima profundamente el amor propio ajeno, que tolera la superioridad que se tiene, pero rechaza la que se le quiere imponer. Así es, que la que adquieras, debe asemejarse en tí á una túnica forrada de armiño: su finura, su suavidad, debe ser interior, y para tí misma.

»Lo que aprendas, líbrete Dios de *lucirlo*, pues harías de un bálsamo un veneno; oculta las flores que cuando su vista no brille, será más suave y más atractivo el perfume que aun escondidas exhalen.

»Confiesa una falta (supongo, hija mía, que las tuyas serán siempre de aquellas que se pueden confesar sin vergüenza): confiesa una falta y oculta un mérito, pues hay en los hombres más indulgencia que justicia.

»No desprecies á nadie, pues el desprecio, ese acerbo primogénito del orgullo, no debe profanar nunca la nobleza de tu alma, la modestia de tu sexo, la delicadeza de tu corazón, ni la equidad de tu conciencia, pues es el desprecio crimen de lesa humanidad.

»Ama la lectura, sin que llegue tu afición á

pasión; mira los libros como *amigos* apacibles y agradables, llenos de buena enseñanza, sin caprichos ni falsías, que nada exigen y conceden mucho, que se suelen olvidar en la prosperidad y se vuelven á hallar en la desgracia, prontos á consolar, distraer y dirigirnos, pero que no deben absorberte ni apasionarte como amantes.

»Aun cuando tu memoria no retenga una buena lectura, no creas que hayas perdido el rato, pues te quedará la ventaja real de la impresión que te ha causado y del giro que ha dado á tus ideas; que la cultura no la da el más ó menos retener, sino el más ó menos apropiarse la buena enseñanza.

»Prefiere para tu lectura la de la historia y la de los viajes, que descorrerán á tus ojos el velo del tiempo y la cortina del mundo.

»No te ocupes en sistemas sociales, ensueños de utopistas remontados hasta alcanzar el ridículo, y ten presente que es preciso ser ciego y dejar de ser religioso, para creer posible la felicidad en un mundo que, por culpa del hombre y por la voluntad del que lo crió, dejó de ser paraíso. Un filósofo alemán ha dicho que si los hombres fuesen más felices de lo que son, caerían en la languidez, y si más desgraciados, caerían en la desesperación. Admira y adora la

mano que en esto como en todo dispuso la gran ley del equilibrio, hasta en la suerte de estar castigados y no condenados; equilibrio que ni en el orden moral ni en el físico alcanzaron á destruir los débiles esfuerzos humanos; verdad que atestigua lo pasado, que lo presente afirma, y que el porvenir demostrará cual estos.

»Huya, sobre todo, tu alma elevada, espíritu puro criado á la imagen de Dios, del cínico sensualismo, que arrogante y desdeñoso se enseñorea hoy día en el mundo con su ansia de innovaciones y con su pendón, que tan alto levanta, en el que se lee: *Intereses materiales sobre todo.* Alza tu vista de este círculo rastrero; considera que el bien y el mal son dos grandes y universales principios: lo que ambos inspiran tendrá siempre las mismas tendencias: la de *arriba* y la de *abajo.* Dios que nos llama y dice: *Sube!* El enemigo de nuestra alma, que nos arrastra y dice: *Baja!* Ocupen los intereses materiales el segundo puesto y no le usurpen el primero á los morales.

»No te afanes en buscar amigos: pero esmérate en evitar enemigos. Para conseguirlo, procura que tus procederes sean constantemente justificables, y para esto ten presente que hay siempre dos maneras de considerarlos: la una es con respecto á uno mismo, y la otra respecto

á como puede interpretarlos la malevolencia ajena, que vale más evitar que retar.

»No basta confiar en que el fin y motivo de nuestras acciones sean buenos, para prescindir de la opinión pública. No, hija mía, no basta ser bueno; es preciso también parecerlo, por acatamiento á la sociedad, por consideración á sí propio, y por respeto á la verdad.

»Esta deferencia á la opinión para eludir su censura, aunque sea injusta, no se debe confundir con la baja y humilde vanidad que mendiga elogios; y, no obstante, hija mía, por mezquina y rastrera que esta sea, es preferible en las mujeres al insolente orgullo, que desprecia con cinismo la sanción pública en su fanfarrón espíritu de independencia y en su soberbia glorificación del individualismo. Madame de Stäel que tan alto puesto ocupó en la jerarquía social y en la de la inteligencia, ha dicho: «El hombre debe arrostrar la opinión y la mujer someterse á ella»; y aun lo primero se entiende en ocasiones dadas y en circunstancias excepcionales, en que su conciencia se lo prescribe al hombre.

»No te prescribiré la delicadeza, hija de mi corazón, porque la delicadeza es instintiva en las naturalezas privilegiadas como la tuya. Cuántas veces la he admirado en su apogeo en gentes del campo, que ni aun sabían su nom-

bre! La sociedad la cultiva, porque cultivar es la misión de la sociedad; para esto crea reglas que le aplica. Una de ellas es, que para ser la delicadeza exquisita en el trato, es necesario siempre y en todas relaciones, ponernos en el lugar de la persona con la que nos ponen las circunstancias en contacto. Esta regla se parece á la que se da para leer bien en alta voz, y es la de leer con los ojos la frase que sigue á la que pronuncian los labios; así, mientras hablamos, debemos leer en el semblante de los que nos escuchan el efecto de nuestras palabras, para modificar las sucesivas, con el fin de nunca herir ni chocar con ellos.

»Para aprender la vida, y conocer el mundo, sé observadora, Cecilia; no observadora misántropa, cáustica, ni satírica, sino observadora justa, despreocupada y benévola. La grata y útil tarea de la observación embota ese sentimiento de personalidad tan común en nuestros días, que es el mayor enemigo de la sociedad amena. La observación te interesará, te entretendrá y te dará el gran y útil conocimiento del corazón humano. Entonces conocerás cuán erradas son esas máximas absolutas que todo lo miden por un rasero, y lo falso de esos aforismos vulgares, tales como: «Todos los hombres son iguales.—Quien vió una mujer, las vió

todas.—El corazón del hombre siempre es el mismo.—Las pasiones y modo de sentir de los lapones son lo mismo que los de los andaluces».

»Y menos fiarás en la archivulgar sentencia: «Piensa mal y acertarás». No pienses mal, sino juzga bien y acertarás. Pero sé tarda en formar tus juicios, porque con verdad se ha dicho que el hombre juzga por razones y la mujer por impresiones; es decir, el primero con la cabeza y la segunda con el corazón, y ya sabes cuán fácil es este de dejarse engañar, sobre todo si es noble y sincero. Sin embargo, debes siempre preferir *la tristeza de un desengaño, al sonrojo de un mal juicio*».

Con la práctica de estas enseñanzas logró Cecilia ocultar bajo su delicada, señoril y modesta personalidad femenina, el ingenio vigoroso y la profunda cultura de Fernán Caballero, á la manera que un bello y frágil frasco de porcelana de Sevres, encierra, sin mostrarla, una rica esencia fuerte y enérgica; y era tanto su empeño en ocultar cualquier conocimiento que no fuera ordinario en su sexo, que yo mismo, que con tanta intimidad la trataba, no supe, hasta después de su muerte, que Cecilia poseía el latín, no sólo como las damas alemanas de su época, lo suficiente para el uso de devocio-

narios y psalterios, sino tan profundamente como es necesario para comprender y manejar los clásicos: la cual ignorancia mía dió lugar á un caso gracioso en que el ridículo quedó de mi parte y la malicia—cosa rara en ella—de parte de Fernán.

Acostumbraba yo á estar en su casa á la llegada del correo, y cuando estábamos solos, abríale las cartas y leíale algunos artículos de revistas y periódicos. Una noche llegó un artículo de D. Manuel Polo y Peyrolón, muy joven entonces y en los primeros revuelos de su carrera literaria. No recuerdo si el artículo en cuestión venía en una revista ó como prólogo de una novelita que dicho señor dedicaba á Fernán Caballero; pero sí recuerdo que contenía una razonada y bien escrita defensa de Fernán contra los rudos ataques que solía dirigirle el difunto D. Juan Valera, cosa increíble en persona tan correcta y discreta.

Leía yo el artículo con cuidado, escuchábale Fernán con atención y deslizábase la lectura con mucho agrado de ambos. Mas de repente tropecé con el conocidísimo texto de San Lucas y San Mateo: *Ex abundantia cordis, os loquitur*, que el autor aducía muy oportunamente, y mal debí yo de pronunciar la frasecilla, cuando interrumpiendo Fernán la lectura, como si

quisiera sondear mis conocimientos en la lengua del Lacio, me preguntó con cierto retintín en que no me fijé entonces:

—Y qué significa eso?...

Eran á la sazón tan menguados mis conocimientos latinos, que ni aun siquiera recordaba las nociones rudimentarias que la segunda enseñanza exige: turbeme, pues, algún tanto y en vez de confesar honradamente mi ignorancia, púseme á balbucear como niño desaplicado que traduce y analiza ante el maestro.

—*Ex abundantia*... claro está; esto es *la abundancia*... *Cordis,* es *corazón:* lo mismo que *sursum corda*... *Os,* es *hueso; os-osis*... *loquitur,* no sé lo que es; pero debe de ser una cosa fuerte, como machacar...

Y con el aplomo de la más necia petulancia de diez y ocho años, concluí creyendo disparatar impunemente, por suponer en Fernán mi misma crasa ignorancia.

—Así es que: *Ex abundantia cordis os loquitur* puede traducirse así... *La abundancia del corazón quebranta los huesos*...

—Jesús, hombre, qué atrocidad!, exclamó Fernán estupefacta... Y á qué viene ahí eso?...

—Eso ya no lo sé, repliqué modestamente. Al señor Polo y Peyrolón toca explicarlo.

Y seguí mi lectura muy serio, sin caer en la

cuenta del ridículo inmenso en que me había puesto... Caí sin embargo, y lo comprendí años después, cuando á la muerte de Fernán, leí en un artículo necrológico que escribió su íntimo amigo D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, que la culta autora de La Gaviota poseía el latín perfectamente. Entonces comprendí también, con cierto inocente despechillo de víctima sacrificada, que á fuer de buena andaluza practicaba Fernán á maravilla aquella frase, que ella no conoció sin duda, por ser entonces patrimonio exclusivo de ratas y chulapos, pero que en el día corre por todas partes en boca de Duquesas y Académicos. *Tomar el pelo.*

X

Izo Cecilia su entrada oficial en el mundo en Alemania: presentóla ceremoniosamente su abuela en su imponente, aristocrática, seria y aburrida tertulia, donde intimidado aquel alegre pájaro de brillante plumaje, no osó nunca alzar su vuelo, ni dejar oir su alegre gorjeo, sino que escondía asustado la cabecita bajo el ala, y acababa por dormirse en cualquier rincón fuera del alcance de las miradas asombradas, suplicantes ó amenazadoras de su encopetada abuela.

Nada por tanto trajo Cecilia á España de la sociedad alemana, sino que se formó y vació por completo en los finos y elegantes moldes de aquella alegre y culta sociedad gaditana que antes bosquejé ligeramente, y en cuyo seno se iniciaba entonces la funesta división, madre de

tantas discordias y de tantas otras subdivisiones, que separó á los españoles por primera vez en dos bandos irreconciliables, *serviles* y *liberales*... Era Cádiz en aquel tiempo, por muchas y diversas circunstancias, una de las poblaciones más agradables y cultas de Europa, y en su alta sociedad tenía D.ª Frasquita de Larrea, madre de Cecilia, un distinguido puesto. Había esta señora, durante la ausencia de su marido en Alemania, conservado su posición en Cádiz y echado los cimientos de una tertulia—como se decía entonces—ó de un salón—como se diría hoy—que andando el tiempo y al convertirse de familiar en literaria y política, tuvo, por su influencia, excepcional importancia. Mas sobrevino entonces la invasión francesa y un horrible suceso, acaecido en el mismo Cádiz, de tal manera afectó á D.ª Frasquita y la aterró, que huyó á Chiclana con sus hijas, donde tenían los Bölh de Faber, como todos los gaditanos pudientes de aquella época, una magnífica casa. Fué este suceso el atroz asesinato de su íntimo amigo D. Francisco María Solano, Marqués del Socorro y de la Solana, y Capitán General, á la sazón, de Andalucía.

Mil veces oí contar este horrendo episodio á Fernán Caballero, que no lo presenció como su madre, pero que por las relaciones de ésta guar-

daba tan vivo recuerdo, que harto se conocia el mucho afecto que profesaba á la víctima y lo bien que conocía aquellos lugares. Era el General Solano, según Fernán aseguraba, el hombre de mejor presencia que había conocido en su vida: de altísima estatura y perfectamente formado: moreno, con grandes ojos negros muy penetrantes. Conocía á Cecilia desde su más tierna infancia: gustaba mucho de ella y siempre que iba á casa de sus padres, que era con harta frecuencia, solía sentarla en sus rodillas, y agitando sus largas piernas, cantábale esta coplilla infantil, con tal satisfacción de la niña, que hasta en su ancianidad guardaba el recuerdo:

Arre, caballito,
Vamos á Sanlúcar,
A comer las peras
Que están como azúcar.

Tenía una voz sonora, de esas que parecen hechas para el mando, y dejan en el oído una impresión musical, varonil y guerrera, que tiene algo del sonido del clarín y del relincho del caballo.

Angustiosa era la situación del General Solano en Cádiz, por Mayo de 1808. Casi desprovista la plaza de tropas regulares para su defensa y confiada ésta en su mayor parte á tres

regimientos de voluntarios, especie de milicianos nacionales de entonces, que los guasones gaditanos llamaban, por ridículas razones, el de la Pava, el de los Guacamayos y el de los Cananeos; anclada en la bahía la escuadra francesa al mando de Rosilly, en actitud enigmática y mezclada con nuestros propios barcos; y mar afuera, rondando siempre la embocadura del puerto, como ladrón que acecha ó ratero que observa, ó cualquiera cosa vil y dañina que por robar, mata, destroza y traiciona, la escuadra bloqueadora inglesa, con el artero Collingwood al frente.

Así las cosas, llegó á Cádiz la noticia de lo sucedido en Madrid el 2 de Mayo, y de cómo iban secundando todas las provincias aquel alzamiento, irreflexivo y desordenado entonces, pero gigantesco desde sus comienzos. Alzóse Sevilla el día 26, nombrando por sí y ante sí una junta de Gobierno que tituló *Suprema de España é Indias,* y cuya primera disposición fué enviar comisionados á Solano para que secundase en Cádiz el alzamiento. Iban tras los comisionados gentes bullangueras de las que habían empujado al pueblo de Sevilla al asesinato del Conde del Águila, y venía también entre ellos, disfrazado, aquel incansable alborotador de entonces, el Conde del Montijo, sos-

pechoso, por lo menos, de fracmasón, que dirigió el motín de Aranjuez, con el nombre del *tío Pedro*.

Llegaron los comisionados á Cádiz el 28 de Mayo, y avistáronse sin pérdida de tiempo con Solano, que vivía en la plaza del Pozo de las Nieves, una gran casa con balcón de piedra semicircular en medio. Siguiéronles muy de cerca los bullangueros sevillanos, y uniéronse á ellos en la plaza de San Juan de Dios los ociosos y vagos que entonces, como ahora, la poblaban, y alguna parte del pueblo bajo de Cádiz, alborotados todos por los graves sucesos que amenazaban, y rodeando la casa de Solano en ansiosa espectativa.

Midió éste desde el primer momento toda la extensión del conflicto y la gravedad del peligro, y con su entereza ordinaria hizo patente á los comisionados la situación de Cádiz, la loca temeridad que sería hostilizar á los franceses con tan pocas fuerzas, teniendo á la vista la escuadra inglesa, aún más enemiga que éstos, y su propósito firmísimo de no adherirse *por entonces* al alzamiento de Sevilla, á no ser que el Consejo de Generales que iba á convocar al momento, decidiese lo contrario y partiese con él la responsabilidad de los daños que esta resolución acarrease.

Convocó, en efecto, al punto á cuantos Generales había en Cádiz, y el resultado de sus deliberaciones fué mantener con toda firmeza la resolución de Solano. Publicóse este acuerdo en forma de bando, después de la media noche, con grande aparato de músicas y antorchas. Enfurecióse la plebe: atizaron su furor los revoltosos de Sevilla, y acudieron vociferando á la plaza de las Nieves, pidiendo á Solano, no ya que declarase la guerra á los franceses, sino que abrasase con bala roja la escuadra surta en el puerto. Arengóles el General desde el balcón, y con el fin de aplacarles prometióles reunir de nuevo á los Generales para someter á su dictamen el deseo que manifestaban. Comenzó entonces á correr de boca en boca la palabra *traición,* y disimulando el populacho su rabia contra Solano, y trocándose de exigente en provocativo, allanó la casa del cónsul francés Mr. Le Roy y quiso apoderarse de su persona: mas pudo éste escapar por fortuna y refugiarse en el convento de los frailes agustinos.

Desde entonces comenzaron á circular contra el Capitán General mil absurdas acusaciones de traición: propagábanlas los bullangueros de Sevilla, diciendo que Solano se entendía con los franceses: que iba á entregarles aquella misma

noche los castillos de la bahía: que Napoleón le había prometido la corona de Portugal á cambio de la plaza que mandaba, y otras patrañas semejantes... Crecía con esto aquella marea de furor que amenazaba inundar á Cádiz, y desde las primeras horas del día 29 situóse en torno de la Capitanía General una compacta muchedumbre en actitud hostil, esperando el resultado del Consejo de Generales que Solano había prometido.

Á las nueve llegó D.ª Frasquita de Larrea con gran trabajo á casa de éste y entróse por una puertecilla excusada, sin llamar la atención de nadie: venía á ofrecer un asilo en su casa á la Marquesa y á sus hijos, si la tempestad arreciaba, como se temía por momentos. Negóse ella á alejarse de su marido, y desde una ventana del entresuelo estuvieron ambas señoras observando, con terror, á la imponente muchedumbre. Formaban su mayor número forasteros, gente allegadiza de todas partes como los bullangueros sevillanos, contrabandistas, ladrones, licenciados de presidio, marineros del arsenal, muchos gitanos y muy pocos del sensato y honrado pueblo de Cádiz: veíanse también muchos de esos rostros patibularios que sólo salen en las conmociones populares y se esconden luego, nadie sabe dónde, como animales

dañinos que no pudieran respirar fuera de la atmósfera de la sedición, el asesinato y el pillaje.

Á las doce comenzaron á salir los Generales una vez terminado el Consejo, y la multitud les abrió calle sin oponer resistencia ninguna ni faltarles al respeto. Salió después á caballo un ayudante del Capitán General llamado don José Luquey para promulgar el bando, porque rara vez solían entonces fijarse éstos, especialmente los militares, sino que solían recorrer las calles los ayudantes, leyéndolos en los parajes de mayor concurrencia. Dirigióse, pues, don José Luquey al trote de su caballo á la plaza de San Antonio, y siguióle la muchedumbre ansiosa de enterarse, dejando despejada por el momento la del Pozo de las Nieves. Entonces aprovechó la ocasión D.ª Frasquita de Larrea y salió sigilosamente de la Capitanía General, despedida cariñosamente por Solano y por su esposa hasta el pie de la monumental escalera: iba del brazo del General de Marina Ruiz de Apodaca, que la acompañó hasta su casa.

Mientras tanto leía D. José Luquey el bando, cuya sustancia era ésta: «Que la Junta de Generales y otros Jefes de Marina había manifestado ser imposible hostilizar inmediatamente la escuadra francesa, porque estando los navíos de esta nación interpuestos con los españoles,

éstos iban á sufrir los mismos estragos. El incendio que producirían las balas rojas, lo mismo iba á devorar la escuadra francesa que la escuadra española; acto de barbarie que no podían consentir aquellos respetables marinos, ni el General Solano, ni ninguno que tuviese ideas de humanidad y del decoro de su nación y del suyo propio».

Al terminar la lectura del bando, reinó en la plaza un momento de terrible silencio... Rompiólo al fin una infernal gritería; vióse desaparecer al ayudante y su caballo entre las oleadas de la muchedumbre, y desbordarse ésta por todos lados, como exclusa que se rompe, ébria de furor y ébria de vino. Guiáronla los caciques al parque de artillería: allanaron éste sin resistencia: apoderáronse de fusiles, pólvora y balas: sacaron á hombros varios cañones y pidiendo á gritos la cabeza de Solano, invadieron de nuevo la plaza de las Nieves. Al oir el furioso tumulto la Guardia del General cerró la puerta, y Solano mismo salió intrépidamente al balcón de piedra, sólo, sin armas, con la cabeza descubierta, magnífico y terrible con su suntuoso uniforme de húsar. Acalláronse todos á su vista intimidados, porque intimida siempre lo heróico, lo grande, lo hermoso, lo fuerte...

Tres de los más osados, que se abrogaban la

representación de todos, pidieron entonces conferenciar con el General: mandó éste introducirles á su presencia, y el que llevaba la voz, un tal Pedro Olaechea, que llamaban *el Fraile*, porque había sido novicio en la Cartuja de Jerez de la Frontera, tuvo el insolente descaro de proponerle que resignase en ellos el mando... Indignado el General Solano, mandóles salir de su presencia, y uno de ellos asomóse entonces al balcón y dió al populacho, con un pañuelo blanco, la señal de la acometida: rechazóla la Guardia del General disparando sus fusiles, y retrocedieron todos cobardemente arrastrando consigo los cañones: mas convencidos en breve de que la Guardia disparaba sólo al aire, volvieron un cañón contra la puerta de las caballerizas, y la echaron abajo, precipitándose dentro los furiosos, bramando, blasfemando, rompiendo y destrozando cuanto hallaban al paso.

Mientras tanto, aquellos tres desalmados intentaban apoderarse de la persona del General. Disparó éste una pistola contra ellos y huyeron dos, aterrados, á juntarse con la muchedumbre que ya invadía la casa. Juzgándose entonces perdido Solano, trató de ganar por las azoteas la casa de su vecino y amigo el opulento irlandés D. Pedro Strange, para buscar por una puerta excusada franca salida. Mas siguióle por

las azoteas el antiguo novicio cartujo, y al ver que saltando el pretil se le escapaba, osó ponerle sus manos encima para detenerle. Apelando entonces Solano á sus atléticas fuerzas, levantóle en vilo por debajo de los brazos, y le dejó caer por el hueco de un patinillo en cuyo fondo de losas fué á estrellarse.

Libre ya de este obstáculo, descolgóse fácilmente en la azotea de su vecino D. Pedro Strange, que era más baja, y cayó casi en brazos de la heróica esposa del irlandés, D.ª María Tuker, que salía á su encuentro para salvarle...

XI

ERA en efecto, D.ª María Tuker, mujer capaz de cualquier empresa heróica; previsora y prudente en alto grado, compasiva, generosa, dotada de admirable presencia de espíritu y de un valor á toda prueba, hallábase además unida con toda la familia de Solano por los vínculos de la amistad más estrecha. Ausente su marido entonces de Cádiz, había seguido ella sola todas las fases de la sedición con ansiedad extrema, y enviado varios mensajes á Solano y á su esposa para que buscasen por las azoteas un asilo en su casa, desde donde podrían encontrar franca salida: había en efecto á la espalda una puertecilla que daba á una calle excusada, y tenía dispuestos á prevención D.ª María varios disfraces.

Los cañonazos que echaron la puerta abajo y los alaridos rabiosos de la multitud al invadir la casa de Solano, anunciaron á D.ª María Tuker que había llegado el momento de socorrer á sus amigos... Subió ella misma á la azotea y abrió de par en par la puerta, cerrada de ordinario con llave y cerrojo. Oyó entonces más distintamente el espantoso rugir de las turbas que saqueaban la casa del General, persiguiéndole, y el siniestro estrépito de las consolas, muebles y espejos que arrojaban á la calle por los balcones para quemarlos. De repente percibió todavía más cerca, allí junto, en la azotea misma de Solano, el ahogado rumor de una lucha silenciosa... Lejos de retroceder la animosa señora, adelantóse intrépidamente hasta la pared medianera, y prestó allí oído atento: oyó entonces el alarido de horror del miserable Olaechea al caer al patinillo...: pasos apresurados después; el empuje de un salto luego y vió por último caer del pretil, frente á frente de ella, á Solano en persona con el brillante uniforme destrozado y ensangrentadas las manos... No se dijeron nada, ni tampoco fué necesario: sin decir una palabra huyeron ambos de la azotea, cerrando la señora la puerta por dentro temerosa de que le persiguieran de cerca. Llevóle á su gabinete...: era necesario trazar un plan al

instante...; combinar una huída sin pérdida de tiempo...

Mil veces oí describir á Fernán Caballero el lujo de la opulenta morada de D. Pedro Strange, que ella frecuentó mucho, y muy en particular de este gabinete de D.ª María Tuker, en el que tuvo principio el desenlace del terrorífico drama de que fué víctima el tan infortunado como noble Marqués del Socorro y de la Solana... Estaba este gabinete tapizado todo de raso color de rosa, y las medias cañas y molduras que sujetaban la tapicería eran de plata maciza. Había en el fondo una magnífica chimenea inglesa de mármol blanco, cosa todavía muy nueva en España, y á la derecha de ésta, un escondite perfectamente disimulado bajo la tapicería, para guardar la leña.

Con breves frases entrecortadas por la ansiedad y la prisa, propuso D.ª María esperar á que anocheciese (eran entonces poco más de las cuatro): salir entonces por la puertecilla excusada al callejón solitario, disfrazado con un hábito de fraile que tenía ella preparado, y ganar desde allí el convento más próximo, que sería, como todos ellos en aquella época, un asilo inviolable... Opúsose Solano: temía que el cuerpo de Olaechea, hecho pedazos en el patinillo de la Capitanía General, denunciase su pista y le per-

siguieran en el acto... Era por lo tanto necesario huir sin perder un minuto, y decidióse á hacerlo por el callejón excusado y con el hábito de fraile, confiando su salvación á la Virgen del Rosario, patrona de Cádiz. Retiróse, pues, al cuarto de D. Pedro Strange para quitarse el uniforme y ponerse el hábito: mas no tardaron en cumplirse sus predicciones y fué ya tarde por desgracia. Olaechea no había muerto en el acto, y antes de expirar entre horribles dolores, declaró con infernal saña por dónde había huído Solano.

Los aullidos aún más furiosos de la turba y sus repetidos golpes en la bien atrancada puerta de D. Pedro Strange, hicieron comprender á D.ª María que el momento de supremo peligro se precipitaba, que ya estaba allí y llamaba á la puerta... No se inmutó por eso, ni perdió su presencia de espíritu la valiente irlandesa... Corrió en busca de Solano: hallóle á medio vestir, en mangas de camisa y descalzo por estarse poniendo las alpargatas correspondientes al hábito... Con la mímica de su rostro más bien que con palabras, dióle á entender lo que sucedía: arrastróle tal como estaba al gabinete rosa, y empujóle en el escondite de la leña, vacío á prevención desde por la mañana: arrojó tras él las prendas del uniforme y las del hábito y ce-

rró la puerta... Con admirable sangre fría descolgó entonces la dorada jaula de un pajarito que, según la moda andaluza, adornaba con otros muchos la suntuosa galería del patio, y asomóse al barandal con ella en la mano, como si la estuviese limpiando... Quería la astuta señora que la sorprendiesen las turbas en aquella inocente ocupación cuando les abriesen las puertas é invadiesen la casa... Así sucedió en efecto, y tan sorprendidos quedaron los primeros invasores de la calma y serenidad de aquella señora, que moderaron involuntariamente sus gritos, contuvieron sus ahullidos, y con respeto casi, y con duda, preguntaron si estaba escondido allí Solano... Encogióse D.ª María de hombros con la sorpresa más natural: nególo rotundamente y adelantándose al deseo de las turbas, invitóles á que registrasen ellos mismos la casa. Invadiéronla toda con bastante orden y compostura, y D.ª María no tomó otra precaución que la de replegarse hacia el gabinete rosa, quedándose á la puerta... Engañadas las turbas y convencidas de que Solano no estaba en la casa, comenzaban ya á retirarse, llegando algunos de aquellos foragidos hasta á presentar excusas á D.ª María... Mas de repente y sin saber cómo, ni cuándo, ni de dónde, surgió en medio del patio, como vomitado del infierno,

un hombrecillo escuálido y raquítico, que á grandes voces aseguraba que Solano estaba allí escondido... Detiénense todos: vuelven á invadir el patio y á las preguntas de dónde?... dónde?, contesta el hombrecillo indicando con el dedo el gabinete rosa:—¡Allí!—Suben entonces atropelladamente la escalera con el hombrecillo al frente, que no cesa de repetir:

—Allí!... Allí!... En la leñera!...

Era aquel malvado un oficial de carpintero llamado Segundo, que había trabajado años antes en la construcción del escondite!...

Al oirle D.ª María, saltó como una pantera para impedir la entrada en el gabinete: apartáronla con modos harto suaves para aquella canalla, y ella se fué replegando poco á poco hasta cubrir con su cuerpo la puerta del escondite. Arrolláronla entonces brutalmente, hiriéndola en un brazo: oyó sin duda Solano desde dentro el grito de D.ª María, y no pudiendo sufrir que padeciese aquella noble mujer por causa suya, abrió la puerta por sí mismo y se presentó á las turbas... Acogióle un espantoso ahullido de salvaje alegría, que se prolongó por la escalera y llegó hasta la plaza, y cien garras le arrastraron fuera, tal como estaba, en mangas de camisa y descalzo. En la plaza de las Nieves y frente á su propia casa, atáronle fuertemente

las manos á la espalda, le echaron una cuerda al cuello y promulgaron su sentencia de muerte.

Habían levantado meses antes en la plaza de San Juan de Dios, por orden del mismo Solano, una horca muy alta donde colgaban á los bandoleros de las partidas de Pichardo y el zapatero de Jerez conforme iban cayendo en manos de la justicia, y en esta horca decidieron dar muerte al noble General, para que fuese más afrentosa. Sustituyeron, pues, el grito de —Muera Solano!—con el de—A la horca el traidor!—y con este acompañamiento de gritos y esta ignominia, comenzó á desfilar el horrible cortejo á lo largo de la calle de la Aduana, camino de la horca.

Iba delante, abriendo camino con un sable en la mano, un gitano ridículo conocido en todo Cádiz por un mote burlesco: seguíanle otros muchos de su jaez llevando unos los cañones á hombros, custodiáudolos otros con armas de todas especies: venía luego un pillete descalzo de pie y pierna, llevando en la punta de un palo la faja de General de Solano, y detrás caminaba éste fuertemente maniatado, en medio de un horrible pelotón que le empujaba para todas partes y le pinchaba sin cesar con toda clase de armas como aguijoneándole: iba descalzo, en mangas de camisa, desgarrada esta y ensan-

grentada por la multitud de heridas que, sin ser de muerte, le desangraban. Marchaba, sin embargo, con gran firmeza, sereno, imponente con la lastimosa majestad de un Cristo que camina hacia el Calvario, sin desplegar los labios. Sólo una vez lo hizo en todo aquel horrible trayecto. Un grumetillo llamado Florentino Sanz acercóse á él, y con una navajilla pequeña, asestóle una puñalada. Volvió hacia él Solano sus serenos y desdeñosos ojos, y midiéndole de arriba abajo, le dijo:—Gran hazaña has hecho!...

Al entrar en la plaza de San Juan de Dios desfalleció la noble víctima por la pérdida de la sangre, y hubo de sentarse en un montón de piedras que allí había, mientras preparaban la horca y traían la escalera. En el mismo momento desembocaban en la plaza por parajes opuestos, dos hombres muy distintos que traían á Solano auxilios muy diversos. Era el uno un caballero joven que se recataba cuidadosamente el rostro con el embozo de su capa de grana: era el otro un sacerdote de pequeña estatura y aspecto débil y enfermizo. Venía el primero siguiendo á Solano desde la plaza de las Nieves, alborotando unas veces con la furiosa muchedumbre, como para disimular, dirigiendo otras sobre aquella soez canalla sañudas miradas que rebosaban odio profundo. Al caer So-

lano desfallecido sobre el montón de piedras, pintóse en su rostro una expresión de dolor inmenso, y al notar que sacaban ya de las Casas Consistoriales la larga escalera de la horca, apoderóse de él una especie de desesperación nerviosa y abrióse paso á puñetazos entre la muchedumbre, dando rabiosos gritos, hasta llegar á la persona misma de Solano... Inclinóse sobre él; díjole al oído algunas palabras que pareció comprender la noble víctima, y de repente, sacando de debajo de la capa una pistola, descerrajóle un tiro en mitad del pecho, y desapareció entre la turba, dejando en manos de los que quisieron detenerle, su rica capa de grana. Solano dió un salto atroz á impulsos del tiro, y cayó otra vez, ya expirante, sobre el montón de piedras.

Recibióle sin embargo en sus brazos aquel clérigo pequeñito de débil aspecto que luchaba por atravesar la compacta muchedumbre, y que lo había al fin conseguido, con tan rara oportunidad, ó mejor dicho, con tan misericordiosa providencia de Dios, que llegó á tiempo de recibir las últimas palabras de contrición de Solano expirante y de administrarle el Sacramento de la Penitencia, dándole la absolución en el trance de la muerte.

Sucedió todo esto tan rápidamente y de

modo tan impensado y como venido del cielo, que los que estaban en último término no se enteraron al pronto, y sobrecogidos los de primera fila por el respeto á las cosas santas que hasta la canalla más vil conservaba aún en aquellos tiempos, retrocedieron en silencio dejando al sacerdote obrar libremente... Mas una vez pasado este primer movimiento casi involuntario, en que la piedad se sobrepuso á los crueles ímpetus, y hostigados de nuevo por los infames cabecillas que no se supo nunca de dónde brotaron, adelantáronse otra vez deseosos de saciar su saña, colgando de la horca á Solano muerto, ya que no habían logrado suspenderlo vivo...

Levantóse entonces el sacerdote, que estaba aún arrodillado ante el cadáver, y cubriéndolo con su manteo manchado de sangre, gritó con tan terrible voz que pareció tener algo de sobrenatural y divino:

—Atrás!... Este cadáver pertenece á la Iglesia!... Nadie lo profane!...

Y la furiosa turba retrocedió poco á poco al oirle, y se dispersó lentamente en silencio, dejando solos al fuerte guerrero vencido y destrozado por el huracán de las humanas pasiones, y al débil hombre de paz que en nombre de la Iglesia lo enfrenaba y hacía retroceder

como la palabra de Dios á las embravecidas olas!...

Aprovechando entonces el clérigo aquel momento de tregua, llamó á unos albañiles, gente honrada y pacífica que trabajaba en las obras de las Casas Capitulares, y les hizo conducir el cadáver de Solano en unas parihuelas y cubierto siempre con su manteo, á la única capilla terminada en la Catedral nueva, que era donde se depositaban entonces los cadáveres. Á su lado veló toda la noche, orando y vigilando, hasta una hora antes del amanecer que le enterraron secretamente, aquel sacerdote modelo, amigo leal y doctísimo dechado de virtudes que se llamó D. Antonio Cabrera y fué Magistral del Cabildo Catedral de Cádiz.

Mientras tanto refugiábase D.ª María Tuker en casa de su amiga y parienta por su madre, D.ª Frasquita de Larrea, y como desbordadas todavía las turbas al otro día, invadiesen y saqueasen las casas de algunos amigos y parientes del infortunado General muerto, huyeron las dos amigas aquella noche en un falucho al Puerto de Santa María, y siguieron de allí á Chiclana en coche de colleras (1).

(1) Nunca llegó á saber Fernán Caballero quién fuese aquel señor de la capa de grana que con la mejor buena fe y la intención más caballeresca, cometió un verdadero ho-

micidio en la persona del General Solano. Corrió entonces la voz de que era un íntimo amigo suyo, que había querido librarle de la afrentosa muerte de horca; pero nadie supo ó nadie osó designar su nombre, hasta que en 1858 se atrevió á estamparlo D. Adolfo de Castro en su Historia de Cádiz, sin dar noticias de su persona, sino limitándose á decir que *según voz que corría, había sido un íntimo amigo suyo llamado D. Carlos Pignatelli.* Muchos años después, en 1880, hablando yo, por casualidad, de este horrible suceso con mi respetabilísimo y muy querido amigo el anciano Conde del Real, ya difunto, díjome que lo conocía muy bien y con todos sus pormenores, porque aquel caballero de la capa de grana que dió muerte al General Solano, era D. Carlos Pignatelli y Gonzaga, á quien él había conocido y tratado mucho, como hermano que era de su abuela la Duquesa de Villahermosa, y entonces me dió sobre él las siguientes noticias: D. Carlos Pignatelli y Gonzaga era el menor de los hijos del Conde de Fuentes, y hermano por lo tanto de la Duquesa de Villahermosa, D.ª María Manuela; de la de Medinaceli, D.ª María Francisca, y del Marqués de Mora, tan célebre en su tiempo, sobre el cual publiqué hace años un librejo. En 1808 era D. Carlos ayudante del General Solano, á quien profesaba una amistad que ya rayaba en culto. En los aciagos días 28 y 29 de Mayo no se separó Pignatelli un instante del General, hasta el momento en que huyó éste por las azoteas, encargándole antes, para alejarle del peligro, un mensaje tranquilizador para su esposa. Cumpliólo Pignatelli y siguió luego al General, vestido de paisano y mezclado entre las turbas, con la esperanza siempre de salvarle. Perdió, sin embargo, esta esperanza al llegar á la plaza de San Juan de Dios, y al ver que traían ya la ignominiosa escalera, alborotóse su noble sangre, ofuscóse su razón y juzgando que su amigo preferiría cualquiera otra muerte á aquella tan indigna de un caballero, resolvió dársela él mismo, como la mayor prueba de amistad que podía tributarle. Aseguraba D. Carlos que antes de disparar la pistola á Solano, le dijo al oído su intento, y que éste lo

aprobó bajando la cabeza y apretándole fuertemente un pie, con el suyo descalzo. Consumado el hecho, ocultóse por de pronto Pignatelli, y huyó después á Inglaterra: pasó luego á París, á la caída de Bonaparte, donde vivió muchos años; hasta que anciano y sin familia, vino á Madrid al calor de sus sobrinos los Duques de Villahermosa y vivió en su compañía en el palacio de la Carrera de San Jerónimo, donde murió santamente después del año treinta. En el archivo de Villahermosa existen varias cartas suyas y papeles que le pertenecieron.

XII

La invasión francesa barrió hacia Cádiz todo lo grande, rico, noble, culto y elevado que no se hallaba en España en disposición de tomar las armas y hacer frente al enemigo. Aglomeráronse, pues, en la risueña ciudad andaluza casi todas las familias de los Grandes que peleaban en sus provincias; los altos empleados, los Tribunales superiores, los Embajadores extranjeros, la Regencia misma y las flamantes Cortes por último, acompañados todos estos diversos grupos de la infinidad de dependientes, empleados y satélites que en torno de cada cual giraban. Recibían los alegres y rumbosos gaditanos esta numerosa invasión con los brazos abiertos y las puertas de par en par; pero no lastimados y llorosos á la vista de aquellos desgraciados fugitivos, que huían de tamañas

calamidades y desastres, sino con la misma alegre cordialidad con que acostumbraban á recibir los huéspedes y forasteros que acudían á bandadas á los toros del Puerto, á las ferias de Chiclana y á los gallumbos de Puerto-Real, fiestas las más típicas, las más alegres y las más famosas y concurridas que por aquel tiempo se celebraban en aquella tan ponderada región.

Los refugiados por su parte, que llegaban tristes, cariacontecidos y aterrados todavía de lo que habían visto y de lo que habían escapado, sorprendíase al pronto de aquel extraño recibimiento: mas contagiados en breve del buen humor de los gaditanos, identificábanse al punto con ellos y formaban un conjunto tan alegre y divertido; un todo tan compacto, tan alborotado y tan bullicioso, que durante todo el tiempo que duraron aquellas críticas circunstancias, fué Cádiz, en alegría y animación, un continuo día de toros en el Puerto, una feria sin fin de Chiclana, un gallumbo de Puerto-Real que duró dos años y medio.

Los extranjeros, asombrados al par que llenos de entusiasmo, declararon aquel caso único en la Historia. Regístranse, en efecto, en ella, muchos pueblos que resistieron á sitios, é hicieron frente á un enemigo con valor, con de-

nuedo, hasta con heróica firmeza: pero un pueblo que teniendo ante sus muros al ejército más formidable del mundo, vencedor, hasta entonces, en cuanta tierra había pisado, conteste á las bombas con seguidillas, al horrible cañoneo con estrepitosos fandangos, y se pase el día paseando por sus inexpugnables murallas con el chiste en los labios y la guitarra en la mano, es cosa que sólo se ha visto en Cádiz, en aquella gloriosa y terrible época de 1810 á 1812.

Y no eran por cierto las diversiones de entonces en Cádiz, ni costosas ni de suyo alborotadas: reducíanse, por la mañana de once á dos de la tarde, á la clásica ocupación de tantos millones de españoles, lo mismo de entonces que de ahora; esto es, á *tomar el sol*... Pero tomaban el sol en la calle Ancha y en la plaza de San Antonio, y tomábanlo las más elegantes damas, los más apuestos lechuguinos, y los más bizarros militares que encerraba Cádiz entre sus muros. Ellas, no encorazadas, oprimidas y tiesas como ahora, sino elegantes y sueltas en sus sayas de alepín de medio paso con fleco de botonero de á media vara, golpes y hombreras; media de seda calada, zapato de raso, toquilla al cuello bordada de oro, plata ó sedas de colores: mantilla de punto redondo,

peineta dorada ó de carey, y enorme abanico, que en manos de las gaditanas, venía á ser una especie de segunda lengua, que expresaba con la mayor elocuencia todas las emociones, todos los afectos y todas las graciosas picardías, más ó menos inocentes, que cruzaban por aquellas cabecitas de gorjeadores pájaros. Ellos, los lechuguinos, vistiendo los más elegantes á la inglesa, con calzones y botines ajustados con botones al tobillo, fraques de colores varios, corbatín y tirilla de á medio palmo, y castorín de felpa gris muy ladeado: conservando otros la airosa capa de grana y el español castoreño, y luciendo los militares sus brillantes uniformes, entre los que descollaban los azules y encarnados de los oficiales ingleses, ya nuestros aliados, y más todavía, entre estos últimos, los Guardias Reales y los *highlanders* escoceses, que ostentaban los apellidos más ilustres de Inglaterra y de Escocia y la varonil belleza de su raza sajona bretona del Norte.

Á la hora de la comida, que era de dos á tres, desaparecía como por encanto toda esta brillante concurrencia, para no dejarse ver hasta la caída de la tarde, devota entonces, seria, compungida y rosario en mano para asistir á las numerosas novenas y continuas rogativas que se hacían en todas las iglesias por la pronta ter-

minación de la guerra y total expulsión de los franceses. Por la noche repartíanse según los diversos gustos: iban unos al teatro, donde representaban muy buenos comediantes, también fugitivos de Madrid, entre los cuales estaban, Caprara y Díez, discípulos de Máizquez, Carretero, el gracioso Querol, y la incomparable Rita Luna, de quien dijo Arriaza:

La dama inmemorial
Del Desdén con el Desdén (1).

Repartíanse otros por las tertulias de tono, que eran tres principalmente, sin contar las fiestas y bailes brillantísimos que daba el Embajador de Inglaterra Sir Enrique Wellesley, hermano de Lord Wellington. Estas tres tertulias principales eran la de la Marquesa de Pontejos, bisabuela del actual Marqués de Miraflores; la de D.ª Margarita López de Morla, hermana del Conde de Villacreces, y la de D.ª Frasquita de Larrea, madre de Fernán Caballero, y ausente de Cádiz desde la muerte de Solano. Todas estas tertulias eran igualmente frecuentadas, y

(1) Posee un magnífico retrato de esta famosa comedianta, pintado por Goya, el señor Conde de Oliva, procedente de la galería de cuadros de su suegro el Excelentísimo Sr. Duque de Béjar. Fué pintado por Goya en el Pardo, donde vivió retirada la célebre trágica los últimos días de su vida.

en todas se solicitaban con el mismo ardor las presentaciones, porque en las tres se encontraba la amenidad y discreción en el trato, tan exquisito en el Cádiz de aquella época. Cada una tenía sin embargo, su nota característica que la diferenciaba de las demás y le prestaba carácter propio: la de la Pontejos, por ejemplo, no tuvo nunca color político, ni entonces ni cuando después aparecieron los campos más divididos: era la más favorecida por la Grandeza de Madrid, que no por eso dejaba de frecuentar las otras, y jugábase en ella desastrosamente al monte, cosa entonces muy en boga, viéndose á los tertulianos girar en torno de la mesa de juego, como palomitas alrededor de la luz hasta quemarse las alas.

La de D.ª Margarita Morla por el contrario, tuvo siempre el marcado sabor político y revolucionario que le comunicaban el núcleo principal que le servía de base, y las decididas opiniones de la misma señora. Formaban este núcleo los prohombres del liberalismo de entonces, Argüelles, Toreno, Quintana, D. Juan Nicasio Gallego, Gorozarri, Pizarro, Gallardo, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa y un jovencillo tan despierto como galán, que hacía muy lindos versos, y se llamaba entonces Angel Saavedra y se llamó después el Duque de

Rivas. En cuanto á D.ª Margarita, era por su cuna de la mejor cepa de la nobleza andaluza: habíase educado en Inglaterra y vivido en París varios años, donde trabó amistad con Madame de Stäel, á quien imitaba y á quien se parecía en efecto. Contaminada con todos los errores revolucionarios franceses, aunque afectando, como tantos otros, el más ardiente españolismo, vivía entonces en Cádiz con su hermano el Conde de Villacreces D. Diego López de Morla, personaje original y escéptico si los hay, lleno de extravagancias y rarezas, pero de agudísimo entendimiento, vasta cultura, y condición tan cáustica y burlona, que lo mismo se reía del patriotismo de los españoles, que era entonces cosa sagrada, que del extraviado talento de su hermana, que era indiscutible; que de las monumentales papalinas de esta señora, que eran en realidad riquísimas y ridículas al mismo tiempo; porque es de advertir, que Doña Margarita tenía una sola afición femenina; pero afición de verdadera dama aristocrática: los encajes. Poseíalos magníficos, pero sólo se le ocurría adornar con ellos unas estrepitosas cofias que ella misma inventaba, á la manera que su amiga Mme. de Stäel inventó su célebre turbante. Por lo cual solía decir su hermano Villacreces, que se adornaba ricamente la cabeza

por detrás, para que no la mirasen por delante: conviene saber que D.ª Margarita era feísima: *poco favorecida por la naturaleza,* la llama misericordiosamente en letras de molde, su apasionado D. Antonio Alcalá Galiano.

Un episodio cómico de índole doméstica, que me contó Fernán Caballero, acabará de completar el conocimiento de ambos hermanos... La escena pasa en el gabinete de estudio de D.ª Margarita: ésta, sentada ante su brasero de plata, con ambos pies apoyados en el ruedo de caoba, se halla en disposición de leer, muy halagada, á su hermano el Conde de Villacreces el manuscrito del célebre folleto de Gallardo, todavía inédito—*Apología de los palos dados á D. Lorenzo Calvo de Rozas*—que el mismo autor le enviaba, antes de imprimirlo, deseoso de obtener su aprobación. El Conde, sentado también al brasero, frente á su hermana, se halla en actitud del que escucha, con las manos cruzadas sobre el vientre... D.ª Margarita le recomienda por centésima vez que escuche con atención, y no la interrumpa para nada... para nada. Se quita sus finísimos mitones de lana, los deposita sobre su falda, saca un cigarro puro, pues los fumaba magníficos, lo enciende y comienzan, ella, la lectura; él, á dar vueltas á sus pulgares... D.ª Margarita lee

muy bien, dando á cada frase toda su significación y fuerza: pero con sobrada solemnidad y harta pedantería, poniendo á cada paso los ojos en blanco y accionando con demasiada viveza... En el calor de la lectura, comienzan á escurrirse poco á poco los mitones sobre la seda de la falda, y acaban por caer de un golpe en medio del brasero: velos el Conde emprender camino tan peligroso sin evitarlo, presencia con satisfacción la presentida catástrofe, y quédase observando con gran atención las mil chispitas que saltan y se propagan entre sus finas mallas, hasta levantar esplendorosa llama... Llega por fin el tufillo de lana quemada á las abiertas narices de D.ª Margarita: suspende la lectura, mira para todos lados olfateando, y pregunta asustada:

—¿Qué se quema?...

—Tus mitones.

—Pero ¿cómo?...

—Porque hace un cuarto de hora que se cayeron en el brasero.

—¡Pero hombre de Dios!... ¿Cómo no me has avisado?.

—Como me digiste que no te interrumpiera para nada, para nada...

D.ª Margarita se levanta furiosa con el manuscrito en la mano: se extraña de cómo puede

ella vivir con un posma semejante: lamenta su aciaga suerte: ocúltase con gran dignidad, y no vuelve á dirigir la palabra á su hermano en cuatro días seguidos con sus cuatro noches.

Mas por desgracia, no todas las cosas de D.ª Margarita fueron dignas de risa, como el episodio de los mitones: su tertulia tuvo verdadera y funesta influencia entre las damas y caballeros de la sociedad de su época; y yo mismo he alcanzado algunas de estas vetustas figuras, que con un pie ya en el sepulcro, se distinguían todavía por una exquisita urbanidad natural y fina, como no he vuelto á encontrar semejante en las generaciones posteriores de su misma elevada clase; por una entretenida conversación siempre jovial, amena é instructiva, y por una desoladora y absoluta falta de creencias y principios morales, que contristaba el ánimo y afligía el corazón: porque no era su impiedad cínica, ni propagandista, ni hería las creencias ni los sentimientos de nadie; sino que era por el contrario callada, respetuosa, tolerante, y por decirlo así, casi humilde, y por eso sin duda, acongojaba ver aquellos amables ancianos acercarse sonriendo al borde del abismo de lo eterno, que amenazaba tragarles envueltos en su ceguedad... Y sin embargo — cosa rara que sólo á la misericordia de Dios puede

atribuirse!—Ni uno solo de los que yo conocí personalmente, así hombres como mujeres, murió impenitente; todos ellos reconocieron sus errores en su última hora y murieron en la paz del Señor!...

Una desgracia terrible, pero no impensada, cortó la vida de D.ª Margarita cuando apenas pisaba los confines de la vejez. Con tal calor y vehemencia abrazó las doctrinas de Fourier y las estudió y las propagó, que vino á perder completamente el juicio. Aprovecharon una momentánea mejoría para trasladarla á Madrid; pero atacada bien pronto de nuevo por el terrible mal, fué necesario encerrarla en la casa de locos de Toledo, donde murió sin recobrar el juicio el año de 1849 (1).

(1) No conocí á esta desgraciada señora, que murió unos dos años antes de que yo naciese; pero sí alcancé en mi infancia á su hermano el insigne Conde de Villacreces, famoso en toda Andalucía, y aun tuve el honor de que me pasease muchas veces en sus brazos por su dilatada huerta. Su magnífica casa solariega lindaba con la de mis padres, y conservo un vago recuerdo de su erguida y arrogante presencia de anciano, vestido con una especie de larga hopalanda roja, y un sombrero en todo igual á un capelo cardenalicio sin borlas: extraño traje que se vestía diariamente dos veces, única y exclusivamente para echar de comer á las gallinas... Solía decir este singular personaje, entre sus muchas máximas y sentencias, algunas de gran profundidad y acierto:—*Es cualidad de prócer la de ser algo mentecato.*— Éralo él mucho en efecto, en la verdadera acepción latina

En cuanto á la tercera tertulia, esto es, la de D.ª Frasquita de Larrea, hablaré en los capítulos siguientes, cuando al volver de Alemania la angelical Cecilia comienza á brillar en ella, y cuando en medio de esta alborotada sociedad de verdadero tránsito que he descrito, y comparando aquella España que se iba con la otra España que ya se anunciaba, echó los cimientos de las sanas y firmes opiniones que con tanto tesón y nobleza defendió hasta su muerte.

---

de la palabra mentecato, *mente capto*, es decir, privado de juicio. Por este concepto tuvo méritos sobrados para hacer compañía en Toledo á su hermana D.ª Margarita.

XIII

Las un día llegó á Cádiz la noticia de que los franceses venían sobre él y que estaban ya á la altura de Córdoba. Los gaditanos acogieron la noticia con una carcajada ingerta en una copla. Improvisóla, sin duda, algún Osian de la Caleta ó del Barrio de la Viña, en un momento de inspiración homérica, y por la noche ya se cantaba y se reía en los cuatro ángulos de la ciudad amenazada. La copla era esta:

Franceses vienen por tierra,
Franceses vienen por mar...
Ja, ja, ja, qué risa me da!
Ja, ja, ja, qué risa me da!...

Hizo fortuna la copleja, fiel expresión de los sentimientos de Cádiz, y grandes y pequeños, pobres y ricos, riéronla y cantáronla en calles, plazas, tertulias y botillerías, con esa pesada insistencia con que en aquella tierra se pone en boga, por una temporada, cualquier versillo ó dicharacho más ó menos chistoso y oportuno. Hasta en el teatro mismo, representando una noche la Agustina Torres, compañera de la Rita Luna, *El Perro del Hortelano,* de Lope, halló medio de ingerir la copleja, con poca oportunidad sin duda, pero con tan extraordinario éxito y aplauso, que las damas en pie en sus palcos, los lechuguinos desde la luneta, y la gente llana desde la cazuela, repetían en coro el estribillo, como atacados de general locura.

Ja, ja, ja, qué risa me da!

Y hasta los oficiales ingleses, puestos también de pie, repetían trabajosamente con sus acentos guturales y su genuina sosera:

Ga, ga, ga, qué risa me da, ga, ga!

Los únicos que no reían en Cádiz, eran los que lo gobernaban... Comprendían ellos que si bien era cierto que sus defensas naturales hacían inexpugnable á esta plaza, éralo también que el ejército invasor traía nuevos medios de ataque

que podrían quizá superar á estas defensas. Sabían por otra parte, que no contaban en Cádiz con fuerzas suficientes para cubrir todos los puntos flacos de la Isla Gaditana, y veían por último que el principal de estos puntos flacos, que era la *Cortadura,* estaba á medio hacer, lastimosa y temerariamente abandonada. Era esta, una obra de fortificación que cortaba la estrecha lengua de tierra que une á Cádiz con el resto de España, y de aquí le venía su nombre de *cortadura.* Constaba de un simple lienzo de muralla, flanqueado por dos baluartes y bañado por el mar ambos extremos: pero aunque los baluartes y el lienzo de muralla estaban terminados, faltábale á ésta el terraplén y venía á quedar toda la obra abierta.

En este apuro decidióse por de pronto acabar á toda prisa las obras de la Cortadura, pidiendo auxilio al vecindario, y entonces probaron los gaditanos que sabían hacer algo más que improvisar coplas ó reirse de todo. Con extraordinario empuje y alegre bullicio acudieron al trabajo todos los vecinos de Cádiz, y era de ver cómo acarreaban espuertas, arrastraban piedras y apisonaban terraplenes, clérigos y señores, frailes y lechuguinos, militares, canónigos, magistrados, gentes pati-mondadas del muelle y de la Caleta, y aquellos graves seño-

res del alto comercio á que debía Cádiz su poderoso auge, nivelados por el rasero del entusiasmo y del común peligro.

La Marquesa de Pontejos organizó en su tertulia una numerosa cuadrilla de trabajadores, en que figuraban nombres tan ilustres como el del Duque de Hijar, el Conde de Salvatierra, el Marqués de Iturbieta, el mismo Marqués de Pontejos, que lo era entonces D. Fernando de Silva, y otros muchos no menos notables que ha borrado el implacable olvido. La Pontejos misma, con las señoras de su tertulia, iban á la Cortadura á llevarles la comida, como suelen hacer las mujeres de los jornaleros; una enorme caldera de arroz con buenos tasajos, que se guisaba en su casa, y en la cual metían todos su cuchara de palo: *pero limpias y cada día nuevas,* observa pulcramente D. Antonio Alcalá Galiano, que también pertenecía á la cuadrilla. Jugaban, en fin, muy divertidos á los jornaleros, como poco antes había jugado María Antonieta, en Trianón, á los pastorcitos: mas de aquellos juegos brotó en poco más de una semana la Cortadura, fuerte, completa, armada de punta en blanco, cual una fiera Minerva, para salvar la independencia de España, y como dice Alcalá Galiano, *aún bien puede afirmarse sin jactancia, por consecuencia de la de*

España, la de Europa, rescatando Gobiernos y pueblos, la que tenían perdida.

Entonces fué cuando en la sobremesa de una de estas parcas, pero alegres comidas, improvisó D. Juan Nicasio Gallego un lindo madrigal alusivo al magnífico retrato que de la Marquesa de Pontejos pintó Goya, y al verse así lisonjeada la discreta dama por el famoso clérigo poeta, contestó con un gracioso mohín de burlona modestia, el estribillo de la famosa copla

Ja, ja, ja, qué risa me da!... (1).

Celebróse mucho la ocurrencia de la Pontejos, y como si fuese una consigna, repitieron los mil trabajadores de la Cortadura, al compás de las espuertas que se vaciaban, de los golpes de picos y pisones, y de las olas de ambos mares que mansamente lamían los dos flancos de la Cortadura el ya más que pesado estribillo

Ja, ja, ja, qué risa me da!...

La llegada del Duque de Alburquerque, al frente de su división, que ya se creía perdida, acabó de tranquilizar á las autoridades de Cá-

(1) Conserva este retrato, que es sin disputa uno de los mejores de Goya, el biznieto primogénito de la Marquesa de Pontejos, Excmo. Sr. Marqués de Miraflores.

diz. Dios le había traído de la mano á donde más falta hacía, y ya con este refuerzo, podían atender, si no con holgura, á lo menos con eficacia á la defensa de la Isla Gaditana. Llegaron por fin los franceses el 5 de Febrero: una multitud inmensa armada de gemelos y anteojos les esperaba en las torres y azoteas y en la muralla que mira al Norte, fija la vista en el camino de Jerez al Puerto de Santa María, que era por donde habían de venir precisamente. De repente apareció á eso de las once en aquel camino una gran polvareda, fuese poco á poco aclarando aquella nube de polvo, y viéronse al fin reflejar los rayos del sol en las blancas capas y los cascos de acero de los dragones franceses...

No hubo chistes, ni chirigotas, ni tampoco risas: habíase apoderado de la multitud una impresión desagradable, silenciosa, y por decirlo así, solemnemente triste: nadie vió llegar á los invasores con las groseras bravatas que el calumniador Thiers atribuye á los gaditanos: pero nadie los vió tampoco acercarse con miedo... Por la tarde, corrió la voz de que algunos coraceros que se adelantaron para reconocer las baterías del puente Zuazo, habían perecido en las salinas, sorbidos con sus caballos por aquel fangoso suelo que es la mejor defensa de

Cádiz. Renació con esto el buen humor de los gaditanos, pero con tal barbarie esta vez, que comentaba la plebe, con grotescos gestos y feroces carcajadas, la dolorosa agonía de aquellos infelices tragados poco á poco por la tierra, y sepultados en vida sin ningún auxilio humano.

Al siguiente día llegaron en un barco los comisionados de intimar á Cádiz la rendición y el reconocimiento de José Bonaparte. El Teniente General D. Francisco Javier Venegas, presidente de la Junta de Gobierno, contestó lacónicamente: — «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro soberano que al Señor D. Fernando VII». — Por dos veces enviaron nuevos despachos con grandes promesas y ofrecimientos: sin abrirlos, hízolos Venegas quemar públicamente por mano del verdugo, en la plaza de San Juan de Dios, frente á las Casas Consistoriales. Los franceses establecieron su cuartel general en el Puerto de Santa María, á donde llegó á poco José Bonaparte, y apoderándose de todos los lugares vecinos á la costa, vinieron á encerrar á Cádiz en un estrecho semicírculo que no tenía otra salida que la bahía, formidablemente guardada por las dos escuadras Inglesa y Española: bastábales y sobrábales con esto á los gadita-

nos, y tan contentos, satisfechos y divertidos estaban ellos encerrados en su *tacita de plata,* que llegaron á olvidarse del enemigo que les acechaba, como un rebaño de ovejas, bien mantenidas, se olvidan dentro del seguro redil, del lobo hambriento que aguza las garras y afila los dientes.

Mas un día resonó de repente una fuerte detonación en lo más cercano de la costa, seguida de un largo y pavoroso zumbido: vióse cruzar los aires una cosa negra y siniestra como un pájaro de mal agüero, y caer con recio golpe en el centro de la población, al pie de la torre del vigía que llaman de Tavira... Era una bomba: la primera que caía!... Espantados los vecinos refugiáronse en el último rincón encomendándose á Dios, á la Virgen Santísima y á todos los santos del cielo, y esperando por segundos el horrendo estallido... Mas pasó un cuarto de hora, pasó media, pasó también una hora y la bomba no estallaba. Los más decididos determináronse á asomar las narices: hiciéronlo primero por las entornadas ventanas, abriéronlas después de par en par, aventuráronse por último á salir á la calle y rodear la bomba desde lejos, con la especie de terror retrospectivo que inspira el cadáver de una fiera que pudo devorarnos... El primero que llegó á la

bomba fué un vendedor de langostinos, viejo, natural de Conil, llamado Señó Miguelito Román, con su sobrina Dolorcilla (1).

—Si no muerde, señó: si no muerde!—gritaba el señó Miguelito para animar el corro que se iba formando.

Era la bomba de mediano calibre: había perdido la espoleta al recorrer la trayectoria, y por eso, en vez de reventar con estrago, habíase hendido solamente en tres ó cuatro pedazos por la violencia del golpe recibido al caer: era esto también debido en parte, á que para dar más alcance al proyectil venía casi todo relleno de plomo y con muy poca cantidad de pólvora. Á un leve empuje del pie de señó Miguelito, desunióse el casco hendido en tres ó cuatro pedazos y quedó á la vista aquella masa de plomo. Levantóla el vendedor de langostinos trabajosamente con ambas manos, y dijo admirado á los del corro:

—Anda!... Pa tirabuzones!...

Es de advertir, que las mujeres usaban en aquel tiempo en su peinado una especie de rizos llamados tirabuzones, que se formaban suje-

(1) Andando el tiempo vino esta Dolorcilla á ser nodriza de uno de mis hermanos mayores, y en mi niñez recuerdo haberle oído contar, con inimitable gracia, toda esta escena.

tando el cabello con delgadas laminitas de plomo. Rióse mucho la ocurrencia del viejo, y en ella sin duda hubo de beber su inspiración el poeta anónimo que compuso la famosa copla que aquella misma noche se cantaba ya en todo Cádiz, añadiéndole siempre el estribillo coreado.—Ja, ja, ja, qué risa me da!—

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Hacen las gaditanas
Tirabuzones.

Y en los días sucesivos viéronse en la calle Ancha, en la plaza de San Antonio y en todos los sitios en que se aglomeraban los paseantes, multitud de vendedores y vendedoras, chiquillos en su mayor parte, que con cajitas llenas de laminillas de plomo, más ó menos auténticas, pregonaban á grandes voces:

—Bombas pa tirabuzones!...

La segunda bomba, más afortunada que la primera, mató un perro, y mereció también un Homero que la cantase.

Tres mil franceses murieron
En la batalla del Cerro:
Pero han logrado en desquite
Que una bomba mate un perro.

Y todo el que oía la copla, en cualquiera parte que fuese, creíase obligado á corearla con el famoso estribillo que tuvo y tiene en la historia tres fases distintas: gracioso, pesado y heróico...

Ja, ja, ja, qué risa me da!

XIV

La invasión de los franceses en la provincia de Cádiz, sorprendió todavía á D.ª Frasquita de Larrea en Chiclana, instalada en su magnífica casa, que era la misma que tan detalladamente describe Fernán Caballero en su preciosa relación, *No transige la conciencia:* de un solo piso, solada toda ella de riquísimo mármol blanco, con puertas de caoba maciza claveteadas de bronce dorado, y mueblaje de ébano á la griega, según la moda entronizada por la revolución francesa. Los invasores entraron en el lindo pueblecillo pacíficamente y alojáronse en las casas de los vecinos sin coacciones ni violencias. Tocóle á D.ª Frasquita, por su categoría, hospedar á dos grandes personajes: el Mariscal Víctor, que mandaba aquella división, y el General de artillería Senarmont, que murió

poco después en la batalla del Cerro, y fué enterrado allí mismo, en Chiclana, en una ermita que ya no existe. Su corazón fué enviado á Bonaparte metido en un tarro. ¿Qué haría con semejante embeleco el César que después del cólera morbo, ha barrido á la humanidad con más gloria?...

Era D.ª Frasquita tan ferviente patriota, y, como consecuencia inmediata, odiaba de tal modo á los franceses, que para mantener fresco su odio, repetía sin cesar, como alma devota que desahoga su fervor en pías jaculatorias, aquellos dos versos de D. Juan Nicasio Gallego que enardecían entonces á la España entera.

Rencor eterno en nuestras vendas cunda,
Y en cien generaciones se difunda!...

Mas obligada por las circunstancias á hospedar en su casa á los dos Generales, supo desempeñar tan dignamente su difícil papel de enemigo *vencido,* pero no *humillado,* logró encubrir con tal maestría su animadversión profunda bajo el manto de una cortesía seca y austera, pero siempre correcta, y comportarse tan espontáneamente con el rumbo y la generosidad de la hospitalidad española, que mira en el huésped, aunque sea forzoso, un ser sagrado é inviolable, que encantados los Genera-

les franceses, guardáronla toda clase de atenciones y miramientos, y sirviéronla con eficacia en una ocasión que no tardó en presentarse.

Y fué el caso, que cuando menos lo esperaba D.ª Frasquita, encontróse con una carta de su marido, Juan Nicolás, anunciándole su llegada á Cádiz, en compañía de su hija Cecilia: el otro niño, Juanito, dejábalo en Alemania, para proseguir sus estudios al cuidado de su abuela. El conflicto resultó desde luego patente á los ojos de D.ª Frasquita: porque era ya entonces cuando los franceses rodeaban á Cádiz por todas partes, sin dejar más entrada ni salida libre que la bahía. Juan Nicolás y Cecilia tenían, por lo tanto, entrada franca viniendo, como venían, embarcados desde Hamburgo: pero érale imposible á D.ª Frasquita llegar á Cádiz, sin atravesar la línea francesa, ó sin buscar un puerto en que embarcarse dando un inmenso rodeo, y llegar así, con otro rodeo aun más grande, á la ansiada bahía; cosa imposible para una señora sola, en aquellos momentos en que no había en España dos palmos de terreno al abrigo del robo, el pillaje y la violencia.

En este apuro ofrecióse el General Senarmont á escoltarla él mismo hasta la línea más próxima española, con tal que se procurase ella por su parte quien la acompañase desde allí hasta

Cádiz, y le abriese las puertas: cosa también harto difícil, por las fundadas desconfianzas que en todas partes reinaban. Escribió, pues, doña Frasquita, con este intento, al Teniente General D. Francisco Javier Venegas Presidente de la Junta de Gobierno, y al Duque de Alburquerque, que mandaba las baterías del puente Zuazo y la del Portazgo, vecina esta última al caño de Zurraque: hacíales patente la necesidad en que estaba de hallarse en Cádiz á la llegada de su marido y de su hija: el ofrecimiento hecho por Senarmont de escoltarla hasta la primera batería, y lo indispensable que le eran su protección y su permiso, para continuar desde allí hasta Cádiz y penetrar en la plaza. Contestaron ambos Generales con muy grande cortesía, otorgándole cuanto deseaba, pero marcándole el día fijo y la hora aproximada en que debía llegar á la batería del puente Zuazo, que fué el punto designado para pasar, lo que con humorístico chiste y verdad profunda al mismo tiempo, llamaban entonces los gaditanos *frontera francesa*. Aceptó D.ª Frasquita lo que sus amigos le proponían, y el día fijado salió de Chiclana escoltada por el mismo General Senarmont al frente de un corto destacamento: iba con sus dos hijas Angela y Aurora en una berlina de camino tirada por cuatro mulas: de-

trás venían en un birlocho las mujeres de su servicio, y cerraba la marcha una galera con los equipajes y algunos criados.

Despidióse cortésmente D.ª Frasquita de los franceses en la batería del puente Zuazo, y allí mismo encontró al brigadier de la Armada don Diego de Alvear, encargado por el Duque de Alburquerque de recibirla y acompañarla hasta la misma puerta de su casa. Celebraron mucho los gaditanos la vuelta de D.ª Frasquita, y á los pocos días vióse resucitar su tertulia más brillante y numerosa que nunca, y sobre todo y á medida que las Cortes adelantaban en sus tareas constitucionales, más marcada con aquel tinte de intransigencia realista que empezaba á designarse con el nombre de *servil,* en contraposición al de *liberal,* que los partidarios de las reformas se daban. D. Antonio Alcalá Galiano, testigo y actor en todos aquellos sucesos, dice en sus *Recuerdos de un anciano,* después de describir la tertulia de D.ª Margarita Morla y de presentarla como centro y foco de los liberales de entonces.

«En esto apareció una tertulia de igual naturaleza, pero en que predominaban opiniones diametralmente opuestas: la de la señora doña Francisca de Larrea, mujer del ilustrado alemán D. Juan Nicolás Bölh de Faber, literato,

buen escritor en nuestra lengua y apreciabilísimo, visto á todas luces. Su mujer á quien acaban de dar licencia los franceses para pasar á Cádiz desde Chiclana, donde residió durante los primeros meses del sitio, era literata y patriota acérrima, pero de los que consideraban el levantamiento de España contra el poder francés como empresa destinada á mantener á la nación española en su antigua situación y leyes, así en lo político como en lo religioso, y aún volviendo algo atrás de los días de Carlos III, únicos principios y sistema, según su sentir, justos y saludables.

»Me acuerdo de que la señora de Bölh repetía con entusiasmo, mirándola como emblema de nuestro alzamiento, la siguiente décima, por cierto no falta de brío en la expresión ó en el pensamiento, aunque incorrecta.

Nuestra española arrogancia,
Siempre ha tenido por punto
Acordarse de Sagunto
Y no olvidar á Numancia.
Franceses, idos á Francia,
Y dejadnos nuestra ley,
Que, en tocando á Dios y al Rey
Y á nuestros patrios hogares,
Todos somos militares
Y formamos una grey.

»Aquí está compendiado el modo general de

ver el levantamiento del pueblo español por un aspecto de los varios que presentaba, considerándolo el único.

»De estas doctrinas de sus padres, y más particularmente de su madre, saca las suyas que con tanto celo sustenta, la afamada novelista hoy viva, cuyo nombre en la República literaria es *Fernán Caballero*.

»Fuí yo presentado en casa de la señora de Bölh; pero por mil razones no hube de agradarle, ni ella por su parte, á pesar de su mérito, se captó mi pobre voluntad. Lo cierto es que la ví una vez y después fué mi suerte (ya en 1818) entrar con ella y su estimable marido en agrias contiendas literarias en que hubieron de ingerirse con poco disimulo cuestiones políticas, no sin grande peligro mío en aquellas horas; acrimonia de que hoy me pesa al hacer á aquellos dos ilustrados consortes la debida justicia».

Esto dice Alcalá Galiano resumiendo en pocas palabras lo sucedido en varios años: pero lo acaecido primeramente, que puede tener interés directo con Fernán Caballero, fué su llegada á Cádiz en compañía de su padre... Al verse D.ª Frasquita en brazos de su hija, creyó hallarse en los del ángel de su guarda: tal era la delicada belleza de aquella niña de diez y seis años, de dorados rizos flotantes, tez naca-

rada y ojos azules purísimos, en que se hermanaban el candor y la inteligencia, como se podrían hermanar en un mismo ramillete, los ardientes claveles rojos y las suaves y blancas mosquetas... Mas abrió la boca la niña y sorprendida y espantada D.ª Frasquita estuvo á punto de rechazarla como una gallina que hubiera, por equivocación, empollado un pato. Hablaba el angelito con un acento extranjero tan marcado y desagradable, que crispó desde luego los nervios de su madre, y de tal manera hirió su buen gusto y hasta su acendrado patriotismo, que desde el día siguiente puso á la infeliz Cecilia bajo la férula de un maestro de gramática castellana, encargado de depurar en ella la pureza de la lengua y de extirpar aquel acento tudesco que, según D.ª Frasquita, era digno del último recluta del regimiento de suizos (1).

Remediadas que fueron estas que llamaba D.ª Frasquita *averías* propias de la larga permanencia de Cecilia en Alemania, quiso presentarla en su tertulia; y como asustada Cecilia,

(1) Fué este maestro un hijo del popular sainetero don Juan del Castillo, émulo y contemporáneo de D. Ramón de la Cruz: el padre había sido á su vez maestro de castellano de D. Juan Nicolás Bölh de Faber, y dejado entre sus obras dos elegantes epístolas latinas dirigidas al erudito alemán.

recordando las aburridas de su abuela en Alemania, se resistiera un poco prefiriendo quedarse en conversación con sus hermanas, dijo á su madre:

—¿Pero qué voy á hacer yo allí, señora madre?...

A lo cual respondió D.ª Frasquita.

—Pues, hija mía; lo que puedes hacer hoy y te servirá de mucho mañana: *ver*, *oir* y *callar*.

XV

Tenía razón D.ª Frasquita: porque viendo, oyendo y callando en aquel centro de doctos personajes, y experimentados políticos, fué como estudió Cecilia la trascendental evolución que se operaba entonces en España y formó sus opiniones políticas, vagas y borrosas primero, como era natural en sus pocos años; pero tan firmes y bien definidas después, tan correctos y bien delineados sus contornos, que no es maravilla trazase más tarde aquellas admirables figuras coloreadas unas veces con los alegres tonos de un Goya, otras con los vigorosos y sobrios de un Velázquez, que se destacan vivas y palpitantes sobre las páginas de dos de sus mejores obras que retratan esta época: *Elia*

ó la España treinta años ha y *Un servilón y un liberalito.*

Inicióse esta evolución en tiempo de Carlos III, cuando comenzó á penetrar en España la propaganda volteriana, que contenía en sí los impíos gérmenes del filosofismo francés, y de la revolución que fué su consecuencia. Protegiéronla, sin dar la cara, los falaces ministros de aquel monarca: atizáronla las logias masónicas, que por aquel entonces se fundaron clandestinamente, y fueron sus primeras, y por entonces únicas víctimas, algunos Grandes, más ilusos que impíos, que hacían gala de haber *escupido en Francia*, según la frase de entonces, y algunos covachuelistas y golillas, á quienes la ambición marcaba aquellos derroteros. Siguió y adelantó mucho esta propaganda en el reinado de Carlos IV, pero sin calar todavía al pueblo, siempre fiel á su Dios y leal á sus Reyes. Los crímenes de la revolución francesa abrieron, sin embargo, los ojos á muchos ilusos, haciéndoles retroceder ante el abismo de sangre y de impiedad que amenazaba tragarles; pero bien pronto surgió de aquel caos de horrores, Napoleón, como restaurador del orden, apoyo de la Religión, y fundador en Francia de un nuevo trono que transigía con todas aquellas reformas. Renacieron entonces los entusiasmos: los ilusos

volvieron á cegar deslumbrados por aquel vivísimo resplandor de fuego fatuo, y cuando los franceses, hijos de la Revolución, invadieron nuestro suelo con pérfida máscara de amistad, creyeron muchos, de buena fe, que Napoleón venía á regenerar á España implantando las nuevas doctrinas y fortaleciendo con ellas el trono secular de Fernando VII... Bien pronto, sin embargo, quedó al descubierto la inicua traición de aquel gran bandolero, y el espíritu de independencia unió momentáneamente á todos los españoles.

. . . . . .
Franceses, idos á Francia
Y dejadnos nuestra ley:
Que en tocando á Dios y al Rey
Y á nuestras casas y hogares,
Todos somos militares
Y formamos una grey!...

Mas esta unión no era más que aparente, y sólo convenían todos en aquello de—Franceses, idos á Francia—mas una vez idos, querían unos conservar intactas sus leyes, el culto de su Religión y las prerrogativas de su Rey; y maquinaban otros, por el contrario, modificarlo todo, sin los franceses, pero á la francesa: ocultaban éstos, sin embargo, cautelosamente sus intenciones, temerosos de que los tuviesen, como en realidad eran, por afrancesados. Mas al

verse seguros en Cádiz y apoyados por las logias que allí funcionaban, atreviéronse al fin á dejar caer las máscaras, declarando en el seno mismo de las Cortes su intento de hacer una Constitución á la francesa, y promulgarla como ley fundamental del reino. Ante este proyecto rompióse al punto la hermandad aparente y brotaron, como por ensalmo, ya enconados y embravecidos, aquellos dos bandos irreconciliables, serviles y liberales, que tomaron esta denominación de unos malísimos versos del diputado liberal D. Eugenio de Tapia.

No eran, sin embargo, iguales todos los liberales, ni tampoco estaban vaciados en el mismo molde todos los serviles. Había entre los primeros hombres cándidos, de buena fe, que hubieran derramado su sangre por la Religión y dado su vida por el Rey, de ver escarnecida la primera y ultrajado el segundo: pero que seducidos por las bellas teorías y los hipócritas discursos de los nuevos apóstoles, prestaban inconsciente apoyo á los perversos fines de éstos. Otros, por el contrario, eran volterianos empedernidos que habiendo heredado de sus maestros el odio á la Religión y á los Reyes, que socavó el Trono y el Altar en Francia, pretendían hacer lo mismo en España; pero poco á poco, á paso de lobo, disfrazando sus pérfidas

intenciones con capa de progreso material, adelantos intelectuales que, en honor de la verdad, eran algunos, de suyo, muy atendibles y aceptables.

Los serviles, por su parte, eran todos verdaderos amantes de la Religión y el Trono y sostenedores intransigentes de los fueros de aquélla y las prerrogativas de éste; pero unos eran además benévolos y tolerantes con lo que á estos dos principios fundamentales no se refería; transigentes con la reforma sana y útil, y con el progreso que no atropellaba lo cierto para dar sus pasos dudosos; y condenando con toda su alma el error, no envolvían en el mismo anatema al que incauto le seguía, y al que malvado lo propagaba. Otros, por el contrario, odiaban lo nuevo sólo porque era nuevo, y no porque fuese malo, y en su bien intencionado afán de exterminar todo error, hubieran quemado en la misma hoguera al pecador y al pecado, al hereje y á la herejía, al infeliz seducido y al malvado seductor.

Fernán Caballero retrató con su acostumbrada maestría estos diversos matices en algunas de sus obras, especialmente en *Elia ó la España treinta años ha*, acabadísima pintura de aquella época en que desaparece la antigua España para refundirse en la España moderna, que á

veces disfrutamos y á veces sufrimos: la intransigencia dura y rígida de la tan virtuosa como antipática Marquesa de Valdejara; el acendrado realismo español neto de la Asistenta de Sevilla, tan aristócrata por temperamento, tan demócrata por caridad, tan amada y respetada por impulso natural de cuantos la rodeaban: el cándido y honrado liberalismo de Carlos Orrea, tan simpático y tan desgraciado, y la mala intención y hueca y amarga pedantería del volteriano D. Narciso Delgado, son figuras de aquel tiempo arrancadas del natural y observadas y estudiadas por Fernán Caballero, *viendo, oyendo y callando* en la tertulia de su madre y en su propio hogar doméstico. La Asistenta recuerda la rectitud bondadosa y expansiva de su padre: la Marquesa de Valdejara la virtud intolerante y agria de su madre.

A veces bástale á Fernán una frase, una situación para establecer las diferencias esenciales que entraña esta gradación de matices. La Asistenta de Sevilla, la anciana y nobilísima D.ª Isabel de Calatrava, da en su palacio un suntuoso banquete para celebrar la vuelta de Fernando VII del cautiverio de Francia... «La comida, servida en vajilla de plata, deslució á la de las bodas de Camacho. En la fabricación de los postres se invirtió una caja de azúcar.

»A los postres dijo la señora de Calatrava:

»—Ahora puedo dormir en paz, porque he disfrutado del más hermoso día de mi vida. Dios ha oído nuestras plegarias y recompensado á los leales y valientes... Amigos, bebamos á la salud de nuestro adorado monarca!

»Así se hizo con unánimes aclamaciones.

»—Ahora, dijo la Marquesa de Valdejara, bebamos por el exterminio de todos los enemigos del Altar y el Trono, esas dos santas y eternas bases de la sociedad.

»—No, repuso la Asistenta; en un día tan feliz como éste sólo se debe beber al bien, y no al exterminio. Brindemos por todos los valientes defensores de la patria, y por el feliz regreso de tus bizarros hijos, hermana!...»

Mucho enseña también la chistosa disputa de la Asistenta con su sobrino y ahijado Carlos Orrea, hijo segundo de la Marquesa de Valdejara. Éste, ayudante de Palafox, regresa al fin á Sevilla al terminar la guerra de la Independencia. En la primera visita que hace á su tía y madrina, de quien siempre fué el niño mimado, mira para todas partes, examina aquel suntuoso y pacífico interior, y al encontrarlo tal cual lo dejó años antes, sin más innovación que un retrato de Fernando VII, colgado en el testero, dice:

«—Tía, nada hay aquí mudado. Parece vuestra casa, señora, un reloj que no anda; nada veo de nuevo, sino el retrato del Rey narigudo.

»—¡Narigudo!... exclamó la Asistenta. Cómo, te atreves á dar ese dictado á tu Rey? Jesús!... Qué desacato!...

»—Y qué!... dijo Carlos. No puede acaso un Rey tener la nariz larga, como cada hijo de vecino?—Notarlo es un desacato, tía?

»—No la tiene tal, exclamó con calor la Asistenta; pero aunque tuviese una trompa como un elefante, es irreverente que esto lo noten sus vasallos, é indecoroso que se diga. Hijo mío, la corona es un sagrado que consagra al que la lleva de derecho.

»—Quién le toca á la corona, señora? respondió Carlos. Y qué tiene que ver la corona con las narices?

»—Te digo, Carlos, que esa es una palabra hostil, irreverente, un apodo que sólo pudo inventar un revolucionario y repetir un liberal.

»—Vaya, tía, que dice V. *liberal* como si dijera *francés* ó insurgente. Un liberal no es un *bú:* es un buen español, como verbigracia, un servidor de usted!

»—¡Ave María!... ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? exclamó la Asistenta. Un Orrea liberal

y mancomunado con los descamisados? ¿Se te ha ido la chaveta, criatura?

»—¿Con quién has tratado? dijo con voz severa la Marquesa. ¿Has estado acaso en Cádiz, cuna de esos enemigos, harto más temible que los franceses, que emponzoñaban la España mientras sus leales hijos derramaban su noble sangre por defenderla?

»—¡Estás loco! exclamó la Asistenta.

»—¡Está pervertido, que es peor! dijo la Marquesa.

»—¡Válgame Dios, repuso Carlos, y qué explosión, qué erupción, qué máquina infernal! ¿Qué piensan ustedes, amadas servilonas, que es un liberal? ¿Creen ustedes que se come los niños crudos, que es un Herodes... un Robespierre?

»—Si no son Robespierres, poco les falta y navegan en sus aguas, dijo la Marquesa.

»—Un liberal, añadió la Asistenta, es el que quiere destruir el trono con los derechos de la Corona; el que quiere destruir la Religión con los conventos; la nobleza con los mayorazgos; la España con la imitación de todo lo inglés y francés; las leyes de la naturaleza queriendo que todos seamos iguales. ¡Caramba con ellos!...

»—No, tía, no; está usted preocupada, equi-

vocada, mal prevenida. Un liberal es el que quiere los adelantos del siglo, y no dormirse sobre las glorias pasadas; está usted mal informada si cree otra cosa. Los verdaderos liberales jamás reconocemos otro gobierno que aquel á cuyo frente está el Rey y que sólo profesa y consiente la Religión católica.

»—Eso es, dijo la Marquesa con vehemencia, el oro con que se dora la píldora, que una vez tragada hará los estragos de su contenido veneno. Ya lo hubiese probado el tiempo, si los horrores que se vieron en la revolución de Francia, que empezó por esas mismas palabritas bien sonantes, no hubiesen abierto los ojos al Rey, y á sus consejeros. Extraño, añadió dirigiéndose á su hijo mayor Fernando, que tú veas con tranquilidad esa defección de un caballero á su sangre, de un católico á sus principios, de un hijo á la autoridad de su familia.

»—Madre, contestó Fernando, no creo que dos hermanos tan queridos se deban desunir por opiniones. Pero tú, Carlos, deberías haber reflexionado que nadie, pero menos un hijo, debe chocar con las opiniones de sus mayores.

»—Es cierto, repuso Carlos, que debería haberlo tenido presente, así como que la intolerancia es el distintivo del modo de pensar contrario al mío.

»—No es su distintivo, dijo la Marquesa, es su derecho; el error tolera, la verdad condena.

»—Y quién es juez competente? dijo Carlos.

»—Dios en el Cielo; la experiencia en la tierra! respondió la Marquesa.

»—Hermana, intervino la Asistenta, lo que ha dicho Carlos muda de especie. Los que reconocen y respetan los derechos del Altar y del Trono, y quieren al Rey y á la Religión católica, sean cuales fueren en lo demás sus opiniones, en lo esencial están de acuerdo con nosotros. Así, hijo mío, buen mozo mío, con tal que en tu vida vuelvas á decir al Rey narigudo, somos amigos y estamos de acuerdo. Entre un liberal como tú y una servil como yo, no hay un pelo.

»—Ninguno, tía mía, respondió Carlos; no hay más diferencia sino que V. me dirá *so!*... y yo le responderé *arre!*...»

No es, sin embargo, la Asistenta—y Fernán que tras ella se oculta—tan benévola y conciliadora con el volteriano D. Narciso Delgado, en las típicas veladas del cortijo en que se reune toda la familia.

«—Si ustedes creen, dijo D. Narciso con su risita que de acerba pasaba á rabiosa, que con rezar y darse golpes de pecho basta para salvarse...

»—No señor, no basta, dijo la Asistenta; pero sin esto no se salva nadie... Pues qué! Cree V. que el salvarse es un derecho?... No señor: es una gracia. No se puede por sí solo merecerla; es preciso implorarla; no erguir la cabeza, sino bajarla.

»—Señora, repuso con afectada dignidad don Narciso; bastante que padecer da Dios al hombre en esta vida! Débele una compensación en la otra; pensar otra cosa es un absurdo.

»—¡Débele! exclamó la Asistenta. *¿Débele?...* Me gusta el *débele!* Pues qué! Creen ustedes que no hay más que tratar á Dios como tratan á los reyes hoy día?... Restringirle sufragios, prescribirle deberes, limitar su poder y hacerle, si posible fuera, reconocer alguna constitución, carta ó pamplina semejante, y los derechos del hombre? Rebelión todo, puro espíritu de rebelión!

»—El rey! el rey! dijo con acrimonía el señor Delgado. Se le llena á V. la boca con esa palabra, que insulta la dignidad del hombre.

»—Y añada V. el corazón! repuso con expansión la señora. Sí, sí, con esa palabra santa, grande, eterna, que ha hecho los héroes y los leales, como la de Cristo ha hecho los mártires y los santos.

»—Señora, dijo con aire despreciativo don

Narciso; el gran Voltaire lo ha dicho: el primer rey fué un soldado afortunado.

»—Mintió Voltaire, ese figurón; repuso con fuego la Asistenta. Eso lo podría decir del primer conquistador: el primer Rey fué un Patriarca.

»—Quién lo dice?

»—Yo».

Este era y fué siempre el absolutismo de Fernán, no hijo del seco é intransigente de su madre, como Alcalá Galiano supone; sino hijo legítimo del benévolo de su padre, generoso, amplio, compasivo, impregnado de un perfume de candor que aun á los mismos enemigos enamora, tolerante con todo lo bueno y lo indiferente, fuera antiguo ó moderno, y sólo intransigente é inflexible

En tocando á Dios y al Rey.

XVI

Era costumbre entonces entre la gente de tono, presentar á las jóvenes por primera vez en el mundo en alguna fiesta oficial ó de suntuosidad extraordinaria que, por decirlo así, hiciese época en sus vidas y las imprimiese carácter; y ninguna pareció á D.ª Frasquita de Larrea tan á propósito para presentar en sociedad á su hija Cecilia, como el famosísimo baile con que celebró la Grandeza de Madrid, residente en Cádiz, la llegada á esta plaza de Lord Wellington, nombrado á la sazón por las Cortes General en jefe de todos los ejércitos españoles.

El objeto de la venida de Wellington á Cádiz era sencillamente dar gracias á la Regencia por la merced que le otorgara del Ducado de Ciudad Rodrigo, con Grandeza de España, y cuenta á las Cortes del estado general de la

guerra en toda la península. Susurrábase, sin embargo, que la llegada del noble Lord ocultaba el designio secreto de imponer á mano armada el criterio de Inglaterra á las cosas de España, aboliendo la recién nacida Constitución con ayuda de la Regencia, y encauzando la política española por los antiguos moldes; con lo cual andaban los liberales recelosos, los serviles llenos de esperanzas y las logias, donde los primeros urdían sus intrigas, maquinando las que produjeron, meses después, la caída de la Regencia.

Encubrió todo esto por el pronto, la explosión inmensa de júbilo con que los gaditanos acogieron la venida del Lord, y por mucho tiempo no pensaron éstos en otra cosa que en disfrutar de las fiestas y regocijos con que le acogieron, no sin que los liberales de las logias procurasen enturbiar la general alegría con mezquinas y aun pueriles estratagemas. Dieron las Cortes á Wellington cabida en su seno, señalándole asiento propio entre los diputados, honor que se reputó entonces sobre todos los honores. La Regencia, por su parte, obsequióle con un banquete monstruo, émulo del de las bodas de Camacho, con cuyas sobras se mantuvo por varios días la Casa de Misericordia, y los Grandes de España, todos juntos y por sus-

crición exclusiva entre ellos, dieron en obsequio de su nuevo colega el *baile esplendidísimo*, como diría un revistero de hoy, en que hizo su entrada en el mundo la entonces joven y encantadora Cecilia Bölh de Faber.

Las noticias de este curioso baile diómelas el mismo Fernán, con motivo de una pregunta que en nada tenía referencia con el histórico sarao. Hablábamos del decantado lujo y elegancia de las gaditanas de aquella época que tanto pondera el mismo Fernán en su preciosa relación *No transige la conciencia*. «Las damas de importancia, dice entre otras cosas, no usaban otro calzado á ninguna hora del día, sino la media de seda y el zapato de raso, y llegó el lujo hasta gastar estos últimos de encaje de Flandes. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si vienen de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre este rico y elegantísimo uso, que tiene para ellos dos pecados mortales: el ser antiguo y el ser español».

Ignorante yo de todas las diabólicas invenciones que caben en la indumentaria femenina, no comprendía cómo pueden calzar zapato de encaje otros pies que los de los ángeles, que en el dudoso caso de que los tengan, nunca rozan el suelo, ó lo pisan siempre sobre una alfombra

de nubes blandas y resplandecientes. Manifesté, pues, mis dudas á Fernán, y sonriéndose la anciana, me dijo:

—Va usted á convencerse de ello...

Llamó entonces á su doncella: dióle un manojo de llaves pequeñas, y después de varias y complicadas órdenes prontamente ejecutadas, volvió ésta con una cajita de cartón de regular tamaño, que entregó á su señora. Había dentro otras dos cajas, y en cada una de ellas, envueltos en primorosos papeles de seda, un diminuto zapato, descendiente directo, por lo pequeño y maravilloso, de la legendaria zapatilla de Cenerentola. Eran de raso color de rosa, y servía éste de viso á una cubierta de rico encaje de Flandes, cuyo dibujo y hechura se adaptaba perfectamente á la forma del zapato.

Díjome entonces Fernán, que aquellos zapatos eran los que llevó ella á su primer baile, que fué éste celebrado en honor de Wellington; y enardecida con esto mi curiosidad, arranquéla extrañas noticias de aquel histórico sarao, sin olvidarme de la descripción del traje de la misma Cecilia, que era de gasas blancas sobre viso rosa, haciendo juego con aquellos lindísimos zapatos.

Celebróse la monumental fiesta en los salones altos del Hospicio Provincial de Cádiz, mag-

nificamente decorados al efecto, y contábase entonces que al ser trasladados los locos que allí se albergaban á otro departamento más lejano, explicaba uno de ellos la mudanza diciendo que habían llegado otros locos muy principales, que necesitaban salones grandes, arañas y alfombras. Importóse el gasto total de la fiesta más de veinticuatro mil duros, reunidos todos por suscrición entre la Grandeza, y encargóse de hacer las invitaciones y también los honores del baile la ya anciana y siempre famosa Condesa-Duquesa de Benavente, viuda del noveno Duque de Osuna, con sus dos hijas la Marquesa de Santa Cruz y la de Camarasa y su nuera la Princesa de Salm-Salm (1).

Mientras tanto corrían rumores por toda la

(1) Doña María Josefa Alfonso Pimentel. Condesa-Duquesa de Benavente, era también Duquesa de Gandía y descendiente directa por línea primogénita de San Francisco de Borja. Cuando la invasión francesa permaneció en Madrid en su palacio de las Vistillas, hasta la entrada del Rey intruso José Bonaparte, mientras sus dos hijos el Duque de Osuna y el Príncipe de Anglona, peleaban en sus respectivos puestos. La entrada del usurpador hízola, sin embargo, refugiarse en Cádiz con sus dos hijas y su nuera, no sin haber puesto antes en salvo, con habilidad suma, las preciosas reliquias de su santo abuelo San Francisco de Borja, que en su magnífica urna de plata se veneraba entonces en Madrid en la iglesia de San Felipe Neri, y se venera al presente en la de la Compañía.

ciudad de violencias y asechanzas contra la persona del Lord, y la víspera misma del baile, al anochecer, recibió D.ª Frasquita de Larrea una carta anónima, que un hombre desconocido y misterioso dejó en su casa. Aconsejábanla en aquella carta, con grandes ponderaciones de peligros y trastornos, que no asistiese al siguiente día al baile del Hospicio, porque los liberales maquinaban contra Lord Wellington lo mismo que hicieron con el desgraciado Marqués de la Solana, y avisábanla también confidencialmente, que las viandas que habían de servirse en la cena del baile, estaban todas envenenadas.

Venía escrita la carta sin disimulo ninguno, con magnífica letra redondilla, y hallábase cuajada de retumbantes frases propias del mal gusto de la época, tales como *liberales sectarios, desgarrada patria... sangrientos laureles... heróico Velinton,* como escribían y pronunciaban entonces hasta personas reputadas por cultas.

Era D.ª Frasquita discreta, pero también era política, y nada hay que ciegue tanto la luz del entendimiento, como la parcialidad y la vehemencia con que suelen mirarse en este terreno las cosas y actos del contrario. Desbordóse, pues, su odio á los liberales y con la viveza de su imaginación andaluza, vió ya á *Velinton*

espirando en un rincón del suntuoso comedor, como rata envenenada en el de una despensa, y arrastrado luego su cadáver por las calles, como intentó el populacho poco antes con el del desdichado Solano.

En vano el sesudo Juan Nicolás procuraba convencer á su esposa de que aquella carta parecía más bien obra de algún despechado ó despechada por falta de invitación al baile, que quisiera tomar la revancha y enturbiar el gozo de los otros sembrando falsas alarmas. Doña Frasquita no sosegaba ni desperdiciaba tampoco fácilmente la ocasión de colgar nuevos milagros á los liberales. Fuese, pues, aquella misma noche á ver á la Benavente: refirióle el caso y le mostró la carta... No las tenía todas consigo la dama madrileña, porque aquella misma tarde había recibido también otro anónimo en todo igual al de D.ª Frasquita, de la misma letra, idéntico estilo y contenido semejante, sin que hubiera otra diferencia esencial entre ellos, que la de atribuir el de la Benavente el inicuo proyecto, no á los *sectarios liberales,* como decía el de D.ª Frasquita, sino al mismo *impío Napoleón,* que ansiaba deshacerse á toda costa por medio de sus *secretos sicarios* del *incomparable Velinton.*

Enardeciéronse con estas mútuas confiden-

cias los fervores de ambas damas, que eran de igual temperamento vehemente, activo y enérgico, y juntas y de común acuerdo, decidieron exponer sus vidas, si preciso fuera, antes que retroceder ante peligros reales ó imaginarios, vinieran de donde vinieren. Determinaron, pues, hacer pesquisas y dieron por resultado el descubrimiento de nuevos anónimos recibidos por varias damas de la aristocracia, entre las que se contaban la Marquesa de la Romana y la Condesa de la Contamina, hermanas de Montijo, y decidieron por último dar parte del caso á las autoridades, y enterar de todo al mismo Wellington.

Rióse el impasible Lord de los temores de las damas, alabando mucho sin embargo, su hipotético heroísmo; díjolas galantemente que moriría gustoso antes que renunciar al honor insigne que le dispensaban, y prometióles probar el primero la emponzoñada cena en compañía de todas ellas, para tener la gloria de correr la misma suerte.

Las autoridades por su parte, colocaron un fuerte retén de tropas en los aposentos interiores del Hospicio, y viéronse con sorpresa, indignación y recelo, grupos de hombres misteriosos y desconocidos que repartían á última hora entre los invitados que llegaban, al modo que hoy los anuncios, numerosas hojas de papel

en que constaba manuscrita, la misma fatídica advertencia de que estaba envenenada la cena.

Al entrar Lord Wellington en el Hospicio á eso de las nueve de la noche, descargó ruidoso el chaparrón de intemperancias filarmónicas y poéticas á que tan dada fué esta época. Varias músicas situadas en el patio y numerosos coros esparcidos por la ancha escalera, entonaron un himno patriótico, letra del famoso Arriaza, que comenzaba de este modo:

¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso
Que triunfa con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso,
De ternura, de aprecio y de honor!

Al preludiar el ceremonioso minué con que debía abrirse el baile, hubo en el gran salón una violenta y momentánea alarma. Viéronse de repente invadir la suntuosa pieza multitud de soldados de infantería con bayoneta calada y abrirse paso á viva fuerza entre la apelmazada concurrencia. Muchas damas chillaron: otras hubiéranse desmayado si la curiosidad, reactivo el más poderoso para los nervios femeninos, no las hubiera mantenido tiesas y erguidas.

Pronto se supo la causa y se restableció la calma: al Duque del Infantado, más ducho en organizar regimientos que en dirigir contradanzas, no se le ocurrió medio más á propósito

para despejar el salón, harto sobrado de gente, y hacer sitio á los bailarines, que confiar esta delicada misión á una compañía de soldados. Mandáronse retirar éstos, renació la tranquilidad y comenzó el baile.

Á la hora de la cena cumplió Lord Wellington su promesa: entró el primero en el comedor, seguido de todas las damas y sin miedo á venenos ni puñales, cenaron allí opíparamente. No me dijo Fernán si resultó alguna indigestión: aseguróme, sin embargo, que no se siguió ningún envenenamiento.

Esta encerrona del caudillo inglés con las señoras en el comedor fué muy criticada, y así lo consigna en sus Memorias D. Antonio Alcalá Galiano que asistió al baile. «... faltó en la cena, dice con cierto rencorcillo de hambriento chasqueado, lo necesario á los hombres, después de haber habido la rareza de que cenasen las señoras solas á puerta cerrada y con el Lord entre ellas, á modo de gallo en corral, si ya no de sultán entre sus mujeres. Pizarro, (1) que estaba conmigo, estuvo aquella noche más que solía acre y gracioso; pero nacían su malignidad y su chiste de la aversión con que entonces miraba al Go-

(1) Este Pizarro era D. José García de León y Pizarro, que fué poco después Ministro de Estado con la nueva Regencia del Infantado, Villavicencio y La Bisbal.

bierno de la Regencia y aun al Lord mismo, aversión de que yo participaba. Por aquí se enlaza la relación del baile con más graves sucesos».

Este enlace del baile con graves sucesos á que alude Alcalá Galiano, fué el siguiente. Al terminar la cena llegó un ayudante de Lord Wellington con pliegos urgentísimos que acababa de traer un correo. Abriólos el Lord sin moverse de la mesa, y perdió al leerlos su impasibilidad británica: en el exceso de su emoción, apresuróse á participar á las damas las estupendas noticias... Aquellos despachos anunciaban la catástrofe de Moscou, la derrota horrible de Boryzthenes y los desastres que comenzaron á eclipsar la estrella de Bonaparte en Rusia.

El entusiasmo fué tal, que no parecía sino que vieran ya todos dibujarse en el horizonte el sangriento fantasma de Waterloo, trayendo entre los repliegues de lo futuro la ruina de Napoleón y la apoteosis de Wellington. Las damas se lanzaron fuera del salón ansiosas de propagar las noticias, y como un General viejo, español, regañón y etiquetero, censurase ágriamente á Lord Wellington por haber participado á las damas tan graves noticias, antes de ponerlas en conocimiento, como debía, de las Cortes y la Regencia, contestóle la Benavente con su acostumbrado gracejo.

—Lo mismo hizo Nuestro Señor Jesucristo cuando después de la Resurrección se apareció á las mujeres *antes* que á los hombres... ¿Y sabe V. E. por qué?... Porque convenía cuanto antes propagar la noticia para levantar los ánimos; y como las mujeres somos tan charlatanas y mucho más entusiastas que los hombres, juzgó Nuestro Señor que más pronto la propagarían dos pobres mujeres, que mil sesudos hombres... Pues lo mismo ha pensado Lord Wellington.

Contábame esto Fernán con aquella gracia, vida y expresión que daba á todo cuanto refería, y escuchábale yo embelesado, fijos los ojos en aquellos diminutos zapatitos, testigos presenciales de aquellos ya lejanos sucesos. Nacióme entonces la idea, todavía no retractada, de escribir las *Memorias de un zapato,* libro filosófico destinado á probar que no puede tener buen fin, por muy bello y rico que sea, nada que se arrastre por el suelo... Témome, sin embargo, según mis últimas noticias, que los zapatos que me inspiraron la idea han de dejarme por embustero teniéndolo ellos muy honrado.

Hace muchos años, poco antes de morir Fernán, escribióme á Lisboa las siguientes desengañadoras líneas, que tanto dicen en la pluma de una mujer que alcanzó las prerrogativas del

genio y de la gloria, la belleza y la riqueza: «Mi espíritu se encuentra en una especie de inacción, que puede compararse á la inercia: ni gozo ni padezco, y en este estado de insensibilidad espero á la muerte, para purgar largamente mi tibieza antes de ver á Dios, única cosa que puede saciar el alma».

Afligido yo por estas tristes ideas de mi anciana amiga, apresuréme á consolarla y animarla, escribiéndole humorísticamente que desde su poltrona se iría al cielo *con los zapatos puestos*, como suele decir el pueblo andaluz de las almas justas y sencillas: *en cuyo caso*, le añadía, *le aconsejo que se ponga para tan solemne entrada, aquellos zapatitos de encaje que llevó al baile de Wellington*.

Fernán me contestó: «Mal consejo me parece el de que me ponga para entrar en el cielo mis zapatos de baile. Por su propio impulso me llevarían al purgatorio, si no daban conmigo mucho más abajo. Pero aunque yo me atreviese á ello, no me sería ya posible: hace años que los vendí á un *brocanteur* de París que vino á Sevilla á caza de antiguallas y baratijas; y como me los pagaron bien, pude comprar buenos premios para mis niñas de las escuelas Dominicales. Vaya esto en desagravio».

XVII

Poco tiempo disfrutó Fernán de aquella brillante juventud que tan risueña se le presentaba. Las jóvenes de entonces no tenían ese afán ciego de gozar y divertirse que caracteriza á las de hoy, y la diversión no era para ellas el fin de la vida, sino el medio de hacerla agradable, á la manera que algunos granos de sal bastan para sazonar los manjares y darles sabor apetitoso. Por otra parte, Fernán, que tan aficionada fué siempre á la íntima sociedad de sus amigos, no encontraba gusto ninguno en esas otras brillantes reuniones de superficial conocimiento, en que el lujo y la vanidad, la frívola coquetería y la acerba crítica, ahogan la amenidad de la conversación y la amable confianza del trato íntimo. Retraíanla además de las grandes fiestas y alborotadas diversiones, sus aficio-

nes literarias que ya comenzaban á despertarse, y en más de una ocasión prefirió pasar la velada en el retiro de su aposento, trasladando al papel sus inocentes impresiones, á ser efímera reina de un baile, como de derecho la proclamaban siempre, su juventud, su belleza y su educación exquisita.

Estos precoces ensayos literarios de Fernán, eran acogidos por su madre con grandes extremos: mas reprobábalos su padre en absoluto y nunca consintió en leerlos. Así lo oí repetidas veces á la misma Fernán, y así consta, casi con idénticas palabras, en una carta que escribió á Mr. de Latour con motivo de cierto *niño prodigio*, cuya familia le alababa con exceso, fomentando su vanidad y pedantería. «Cuando yo tenía su edad, y alguna más, dice, solía componer algunas cosillas que á mi madre hacían gracia y llevaba á mi padre, que sin leerlas, las tiraba y me decía: «Tonterías, tonterías; no pierdas en esto el tiempo que debes emplear en estudiar y coser». Oh, bendito mil veces aquel sabio y buen padre! Ahogó en germen ese amor propio y vanidad infantil que crecen con la edad y ahogan á su vez el buen sentido y la modestia».

Mas lo que verdaderamente tronchó en flor la juventud de Fernán, sumiendo su inocente y

candorosa alma en los rigores del infortunio, fué su prematuro y desastroso casamiento. Casáronla casi por sorpresa, en breves días, teniendo ella dieciseis años y veinticuatro el marido... Era este un apuesto capitán de granaderos, de arrogantísima figura y alborotada cabeza, que se llamaba D. Antonio Planells y Bardaxí: pertenecía á una nobilísima familia de las islas Baleares, muy poderosa por sus cuantiosos bienes de fortuna, y hallábase en Cádiz esperando embarque para Puerto Rico, donde estaba destinado su regimiento. Vió por primera vez á Cecilia en el paseo de la Alameda que hoy llaman de Apodaca; prendóse de ella con un ardor loco, y tuvo la avilantez de apostar con sus amigos media talega de duros, á que antes de embarcarse para América obtenía la mano de aquella angelical criatura y se la llevaba consigo á Puerto Rico, hecha su esposa. Y en efecto, pocos días después, Antonio Planells ganaba la apuesta casándose con Cecilia y embarcándose con ella para las Antillas, donde había de permanecer tres años su regimiento.

Es fácil que aquí se pregunte el lector lo que tantas veces me he preguntado yo mismo: Y quién hizo esa boda? Quién autorizó y llevó á cabo tan descabellado proyecto?... Indudablemente que D.ª Frasquita de Larrea... Y si la

ardiente imaginación de D.ª Frasquita, que tomaba las perspectivas por realidades, no obstante su claro entendimiento, la hizo caer en semejante yerro, y su sequedad y despegado egoísmo le hicieron ponerlo en práctica, cómo pudo autorizarla también el sesudo Juan Nicolás, aquel padre amantísimo que nunca se había separado de su idolatrada hija, y la entregó entonces á ciegas á un mozo calavera y desconocido, que la arrastró allende los mares para sustituir su blanca y aún fresca corona de azahar con las punzantes espinas de la del martirio?...

Cosas son estas de que nunca oí hablar á Fernán, que en su extrema delicadeza y en su cristiana y santa discreción, jamás osaba tocarlas, pues según su frase, *tendría para ello que hablar mal de dos personas, y eso nunca lo había hecho ni lo haría jamás.* Y era tan extremada en esto, que en cierta ocasión que su grande amigo Mr. Antonio de Latour se atrevió á aludir á esta sistemática reserva, con motivo de la preciosa novela de Fernán *La Farisea,* cuya acción se abre en Puerto Rico, escribióle ella la siguiente carta, en que, á pesar de la cariñosa reprimenda, se muestra, sin embargo, más explícita que nunca.

«Pero quiero reñir con V., le dice. Por qué saca V. siempre mi persona, mezclando así un

poco de acíbar á tan dulce miel? Si yo he hecho *(et pour cause)* á mi heroína americana, para qué decir que he estado yo en América y menos que no gusto hablar de ello? Me ha oído V. hablar de ninguna de las demás situaciones de mi vida? He hablado nunca de Alemania ni de la opulenta y brillante casa de mi abuela en que me crié como *enfant gaté* con todas las delicias y mimos posibles? He hablado de mi estada primera en Cádiz y el Puerto, donde fuí *enfant gaté* del público? He hablado de mi venida á Sevilla con un hombre ideal (1), con el que fuí idealmente feliz y murió adorándome y bendiciéndome?... No; pues entonces qué extraño tiene no hablara de una época, aunque es la más interesante de mi vida? Es porque cual nadie pienso como el que dijo: *le moi est odieux*. Y no obstante, de ninguna época podría yo sacar más vanagloria: pero, para hacerlo tendría que hablar mal de dos personas (lo que jamás he hecho ni haré). Callo sobre este triste *début* de mi vida. Yo entonces, bien lo puedo decir, era *buena*, como quien salía de una pensión francesa establecida en Alemania, y pude sacar de mi corazón y de mi experiencia el *début* en la vida que he dado á la Clemencia de mi no-

(1) Su segundo marido el Marqués de Arco-Hermoso.

vela. Después, adoptada casi por hija y con los mayores extremos de cariño por el Capitán General y su mujer, que era amiga de mi madre, estuve llena de mimos y lisonjas hasta el anhelado instante de regresar al seno de mi familia. Á mi marido, hermoso joven de veinticinco años, esperaba un bello porvenir; pero á los pocos meses de casado murió de repente apoyada su cabeza en mi pecho. Fué la primera vez que vi la muerte y le creí dormido! Me arrancaron de allí y llevaron contra mi voluntad en casa de la amiga de mi madre, donde estuve á la muerte. En la carta que escribió el Capitán General á mi padre le decía que una sola cosa había envidiado en su vida, y era la de haber tenido una hija como la suya. Aquí tiene V. en *gros* algo ó el resumen de mi estada en Puerto Rico; terribles padeceres que sufrió un alma que á poco más de dieciséis años no podía, no sabía, no tenía fuerzas para soportarlos en un país extraño y mal sano, y que, á no haber sido por mis generosos amigos, me hubiera costado la vida».

Esto es todo lo que dejó dicho Fernán de este triste á la vez que admirable período de su vida. Puédese sin embargo, reconstituir todo el proceso de su desgraciado matrimonio con sólo leer el de Clemencia, la heroína favorita de

Fernán, en que narra paso á paso, con sinceridad profunda, todas las peripecias y sufrimientos del suyo. No hay más que variar el lugar de la acción y sustituir los nombres de Clemencia por Cecilia, Fernando Ladrón de Guevara por Antonio Planells, y el de la Marquesa de Cortegana por el de D.ª Frasquita de Larrea, y se tendrán el principio, el desarrollo y el fin de aquel callado y espantoso drama que tuvo por escenario el corazón de una pobre niña de diez y seis años tan mimada hasta entonces y festejada por todos.

He aquí cómo refiere la escena con que comienza el drama:

«A los pies del paseo había estacionado un grupo de oficiales y jóvenes de la ciudad. Entre los primeros se notaba un capitán, que por su buena figura, su hablar recio y aire descocado, llamaba la atención. Era este Fernando Guevara, hijo de una ilustre y rica casa de un pueblo de tierra adentro; pero nada en su porte ni en sus maneras denotaba la distinción de su cuna, ni la nobleza de su sangre, ni aun el buen porte del que sigue la caballerosa y rígida carrera de las armas. Teníase mal, y hacía gala de un desembarazo y desgaire que rayaba en grosería; en fin, en todo su continente, en su modo de mirar, en su hablar recio, en su risa

descompuesta, se pintaba el calavera descarado, para el que la moral, la compostura, la elegancia y la finura, son cosas desconocidas. Aquel hombre no tenía más que una virtud, ó mejor dicho, una bella cualidad: era en extremo bizarro. Tanto esta fama, como su alcurnia y el mucho dinero que derrochaba, le daban una buena posición en los círculos de los hombres; en cuanto á los de señoras, rara vez concurría á ellos, pues en su chavacano *qué se me dá á mí* prefería, en punto á círculos, aquellos que estaban en su cuerda, y en los que sin sujeción podía dejarse ir á sus groseras tendencias.

»Los padres de Guevara habían condescendido gustosos á sus deseos de entrar en la milicia, por no poder, desde que era niño, sujetar ni sufrir sus desmanes. Pero habiendo tenido la desgracia de perder á dos hijos mayores que Fernando, había un año que insistían en que se retirase del servicio, por ser ya el único representante y heredero de su rica casa.

»Fernando, empero, se extremecía con la sola idea de meterse á los veinticuatro años en un pueblo pequeño del interior, y de renunciar á su alegre y aventurera vida.

»Venían en este momento acercándose Alegría y su amiga á este grupo.

»Fernando, apoyado el cuerpo en su remo

izquierdo y cruzado de brazos, las miraba con insolencia.

»—Qué linda es! dijo uno de los presentes. No hay duda que es la más bonita de cuantas muchachas encierra Sevilla.

»—No tal, repuso Fernando Guevara; que lo es mucho más la que le sigue con esa señora, que será su madre.

»—No es su madre; es su tía la Marquesa de Cortegana.

»—Y la niña?

»—Se llama Clemencia Ponce.

»—No ví criatura más hermosa.

»—Te ha dado flechazo?, le preguntó uno de sus compañeros.

»—Esas flechas de plumas de marabú, dijo otro, no dan flechazo á Guevara; le hieren más los flechazos con plumas de pajarracos menos pulidos.

»—Mi gusto no está contratado, repuso Fernando, es libre como el aire.

»—Pues, hombre, tú que no eres amigo de suspirar en balde, no debes picar tan alto.

»—Es que si me antoja suspirar, no suspiraré en balde, dijo Fernando.

»—Hombre! exclamó uno de sus compañeros. Te sabía arrogante; pero no te sabía fatuo.

»—Apostemos, dijo pausadamente Fernando.

»—Está loco! exclamaron todos á una voz.

»—Apostemos, repitió Guevara con la misma calma.

»—Fernando, te estás poniendo en ridículo; mira como se ríen; estás haciendo el oso, dijo á media voz un amigo suyo.

»—Apostemos, repitió por tercera vez Fernando: pero no una onza ni dos sino media talega. Quién la lleva?

»—Yo, dijo un rico joven de Sevilla, indignado de la insolente presunción del oficial.

»—Diez mil reales?

»—Diez mil reales.

»—Señores, sois testigos, dijo Fernando.

»—Es preciso fijar un plazo, advirtió el oponente.

»—Ocho días, contestó Guevara.

»—Ocho días: hecho, dijo el joven».

XVIII

EPÁRASE aquí un poco la relación que hace Fernán del imaginario matrimonio de Clemencia, de lo sucedido realmente en el suyo propio, porque sin duda no era posible amoldar la discreción de D.ª Frasquita de Larrea á la simpleza de la Marquesa de Cortegana. Ignórase, por lo tanto, de qué medios se valió Antonio Planells para introducirse en casa de los Bölh de Faber y obtener en tan breve plazo la mano de Cecilia; pues no es de suponer que fuesen los mismos que atribuye la relación de Fernán á Fernando de Guevara para alcanzar la de Clemencia. Bien pronto, sin embargo, vuélvense á unir las dos relaciones, la real y la imaginaria, para no separarse y marchar juntas

y acordes hasta el final del drama. Dice, pues, Fernán, encubriendo siempre el nombre de su madre con el de la Marquesa de Cortegana, el de Antonio Planells con el de Fernando de Guevara y con el de Clemencia el suyo propio.

«La Marquesa mandó venir costureras y modistas, dió parte, compró sus regalos; de modo que sin darse cuenta de lo que pasaba, á los ocho días Clemencia, vestida de blanco, coronada de rosas blancas y blanca cual ellas, se hallaba frente á Guevara, delante de un sacerdote, exhalando, como un débil eco del sí que pronunció Guevara, un sí maquinal, que resumía todo lo que en aquellos días había hecho, como el lazo que une para formar un ramo, unas frías é inodoras flores artificiales.

»Guevara, que sólo había gastado con la cortada Clemencia en los días anteriores algunas chanzas comunes y dicho algunos cumplidos vulgares y poco finos, que, más que halagar, habían chocado la delicadeza instintiva de Clemencia, nada había hecho ni nada había pensado hacer para inspirarle cariño ni confianza; y así le era su marido tan extraño aquel día que los unía para siempre, como lo había sido el primer día en que le vió.

»—¿Es esto casarse?—se decía asombrada la pobre niña.—Dios mío! Yo que pensé que ha-

bía de querer tanto á mi marido! Pero el trato engendra cariño; ya le querré; así se lo he pedido á Dios esta mañana en la iglesia.

»No es posible pintar el desconsuelo de la pobre Clemencia al separarse de su tía y de sus primas, y al verse sola con un hombre que le era extraño, en un mundo nuevo y entre gentes desconocidas. Aumentábase la aflicción y angustia de Clemencia al ver que sus lágrimas, en lugar de causar compasión ó inspirar palabras de consuelo á su marido, le causaban el más acerbo despecho, atribuyéndolo (y quizá no se equivocaba del todo) á alejamiento hacia él. Así era que si nada había hecho Guevara para captarse el cariño de Clemencia, ésta por su parte, sin saberlo, sin comprenderlo, hacía cuanto era dable para alejar de sí á su marido, que miraba la reserva como una prueba de antipatía, al que chocaban los sentimientos tiernos y suaves como afectaciones y remilgos, y al que horripilaban las lágrimas como á otros la sangre.

»Así es que nunca unió la suerte dos seres con elementos tan contrapuestos como lo eran los que componían las respectivas naturalezas de ambos consortes, ni más á propósito para rechazarse mutuamente. A esto se unía el que Clemencia tenía dieciséis años y Fernando veinticuatro, y que no conocían el mundo ni el co-

razón humano; lo que les hacía carecer de la previsión y de la prudencia que este conocimiento da. Faltábales la experiencia, que sabe desvanecer cargos explicando causas, hacer concesiones, contemporizar, y sacrificando algo en lo presente, preparar el porvenir.

»Pero Clemencia, criada en un convento, nada sabía de la vida ni de las pasiones, en cuyo más grosero círculo era lanzada sin graduación; y Fernando, que no había salido casi de cuarteles y garitos, nada sabía de sentimientos de corazón, de delicadeza ni de reserva, esos instintos femeninos. Siendo arrogante mozo y rico, no había hallado nunca, en la especie de mundo mujeril que había tratado, repulsas ni negativas en sus amores; por lo cual se persuadía que el amor tenía la misma expresión en ambos sexos.

»Al ver que la inocente niña no sentía ni consideraba el amor como aquellas desenfrenadas, se convenció de que abrigaba un amor oculto, y se persuadió que el objeto de este era el Marqués de X** (1), que no había podido disimular la extrañeza y disgusto que le había causado el

(1) Bajo este nombre indica Fernán al Marqués de Arco-Hermoso, su segundo marido, que antes de su primer matrimonio se hallaba ya prendado de ella, aunque nunca se lo había manifestado.

repentino é irreflexionado casamiento de Clemencia. Así es que, aburrido, exasperado, enconado contra Clemencia, se entregó en breve, sin reservas ni consideraciones, á sus vicios y disipada vida anterior.

»Clemencia, por su lado, viendo unidos en su marido sus exigencias y su falta de ternura, sus celos, sus desvíos y sus vicios, se persuadió que él la solicitó sólo como el premio de una apuesta; que no llenaba su corazón, ni le merecía la ternura y respeto que se tiene á una mujer propia.

»Es cierto que Fernando no amaba á Clemencia, porque entre ellos no existían simpatías, afinidades ni paridad alguna, y porque Guevara no sabía amar, disecado su corazón por una vida viciosa; pero Clemencia era hermosa, y por eso sólo se entregó ciego á la pasión de los celos, y los celos sin amor son los más acerbos, y tanto más crueles para quien los sufre, cuanto que no tienen compensación.

»Clemencia llegó, pues, á ser una doble mártir, siendo tratada á la vez con la más insultante desconfianza y las más despóticas exigencias, y con la más ostensible falta de cariño y de atenciones; á un tiempo esclavizada y abandonada por su marido. Éste encerraba á su mu-

jer y se llevaba la llave; no le permitía recibir á nadie ni salir, ni aun para ir á la iglesia; y había llegado la locura de los celos y el placer de mortificarla hasta matar por su mano un pajarito que criaba Clemencia, que era su único compañero en la soledad.

»Esto parecerá exagerado, y no lo es, como pueden atestiguarlo los que hayan observado los efectos de los celos en almas duras y toscas, y la atroz propensión humana á redoblar el tormento, á medida que es la víctima más débil y más sufrida.

»Clemencia, en medio de tantos sufrimientos, no se creyó la *mujer incomprendida*, ni la *heroína inapreciada*, ni la *víctima de un mónstruo;* creyó sencillamente que Fernando era un mal marido, como otros muchos; que tenía que sobrellevarle, como hacían otras muchas mujeres; y rogó á Dios le mejorase y trajese á mejor vida. Así pensaba porque no había leído novelas ni visto *dramas de pasión*, y conservaba intactas las puras doctrinas de moral cristiana, no deslustradas por mundanos sofismas; conservaba inmaculadas sus nociones del deber, sin transacciones ni concesiones sociales; conservaba ilesas las doctrinas religiosas, sin que la atrevida y osada podadera filosófica hubiese suprimido ninguna de sus ramas ni de sus flo-

res. Así era que se regía sencillamente por estas máximas:

»*Recordemos que la paciencia es el heroísmo del cristiano.*

»*Recordemos que dice San Agustín: «Agradamos á Dios cuando su voluntad nos agrada». Y que San Bernardo dice que es una vergüenza ser miembros delicados bajo un Jefe coronado de espinas*».

»Releía á menudo en uno de sus libros de devoción aquellas palabras que tratan de los deberes de las casadas, y se embebía en esta cita de San Agustín que así dice:

»*Mónica obedecía á su marido como una sirvienta á su amo, y se esmeraba en ganarle á Dios, exhortándole con sus ruegos y sus buenas costumbres, cuya santa hermosura obligó á su marido á respetarla, y se la hizo grata y admirable. Toleró por mucho tiempo la mala conducta de su marido sin hacerle reconvenciones, aguardando la hora de que obrase en él la misericordia de Dios*».

Y aquí se interrumpe Fernán con una de esas digresiones, que tanto le critican sus contrarios, y que son, sin embargo, unas veces el meollo de su profundo conocimiento de la sociedad y del corazón humano; otras el espontáneo brote de su fina gracia andaluza, y las más de ellas la

piadosa manifestación de su alma profundamente religiosa.

«Oh madres! dice, dad buenos libros á vuestras hijas, y obligadlas á leerlos. Si bien jóvenes y felices, los leerán con más respeto que atención, más por obligación que por placer; no le hace; no desistáis; porque el día de la prueba germinará en sus corazones aquella hermosa semilla, como el trigo que se echó en tierra en un día de sol crece vigoroso el día de los temporales.

»Sucederá que aquellas palabras santas, leídas con infantil distracción, quedarán por el pronto invisibles en el corazón, como los caracteres estampados con tinta simpática; pero llegada la hora de la prueba, cual un fuego abrasador, saldrán claros, netos y enérgicos aquellos santos textos, mitigando las llamas que sólo habrán servido para purificar sus almas.

»Personas hay en el mundo de las que se cree que hacen el bien por instinto, y no es sino por la virtud de aquel germen, puesto en sus corazones en su niñez; germen tan rico y fecundo, que aunque sembrado por una mano torpe y floja, y caído en un terreno ligero y seco, echa raíces, como lo hace la yedra en una pared de piedra. Y puede haber quien dude que germen de tal naturaleza, y que tales frutos da aun sin cultivarle, sea divino!

»Cuántos jóvenes hay que dicen al perdonar una injuria y favorecer á un enemigo: «Hago esto porque soy filósofo!» No; lo haces porque te criaste católico.

»Que dicen: «Huyo del fango de los vicios porque soy moral». No; lo haces porque te criaste religioso.

»Que dicen: «He hecho un sacrificio, me he privado de un goce por tal de aliviar una miseria, porque soy filantrópico». No; lo has hecho porque te criaste cristiano.

»Esto es, si son sinceros en dar un noble origen á sus acciones buenas, y no ocultan bajo aquellas palabras la vanidad, el respeto humano y la hipocresía; pues sólo la religión crió aquellas virtudes, hijas ingratas que se emancipan, vuelven la espalda á su madre, y se unen á sus enemigos para combatirla, todo por espíritu de rebeldía, ese frenesí del entendimiento.

»Dios santo, consérvanos en la llana, fácil y bella senda de la estricta sumisión, que tantos santos y sabios ilustraron, y aléjanos de la pérfida senda de la rebeldía, laberinto oscuro é intrincado en que se pierden tantas bellas inteligencias y se precipitan todas las soberbias!

»Mas, volviendo á Clemencia, al verla tan paciente, se decía aquel hombre inculto por su

temprana emancipación, degradado por los vicios y pervertido por las malas compañías, el que ni aun comprendía las virtudes femeninas, ni el ardor santo con que se cumple en la juventud con los más rigurosos deberes: «Me engaña, y por eso calla; no se cura de que la abandone; si me quisiese, acaso no tendría celos?

»Alguna vez esta idea fija le abatía.

»Entonces Clemencia se acercaba á él, y empezaba á verter los inagotables tesoros de interés y de consuelo que todo corazón de mujer abriga hacia su marido, si le ve padecer en su cuerpo ó sufrir en su alma. Si Fernando callaba, redoblaba sus expresiones de interés y de ternura, tan elocuentes porque las dictaba su corazón. Mas estas flores sembradas en un desierto se marchitaban en su árido suelo; este bálsamo vertido sobre un cadáver no lo impregnaba, rechazado por su frialdad. Si acaso correspondía era tratando el amor á su manera grosera y chavacana. Clemencia entonces, como la sensitiva que lastima una tosca mano, se retraía, se encogía, y acababa por angustiarse. Esto volvía á montar á su marido en su habitual despecho, y prorrumpía en quejas y sarcasmos.

»Una infinidad de esos pequeños lances de que se compone la vida doméstica, venían cada

día á dar nuevo realce á esta incompatibilidad de naturalezas.

»Un día Fernando trajo á su mujer una lindísima estampa iluminada, de esas que todos vemos y miramos sin escandalizarnos; tal es el poder de la costumbre! Así fué, que apenas comprendió Clemencia lo que miraban sus ojos extáticos, cuando, uniéndose á la exquisita pureza de su alma la debilidad en que su estado enfermizo y excitado había puesto á sus nervios, prorrumpió en sollozos de tedio, de vergüenza y de angustia, tapándose el rostro con ambas manos. Fernando al pronto se quedó parado; no comprendía; pero atribuyendo en seguida esta exquisita y delicada expresión de pureza, en una niña que sólo conocía su convento, á escrúpulos de monjas, prorrumpió en cuanto vulgar sarcasmo ha inventado la grosería contra éstas; acabando por decir á Clemencia que una mujer como ella debería no haber salido nunca de su convento, en lugar de haberse prestado á ser la mujer de un militar.

»Esta vida terrible al lado de un hombre, que sólo define bien la palabra *atroz*, digno marido para una joven de esas emancipadas que dicen con un candoroso cinismo que quieren amantes ó maridos que las sobrepujen en audacia y energía; esta vida, decimos, si bien era tolerable á

la encantadora mansedumbre de alma de Clemencia, no lo fué á su naturaleza física.

»Así era que se desmejoraba sin notarlo ella misma, con espantosa rapidez. Sus huesos se señalaban al través de su pálido y amarillento cutis, no se alimentaba, ni tenía quien cariñosamente la obligase á hacerlo. En breve no tuvo aliento para moverse; y ella, tan hacendosa y tan dispuesta, pasaba sus días tendida inerte sobre un sofá, siempre paciente y siempre conforme, y aun sin compadecerse á sí misma; lo que es un consuelo grande.

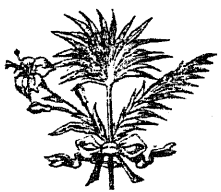
»Clemencia, en realidad, se había apegado á su marido *porque era su marido*. Como otra Santa Mónica, esperaba firmemente que Guevara, tarde ó temprano, miraría la vida bajo su verdadero punto de vista, renunciando á la viciosa y disipada que llevaba, y que con la edad su corazón se abriría á todas las virtudes y buenos sentimientos. No sabía la sencilla niña que es una vulgar injusticia achacar á la juventud los vicios, y á la edad madura las virtudes; ignoraba aún que una naturaleza noble y elevada tiene la juventud virtuosa, y que una naturaleza mala y rebajada tiene viciosa la vejez».

Hasta aquí la relación fingida de Fernán, disfrazando siempre la verdadera. En cuanto al trágico desenlace, ni está, ni es necesario bus-

carle en la novela *Clemencia*. Conózcolo yo perfectamente, porque lo escuché de boca del mismo Fernán, y con toda puntualidad he de transcribirlo... Un día, sintióse Antonio Planells repentinamente indispuesto: dejóse caer en un sofá, sin voz, sin pulso, sin alientos. Acudió á él solícita Cecilia, y reclinó sobre su seno la cabeza del joven: parecía éste sufrir angustiosa opresión en el pecho y llevábase allí ambas manos, como indicando que le desabrochasen el uniforme. Hízolo así Cecilia, y tras una breve y fuerte congoja, quedó Planells inmóvil, horriblemente pálido, pero sumido al parecer en un tranquilo sueño. Media hora permaneció Cecilia como una estatua, sosteniendo siempre la cabeza de su marido, sin osar moverse ni atreverse á resollar por miedo de interrumpir aquel sueño bienhechor y volverle á sus sufrimientos... Cecilia misma lo dice á de Latour en su carta que antes he copiado: *Era la primera vez que veía yo la muerte, y lo creía dormido!...*

Sacáronla al fin de su cruel engaño, y contra su voluntad y casi á la fuerza, lleváronla á casa del Capitán General de la Isla, D. Salvador Meléndez. Hallábase casado este señor con aquella amiga de D.ª Frasquita de Larrea, á que alude Fernán en su carta á de Latour, y con tal ca-

riño recibieron ambos esposos á la interesante viudita y se apegaron á ella, que la retuvieron en su casa más de año y medio, hasta que regresaron ellos mismos á España, y á su cuidado y bajo su protección amorosamente la trajeron.



XIX

CUANDO Cecilia desembarcó en Cádiz por Octubre de 1818, ya la calma había renacido en su pecho, la dicha de volver á verse en el seno de su familia le sonreía dulcemente y aquellos trágicos eventos que con tanta rapidez se sucedieron en su vida, se alejaban lentamente de su memoria, cual negros y siniestros nubarrones que se hunden poco á poco en el horizonte y acaban por desaparecer. El mismo Fernán lo ha dicho: «Cuando á los dieciséis años, y con un carácter feliz é inclinado al bien hallarse, se sufren infortunios violentos, pero cortos cual tormentas de verano, vuelve el ánimo á su calma, como después de aquellas vuelve el cielo á su serenidad, sin dejar más rastros

estas que el beneficio del rocío en la tierra, y aquellos el beneficio de las lágrimas en el corazón».

Este beneficio prematuro de las lágrimas, añadió en efecto á Cecilia el suave encanto de una precoz madurez, sin deslustrar para nada los brillantes de su juventud, y por dos años consecutivos tornó á ser Cecilia en Cádiz, como lo había sido antes, la dicha de sus padres, la alegría y el ejemplo de sus hermanas, y la gala y el ornato de aquella culta y distinguida sociedad andaluza.

Mas cuando al cabo de este tiempo volvieron otra vez sus padres á hablarle de boda, apoyando con calor al nuevo pretendiente que solicitaba su mano, vióse entonces la honda y desoladora huella que habían dejado en sus ideas y sentimientos los desastres de su primer matrimonio. El recuerdo de aquellos horribles meses de Puerto Rico volvió al punto á su memoria vago, fantástico, angustioso cual una de esas espantosas pesadillas que inundan el cuerpo de sudor frío y de congoja el corazón, y un sentimiento instintivo de indefinida y pavorosa amargura hacíala retroceder ante la perspectiva de una segunda unión.

Era, sin embargo, el nuevo pretendiente de Cecilia, un joven sevillano de grandes prendas

personales y elevada posición social. El Marqués de Arco-Hermoso, D. Francisco Ruiz del Arco, Oficial de Guardias españolas, había fijado su atención en Cecilia y prendádose de ella antes de la atropellada boda de ésta con Antonio Planells. Lo repentino é inesperado de este matrimonio destruyeron por completo los planes de Arco-Hermoso; mas al encontrarse por segunda vez en Cádiz con Cecilia, libre de nuevo y aun más interesante por la nueva aureola de su mansedumbre y sus desgracias, sintió reavivarse sus honrados deseos, reorganizó sus planes destruídos al considerarlos otra vez posibles, y comenzó á ponerlos en práctica, descubriendo noblemente sus intenciones á los dos esposos Bölh de Faber. Acogiéronle ambos consortes con gran benevolencia, y Juan Nicolás mismo encargóse de hablar á Cecilia. Mas no bien comprendió ésta de lo que se trataba, comenzó á angustiarse, y á replegarse asustada y á retroceder como una corza herida que viera delante los hierros que ya una vez la maltrataron.

Sosególa Juan Nicolás y aconsejóla suavemente que no partiera de ligero y que antes de decidirse ni en pro ni en contra, conociese y tratase al Marqués y apreciara por sí misma sus prendas y cualidades. Hízolo así Cecilia,

dócil siempre á todo consejo paterno, y aunque favorablemente impresionada por la persona y trato del Marqués, no se decidió, sin embargo, sino condicionalmente.

Propuso á su padre pasar una larga temporada en Alemania con su abuela Cecilia Lütkens, que de continuo solicitaba con gran empeño esta visita, y á su vuelta, si el Marqués persistía en su propósito y no encontraba ella razón ninguna seria que oponerle, trataríase del casamiento, sin que existiese hasta entonces entre ellos compromiso de ningún género.

Hízose así en efecto, y marchó Cecilia á Alemania por Setiembre de 1820; acogió Cecilia Lütkens á su nieta con los mayores transportes de júbilo y tuvo para ella cuantos mimos y agasajos pueden discurrir juntos el cariño, la opulencia y el deseo de agradar. Viajó con ella cómoda y reposadamente por toda Alemania, presentándola siempre en los círculos más elevados, porque era idea de la abuela, que secretamente acariciaba, la de retener para siempre á su nieta en Alemania, proporcionándola allí un ventajoso casamiento.

Mas fiel siempre Cecilia á los suyos, desechó los que se le presentaron, volvió á España á principios de 1822, después de quince meses de ausencia, y el 26 de Marzo del mismo año

contrajo nuevas nupcias en el Puerto de Santa María con su apasionado y paciente Marqués de Arco-Hermoso.

Estableciόse el nuevo matrimonio en Sevilla, en la antigua y magnífica casa solariega de los Arco-Hermoso, que era la que describió después Fernán en Elia, haciéndola señoril morada de la Asistenta.

«Era la casa grande y antigua, dice. En el zaguán empedrado estaban las cuadras, cocheras y cuartos de mozos, llamados con este motivo de *escalera abajo*. A la izquierda una cancela de hierro daba paso al gran patio de la casa, rodeado por tres costados de galerías, sostenidas por columnas de mármol; el cuarto lado lo cerraba una verja de hierro, separándolo del jardín, que era muy grande, y cuyos espesos bojes, altos cipreses y copudos naranjos atestiguaban su antigüedad. Viéndolos tan ancianos, se colegía habían perdido la cuenta de las generaciones de hombres á quienes habían dado sombra. Alegraba el aspecto algo austero de esta grandiosa entrada, la fuente, que en medio del patio ofrecía sus frescas aguas al que entraba, y el murmurio de la del jardín, que se las ofrecía á las flores. La escalera de mármol era digna de un palacio. Al frente, en su ancha meseta, había un cuadro de Tobar embutido en

la pared por una rica moldura de yeso, representando en tamaño natural las Santas Justas y Rufina, patronas de Sevilla; en el techo estaban pintadas al fresco las armas de la casa. La sala, muy grande y cuadrada, estaba colgada de damasco carmesí y con el mismo estaban forrados los sillones, de madera de haya tallada y con filetes dorados, cuyos pies terminaban en garras de león apoyadas sobre bolas; con el mismo también estaban forrados los canapés, cuyos respaldos sobresalían con mucho de las cabezas de las personas sentadas en ellos. Entre las ventanas había hermosas mesas de madera finamente esculpidas y doradas; sobre ellas colgaban espejitos de cristal verdoso, pero colocados en magníficos cuadros dorados, cuyo dibujo era de exquisito gusto. Eranlo igualmente las mesas rinconeras que guarnecían los cuatro ángulos, y que cubrían bellos juguetes chinescos y de exquisitas filigranas de Méjico. Las ventanas que no tenían ni visos ni celosías, dejaban entrar la luz del día en todo su esplendor, sin cuidarse del *petit jour*, tan buscado y ventajoso en la coquetería francesa. Las sobrepuertas eran pintadas, y representaban la vida de la Virgen. Por una galantería obsequiosa del pintor, se notaba en una de ellas el borrico en que iba la Virgen en su huída á Egipto, mar-

cado con la marca perteneciente á las yeguadas de la casa».

El buen gusto de Cecilia supo conservar intacto aquel suntuoso interior, partiendo de este principio combatido hoy por los improvisados pseudo-elegantes, que tratan de sustituir las antiguas joyas que no poseen, con la fácil pacotilla de los modernos *bibelots*. «A las familias, á las casas, á los muebles, les da la antigüedad un sello de nobleza que lo moderno envidia, y que no compensan ni las riquezas sin raíces, ni la moda variable y sin bases. Al cabo de algunos años, lo que aquí se ponga ahora será vulgar, sin tener el sello de su época; será viejo sin ser antiguo, y puede que esa veleta que se llama moda y buen gusto, adore lo que ahora ridiculiza».

Mas si su aristocrático instinto le hizo conservar invariable la antigua magnificencia de su casa, su buen sentido y la ilustración adquirida en sus viajes, hízole alegrar, por decirlo así, aquel lujo austero y aun un poco sombrío, con todos los adelantos que el *confort* había ya conquistado en aquella época: no es, pues, extraño que Mr. de Latour escribiese años después á su amigo el Barón Taylor:

«Cuando con nuestro amigo Douzats estuvisteis, querido Taylor, encargado por el Rey

Luis Felipe de una misión en España, y frecuentabais una de las raras casas de Sevilla, en cuyos salones había entonces chimenea, pudisteis figuraros, por ventura, que en aquella despierta Marquesa que os recibía con tanta gracia se ocultaba un escritor delicioso?»

En cuanto á la sociedad que rodeó á la Marquesa de Arco-Hermoso no bien llegó á Sevilla, supo el carácter alegre y el sencillo buen tono de la nueva Marquesita imprimirle una modificación análoga, en lo moral, á la que su buen gusto había impreso en la parte material de su magnífico y suntuoso palacio. Por aquel tiempo era todavía Sevilla la grave matrona que con su rosario en la mano, vivía como cuando usaba la tiesa cotilla, el promontorio empolvado y el tontillo que solo por una puerta muy ancha le permitía entrar de frente. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la báciga ó al tresillo con sus Canónigos y Oidores, con sus Veinticuatros y sus Maestrantes, y no tenía teatro porque un voto religioso se lo impedía.

Mas de tal manera supo Cecilia captarse las simpatías de la grave matrona, y tal influencia llegó á tener en ella, que sin apartarla en nada de su cristiana moralidad, ni desvirtuar en lo más mínimo su aristocrático empaque de rica-

hembra, logró hacer brillar en su severa fisonomía la alegre sonrisa y la fina y natural jovialidad que fueron siempre nota característica de aquella otra culta y elegante sociedad gaditana en que la linda Marquesita se había educado.

La Marquesa de Arco-Hermoso fué, pues, en aquella época quien puso el tono en la sociedad de Sevilla: su casa era el centro de la alta aristocracia andaluza; en ella eran presentados cuantos extranjeros de distinción llegaban entonces, como hoy, á visitar á Sevilla, y Cecilia fué quien inauguró y puso de moda aquellas clásicas y características tertulias de los patios sevillanos, famosas por su amenidad y sencillo buen tono, que andando el tiempo y al generalizarse descendiendo de la aristocracia á la clase media, han inmortalizado en nuestros días los hermanos Quintero, en su magistral comedia llena de verdad y de gracia, *El Patio*.

XX

En aquel angustioso período de bárbaras represalias, sangrientos crímenes y grotescas ridiculeces, que comprende desde el año de 1820 al de 1823, fué el palacio de Arco-Hermoso asilo seguro de perseguidos, así serviles como liberales. No satisfizo nunca á Cecilia que fuese su casa solamente centro de elegancia y de cultura: hízola también al mismo tiempo refugio de desdichados y amparo de infelices, y en ninguna época como en aquella de pasiones desbordadas y enconos triunfantes, salieron del antiguo palacio tantas desgracias remediadas, tantos peligros conjurados, tantos corazones llenos de paz y de consuelo. Referiré uno solo de estos curiosos episodios, porque en él basó Fernán, más adelante, el argumento de una de sus más

interesantes novelas, *Un servilón y un liberalito,* y en sus páginas quedó retratado el héroe bajo el nombre del liberalito Leopoldo Ardaz.

Sucedió esto cuando en el año 1823 pasaron la frontera los cien mil hijos de San Luis con el Duque de Angulema al frente. El miedo paralizó entonces en las gargantas liberales las discordantes notas del *Trágala* con que insultaban y escarnecían á cada paso á los vencidos serviles, y Cortes y Gobierno, todos en tropel, huyeron desaforadamente á Cádiz, llevándose por delante y contra su voluntad al Rey Fernando VII y á toda la real familia, no sin que antes se propusiera en una de las sociedades secretas de la Corte; omnipotentes entonces en España, que se discurriese el modo de hacer desaparecer para siempre al Rey y á todas las personas reales. Al llegar Fernando VII á Sevilla el 11 de Abril de 1823, negóse terminantemente á pasar más adelante: esta resolución sostenida del monarca desconcertó por completo á diputados y ministros, que, aturdidos y amedrentados, no atinaban sino á huir así de los franceses que llegaban como de los sevillanos que estaban allí y eran realistas en su mayor parte. La carencia de noticias aumentaba el pavor con las veleidades de la incertidumbre: ignorábase en absoluto dónde estaban ya los franceses y des-

conocíase también el paradero de los dos generales, Villacampa y López Baños, enviados tímidamente por el Gobierno constitucional para detenerlos: los pueblos vecinos, realistas exaltados todos, detenían los partes dirigidos al ministerio liberal refugiado en Sevilla, y temía éste á cada paso ver asomar por la puerta de Triana los rubios bigotes de Angulema, y que fraternizando con los invasores los serviles sevillanos, devolviesen á Fernando VII su trono absoluto y diesen con ellos en los profundos calabozos de la Torre del Oro, sino era que los mandaban desde luego á los más hondos aún del infierno; porque no las gastaban menos los vencedores de aquel tiempo, ya fuesen serviles, ya liberales. En este estado de sobresalto continuo, recibió el primero de Junio el Ministro Calatrava un parte de un tal señor Mateos, jefe político de Jaen, anunciándole que los franceses habían pasado el desfiladero de Despeñaperros sin tropiezo alguno, y que las pocas tropas apostadas allí para cortarles el paso, se retiraban fugitivas y dispersas. Y con harta razón, sin duda, añadía el tal Mateos por su propia cuenta estas palabras, recuerdo de las atribuídas á Francisco I: *Todo se ha perdido incluso el honor.*

El pánico de los ministros y diputados llegó entonces á su colmo. Calatrava reunió al punto

á las Cortes en sesión permanente y fué su primera providencia la de enviar á el Alcázar una comisión de diputados presidida por el General de la Armada D. Cayetano Valdés, uno de los héroes de Trafalgar, con encargo de persuadir al Rey de la necesidad absoluta en que estaban todos de que les siguiese á Cádiz aquella misma noche. Negóse Fernando á ello con la mayor firmeza, y la comisión, triste y cariacontecida, volvió á dar cuenta á las Cortes de la desairada respuesta. El salón de sesiones presentó entonces un espectáculo indescriptible: todo era confusión, barullo, suposiciones, preguntas... El miedo dominaba, sin embargo, á la ira, y estas dos malas pasiones unidas, daban por resultado furiosos apóstrofes, ilógicos reproches, vergonzosas prevaricaciones, planes descabellados con que procuraban todos salir del peligroso laberinto en que se habían metido... Dominó al fin la horrible barahunda una poderosa voz que pedía silencio, y un diputado, oscuro entonces, famoso más tarde, y osado y elocuente siempre, D. Antonio Alcalá Galiano, propuso á las Cortes que declarasen al Rey demente, nombrasen una Regencia que tomase en el acto las riendas del Gobierno y arrastrasen aquella misma noche á Cádiz al Rey, así depuesto, con toda la real familia. Apoyó la criminal propues-

ta el famoso D. Agustín Argüelles, y después de ligerísima discusión fué aprobada por noventa y nueve votos, siendo nombrados Regentes D. Cayetano Valdés, D. Gaspar Vigodet y don Gabriel Ciscar, y aquella misma noche, por decreto de éstos, Cortes, Gobierno y Regencia salieron para Cádiz atropelladamente, llevándose presos al Rey y á toda la real familia.

Entre los Grandes de Madrid que acompañaron á Cádiz á Fernando VII, había algunos que no le seguían por tener cargo oficial en la Corte, sino solamente por afecto á su persona y apego y lealtad á los rancios principios monárquicos. Fué uno de éstos cierto anciano Marqués, hombre respetable por todos conceptos, que era pariente de los Arco-Hermoso. Ofreciéronle éstos hospedaje á su llegada á Sevilla y aceptólo agradecido el noble anciano, permaneciendo en casa de sus sobrinos todo el tiempo que duró la estancia del Rey en la capital andaluza. En una de las muchas horas de expansión que tuvo el Marqués con Cecilia y su marido, descubrióles una honda pena que le amargaba la vida. Su hijo menor, que aún no contaba veintiún años y que por razones que luego se sabrán, llamaré ahora Leopoldo, habíase ya afiliado en las logias secretas de los Comuneros; militaba, por lo tanto, en las filas

de los liberales más exaltados; hacía alardes de impiedad y prometía ser, en suma, uno de aquellos legisladores de veinte años, tan abundantes en aquella época, que encontraban á Cristo demasiado viejo, y pretendían suplirle en el cuidado de dirigir la humanidad. Deseoso su padre de alejarle de aquel centro de perdición, alistóle en el regimiento de Carabineros Reales que había precedido al Rey en su viaje á Cádiz: mas al ver que con la llegada de las Cortes y el Gobierno se convertía de nuevo esta plaza en foco de liberales rabiosos y sectarios de las logias, juzgó prudente sacar de allí á su hijo y pensó entonces en hacerlo trasladar al regimiento de Guardias Españolas en que tenía mando Arco-Hermoso, donde con la protección y vigilancia de éste, y bajo la sana y caritativa influencia de Cecilia, podría el revoltoso muchacho tener más probabilidades de seguridad y enmienda. Así se lo prometieron al afligido padre ambos esposos y no se volvió á hablar por entonces del asunto.

Precipitáronse luego los sucesos: los franceses pasaron por Sevilla y siguieron á sitiar á Cádiz, estableciendo Angulema en el Puerto de Santa María su cuartel general. El 30 de Agosto entraron los sitiadores en el Trocadero, y el 1.º de Octubre, rendido ya Cádiz y libre Fer-

dando VII, firmaba éste en el Puerto de Santa María la sentencia de muerte de los tres Regentes Valdés, Ciscar y Vigodet, que habían usurpado en Sevilla, declarándole demente, su soberanía real. Mientras tanto el paso de los franceses había devuelto á Sevilla su perdida tranquilidad y héchole recobrar su aspecto ordinario. El calor era aún grande á fines de Agosto, y la tertulia de la Marquesa de Arco-Hermoso reuníase aún en su magnífico patio, al que las fuentes de mármol, la proximidad del jardín y los innumerables tiestos de flores comunicaban una embalsamada y deliciosa frescura. En la noche del 30 de Agosto, fecha memorable de la toma del Trocadero, era extraordinaria la animación en la dicha tertulia. Los Embajadores de la Santa Alianza, que por estar más cerca del Rey le habían seguido á Andalucía, las nuevas autoridades realistas de Sevilla y algunos otros personajes políticos, comentaban acaloradamente hasta las menores noticias de Cádiz, á que la gravedad de la situación prestaba singular importancia, y el murmullo de estas serias conversaciones confundíase con el risueño eco de la charla de la gente joven, alegre como los tiestos de flores y ruidosa como las fuentes del patio.

Cerca ya de las doce, hora en que empezaban

á retirarse los tertulianos, poco trasnochadores entonces, hallábase Cecilia conversando con un grupo de señores, entre los que se contaba el Jefe político de la provincia, y á dos pasos de ella jugaban al tresillo el Capitán General con un coronel francés ayudante de Guiche y el General Downie, escocés, al servicio de España desde la guerra de la Independencia, Alcaide á la sazón del Alcázar de Sevilla, y alma de un complot realista fraguado poco antes con idea de libertar á Fernando VII. Acercóse entonces un criado á Cecilia y presentóle en una bandeja de plata un papel tosco y moreno, hecho cuatro dobleces. Tomólo Cecilia no sin extrañeza, y bajo el peso de todas aquellas peligrosas miradas, leyó las siguientes líneas, que no puedo copiar naturalmente al pie de la letra, pero cuya sustancia y la mayor parte de sus frases conservo entre mis apuntes tal como las oí á Fernán Caballero: «Primita: No te sorprendas al leer ésta ni hagas ningún movimiento que te delate ante esos bárbaros servilones que te rodearán de seguro... Me he fugado del barco en que me traían preso á Sevilla los viles esbirros de la tiranía. No tengo á dónde ir, y si me cogen me ahorcan de fijo... Glorioso es morir por la libertad: pero yo prefiero vivir para ella. Mi padre me ha dicho que eres una servilona adora-

ble, con corazón de liberala, y por eso me arrojo á tus plantas, cantando como en la ópera, *Pietá! pietá!*... Vamos, que no quiero que me ahorquen tan pronto. Tu amantísimo primo que con la cuerda al cuello B. t. p. *Leopoldo Ardaz.* P. D. Tus imbéciles de criados no han querido dejarme entrar y por eso me veo obligado á escribirte. Saluda á mi primo».

Sintió Cecilia un escalofrío de miedo al leer aquella carta extravagante y no pudo menos de lanzar á hurtadillas una mirada recelosa á las autoridades de Sevilla que tan cerca tenía, pensando al mismo tiempo en la imprevisión y aturdimiento del que así fiaba á un papel abierto y á un criado desconocido, un secreto en que se jugaba la vida, de ser cierto, y aun no siéndolo se exponía á gravísimos peligros en aquella época de espionaje y de recelos.

Las autoridades, sin embargo, charlaban distraídamente, y queriendo entonces Cecilia cerciorarse de si el criado había sospechado algo, preguntóle mirándole con fijeza:

—¿Quién ha traído esto?...

—Un muchachillo, contestó el lacayo muy naturalmente. Quería ver á la Sra. Marquesa, y como Tomás no le dejaba entrar, empezó á decir á gritos que si la señora Marquesa se enteraba de que le habían despedido, nos plantaría

á todos en la calle deseguida... Entonces, para que no alborotase más, le dijo Tomás que escribiese y puso ese papel en una hoja del diario de la cuadra.

—¿Y dónde está esperando?...

—Tomás le metió allá dentro, para que no le vieran los señores que salían, y él se entró en la cuadra y allí quedó muy divertido viendo los caballos con los faroles y levantándolos á todos.

Disimulando entonces Cecilia su preocupación, dijo en voz alta como hablando consigo misma:

—Ese debe ser el sobrino que esperaba el Ama Pastora... Diga V. á Pastora que baje al momento, ahí á los arcos...

Y siguió hablando con la mayor naturalidad con los señores que la rodeaban, fijos siempre los ojos en los arcos que daban paso á la magnífica escalera, formando una especie de rinconada oculta que servía de tránsito á la servidumbre. A poco apareció en ellos una viejecita muy limpia, de blanquísimos cabellos sujetos en las sienes con peinecillos de carey, que traía pendiente de la cintura un manojo de llaves: era el Ama Pastora, mujer fidelísima y muy inteligente, que había sido nodriza del Marqués de Arco-Hermoso y permanecía aun en la casa

de ama de llaves (1). Acercóse á ella Cecilia como para darle una orden y dialogaron breve rato. Buscó luego al Marqués, que paseaba por los amplios corredores con varios caballeros y dióle al paso el misterioso billete, que aún conservaba en la mano, diciéndole, sin detenerse, dos ó tres frases. Concluída esta disimulada maniobra, volvió á atender á sus tertulianos con la gracia y amabilidad de siempre, sin que nadie pudiera sospechar la ansiedad y los temores que la agitaban por dentro.

Cuando desapareció el último de los tertulianos, corrió Cecilia, sin esperar al Marqués, á la habitación del Ama Pastora y abrió la puerta de un golpe. Un cuadro verdaderamente extraño por lo tranquilo y apacible, se presentó á su vista. Sentado en el borde de una mesa, hallábase un guapísimo muchacho de unos veinte años, fumando un cigarrillo de papel y charlando animadamente: algún tanto de incipiente y sedosa barba, no afeitada en varios días, daba alguna

(1) Esta Ama Pastora es la misma que retrató Fernán en el Ama María de su novela *Elia*, haciéndola más joven para que pudiese resultar nodriza de la protagonista. Conservo entre mis apuntes muchos dichos y hechos de esta notable mujer, tipo de la antigua criada andaluza, tan fiel y respetuosa con sus amos, como entrometida y charlatana con el resto de la humanidad.

sombra varonil á aquel simpático y picaresco rostro de colegial: su cuerpo elegante y flexible parecía estallar en unos estrechos calzones y un casaquín de mahón, no hecho seguramente á su medida: un *foulard* anudado á su garganta ocultaba pudorosamente la carencia de corbata y la falta de cuello en la camisa, y una especie de casquete de terciopelo verde con visera, muy chico y por eso graciosamente ladeado en la coronilla, dejaba escapar sus despeinados rizos. En pie delante de él, escuchábale con la boca abierta el Ama Pastora, dejando escapar entrecortadas exclamaciones de satisfacción.—Qué gracia tiene!... Pobrecito!... Dios le bendiga!...

Al entrar Cecilia de repente, saltó el muchacho ligeramente de la mesa, quitándose la gorra y tirando el cigarro, y adelantóse á saludarla con gran desparpajo besándole ceremoniosamente una mano con el mismo aplomo y la misma elegante soltura con que el más apuesto de los *talons rouges* lo hubiera hecho con la más encopetada de las Marquesas de la Corte de Versalles. Entró en esto el Marqués, y el del casaquín de mahón estrechóle cariñosamente en sus brazos con la mayor naturalidad del mundo, llamándole primo queridísimo, servilón empecatado y prometiéndole su protección para cuando se volviese la tortilla y á los liberales

tocase otra vez ahorcar y ser ahorcados á los serviles.

—Por ahora, concluyó, solo puedo decirte con verdad lo que decía el portugués al castellano desde el fondo del pozo:—*Castejao!* Si me sacas de aquí te perdono la vida!...

Reíase á carcajadas el del casaquín de mahón de las estupefactas fisonomías de sus primos, y como la risa es contagiosa, acabaron éstos también por reirse con aquel primito que el huracán de la revolución les hacía caer de las nubes, tan sereno y tan risueño como si no pendiese sobre su cabeza una sentencia de muerte...

XXI

ENTONCES enteró Leopoldo á sus primos de las nuevas aventuras que le habían traído á aquel estado. La inflexible resolución de su padre, el anciano Marqués, de sacarle de Cádiz, exasperó al arrogante liberalito, y el hecho de declararse partidarios del *Rey absoluto* todos los Carabineros Reales en masa puso el colmo á su escasa paciencia, y le determinaron á una resolución funesta, digna sólo de su alborotada soberbia. Desertó de su Regimiento en compañía de otros dos oficiales tan aturdidos como él y huyóse á Gibraltar con ellos, embarcado en un queche: pero apresados no lejos de la costa por una lancha cañonera, fueron conducidos á

Sanlúcar de Barrameda y entregados á las autoridades militares francesas, las cuales, á su vez, les enviaron á Sevilla para que les formasen allí las españolas Consejo de Guerra. Al desembarcar por la noche en el muelle de Triana presentósele ocasión milagrosa de escabullirse de entre las manos de los soldados. Hízolo, en efecto, con gran fortuna, sin cuidarse para nada de sus compañeros, y refugióse en la primera puerta que halló abierta, que fué la de una prendera vecina al puente. Compadecida esta buena mujer de sus pocos años, y prendada de su gracia y gentileza, escondióle en un sótano y á la noche siguiente, con el disfraz del casaquín de mahón y la gorrita verde de terciopelo, que le dió ella misma, llevóle al palacio de Arco-Hermoso, sin que consintiese en recibir de manos de Leopoldo ningún género de recompensa.

Refería todo esto el muchacho como la cosa más natural del mundo, metidas las manos en los bolsillos del casaquín, paseando de un lado á otro y hablando con su tono jovial y humorístico de siempre. Cuando hubo concluído su relación, preguntóle el Marqués de Arco-Hermoso:

—Pero tú qué plan tienes?... Qué piensas hacer ahora?...

Leopoldo llevóse la mano al gaznate, sacó la lengua con el gesto del que estrangulan y contestó muy serio:

—Todo, menos entregar al verdugo mi cuello de cisne...

Enternecía y asustaba al mismo tiempo ver aquella juvenil y simpática criatura jugar por irreflexión y aturdimiento con un peligro de muerte, como pudiera jugar un niño con una pistola cargada. Conmovida Cecilia por estas reflexiones, apresuróse á devolverle la tranquilidad que no había perdido... Todo estaba ya previsto y preparado, y podía con completa seguridad estar allí los días necesarios, con tal de que él tuviese juicio, no se comprometiese ni les comprometiese á ellos, y consintiese en pasar para los criados de la casa y, para todo el mundo, como sobrino del Ama-Pastora... Leopoldo no la dejó acabar cosa que tanto le interesaba y la interrumpió aturdidamente:

—Aceptado!... Aceptado!...

Y abrazando cariñosamente á la anciana ama de llaves, añadió imitando el dejo y el mimo andaluz:

—Ven acá, tiíta mía queridísima, Pastora ó Galatea, que yo seré tu corderito!...

Y con su sereno desparpajo le plantó un par de ruidosos besos en cada una de sus arruga-

das mejillas. La buena vieja lloraba enternecida, repitiendo siempre:

—Qué gracia tiene!... Y qué bonito es, señora Marquesa; pero qué bonito!...

Á lo cual replicó Cecilia la misma respuesta que puso después en boca del *servilón* D. José Mentor á su hermana D.ª Liberata:

—Valiente recomendación para un Consejo de Guerra!...

Habíale, en efecto, mandado preparar Cecilia una habitación aislada, muy próxima á la del Ama-Pastora, pero completamente independiente de la demás servidumbre, y fué su plan desde el primer momento tenerlo allí oculto todo el tiempo necesario para encontrarle un pasaporte con nombre supuesto, y enviarle luego á Gibraltar por la sierra, bien acompañado y provisto de todo lo necesario para embarcarse allí para Inglaterra... Todo fué bien durante los dos primeros días: Leopoldo, formal y serio como un cartujo, no salía de su cuarto, donde con maternal solicitud le servía exclusivamente Pastora, y empleaba su tiempo en escribir á sus amigos, en hacer versos, no del todo malos, y en leer los libros que sus bondadosos primos le proporcionaban. Mas al tercero, el tedio, tentador el más fuerte y más astuto de los pocos años, extendió sobre él su entumecida garra.

Sacudióla Leopoldo prontamente haciendo dos ó tres excursiones por el cuarto del Ama-Pastora, revolviendo todos sus trastos según le inspiró su genio trasteador y diabólico de verdadero niño travieso, y ocultándose después debajo de la cama para gozar de la estupefacción de la buena vieja. Los cuadros de santos estaban con la cara para la pared, los candeleros del altarito tenían las velas invertidas, los santitos de yeso, por estar sin duda más cerca del cielo, habían emigrado á lo alto de la cornisa, los floreros estaban debajo de la mesa y de las sillas, y aun había otros trueques escabrosos que revelaban en el que los había imaginado más sobra de buen humor que de excesiva delicadeza.

Empeñóse luego en bajar al jardín y Pastora le acalló, como á los niños mimados, con la promesa formal de bajarle después, á la noche, cuando estuviera el patio iluminado. Ya he dicho que constaba éste de tres magníficos claustros ó corredores de columnas y que formaba el cuarto lado una monumental verja que lo separaba del espacioso jardín. Iluminadas, pues, las galerías con numerosos globos de cristal nevado, distinguíanse perfectamente cuantas personas había en el patio, permaneciendo ocultas en la oscuridad las que estaban en el jardín,

si no se acercaban demasiado á la verja. Á la hora de la tertulia bajó Leopoldo al jardín con Pastora y vieron entrar poco á poco á todos los tertulianos, que la vieja presentaba al muchacho con graciosos comentarios, hijos de su nativa sal andaluza.

Entró de las primeras, dando saltitos, una señora muy pequeña y regordeta, de cara bobalicona, modales afectados y aire presumido: seguíala un caballero anciano, mal encarado, de aspecto marcial, con las patillitas cortas y el bigote recortado de los militares de entonces. Al verles Pastora dijo al oído del muchacho:

—Ahí está la Niña de Pilato: detrás viene su padre...

—De Pilato? replicó sorprendido Leopoldo. Le toca algo al famoso del Credo?...

—No, señor; sino que á su padre le llaman acá en Sevilla *Pilato,* porque es igual al Pilato de la Cofradía de las Mínimas que sacan el Viernes santo... Y claro está que á su hija la señora Vizcondesa, la llaman también *la Niña de Pilato*...

Volvióse en este momento la aludida frente á la verja, y pudo notar Leopoldo que era horriblemente bizca del ojo izquierdo.

—Pero es vizcondesa por título ó por enfermedad? preguntó riendo.

—Por las dos cosas, señorito: ella, como usted verá, bizquea un poquillo, es cierto. Pero además era hija de la señora Vizcondesa de X**, que murió en Cádiz de la fiebre amarilla el año 800... Su padre es un gobierno muy principal de tropa... así como Brigadier ó Mariscal de tierra ó de campo... Se llama D. José de Z**...

—Demonio! exclamó Leopoldo dando un brinco. Don José de Z** ha dicho V...? Pues es preciso enamorar á la doble vizcondesa!... Es muy niña?...

—Qué ha de ser niña, señorito!... Lo menos veinte años lleva en cada pata... Lo de niña es un decir que usamos por acá cuando se habla de una *mocita* aunque sea ochentona... Figúrese el señorito que cuando yo criaba al señor Marqués, ya venía ella á la casa hecha una *zangoncita*.

—Pues aunque tenga cien años es menester enamorarla... ¿Sabe V. que su padre D. José de Z** es el Mariscal de Campo que preside mi Consejo de Guerra?...

—Ay Jesús!... Válgame Dios! exclamó asustada Pastora. Pues un Juez tiene el señorito más derecho que el dedo de San Juan... Ni que se lo pidan frailes descalzos lo tuerce como no sea del lado de lo justo.

El Mariscal de Campo D. José de Z** había sido nombrado, en efecto, presidente del Consejo de Guerra que había de juzgar á los tres aturdidos desertores del Regimiento de Carabineros Reales, y la rígida rectitud de aquél y su exaltado realismo eran el mayor peligro que corrían los desgraciados reos.

Á la mañana siguiente, cuando el Ama-Pastora entró en el cuarto de Leopoldo á servirle el desayuno, encontróle levantado y dispuesto, contra su costumbre, y escribiendo con vivo entusiasmo en un gran pliego lleno de tachaduras. Manifestó el Ama su extrañeza por aquel madrugón inusitado, y contestó Leopoldo que había pasado muy mala noche, desvelado toda ella y pensando en la Niña de Pilato. Porque la verdad era—y el muy pillastre lo decía con la mano puesta sobre el pecho—que le había hecho aquella bizquilla impresión hondísima; que no la podía apartar del pensamiento, y lo que peor era, ni borrar tampoco del corazón... —Y mire V.!... mire V.! añadió bizqueando del ojo izquierdo con facilidad pasmosa. Mire usted cómo ya nos vamos identificando!...

—Ay Jesús, señorito, por Dios!... No se me vaya á identificar su merced con ese rollo de manteca, que es más tonta que las habas verdes, replicó Pastora creyendo todo aquello

una de las infinitas bromas del despreocupado mozo.

Pero Leopoldo, bizqueando siempre, aseguraba que hablaba en serio, que estaba perdidamente enamorado, que iba á declararse á la Niña de Pilato y que perdía el nombre que llevaba ó dentro de poco le habían de llamar todos en Sevilla *el yerno de Pilato.*

—Porque no comprende V., Pastora de mis pecados, añadió con gran vehemencia, que así salvo mi vida?... Acaso tendrá Pilato corazón para ahorcar á su yerno?... Oiga V. los versos que ya le tengo hechos pidiéndole la mano de su hija...

Y con reposada y altisonante voz leyóle en el papel emborronado una *Plegaria á Poncio Pilato*, en que con ridículas razones y fáciles versos le pedía la vida, prometiéndole en cambio casarse con su hija.

—Qué tal?... Le parece á V. que después de esto me dará calabazas? dijo al terminar clavando en la anciana, con gran fijeza, su ojo bizco.

—Lo que á mí me parece, replicó ésta, es que el señorito es un guasón de los de pocos en libra, y que no está bien burlarse de los defectos naturales del prójimo.

Y como Leopoldo la siguiese mirando sin

dejar de abrir y cerrar el ojo bizco, añadió Pastora muy apurada:

—Vamos, señorito, por Dios: ponga ese ojo en su sitio!... Mire que Dios le va á castigar, y que dicen los gitanos que de mucho pintar al diablo en la pared, al fin y al cabo se aparece!...

XXII

AQUELLA noche vistióse Leopoldo lo más elegante que pudo, con las ropas que le habían proporcionado sus primos, y bajó sólo al jardín á la hora de la tertulia, dispuesto á emprender en el acto, con más ardor que Angulema el de Cádiz, el sitio de la Niña de Pilato... Cómo pudo lograr el desfachatado mozo no sólo conquistar, sino enseñorearse por completo del corazón de aquella pobre mujer, crédula, presumida, deseosa de casarse con el ansia ya desesperada de los cuarenta años, y más bien que sencilla, tonta más que las habas verdes, que según testimonio del Ama-Pastora, deben de serlo mucho, fué cosa que nunca pudo ponerse en claro ni aun después de sobrevenida la natural catástrofe: sólo entonces pudo comprender Cecilia por algunas incompletas y tímidas confidencias de la misma Niña de Pi-

lato á su nodriza, y por las lógicas deducciones del Ama-Pastora, hasta dónde llegaban la frescura y la serenidad, la osadía y el aturdimiento, la mala intención y la falta de delicadeza de su, á pesar de todo, simpático y divertido primito.

Es indudable que al hacerle Leopoldo la corte á la Niña de Pilato, no llevaba otra intención que la de distraer el aburrimiento de su forzado retiro divirtiéndose con ella; y harto lo prueba su extravagante idea de fingirse bizco, y el aplomo y la frescura con que aseguró siempre á la víctima que aquel estravismo le había nacido á él en el momento mismo de verla por primera vez á ella, que era efecto sin duda de la repercusión de sus ojos en los suyos propios, de su fuerza dominadora, y de la verdad con que hasta entonces se había dicho, en Andalucía y fuera de ella, que una persona *se queda bizca,* cuando resulta encantada y subyugada á la vista de un espectáculo admirable ó de una belleza maravillosa; fenómenos amorosos estos, nunca vistos y que sin embargo, creyó fácilmente la Niña de Pilato por razón análoga, sin duda, á la que inspiró aquella copla:

La vista recogida
Mucho penetra;
Eso dijo una niña
Porque era tuerta.

Pusiéronse en comunicación Leopoldo y la Niña de Pilato por la verja del jardín de Arco-Hermoso, saliendo él aquella noche repentinamente de la oscuridad, como un Apolo de misteriosa nube, aproximándose calladamente á la reja, y expresando desde allí con mímica elocuencia, por ademanes vehementes y expresivos visajes, todo el ardor de su pasión volcánica... Sorprendiéndose ella al pronto al ver brotar de las tinieblas aquel bello Apolo bizco; comprendiendo luego sus violentas contorsiones y midiendo con regocijado deleite, por la intensidad de éstas la de la pasión que había inspirado... Cruzáronse después varias cartas por la misma verja, llenas las de él de estupendas mentiras; rebosando las de ella apasionadas candideces, dignas de escribirse, como diría el Ama-Pastora, en vez de tinta, con zumo de habas verdes.

En la primera de aquellas cartas, presentábase Leopoldo como un proscripto liberal, fugitivo en Sevilla y oculto en un casucho de Triana bajo el modesto nombre de Juan Palomeque. Confesaba, sin embargo, con muchísima humildad, que su verdadero nombre era, nada menos, que D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno; que era heredero de una inmensa fortuna, con opción á un ducado que su padre

tenía en pleito; todo lo cual, esperanzas y realidades, unido á su propia persona, ponía á los pies de la Niña de Pilato. No titubeó ésta un momento en bajarse á recoger la corona ducal, la millonada futura y el guapísimo muchacho Juan Palomeque que yacían á sus pies rodando por el suelo, y sin meterse en más averiguaciones, contestó á D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, dándole una cita por la reja de su ventana, á estilo de Sevilla, con la misma confianza y el mismo abandono con que el propio Sancho el Bravo hubiera citado al heróico defensor de Tarifa.

Divertidísimo Leopoldo con esta idea, ya sólo pensó en procurarse los medios de salir de noche del palacio de Arco Hermoso, burlando la vigilancia del Ama-Pastora, sin acordarse ni por un momento del peligro inmenso á que se arriesgaba y menos aún del feo abuso de confianza que cometía con sus generosos primos que con tanto riesgo propio le ocultaban. Logró fácilmente su intento sobornando á un mozo de cuadra, que creyéndole, como toda la servidumbre un simple sobrino del Ama-Pastora, no vió grave culpa en darle la llave de una puerta excusada, para lo que él juzgaba naturales correrías de muchacho... Y de aquí arrancó, sin embargo, la desgracia del infeliz D. Alonso Pérez

de Guzmán el Bueno: porque una noche, no se sabe dónde, ni cómo, ni cuándo ni si al ir ó al volver de pelar la pava con la Niña de Pilato, encontróse con varios compañeros de las logias de Cádiz, fugitivos también en Sevilla, y desde aquel momento quedó otra vez esclavo voluntario de las Sociedades secretas, y partió sus escapatorias entre la infantil y necia tarea de enamorar á la Niña de Pilato, y la culpable de urdir en los conventículos secretos de las logias, criminales tramas contra Dios, contra el Rey y contra la Patria.

Mientras tanto Setiembre tocaba á su fin, y dos asuntos de capital importancia para Leopoldo estaban próximos á solucionarse: su salida de Sevilla y su Consejo de Guerra. No se habían descuidado los Arco-Hermoso en disponerle aquélla, y para esta época todo lo tenían ya preparado y á punto. Habían hecho venir á Sevilla al Aperador de uno de sus cortijos, hombre fiel y valiente, antiguo garrochista de los que vencieron en Bailén, que conocía palmo á palmo todos los atajos y vericuetos de la sierra; y este hombre, práctico y decidido, comprometióse á acompañar al proscripto hasta ponerle en salvo dentro de Gibraltar mismo. Cecilia, por su parte, había logrado por medio del General Duque de Guiche, ayudante de An-

gulema, un pasaporte en regla para Leopoldo, y tomadas ya estas precauciones, creyóse poder confiar en el buen éxito de la peligrosa fuga. Mas sucedió por desgracia, que para aquellos mismos días sañaló Fernando VII su paso por Sevilla de vuelta ya á Madrid, y la mayor vigilancia y la aglomeración de tropas francesas y españolas que volvían también de Cádiz, que esto trajo en los caminos, aumentaban la dificultad y el peligro para el tránsito del fugitivo.

Los Arco-Hermoso, entonces, que ignoraban por completo las imprudentes escapatorias nocturnas de su huésped, juzgaron más prudente detener la fuga hasta que hubiese pasado el Rey, y así lo indicaron al interesado, que convino, al parecer juiciosamente, en ello. Esta misma razón de la llegada del Rey precipitó el Consejo de Guerra, detenido hasta entonces por influencias de Cecilia con el Duque de Guiche que se mostraba muy humano: mas Fernando VII dió un decreto mandando que alejaran de las poblaciones de su tránsito á todos los presos y sentenciados liberales, á fin de evitar compromisos y peticiones de indulto; y el inflexible Pilato no encontró mejor medio de alejar de Sevilla á los aturdidos desertores del Regimiento de Carabineros Reales, que activando su proceso, abreviando sus trámites todo lo que

cabía dentro de la ley, y firmando su sentencia de muerte, tres días antes de la llegada del Rey, sin lavarse siquiera las manos como su tocayo Poncio, el otro Pilato de marras. Los dos infelices compañeros de Leopoldo fueron trasladados á un pueblecillo del interior de la provincia de Córdoba, y allí pasados por las armas. En cuanto á Leopoldo mismo fué juzgado y sentenciado en rebeldía, con apercibimiento á las autoridades de que donde quiera que se le encontrase y se identificase su persona, podía y debía ser ejecutada la sentencia.

Esta sentencia cruel que tan en supremo grado hacía crítica la situación de Leopoldo, horrorizó á los Arco-Hermoso, á pesar de tenerla prevista, y por dos días ocultáronla piadosamente al sentenciado: mas al tercero, que era ya víspera de la llegada del Rey, armóse de valor el Marqués y entrando por la mañana en el cuarto de Leopoldo, dióle la fatal nueva... Inmutóse el muchacho atrozmente: dejóse caer en la cama, vestido como estaba, y allí permaneció todo el día sin querer tomar alimento ni decir palabra, como un niño enfadado, contestando sólo con monosílabos á las palabras de cariño, de consuelo, y de fundadas esperanzas en su bien concertada fuga, que le dirigían sus primos, y la anciana Ama-Pastora que lloraba

desconsoladamente. Durmióse al cabo ó fingió que dormía, hasta que al caer de la tarde despertó pidiendo á Pastora un purgante que indicó él mismo, marcando también la dósis. Eran unos polvos grises, y como sin duda la dósis fuera exagerada, díjole Pastora al entregárselos:

—Dice el boticario que si es para un caballo...

—No señora; para una mula, contestó de mal humor Leopoldo.

—Y cómo quiere el señorito tomarlo?...

—De ninguna manera, replicó con el mismo mal humor Leopoldo; y arrancándole el paquete de las manos, encerrólo en el cajón de la mesilla de noche murmurando entre dientes.

—Este es el veneno de los Borgias...

—De San Francisco de Borja? preguntó la vieja, que no había oído bien.

—No señora: de Lucrecia...

Y esto fué lo último que dijo, porque á la mañana siguiente había desaparecido Leopoldo del palacio de Arco-Hermoso... Asaltada Pastora por una sospecha horrible, abrió ansiosamente el cajón de la mesilla de noche buscando el paquete: mas el envoltorio no estaba allí, ni se encontraban restos por ningún rincón del cuarto. Angustiada la pobre vieja, corrió entonces á informar á sus amos: el pesar y la inquie-

tud de éstos no reconoció límites. Imposible era hacer ninguna indagación, ninguna pesquisa, ninguna pregunta sin despertar sospechas y acaso comprometer á todos y muy en especial al propio desaparecido... Y mientras tanto el repique general de campanas y el bullicio de la gente desbordada por las calles, anunciaban la llegada del Rey; imposible era también que personajes tan visibles como los Arco-Hermoso, dejasen de asistir á aquella entrada victoriosa sin que se notase su ausencia y se interpretase quizá malévolamente. Preciso fué, pues, que llenos de mortal inquietud asistiesen juntos á la entrada en el lugar más ostensible y se trasladasen luego al Alcázar para saludar á los Reyes y muy en especial á la Reina Amalia que gustaba mucho de hablar en alemán con Cecilia. Hizo su entrada triunfal Fernando VII por la puerta de Triana, rodeado de una multitud delirante que desenganchando los caballos de la magnífica carroza, la condujo en triunfo, tirando de ella hombres y mujeres, hasta las puertas mismas del Alcázar.

Cumplido por parte de los Arco-Hermoso este deber que era al mismo tiempo medida de prudencia, separáronse ambos esposos para hacer cada cual por su parte las posibles indagaciones. Pensaba el Marqués avistarse con Pilato

y sacarle indirectamente si el infeliz Leopoldo había caído en manos de la policía: no pudo, sin embargo, lograrlo, porque Pilato no desamparaba un momento el casacón del Rey, al cual le tenían cosido su furibundo realismo y sus desordenados deseos de ascender al grado inmediato de Teniente General. Cecilia por su parte, fué á ver á la Niña de Pilato con igual objeto, mas tampoco pudo conseguirlo: dijéronla que la señora Vizcondesa estaba en cama con un cólico violentísimo que le había comenzado al amanecer de aquel mismo día. Sin sospechar nada Cecilia, volvió á su casa cada vez más inquieta, y comunicó sus temores al Ama Pastora: mas aquel cólico de la pobre Vizcondesa despertó en la sagaz ama de llaves una idea luminosa, que vino á arrojar no escasa luz en todo aquel tenebroso asunto.

Era ella paisana y muy amiga del ama de gobierno de la Niña de Pilato que había sido también su nodriza: fuese á verla dispuesta á tirarle de la lengua, y encontróse con gran satisfacción suya con que no era necesario tomarse ese trabajo: la misma ama de gobierno abría la boca ansiosa de vomitar cuanto tenía dentro. Recibió al Ama Pastora como un náufrago recibe una tabla; haciendo grandes extremos y diciéndole que la misma Santísima Virgen de

los Reyes se la mandaba para sacarla de un apuro y darle un consejo... Refirióle entonces con mucho misterio, hablando muy bajo y, después de cerrar todas las puertas, que su niña de su alma (así llamaba siempre á la hija de Pilato) haría cosa de un mes que pelaba la pava todas las noches con un tal Juan Palomeque que ella (la niña) tenía por un Duque disfrazado, y ella (la nodriza) por un grandísimo pillastre.

Hizo Pastora un gesto de asombro, y para disimularlo le preguntó:

—Juan Palomeque ha dicho usted paisana?...

—Sí señora, Juan Palomeque: un muchacho como un Arcángel S. Gabriel: blanco, rubio, bizco...

—¿Bizco? le interrumpió Pastora, que iba ya corroborando sus sospechas.

—Sí señora: bizco del ojo izquierdo... ¿Lo conoce usted?

—No, paisana, no... Siga, siga...

Y siguió la otra poniendo de manifiesto ante los atónitos ojos de Pastora, toda la trapisonda de Leopoldo... La noche antes había venido el tal Juan Palomeque como siempre á la reja de su niña de su alma: pero no venía como siempre, sino que venía completamente curado de su estrabismo, con los ojos derechos y brillantes como dos luceros: díjole que le había curado

una gitana de Triana, donde él vivía, con unos polvos grises, y él le había traído un paquetito de aquellos polvos, para que ella también se curase... La pobre niña de su alma se tomó los polvos de una sentada, y se acostó como si tal cosa: pero al amanecer despertó con unos sudores y unos retortijones y unas angustias que acabaron en un cólico atroz, y en aquella congoja la llamó á ella y se lo contó todo, todo...

—Yo, prosiguió el ama de gobierno, como soy vieja y sé lo malísimos que son los hombres, que quien dijo hombre dijo demonio, me temí que fuese aquello cosa mala, y cogí el papel con una *miajita* que quedaba dentro y se lo llevé al boticario que estuvo examinándolos con lentes y todo...

—Y ¿qué dijo? preguntó Pastora con la boca seca, llena de mortal zozobra.

—Pues dijo que aquello no era más que un purgante muy fuerte de no sé que cosa, y que no había más que esperar á que pasara el efecto... Pero el caso es, paisana, que el efecto no pasa, y está la niña de mi alma que no le va á quedar dentro ni la papilla que le daba yo cuando chica...

—Y ¿cómo eran los polvos? preguntó, respirando ya con desahogo Pastora.

—Mírelos usted: aquí están todavía, contestó

la otra; y sacando de un cajón de la cómoda un papel arrugado en que se veían resíduos de un polvo gris, entrególo á Pastora.

No necesitó ésta examinarlo mucho para reconocer al momento los restos del paquete que ella misma entregó á Leopoldo: miróle, sin embargo, detenidamente y devolvióselo diciendo:

—No se apure usted paisana, que esto no tiene consecuencias y mañana estará la señora Vizcondesa buena y sana y limpia además como una patena.

—Y lacia y floja como un pellejo de aceite vacío... Pero dígame usted paisana, y este es el consejo que quiero que me dé y el apuro de que me saque. Debo yo dar parte á la justicia, ó cumplo solo con decirlo todo á mi amo?...

Pegó un brinco Pastora comprendiendo al punto el compromiso y la complicación que podía ser para todos poner este asunto trágico cómico en manos de los tribunales ó del mismo Mariscal Pilato, y después de alegar muchas y muy prudentes razones para persuadir á la nodriza que lo mejor y más cuerdo era dejar pasar el cólico como la cosa más natural del mundo, sin decir á nadie una palabra, retiróse haciéndose cruces y dejando completamente convencida á su amiga y paisana.

Haciéndose cruces todavía llegó Pastora al

palacio de sus amos, y les contó al punto cuánto había sabido: la estupefacción de éstos superó entonces á la del ama de llaves, porque ignoraban ellos por completo los antecedentes que desde un principio tenía ésta. Mas no desapareció sin embargo, con estas noticias su inquietud y su zozobra; porque si bien ponían de relieve la insustancialidad y falta de previsión de Leopoldo, su indelicadeza y la mala intención con que había querido vengar de cruel y ridícula manera, en la necia, pero inofensiva Niña de Pilato, los rencores que abrigaba contra su padre, no arrojaban luz ninguna sobre los motivos de su extraña huída y sobre su actual paradero.

Tres días permanecieron aún los Arco-Hermoso en aquel estado de incertidumbre y desasosiego, y al cuarto recibió por fin el Marqués una carta de Leopoldo, en que con la mayor naturalidad del mundo, su impremeditación de siempre, y su sorprendente y hasta irritante frescura, decíale que habiendo encontrado otros *mártires de la libertad,* fugitivos como él en Sevilla, pero que no desesperaban todavía de derrumbar el trono del déspota *Narizotas,* había decidido coadyuvar á su santa obra, uniéndose á ellos. Dábale después lacónicas gracias por la bondad con que le habían recibido en su casa,

y, como pincelada final de su insustancialidad de niño, añadía en una postdata, que como sabía lo mucho que gustaban á su querida primita Cecilia los buenos versos, le enviaba una décima que le había inspirado *la ridícula* entrada *triunfal* del *Narizotas* en Sevilla.

Dos días después hubo de nuevo noticias de Leopoldo, pero encerrando esta vez un rasgo de gratitud que le reconquistó las simpatías de Cecilia y enterneció hondamente á la anciana ama de llaves. Llegó una mañana al palacio de Arco-Hermoso una primorosa cajita de madera con sobre al Ama-Pastora: dentro venía cuidadosamente empaquetada una preciosa imagen de la Divina Pastora, sentada en un risco, con un corderito blanco á sus pies, que blandamente acariaba: rodeando el cuello de éste, había un collarín de seda rosa con este letrero: *Al Ama-Pastora, su corderito.*

Nadie volvió á tener noticias de Leopoldo. Díjose á fines de Noviembre, que complicado en Madrid en la intentona desesperada que hicieron algunos liberales para arrancar del cadalso á Riego, había huído hacia Galicia y embarcádose en la Coruña para América. Los Arco-Hermoso escribieron al anciano Marqués, preguntándole si era esto cierto. El afligido padre les contestó que no lo sabía ni quería sa-

berlo; porque aquel hijo había muerto para él desde mucho tiempo antes.

Tres años después, un periódico de Washington daba la noticia de que en cierto garito frecuentado por gentes de mal vivir, había sido asesinado por feas cuestiones de juego y de dinero, un joven español que se creía de noble familia. Díjose entonces que este joven español era Leopoldo, que debía de contar á la sazón poco más de veinticuatro años. Los Arco-Hermoso hicieron indagaciones por medio de los Cónsules de España é Inglaterra, y desgraciadamente resultó corroborada la noticia. Tan trágico y deshonroso fin tuvo el infeliz Leopoldo, cuya memoria quedó sepultada en breve, bajo la triple losa del sepulcro, la vergüenza y el olvido.

Esta fué la razón porque nunca dejó escapar Fernán Caballero el verdadero nombre de este desgraciado, y por eso le consigno yo en estas páginas con el de *Leopoldo Ardaz*, con que le bautizó el mismo Fernán, al retratarle, sólo por su lado simpático y divertido, en su admirable novela *Un servilón y un liberalito*.

El Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca que indudablemente debió conocer este episodio con todos sus detalles, usa de la misma discreción y sólo alude á él en

sus apuntes biográficos sobre Fernán Caballero, con estas lacónicas palabras: «Establecidos los Marqueses de Arco-Hermoso en Sevilla, y habiendo sobrevenido en el año siguiente la reacción de 1823, Cecilia, cuyas ideas eran profundamente religiosas y monárquicas, pero que, protestando contra toda opresión, viniera de donde viniese, simpatizaba siempre con los débiles y los oprimidos, fué ángel de salvación para no pocos liberales; contándose muy en particular entre los que, merced á la natural influencia que sus relaciones, su talento, y su elevada posición le daban justamente, lograron verse libres de las iras del partido entonces dominante, el aturdido, pero generoso joven que hubo de servirle de tipo, tiempo andando, para pintar el *Liberalito* de la novela que á este título une también el de *Un servilón*».

XXIII

En estos primeros años del segundo matrimonio de Cecilia, es cuando empieza en realidad la vida literaria de la Marquesa de Arco-Hermoso, *callada y oculta como un secreto vergonzoso:* porque es verdaderamente singular que Cecilia, que nació poeta por un don gratuito de Dios, y escribía como cantan los pájaros y perfuman las flores, espontáneamente y por necesidad de su propio organismo, se horrorizase como se horrorizaba de que la tuviesen por literata. La *bas bleu*, la *blue stocking* era idea que la sacaba siempre de quicio y aun la encolerizaba, lo mismo en sus tiempos de Marquesa de Arco-Hermoso, cuando se encerraba para escribir como pudiera hacerlo para cometer un cri-

men, que en aquella otra posterior época en que el nombre de Fernán Caballero corría ya con estima y aplauso por todo el mundo.

Recuerdo muy bien la cólera tan cómica que se apoderó de la ilustre anciana, un día que su sobrina muy querida la Marquesa de C** le presentó un *ensayo literario* de una hija suya, diciéndole sencillamente con tierna y natural satisfacción de madre:

—Veremos si sale una literata como su tía...

Cecilia, que había torcido el gesto al oir lo de *ensayo literario,* estalló al fin con lo de *literata* como un polvorín que se incendia, y con la doble autoridad de tía carnal y madrina de la Marquesa, y de tía abuela de la presunta literata, fulminó contra aquella la más violenta catilinaria. Díjola que ella no era ni había sido nunca literata, sino una pobre mujer que había visto y leído alguna cosa: que ella nunca tuvo intención de escribir para el público, sino sólo para ejercitar los idiomas que sabía, y por eso sus primeras obras se escribieron en alemán, en francés y algunas en inglés, y sólo cuando contra su voluntad las lanzaron al público, se tradujeron al castellano... Que su padre de ella nunca consintió en leer nada suyo mientras estuvo soltera, porque le repugnaban las marisabidillas, y creía que á una señorita le bastaba

estudiar y prepararse para saber gobernar una casa, y que sólo después de casada, con posición independiente y la desgracia de no tener hijos, fué cuando, en vez de irse á pasear en coche á las Delicias ó á murmurar á pie en las tertulias, dedicó algunos ratos vacantes á este género de entretenimiento... Y concluyó, por último, con este tiro directo á la Marquesa, que envolvía una censura tan inútil como injusta. Que bueno era que una señorita de la clase de su hija se instruyese para saber ocupar con dignidad su puesto más adelante; pero cree, hija mía, que más importa enseñarle á ser una buena madre de familia que estimularla con imprudentes alabanzas á ser una ridícula *bas bleu*.

Porque lo que hacía verdaderamente cómica la cólera de Fernán y fuera de tiempo su sermoncito, era que la anatematizada *blue stocking*, aún no había cumplido nueve años; que su *ensayo literario* no llenaba las cuatro páginas de un plieguecillo de papel de carta; que llevaba por título *Historia de un sereno*, y que comenzaba por estas palabras que daban la medida de la malicia literaria de la autora.—*Aquel desgraciado niño nunca tuvo la dicha de tener padres...*

Nada, por otra parte, más exacto que aquel sermoncito de Fernán, cuya sustancia le oí re-

petidas veces. Cecilia, en efecto, nunca escribió para el público, sino para sí misma, por entretenimiento, y porque, según su frase, *le salía de adentro contar lo que veía,* como á otros les sale pintarlo; y para sacar al mismo tiempo alguna utilidad de aquel honesto recreo, iba escribiendo sus manuscritos en francés, inglés ó alemán, para ejercitar estos tres idiomas que hablaba correctamente. Archivábalos después en el más profundo secreto, sin que encontrase nunca y mucho menos buscase, ocasión de darlos á leer á nadie. «Abeja diligente, dice uno de sus críticos extranjeros, libaba flores con intención de guardar la miel para sí sola; pero llegó un día en que se abrió la corteza de encina y la miel se derramó». Cuándo se rompió esta corteza y corrió la miel á raudales, ya lo diré en su lugar oportuno.

Observadora profunda por naturaleza, desde su infancia casi, Cecilia iba recogiendo por todas partes las flores en que libaba aquella miel sabrosísima que había, más tarde, de darle la celebridad. He aquí cómo, cuándo y de qué manera se formó y se escribió la primera de sus obras, que fué *La Familia de Alvareda...* A poco de establecerse en Sevilla el matrimonio Arco-Hermoso, quiso el Marqués que Cecilia recorriese con él sus posesiones de Andalu-

cía, y fué la primera que visitaron un olivar que poseían en Dos-Hermanas, á una legua escasa de Alcalá de Guadaira, que llamaban la Hacienda de Zafra. Una tarde, cruzando al anochecer los olivares Cecilia y su marido, escoltados por el capatáz de la Hacienda y el guarda, observaron que se descubrían éstos con cierto pavor religioso, ante una Cruz roja, de palo, clavada en un olivo.

—Ha habido en estos sitios alguna muerte? preguntó el Marqués.

—Sí señor, contestó el guarda; aquí mataron al mozo más guapo y más gallardo que jamás pisara Dos-Hermanas.

—Y el matador, añadió el capatáz, era el mozo más honrado y más hombre de bien del lugar.

—Pues cómo fué eso? preguntó el Marqués.

—Señor, contestó el guarda, el vino y las mujeres; la causa de todas las desgracias.

Y fueron relatando por el camino, con todos sus pormenores y circunstancias, la tragedia tremenda que sirve de argumento á *La Familia de Alvareda*. Cecilia escuchaba con el alma en los ojos; pero no se contentó con eso. Al día siguiente volvió á Dos-Hermanas con el mismo capatáz y el guarda para visitar y estudiar la casa en que vivió aquella desgraciada familia, y

allí, ante aquel magnífico naranjo, ya seco, pero erguido todavía en su destrozado arriate, como un monarca decrépito en su trono derruído; ante aquel naranjo á quien los desventurados Alvaredas, que habían crecido á su sombra, regaban en verano sin descanso, y arrancaban en invierno las ramitas secas, como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre, que no se quisiera ver envejecer, evocó las sombras de sus antiguos moradores y con su imaginación de hada, dióles nueva vida y creó esa magnífica galería de retratos que no vacila el Duque de Rivas, gran poeta y estimado crítico, en comparar á los de Velázquez en la verdad y el colorido. «Las descripciones de las localidades, dice el inmortal autor de *Don Alvaro,* son exactísimas, y las de las personas parecen retratos de Velázquez; tan al vivo y con mano tan maestra están dibujadas y coloridas. Ejemplo de las primeras sean la que da principio á la novela y la de la casa de la familia desgraciada, cuyo infortunio es el asunto de la composición; y ejemplo de la segunda séanlo las de todos los personajes de esta novela. Qué bien caracterizada está Rita, primera figura de este sencillo cuadro!... Qué verdad tienen los retratos del tío Pedro y de la viuda María!... Qué noble es la figura de Ana!... Hasta el perro Me-

lampo y el naranjo del patio interesan y conmueven!...»

Este era el procedimiento ordinario de Fernán, cuyo secreto me reveló muchas veces: como los grandes pintores toman apuntes del natural y hacen bocetos de modelos vivos que luego estudian, corrigen y combinan en grandes cuadros de composición, así Fernán pintaba caracteres que había conocido, describía sitios que había visto, anotaba frases y diálogos que había oído, y escogiendo luego entre estos elementos almacenados, los más oportunos, combinábalos y ponialos en acción en un hecho real ó imaginario, y resultaban así esos cuadros admirables, especie de mosáicos sutilísimos de elementos reales, que prestan al conjunto todo el aroma, la luz y la sencilla apariencia de la verdad.

Así se escribió, como primer ensayo, *La Familia de Alvareda*, de que dice el ya citado Duque de Rivas: «Es una sabrosa novela escrita sin presunción pedantesca, en que se pone de bulto una acción verdadera, sencillísima, coordinada con sumo gusto y con grande acierto, y en que es tan buena la parte narrativa como la dialogada. Es, en fin, un ramillete de rosas silvestres tan frescas, que conservan en sus hojas las gotas del rocío, y que exhalan sus

suavísimos perfumes de pureza, de sentimiento y de verdad».

Escribióse *La Familia de Alvareda* en alemán, como ya dije, y durante más de veinte y cinco años permaneció oculto el manuscrito entre los papeles de Cecilia, sin que tuviesen la fortuna de leerlo, en todo este transcurso de tiempo, más que dos personas: su padre, Juan Nicolás Bölh de Faber y Washington Irving. Vino este célebre escritor norteamericano por primera vez á España allá por el año 1827, y visitó á Sevilla al poco tiempo en compañía de Mr. Everett, Ministro de los Estados Unidos en la Corte de Madrid, en cuyo puesto diplomático había de sustituirle años después, el mismo Washington Irving.

Fueron presentados ambos extranjeros en la tertulia de la Marquesa de Arco-Hermoso, y como era natural en dos temperamentos tan esencialmente poéticos, Cecilia y Washington Irving se adivinaron y comprendieron desde el primer momento. En cierta ocasión, queriendo los Arco-Hermoso obsequiar al escritor norteamericano, lleváronle á Dos-Hermanas á su Hacienda de Zafra.

Había hecho levantar Cecilia en el sitio en que Perico Alvareda mató al gallardo Ventura, una sencilla cruz de hierro sobre un pedestal de

piedra, en sustitución de la cruz roja de palo, clavada en un olivo, que indicaba antes el lugar de la tragedia. Llamó la atención de Washington Irving el sencillo monumento, y Cecilia le refirió con este motivo la historia de la desventurada familia de Alvareda, tal como se la habían contado á ella misma. Entusiasmado Irving, que andaba á la sazón á caza de estudios españoles, porque pensaba ya escribir sus lindos *Cuentos de la Alhambra,* quiso ver todo el teatro del suceso, pidió nuevos detalles, y en su entusiasmo poético, llevóse una piedrecita del pedestal de la cruz levantada por Cecilia. Deseosa ésta de complacerle, díjole entonces con sencilla buena fe, que ella tenía unos apuntes en alemán sobre aquel suceso, y que se los daría gustosa, si quería utilizarlos escribiendo algo sobre aquel asunto. Aceptó Irving muy agradecido el ofrecimiento, creyendo encontrar en lo que con tan sincera modestia llamaba Cecilia *apuntes,* algunas notas ilustrativas que prestasen colorido local al cuadro que él imaginaba. Mas su sorpresa fué grande y su admiración extrema, al encontrarse allí, en vez de los apuntes para un cuadro que esperaba, el cuadro mismo ya pintado con el acierto de un maestro, rebosando verdad, vigor, frescura, lozanía, todas las cualidades, en fin, propias de un pintor

joven, menos la impericia. Comprendió Washington Irving que había llegado demasiado tarde; dióse por vencido y renunció á tratar aquel asunto que le había enamorado, pidiendo humildemente á Cecilia que le permitiese tan solo traducir al inglés su manuscrito, para publicarlo en los Estados Unidos ó enviarlo á Inglaterra á su amigo Walter Scott para que lo editase el librero Murray, que acababa de imprimir su famoso *Sketch Book*, que tanto ruido había hecho así en América como en la Gran Bretaña.

Maravillada á su vez Cecilia y asustada al mismo tiempo, nególe cortés pero terminantemente el permiso, y apresuróse á recoger su manuscrito, atribuyendo las alabanzas y ofrecimientos de Irving á pura galantería de cumplido caballero.

XXIV

No quiero omitir al hablar de *La Familia de Alvareda*, una anécdota curiosa, poco conocida y muy característica, que me refirió Fernán Caballero, relativa á uno de los personajes secundarios, pero más vigorosamente delineados, de su primera novela.

Siempre llamó mi atención desde que por primera vez leí esta joya literaria, la extraña figura del bandido que ampara á Perico; terrible personaje que atrae unas veces, repugna otras y acaba por dejar en el ánimo una impresión semejante á la que causan en el vulgo las historias de aquellos bandidos legendarios que la musa popular ha elevado á la categoría de héroes.

Allá va Diego Corriente,
El ladrón de Andalucía,
Que á los ricos les robaba,
Y á los pobres socorría...

Desde el momento en que por primera vez

entra en escena el terrible personaje, apodérase del ánimo esta extraña impresión... El infeliz Perico Alvareda mata en un momento de vértigo al gallardo Ventura, que ha mancillado su honra, y huye luego sin tino, sin saber á dónde va, llevando aún en la mano la escopeta homicida, hasta que su mala estrella le pone delante la siniestra y á pesar de todo simpática figura de Diego. He aquí cómo describe Fernán la aterradora escena:

«Una noche borrascosa cubría el cielo de volantes nubes, que perseguidas por el viento, iban más allá á descargar sus raudales. Separábanse á veces en su fuga, y entonces aparecía suave y tranquila la luna, cual heraldo de concordia y paz en la refriega.

»En los cortos instantes en que aclaraba esta plácida luz el cielo y la tierra, hubiérase podido distinguir en un camino solitario á un hombre macilento y pálido. Su andar incierto, sus ojos asombrados, la agitación de los músculos de su semblante, manifestaban claro que ese hombre huía.

»Sí, huía! huía de los sitios habitados, huía de sus semejantes, huía de la justicia humana, huía de sí mismo y de su conciencia, porque ese hombre era un asesino, y nadie, al verle huir sombrío y agitado, cual las nubes arriba

ante la invisible fuerza que las perseguía, hubiese reconocido en él al hombre honrado, al hijo sumiso, al marido amante, al padre tierno que había sido pocos días antes, ese ente miserable, sobre el cual la ley echaba el irremisible fallo de la expiación.

»Sí, ese hombre era Perico: no buscando una paz ya para siempre perdida, sino huyendo de lo presente y espantado de lo porvenir.

»Días desesperados y noches horrorosas había pasado en los sitios más solitarios, sin más sustento que bellotas y raíces, evitando los ojos de los hombres como jueces, y la luz del día como acusadora. Pero no había oscuridad que desvaneciese las imágenes que ante sí tenía claras y vivas, ni silencio que acallara sus clamores. Eran aquellas el cadáver sangriento de Ventura, el desconsuelo de su pobre madre, el dolor de su infeliz hermana, el abandono de sus hijos, la desesperación del anciano amigo de su padre, la reprobación de su honrada raza, y sobre todo esto sonaba de continuo en sus oídos, á los que llegó, el fúnebre, terrible y solemne toque de agonía con que la Iglesia amparaba á su víctima.

»En vano le insinuaba el orgullo por su órgano más seductor, el honor mundano, que lo que hizo lo debió hacer, que no hacerlo hubie-

se sido un baldón, que más eran las ofensas que la represalia. Una voz, que habían acallado los gritos de las pasiones, pero que se hacía más distinta y más severa á medida que aquellas, cual todo lo humano, iban cediendo y desmayando, la eterna voz de la conciencia le decia: ¡Oh! que nunca lo hubieses hecho!

»El viento traía consigo un extraordinario sonido, á veces más recio, á veces más desvanecido, según eran más ó menos fuertes sus ráfagas. ¿Qué podría ser? Todo asombra al culpable. ¿Era el rugido del viento, una flauta ó un quejido? Mientras más á él se aproximaba Perico, más inexplicable se le hacía. La dirección que seguía el mísero, lo acercaba hacia su procedencia. Llega. Su asombro se llena cuando, sin poder distinguir nada, pues una negra nube cubría la luna, oyó ese portentoso sonido sobre su cabeza. Sonaba tan triste, tan vago, tan pavoroso!

»En este momento se rompieron las nubes; clara y blanquecina se esparció la luz de la luna por todas partes como una capa de trasparente nieve. Todo sale fuera de los misterios de las sombras, á sus ojos se presenta Ecija, dormida en su valle como una ave blanca en su nido. Alza la vista hacia donde suena el misterioso clamor. Qué horror!!! Sobre cinco postes ve cin-

co cabezas humanas!"! Ellas son las que despiden el doloroso quejido, cual una amonestación del muerto al vivo (1).

»Perico retrocede despavorido y repara entonces que no está solo. Junto á uno de los postes está parado un hombre. Este hombre es alto y vigoroso, de porte varonil y erguido. Viste ricamente á la manera de los contrabandistas; su rostro tostado es duro, osado y sereno. Tiene en la mano su sombrero, descubriendo ante esos postes de ignominia una cabeza que no se descubre jamás, puesto que esa cabeza es la de un hombre que está fuera de la ley, de un hombre que ha roto todos los vínculos con la sociedad, y que no respeta ya nada en ella; pero ese hombre, aunque desalmado, cree en Dios, y aunque criminal es cristiano, y reza.

»Cuando de esta enérgica é indómita naturaleza, emancipada de *todo*, sale un destello de adoración religiosa, cual de una roca un chorro de agua viva, ¿qué diréis incrédulos? ¿Es temor supersticioso?

»Para ese hombre es el *temor* una palabra vana de sentido.

---

(1) Varios atestiguan este espantoso fenómeno, que se explica naturalmente por el ruido que forma el viento colando por los conductos de la garganta, boca y oídos en las cabezas así colocadas.

»Es hipocresía?

»No le ven sino cinco cabezas de muerto.

»Es debilidad moral?

»Ese hombre tiene una fuerza de alma desconocida en la sociedad, en que todos se apoyan en algo, él, que no se apoya en nada.

»Es recuerdo de la infancia? Holocausto á la madre que le enseñó á rezar?

»No existen estos para el desamparado huérfano, criado entre los toros bravos que guardara.

»Qué es, pues, lo que dobla aquella cerviz, y la detiene á orar ante la muerte de su semejante?

»Al cabo de algunos minutos ese hombre concluyó su oración, se tocó el sombrero, se remangó la manta sobre el hombro, y dirigiéndose á Perico, le dijo:

»—Dónde se va, caballero?

»Perico no quiso ni pudo responder. Un vértigo le había acometido.

»—Que dónde se va, digo, volvió á preguntar el desconocido.

»Perico permaneció callado.

»—Es, prosiguió el que interrogaba, es que sois mudo, ó que no os da gana de responder? Si es esto, aquí hay una boca, añadió señalando su trabuco, que saca razones cuando no lo logra la mía.

»La desesperada situación en que se hallaba Perico le había exasperado á punto que ya no obraba en él la reflexión, y la mancha de cobarde que se le había infligido, estaba aún roja y ardiente en su frente como la marca reciente del hierro candente que imprime la ignominia; así fué que respondió sin detenerse y agarrando su escopeta:

»—Pues aquí hay otra que contesta en el tono que preguntan.

»La intención del desconocido no era hostil, ni tampoco la de llevar á efecto su amenaza, mas no porque le faltase ánimo, puesto que era aquel hombre el más valiente que pisara las llanuras y las sierras de Andalucía. Y así, lejos de irritarle la arrogancia de aquel joven delgado y macilento, le agradó; por lo tanto le dijo:

»—Camarada, á mí me gusta quitarme el sombrero antes de sacar la espada; pero pláceme saber con quién hablo y á quién encuentro en mi camino. Ánimo tenéis si pisáis éste, pues dicen anda por aquí Diego y su partida, y ya sabréis, como toda España, quién es Diego: donde pone el ojo pone la bala: á su vista tiemblan hasta las hojas sobre los árboles, y al oir su nombre hasta los muertos en sus hoyos.

»Todo esto lo dijo sin jactancia andaluza, tan grotescamente exagerada hoy día; sino con

la naturalidad de la convicción, con la serenidad de la verdad.

»—Qué se me dá á mí de Diego y su partida? exclamó Perico, no con osadía, sino con el más profundo desaliento.

»Diciendo esto con débil voz, se tambaleó, y apoyó su cabeza sobre su escopeta.

»—Qué os dá? Qué tenéis? preguntó el desconocido al notar su desfallecimiento.

»Perico no respondió, porque era tal su debilidad y el efecto que habían causado en él sus recientes emociones, que cayó al suelo sin sentido.

»El desconocido se arrodilló junto á él, y levantó su cabeza. La luna alumbró de lleno aquella cara, hermosa aun á través de su mortal palidez y de las señales que las pasiones, angustias y dolores habían impreso en ella.

»—Ha muerto! murmuró poniendo su tosca mano sobre el corazón de Perico, que pocos días antes era puro como el cielo de Mayo.

»—No, prosiguió, no ha muerto; pero morirá aquí como un perro si no se le socorre.

»Y lo volvió á mirar, sintiendo despertarse en él aquel noble imán que arrastra la fuerza hacia la debilidad, el poder hacia el desamparo: porque, digan lo que quieran los pesimistas, el destello divino está en toda naturaleza humana.

»Púsose en pie, y silbó.

»Oyóse el vivaz y juvenil galope de un hermoso potro, que moviendo el cuello y dando al viento sus crines, llegó, y con un alegre relincho se plantó delante de su amo, volviendo su cara fina y sus brillantes ojos como para ofrecerle el estribo.

»El desconocido levantó á Perico inánime en sus robustos brazos, le terció sobre el caballo, saltó á su lado, apretó suavemente las rodillas á los hijares, y el noble animal partió gallarda y ligeramente, sin cuidarse del peso de su doblada carga.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . » se oyó un silbido extraño.

»El ventero se puso en pie de un brinco, agarró apresuradamente el candil y corrió hacia la puerta diciendo:

»—El capitán.

»Al presentarse en el umbral con el candil en la mano, alumbró esta luz roja á un hombre montado á caballo, que traía terciado por delante á otro que parecía cadáver.

»—Ayudadme á bajar á este hombre, le dijo el ginete, con la aspereza de la voz poco ejercitada de un hombre de pocas palabras.

»El ventero alargó el candil á su mujer que

se había acercado, y se apresuró á hacer lo que se le mandaba.

»—Jesús me valga! Un muerto! exclamó la ventera, por María Santísima, Señor, no nos lo metáis en casa!

»—No está muerto, contestó el ginete, está malo; cuidadlo, que para eso sirven las mujeres. Aquí hay dinero para costear la cura.

»Diciendo esto, tiró una moneda de oro y desapareció en la oscuridad, perdiéndose poco á poco el sonoro y medido ruído del galope de su caballo, como un pensamiento fijo se va desvaneciendo al apoderarse el sueño de nuestras facultades.»

No se contentó Diego con esto: con frecuencia enviaba á informarse del estado del infeliz Perico á uno de la partida llamado el *Presidiario*. Cuando estuvo completamente restablecido se presentó un día éste para llevarle á dar las gracias á Diego. «Después de internarse por espesuras y breñas, llegaron Perico y el Presidiario cerca de un alto, sobre el que estaba apoyado en su trabuco el capitán. En la ladera dormían ocho hombres bajo su custodia. A su lado pacía su hermoso caballo, que de cuando en cuando levantaba la cabeza para mirar á su amo.

«—Aquí está este mozo, dijo el Presidiario al llegar.

»Sin hacer un solo movimiento aquel hombre, volvió lentamente los ojos y miró de arriba abajo al recién llegado. Después de un rato, dijo:

»—Andáis prófugo?

»Perico no respondió y bajó la cabeza.

»—No hay que amilanarse, prosiguió su interlocutor; y luego en frases breves añadió:

»—Los hombres tienen horas menguadas, y entre estas las hay rojas como sangre, y negras como luto.—Una sola basta para perder á un hombre y volverle el corazón como un guijarro que no siente ni late, pero pesa.—Queda un hombre hundido, porque lo pasado pasado se queda; y no hay más que á lo hecho pecho.—La vida es una refriega, en la que se mira adelante como valiente, y no atrás como cobarde.

»—No lo puedo hacer yo, exclamó Perico con explosión; si supiérais...

»El capitán alargó el brazo, haciendo un gesto imperativo para hacer callar á Perico, y añadió:

»—Aquí cada cual lleva lo suyo en sí como un pliego cerrado, sin que en los otros despierte curiosidad ni interés. Si no tenéis donde ir, quedaos con nosotros; acá defendemos lo único que nos resta, nuestras vidas. Por mí no la de-

fiendo por lo que vale, sino para no entregarla al verdugo.

»—Pero, robáis? dijo Perico.

»—Algo se ha de hacer, contestó el bandolero, volviendo como la tortuga á meterse bajo su áspera y dura concha.

»Perico ni admitió ni rehusó la propuesta. Era una masa inerte y sin voluntad; el acaso disponía de su miserable existencia, así como el viento del desierto de sus pesadas y áridas arenas . . . . . .

. . . . . .

»Espantosa era la vida que llevaba Perico. Arrastrado por la necesidad y por el ascendiente que ejercía la vigorosa influencia de Diego arrastrado como él por una desgracia en la vía criminal, pero una vez en ella adoptándola sin vacilar, como un guerrero una armadura de hierro, sin fatigarle ni su peso ni su dureza. Perico seguía como una opaca sombra á esos desalmados, detestándolos. Era como el plateado pez de un tranquilo lago de agua dulce, que arrastrado por una fatal corriente es llevado al mar, en cuyas amargas y agitadas aguas agoniza sin poder huir de ellas. A veces cuando bajo sus ojos se cometía un crimen, quería en su desesperación acabar de una vez sus torturas, entregándose á sí mismo á la justicia; pero

le detenía la vergüenza y la falta de energía para sobrellevarla. Era odiado de los demás, que le apellidaban el *Triste*, pero le sostenía la poderosa protección de Diego.

»Diego se sentía arrastrado hacia aquel hombre, al que había salvado la vida, hacia aquel hombre que era bueno y honrado, porque la tosca y dura naturaleza de Diego era fuerte y noble, y no había descendido al peor grado de la maldad, que es odiar lo bueno. Sin llegar á la exageración novelesca que hace de un bandido ó un pirata un héroe, estamos aún más lejos del clásico puritanismo que hace de un ladrón un mónstruo tal, que no cabe en él un solo átamo de humano, desmintiendo así, en honor de la moral sistemática y de la policía intransigente, los conocidos hechos de valor, generosidad y nobleza que se han visto en jefes de tales bandas. Solo el llegar á ser jefes de semejantes hombres, prueba una inmensa superioridad, conservando un predominio que en nada se apoya ni nada sostiene, sino su propia fuerza».

Estas sensatas reflexiones de Fernán, justificativas hasta cierto punto; los vislumbres de nobleza y generosidad que esparce sobre la figura del bandido, y hasta la coincidencia singular de llamarle Diego, despertaron en mí la sospecha de que Fernán había intentado retra-

tar en él al famoso bandido de Utrera Diego Corriente; y no quería, sin embargo, incurrir en la vulgaridad de aquellos folletinistas, tan abundantes hace más de medio siglo, que levantaban grotescos pedestales en sus novelones de á cuatro cuartos la entrega á Pichardo y José María, á los siete niños de Ecija y á todos los demás héroes de la horca y del trabuco.

Aprovechando, pues, la ocasión que se me presentaba al referirme Fernán todo lo que llevo dicho de *La Familia de Alvareda*, pregunté terminantemente si su bandido Diego era el retrato de aquel otro Diego Corriente, terror por tantos años de toda la tierra de Andalucía. Sonrióse la anciana entornando los ojos, como era su costumbre, con un gesto de infantil malicia y encantadora dulzura, y contestóme que sí lacónicamente.

—Pero era así en efecto? torné á preguntar. No le ha favorecido V. en el retrato?

—En nada le he favorecido, me contestó; era mucho mejor todavía... Yo no le conocí ni le traté, como V. puede suponerse; pero he conocido y tratado á muchos que le alcanzaron, de los cuales fueron algunos sus víctimas, y otros sus favorecidos. Porque crea V. que aquello de

A los ricos los robaba
Y á los pobres socorría,

era muy cierto; como también lo fué que aquel hombre no asesinó nunca. Mató cara á cara y en defensa siempre de su propia vida... Era *un gran mal hombre* (así me dijo) que nacido y educado en otra esfera, no solo hubiese alcanzado por medios lícitos la popularidad que hoy tiene, sino quizá, quizá, hasta la gloria... Solamente la manera que tuvo de vengarse de su mortal enemigo D. Francisco de Bruna, revela un carácter y un temple de alma muy por encima de lo ordinario.

Mi cara debió de retratar un signo de interrogación tan marcado, que sin esperar Fernán á que formulase yo la pregunta que debió ver pendiente de mis labios, contóme la siguiente historia, poniendo antes, como garantía de su autenticidad, este prenotando.

—Me contó todo esto la misma hija de D. Francisco de Bruna, que fué grande amiga mía (1).

Era D. Francisco de Bruna en su tiempo, la persona más autorizada de Sevilla. La rectitud y el acierto con que había desempeñado los al-

(1) No recuerdo bien ni consta tampoco entre mis apuntes, si Fernán me dijo la *hija* ó la *nuera* de Bruna, que para el caso viene á ser lo mismo. Yo he conocido aún en casa de la misma Cecilia á una nieta de Bruna, que debió ser hija de una de estas dos señoras.

tos cargos de Oidor Decano y Regente de la Audiencia y el de Asistente de Sevilla habíanle conquistado el respeto, el aprecio y el cariño de todas las clases sociales, así pobres como ricas. Por todas estas circunstancias, unidas á lo majestuoso y severo de su presencia, quizá algo finchada, llamábale la gente maleante de Sevilla *el Señor del Gran Poder*, aludiendo á la magnífica escultura de Jesús Nazareno, obra de Martínez Montañés, que se venera en la popular parroquia de San Lorenzo.

Frente á esta grave y severa figura que representaba á la ley y la justicia, levantóse de repente con la mayor audacia, otra figura personificación de la rebeldía y el crimen, que se adornaba á su vez, con todos los falsos atractivos de la juventud, el valor y la gallardía. Fué esta al famoso bandido Diego Corriente, llamado, también por la gente maleante de entonces, *el bandido generoso*. Era á la sazón Asistente de Sevilla D. Francisco de Bruna, y como era natural y preciso, entablóse un duelo á muerte entre estos dos personajes tan diversos, persiguiendo Bruna con toda la fuerza y el poder de la justicia al bandido, burlando éste siempre al Magistrado con la destreza del valor y de la astucia, y el apoyo inmenso que se había conquistado entre la gente del campo, con su ge-

nerosidad, con su arrojo y hasta con su arrogante figura. Cansado al fin D. Francisco de Bruna, quiso intentar un recurso supremo poniendo á precio la cabeza del bandido: hizo, pues, publicar por todas partes bandos y pregones, anunciando que se pagarían en la Real Audiencia de Sevilla 20.000 ducados, á cualquiera que entregase á Diego Corriente muerto ó vivo.

Con razón juzgaba Bruna que era este un recurso supremo; porque quien es capaz de formar compadrazgos con un bandolero, capaz es también de venderle por tan considerable suma. Así debió también de comprenderlo Diego, porque cuatro días después de publicado el bando, decíase de público y por confidencias secretas súpolo también el mismo Bruna, que Diego y su partida huían hacia la raya de Portugal por tierra de Huelva y Ayamonte, llevándose el rico botín que habían almacenado en unas cuevas de la sierra.

Creyó con esto Sevilla que *el Señor del Gran Poder* había obrado el más estupendo de sus prodigios, y el mismo Bruna quedó, si no del todo satisfecho, tranquilo al menos, por el pronto, con la noticia... Tenía este señor una hacienda en Dos Hermanas, vecina á la dehesa de Serrezuela: era su sueño dorado fundar en ésta

una aldeita con su iglesia, para lo cual tenía ya licencia real; llevaba muy adelantadas las obras, y era su mayor delicia inspeccionarlas de cuando en cuando y pagar él mismo á los obreros y demás gentes de bien que allí trabajaban. Salió, pues, un día de Sevilla con estas intenciones, á las ocho de la mañana: iba en su coche de colleras, con cuatro poderosas mulas, un cochero y dos postillones: acompañábale también un viejo mayordomo llamado D. Lope, que llevaba una talega de pesos duros destinada al pago de materiales y salarios. Éste y su talega ocupaban el asiento de enfrente: el testero llenábalo todo el Excmo. Sr. D. Francisco de Bruna, en toda su imponente majestad de *Señor del Gran Poder*. De repente, cerca ya de la dehesa, en un recodo que formaban dos altísimos vallados de ásperas y enredadas tunas, resonó una voz formidable que gritaba:—¡Alto!

Había en aquel acento tan amenazador imperio, que desfallecido el cochero del susto, dejó escapar las riendas: claváronse las mulas en el suelo por su propio instinto, y uno de los postillones se dejó caer para atrás murmurando con la opaca voz del miedo:

—Diego Corriente!...

Lanzáronse á las ventanillas D. Francisco y el Mayordomo y volvieron á caer inertes en sus

asientos!... Habían visto plantado en mitad del camino á un gallardo ginete que traía terciado sobre el arzón de su rica silla vaquera, un trabuco corto de los de anchísima boca que llamaban entonces *naranjeros*... Era en efecto Diego Corriente!... el proscripto, el pregonado que se suponía fugitivo y vencido, huyendo para salvar su vida y ocultar su derrota en un reino extranjero!... D. Francisco calculó al punto que detrás de aquel vallado ó al alcance de la voz, estaría seguramente toda la cuadrilla y sería por lo tanto inútil la resistencia. Dióse, pues, por muerto; pero quiso salvar á los infelices que le acompañaban y mantuvo para ello su continente sereno y majestuoso.

Mientras tanto acercábase pausadamente el bandido al paso de su magnífico caballo: era un hombre de menos de cuarenta años, de hermosas facciones y cuerpo robusto, dotado de esa elegante flexibilidad que tan airosos hace á los campesinos andaluces: vestía rica chupa con hombreras y caireles de seda, cerrada en las bocamangas con botones hechos con ochentines de oro: chaleco medio abierto con cuello en pie, dejando ver la camisa con pañuelo rojo de seda anudado: faja del mismo color y pantalones ajustados hasta debajo de la rodilla, con ancha franja al lado y botones de muletilla he-

chos también de ochentines de oro: botín abierto de cuero con primorosos pespuntes de seda verde, y sobre la redecilla de estambre, verde también, airoso castoreño gris de anchas alas, con cordón y moña, en todo igual al de los picadores de toros de hoy. El caballo de descarnada cabeza, larga cola y sutilísimos remos, traía jaeces del más puro gusto andaluz: silla alta de arzones con labores arabescas de seda, estribos vaqueros, cabezada de ancho correaje con elegante mosquero de madroños, anchas alforjas sobre la grupa, y en el arzón delantero manta de vivos colores, sobre la cual se terciaba entonces el formidable trabuco.

Adelantó el bandido su caballo hasta ponerlo rozando paralelamente á la portezuela del coche y sin quitarse el sombrero, pero llevándose á él la mano derecha á guisa de saludo, dijo con voz reposada y tranquila:

—Á la paz de Dios, Sr. D. Francisco...

—¿Qué se ofrece?—respondió éste sin moverse de su asiento y sin que su voz se alterase ni se conmoviese su fisonomía.

El bandido sacó lentamente del estribo uno de sus pies calzados con enormes espuelas vaqueras, y colocándolo sobre el borde mismo de la ventanilla, dijo con grande pausa:

—Pues, *naa,* Sr. D. Francisco.... que quería

ver si V. E. me hacía el favor de desabrocharme este botín...

Dijo esto pausadamente, sin el menor asomo de burla ni ironía; con la misma naturalidad con que hubiera pedido un favor semejante á un igual suyo. Una llamarada de púrpura tiñó la frente del anciano Asistente: pero miró al viejo mayordomo, que medio muerto de terror yacía en su asiento abrazado á su talega, como si quisiera defenderla, y un sentimiento de piedad vino á dominar su ira: serenóse; vaciló un momento, é inclinándose al fin sobre la pierna del bandido, le desabrochó el botín sin desplegar los labios.

—Ya está, dijo con la voz enronquecida por esta lucha de emociones.

—Pues ahora, añadió Diego con la misma pausa, si no le molesta á V. E. mucho, era menester que me lo volviese á abrochar.

Hízolo así D. Francisco sin decir palabra y el bandido entonces, volviendo á meter el pie en el estribo y quitándose esta vez el sombrero, dijo reposadamente:

—Con que vaya, Sr. D. Francisco; á la paz de Dios, y que lleve V. E. feliz viaje...

Y volviendo grupas se alejó lentamente por un atajo, al paso de su caballo sin volver la cara atrás ni guardarse las espaldas.

Fernán tenía razón!... Un bandido que tiene en su poder á su más encarnizado y poderoso adversario y no lo mata, ni lo roba, ni lo insulta, y se contenta solo con humillarlo, no deja de ser ciertamente un bandido; pero es sin duda alguna un bandido excepcional, *un gran mal hombre,* de superior carácter y extraordinario temple de alma!

XXV

Dijo muy bien el que dijo que la vida de la mujer honrada es aburrida para escrita. El fiel cumplimiento de los deberes de hija, de esposa y de madre, no abunda de suyo en episodios dramáticos ni en sucesos complicados que despierten el interés del que lee, distraigan su imaginación y exciten su sensibilidad: su dulce y santa rutina ama la obscuridad, y se desliza en la sombra del hogar con la misma reposada monotonía con que se deslizan las cuentas de un rosario, suaves, uniformes y tranquilas entre los dedos de una virgen; y esto sucede con la vida de la Marquesa de Arco-Hermoso, aun en los intervalos en que los rigores del infortunio ó los resplandores de la gloria, destacan su personalidad del molde común de las mujeres honradas.

Catorce años duró aquella tranquila dicha, debida *á un hombre ideal,* que como dice la misma Cecilia en carta á Mr. de Latour, *me hizo idealmente feliz y murió adorándome y bendiciéndome.* Durante este largo período de tiempo hizo la Marquesa de Arco-Hermoso sus admirables y concienzudos estudios sobre el pueblo andaluz, quedando tan satisfecha de ellos, que con ser Cecilia tan modesta y descontentadiza siempre de su propio trabajo, se atrevió á decir en el prólogo de una de sus obras: «Pero como no aspiramos á causar efecto, sino á pintar las cosas del pueblo tales cuales son, no hemos querido separarnos ni en un ápice de la naturalidad y de la verdad. El lenguaje, salvo aspirar las h, y suprimir las d, es el de la gente de campo andaluza, así como lo son sus ideas, sentimientos y costumbres.

»Muchos años de un estudio hecho con constancia y con *amore,* nos permiten asegurar á todo el que disputase lo contrario, que no está tan enterado en el particular como lo estamos nosotros».

Hánselo disputado, en efecto, en nuestros días, algunos de esos críticos al por menor que se atreven á morder hasta á los genios más grandes, sin calcular en su ceguera ó tener en cuenta en su mala fe, que el pueblo que pintó

Fernán Caballero, no es el pueblo de ahora; es el pueblo de su juventud, y han pasado desde entonces acá muy cerca de noventa años con sus revoluciones, sus propagandas y sus trastornos. Dice á este propósito D. Alejandro Pidal y Mon en su respuesta á un discurso de recepción en la Real Academia Española:

«En cuanto á los que tachan de soñador á Fernán, porque ya han desaparecido sus tipos, me recuerdan el dicho de cierto crítico original que negaba el naturalismo artístico de Cervantes porque no había logrado hallar en los mesones españoles al noble hidalgo de la Mancha con la bacía en la cabeza. Tanto valiera desconocer la verdad artística de Velázquez porque no divierten ya los reales ocios del Rey, en los alcázares reales, los *hombres de Placer,* como Pernia y Pablillos de Valladolid; las *Meninas*, como Marí-Bárbola, y los *Enanos*, como el Primo, D. Antoñito el Inglés, Nicolasito Pertusano y el grave D. Sebastián de la Morra.

»Fernán Caballero en la primera mitad del siglo XIX, como Cervantes y Velázquez en el XVII, fijaron en espontáneas, sublimes, y, por lo tanto, inmortales, los tipos simbólicos y vivientes de un estado de cosas y de costumbres llamado á desaparecer en la confusión de los tiempos que se llaman de transición.

»A la Edad Media, que perdía los últimos rayos de su luz entre los soberanos resplandores del Renacimiento consumado; á la Casa de Austria, que se acercaba al ocaso de su grandeza colosal, pueden compararse los años de nuestra transformación interior, según los tipos modernos del cosmopolitismo vigente. Las creencias, las opiniones, los trajes y las costumbres regionales desaparecieron, en vísperas casi del entusiasmo regional, á impulsos de la uniformidad centralista y niveladora, asentada sobre los tiránicos decretos del antiguo régimen absolutista y despótico por los apóstoles inconscientes del liberalismo jacobino francés que fué su imitador inconsciente y su plagiario servil, como hijos ambos al cabo del cesarismo pagano, enemigo acérrimo y tradicional de la democracia cristiana de nuestra popular Monarquía. Durante las horas vergonzosas de disolución social que constituyen la epopeya de la barbarie llevada á cabo en los dos campos y á un tiempo, con los tesoros artísticos, las riquezas coloniales y los principios fundamentales de nuestra civilización, se perdieron nuestras costumbres y nuestros tipos nacionales, y así como el que quiera conocer la España de Felipe IV tiene que ir en peregrinación al Museo del Prado á contemplar los retratos del gran Veláz-

quez, y el que pretenda conocer la España de Felipe II tiene que meditar sobre el *Quijote,* así el que quiera conocer la noble condición de la hidalga raza nacional, tal como la habían forjado la fe, la guerra y la tradición, antes de deshacerla y fundirla en el molde cosmopolita francés, por gobernantes y apóstoles de todas las modas extranjeras, tiene que buscar en los cuadros de costumbres de Fernán Caballero, el tipo serio del campesino andaluz, el hidalgo del noble señor español y el cristiano de la mujer honrada y digna del pueblo.

»Buscarlos en la España de hoy, de los *clubs*, de los casinos, de los *meetings* y de los periódicos, de las fábricas y de los ferrocarriles, de los sindicatos y de las huelgas, de los socialismos y anarquismos, sería como buscar la *Rendición de Breda* en las hojas de servicios de nuestros sufridos y valientes soldados, y como buscar la victoria insigne de Lepanto en la historia de nuestras empobrecidas escuadras. Sin que porque hayan desaparecido tales empresas de los anales de nuestra historia debamos tachar de visionarios y soñadores á los que pudieron retratarlos con su pincel ó con su pluma porque los tuvieron delante».

Este estudio del pueblo andaluz que hizo la Marquesa de Arco-Hermoso, difícil siempre,

pero más difícil aún para una dama de su rango y de sus aristocráticas y serias costumbres, llevóle á efecto principalmente en Dos-Hermanas y ayudóle en alto grado para ello su ferviente caridad, que la impulsaba á visitar en sus casas á los pobres y á entablar con ellos largas pláticas para conocer bien sus necesidades y socorrerlas y remediarlas. Durante estos catorce años pasó largas temporadas en su Hacienda de Zafra en Dos-Hermanas, donde había fundado en la planta baja una especie de taller en que encontraban trabajo, muy bien retribuído por la misma Cecilia, todas las mujeres del pueblo y de la comarca. Mezclábase allí la ilustre Marquesa con las sencillas campesinas; poníalas *á son aise,* como dicen los franceses, con su sencilla bondad y natural dulzura: *dábales cuerda,* como decía ella misma, y provocaba su locuacidad nativa con hábiles preguntas y estudiadas observaciones. Así adquirió esa portentosa facilidad para el diálogo genuinamente popular, y el riquísimo tesoro de frases, tradiciones y cuentos populares, que aparecieron después diseminados por todas sus obras.

En esta época escribió también una novela de costumbres andaluzas titulada *Sola,* de que hablan á tientas todos sus biógrafos, sin que ninguno la haya leído ni se haya jamás publi-

cado en castellano. Mr. Morel Fatio, en sus estudios sobre Fernán Caballero, es de todos ellos el que más esplícito se muestra. «Esta primera obra de nuestra alemana españolizada, dice, enviada por su padre en Setiembre de 1833 á Hamburgo, no se publicó sino siete años más tarde, en el número del 15 de Agosto de 1840 de la revista *Literarische und Kritische Blätter der Börum Halle*, desde la página 737 hasta la 743.—He aquí su título tal como fué publicada:

SOLA

ODER

WAHRHEIT UND SCHEIN

EINE SPANISCHE ERZÄHLUNG

VON

SINER IN DEUTSCHLAND ERZOGENEN SPANIERIN

Sevilla 1833.

»Por debajo de este título hay una nota de la redacción que dice: «El autor de esta novela es una española de alto rango que ha sido educada en Alemania. Hubiera sido muy fácil á la redacción corregir algunos solecismos que se notan en esta inspirada obrita; pero como lo que hubiera ganado en corrección lo hubiera perdido en frescura, vida y espontaneidad, hemos preferido imprimirla tal como nos ha sido

enviada». No se necesita, en efecto, ser muy literato para notar en el estilo de la novela impropiedades en que seguramente no hubiera incurrido Juan Nicolás Bölh de Faber; prueba de que no pasó por su censura ó no juzgó conveniente corregirlas, prefiriendo dejar á su hija el mérito de haber logrado ella sola unir á los dos países, escribiendo cosas de España en lengua alemana».

Tal dice Mr. Morel Fatio, y á mi juicio, y según los datos que de Fernán misma tengo y las consecuencias que de ellos deduzco, hállase el erudito escritor francés muy cerca de la verdad, aunque no en completa posesión de ella... La Marquesa de Arco-Hermoso escribió, en efecto, la novela *Sola,* no antes, sino poco después que *La familia de Alvareda,* y no la escribió en alemán, sino pura y simplemente en castellano: basó su argumento en un trágico suceso acaecido en Sevilla por aquel tiempo y dióle un corte francés folletinesco, muy del gusto de la época, pero diametralmente opuesto á la plácida naturalidad y al sencillo realismo que había más tarde de implantar ella misma en España. Cayó á poco este manuscrito en manos de la vehemente y romántica D.ª Frasquita de Larrea, y ella fué quien lo tradujo al alemán y lo envió encantada á la revista de Hamburgo,

sin anuencia ni conocimiento de su hija Cecilia, como medio de hacerla entrar por sorpresa en la senda de la publicidad literaria y esperando vencer más fácilmente su repugnancia y sus escrúpulos en Alemania que en España. Sucedía esto en Setiembre de 1833, é ignoro completamente las razones que tuvo la Revista para detener su publicación por siete años; mas es lo cierto que cuando la novela *Sola* vió la luz pública en Hamburgo por Agosto de 1840, ya había muerto D.ª Frasquita de Larrea, autora de la maliciosa estratagema, y había muerto también Juan Nicolás Bölh de Faber, que no tuvo en él parte ninguna.

La única obra literaria que llegó á leer Juan Nicolás de su hija Cecilia, fué *La familia de Alvareda:* leyóla, como arriba dije, después que Washington Irving, y devolvióla á su hija con este lacónico juicio crítico que, dada la severidad del juez, entusiasmó y llenó de ánimo á la asustadiza autora:—*Ya esto no es una tontería y merece leerse.*—Mas no por eso la instó á su publicación y mucho menos quiso contribuir á ella. Tenía Juan Nicolás una pobre idea de las mujeres literatas, que se esforzó inútilmente toda su vida en inculcar á la sabia D.ª Frasquita, y que arraigó fácilmente en su hija Cecilia. He aquí lo que escribía á su esposa á pro-

pósito de Mme. Wolshtonecraft, escritora inglesa muy en boga entonces, y á quien profesaba D.ª Frasquita ferviente culto: «... La esfera intelectual no se ha hecho para las mujeres, Dios ha querido que el amor y el sentimiento sean su elemento. Cuando Icaro se acercó demasiado al sol, cayó al agua y lo mismo ha sucedido á Mme. Wolshtonecraft. Por qué son desgraciadas todas las mujeres sabias? Por qué se las detesta? Por qué se las ridiculiza por lo menos? No he encontrado todavía ninguna mujer á quien la mas pequeña superioridad intelectual no produzca alguna deficiencia moral. Ahora mismo acabo de hacer algunas experiencias en dos señoras que he visto dos ó tres veces. Mme. de S** es de un entendimiento poco común así teórico como práctico; es decir, es tan razonable como pudiera serlo cualquier hombre; pero esto le da tal idea de su superioridad, que no puede tolerar y desprecia todo lo que es sentimiento y poesía. Mme. de C**, por el contrario, está casi á la altura del verdadero talento poético, sin que por eso descuide sus deberes; pero se cree un ser tan privilegiado, que choca á todo el mundo. Cuántos hombres hay, sin embargo, que reúnen un buen entendimiento al sentido poético, sin que por eso se espanten y desprecien á los hombres de negocios que son esen-

cialmente necesarios en la sociedad... Conozco además á otra señora de mucho talento, que cree... que la moral no es la misma para todo el mundo... Adivinas quién es?... Mira por dónde me ha salido esta larga digresión á propósito de Mme. Wolshtonecraft: pero me exaspero, sin poderlo remediar, cada vez que veo citado su nombre. El día que quemes sus *Rights of women* (Derechos de las mujeres), será para mí un gran día» (1).

Fernán Caballero nunca reconoció la paternidad literaria de aquella *Sola* alemana, ni hablaba nunca de su publicación en Hamburgo por no tener que descubrir ni verse obligada á protestar contra aquella imprudente oficiosidad de su madre. En cuanto á la *Sola* legítima y española, ocultóla siempre á los ojos de todos, y nunca consintió en que se publicase por considerar su argumento harto escabroso. Refiriómelo ella misma y yo aprobé su delicada reserva: era demasiado fuerte para aquella pluma pura y sencilla que escribía á Mr. de Latour: «Conozco que esta idea moral de respetar la inocencia, evitando exponer un hecho que inevitablemente le abre los ojos, me pone muchas

(1) Esta carta, escrita en francés, está fechada en Gorslow en 1807.

trabas, me quita recursos dramáticos, me fuerza, como en Ismena y Virginia, á sacrificar *la donnèe*, que me expongo á una justísima crítica, y á pesar de eso, no me parece que debo sesgar. «Tus escritos huelen á limpios», me decía Ochoa en una epístola familiar que me escribió en *El Heraldo*, firmándose *El lector de las Batuecas;* no quiero desmerecer de este elogio. No hay literatura en lo serio más casta que la española: no quiero ser yo la que la modernice en otro sentido».

Durante estos catorce años de su segundo matrimonio pasó Cecilia largas temporadas en París, donde frecuentó la sociedad de la célebre Mme. de Recamier, tanto cuando vivía ésta en su palacio de la Chaussée d'Autin, como cuando, después de la ruina de su marido y de la muerte de su grande amiga Mme. de Stäel, habíase ya retirado al modesto convento de la calle de Sèvres que llamaban la *Abadía del Bosque*. Dice la Duquesa de Abrantes en sus *Memorias:* «El cuartito del tercer piso de la Abadía del Bosque no solo fué objeto de las excursiones de los amigos de Mme. de Recamier, sino que, como si el mágico poder de una hada hubiera dulcificado la aspereza de la subida, aquellos mismos extranjeros que reclamaban como un favor ser admitidos en el elegan-

te palacio de la Chaussée d'Autin, solicitaban aquella gracia. Era para ellos un espectáculo tan notable ciertamente como una curiosidad de París, el ver en un espacio de treinta pies á todas las opiniones reunidas bajo la misma bandera, y marchar de común dándose la mano unas á otras. El Vizconde de Chateaubriand refería á Benjamín Constant las maravillas desconocidas de América. Mateo de Montmorency, con aquella urbanidad personal que le era característica, aquella política caballeresca de todo cuanto lleva su nombre, era tan respetuosamente atento para Mme. Bernadotte cuando iba á reinar en Suecia, como lo hubiera sido para con la hermana de Adelaida de Saboya, hija de Humberto, aquella viuda de Luis el Gordo, que casó con uno de sus antepasados. El hombre de los tiempos feudales no tenía una sola palabra amarga para el hombre de los tiempos libres.

»Sentadas una al lado de otra en el mismo diván, la Duquesa del *faubourg Saint Germain* era cortés con la Duquesa imperial: todo era sencillo en aquella celda exclusiva».

No parecía, sin embargo, lo mismo á nuestra espontánea española, que amaba la sencilla naturalidad como se ama el aire sano de las montañas perfumado de romero y tomillo. Se-

gún Fernán, el salón de Mme. de Recamier recordaba, en efecto, la elegancia, el buen tono y la cultura del hotel Rambouillet; pero respirábase allí el pedantesco tufillo de aquellas *Preciosas ridículas* que con tan cáustica pluma pintó Molière, y parecía encajar, como anillo en el dedo, en toda aquella ilustre sociedad, la frase que aplicaba Benjamín Constant á Luciano Bonaparte, uno de los más tiernos apasionados de Mme. de Recamier: *Nunca puede dormirse; siempre ha de echarse en brazos de Morfeo...*

En cuanto á la persona misma de Mme. de Recamier, aseguraba Fernán que no había exageración ninguna en cuanto se había dicho y escrito sobre su portentosa hermosura, expresada mejor que en ninguna otra parte, á su juicio, en el famoso retrato de David. No era, sin embargo, tan benévola con respecto á su parte moral: teníala por una coqueta peligrosa, maestra consumada en eso que llaman hoy *Flirt*, y no es otra cosa que la hipócrita manifestación de pasiones que la sana moral reprueba y condena, porque estragan y arruinan las almas y hacen aparecer á las sociedades elegantes modernas mucho más corrompidas de lo que en realidad se hallan. El Vizconde de Chateaubriand, centro con Mme. de Recamier de aquel

famoso círculo, entusiasmábala como escritor y como poeta, y la encantaba como *causeur* y hombre de salón; pero su conjunto de extrañas anomalías, merecíale aquel concepto que expresó Lamartine con esta frase:—Toda su vida fué una comedia y sus Memorias de Ultratumba el telón que se corría.

Mme. de Chateaubriand, por el contrario, fué la única persona que se captó sin reservas las simpatías de la Marquesa de Arco-Hermoso. Aquella discreta señora, oscurecida siempre por los deslumbrantes resplandores de la fama y la gloria de su marido, era mujer de elevada inteligencia y gran cultura, y era, sobre todo, profundamente religiosa y caritativa. Había fundado en París el Hospital de María Teresa, y acompañábala Cecilia con frecuencia en sus visitas á los enfermos. Un día que fué ésta sola al Hospital á visitar á una pobre enferma española, llamada Dolores Ruiz, encontróse allí con una señora de sencilla apariencia, que acompañaban los Duques de Guiche. Conocía mucho Cecilia á éstos por haberlos recibido en su casa de Sevilla el año 23, cuando la segunda venida de los franceses á España, y regocijados los Guiche al verla, presentáronla á la dama á quien acompañaban... Besó entonces Cecilia con emoción profundísima aquella augusta mano

que aprendió á zurcir harapos en el Temple: porque aquella señora desconocida era la regia heroína del infortunio, víctima inocente de todas las revoluciones de entonces, que se llamó la Duquesa de Angulema y fué hija de Luis XVI y María Antonieta.

XXVI

EL 17 de Mayo de 1835, murió en Sevilla el Marqués de Arco-Hermoso, dejando por segunda vez viuda á Cecilia. Instituíala en su testamento por heredera de toda la parte no vinculada de su cuantiosa fortuna, con una cláusula tan extraña como laudatoria que prueba bien á las claras el mucho amor que la profesaba y la alta estimación que de ella tenía. Dice así esta cláusula, que solo recuerdo en sustancia: «Cuánto excede en altura la Giralda á todas las demás torres de Sevilla, tanto excede en virtud y mérito á las demás mujeres mi muy amada esposa Cecilia: quiero por lo tanto y es mi voluntad, etc.»

Mas con la muerte de Arco-Hermoso pareció ausentarse para siempre la dicha tranquila del hogar de Cecilia, y aposentarse por el contra-

rio la desgracia con todo su pesado bagaje de amargos dolores y calladas penas. «Hay una copla que acaba, escribía ella por aquel tiempo á una amiga suya,

... Que las penas de este mundo
No son todas para mí (1).

Yo creo, al contrario, que todas las penas de este mundo son para mí, y algunas veces me pregunto si soy insensible ó si soy roca que pasan sin matarme ni enfermarme. Dios todo lo dispone, y así como á otras les da salud para criar á sus hijos, á mí me la da para sobrellevar mis penas...» Y no había exageración en este lamento de Cecilia, porque en menos de tres años vió desaparecer á su marido, á sus padres y á su fortuna, encontrándose á la vez viuda, huérfana y arruinada!...

Estos tristes sucesos encadenáronse de este modo... Habíanse casado brillantemente por este tiempo las dos hermanas de Cecilia: la menor, Aurora, casóse en Cádiz con el opulento inglés Tomás Osborne; la mayor, Ángela, hízo-

(1) La copla, muy popular en Andalucía, dice:

Tengo de morir cantando
Ya que llorando nací;
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

lo en París con el General francés Gabriel Henry Chatry de la Fosse. Proyectaron estos últimos un viaje de recreo por Inglaterra, Irlanda y Escocia, y empeñáronse en que les acompañase Cecilia, deseosos de arrancarla de la tristeza profunda y el abatimiento en que había caído después de pasados los primeros recios trasportes de su pena. Cedió, al fin, Cecilia, vencida por las súplicas de su mismo padre, que también se lo pedía, y en compañía de sus hermanos recorrió detenidamente los tres Reinos Unidos de la Gran Bretaña. Ya de vuelta en Londres, visitando un día el Museo de pinturas, acaeció á la Generala La Fosse un lance tan dramático, tan impensado y de tan terribles consecuencias, que no referiré aquí por el respeto profundísimo que me ha merecido siempre la fama de los muertos; pero que obligó á aquella señora de tanta virtud como entereza, á refugiarse en España al lado de sus padres, siguiendo el consejo que la dió en Londres el Embajador de Francia. Acompañóla Cecilia en su viaje y en su amarguísima pena, y detúvose en Sevilla para arreglar algunos asuntos de intereses que le proporcionaron serios disgustos... No tuvo, sin embargo, tiempo de hacerlo: llamáronla con la mayor urgencia desde el Puerto de Santa María, porque Juan Nicolás Böhl de

Faber estaba allí agonizando... Corrió allá con el corazón lleno de angustia y de mortal zozobra, y á la mitad del camino tuvo el desconsuelo inmenso de saber que no llegaba á tiempo: por la madrugada había muerto aquel buen padre, cuyo amor llenó toda su vida, llamando y bendiciendo á su hija predilecta Cecilia.

Abrumada por el dolor permaneció ésta más de un año en compañía de su madre y sus hermanas, hasta que minada aquélla por traidora enfermedad, murió también en brazos de sus hijas á los quince meses de muerto su marido. Mas no paró aquí esta lluvia de desgracias: repuesta apenas de esta última, llamáronla precipitadamente á Sevilla... La casa de Arco-Hermoso se desmoronaba y amenazaba hundirse, oprimida bajo el peso de antiguas deudas contraídas por su nuevo poseedor, y en su pundonorosa delicadeza, creyóse obligada Cecilia á pagar aquellas deudas que no habían contraído ni ella ni su marido, pero que amenazaban arruinar la ilustre casa que con tanta dignidad habían llevado ambos. «No más! No más! escribía poco después Cecilia. Las deudas consumen como un fuego la paz de la vida; rebajan la más alta superioridad á la esfera de la más baja inferioridad; ponen en la boca del vulgo el desdén y en la del rico el ultraje; y llevan razón en su

soberbia, porque el noble que se endeuda pierde el derecho á levantar la cabeza; es el galeote que arrastra al pie su cadena. El primer noble que se endeudó, á no ser para servir á su Rey y á su patria, fué el que derrumbó la primera almena del alto castillo que edificó la nobleza como un emblema, la cual para conservar su gloria debe dar á manos llenas y no saber lo que es tomar. El que puede pagar y no paga aun á costa de sacrificios, transije con la honradez, dejando á su descendencia voluntariamente un mal mortal que se hereda como la hetiquez. El que toma prestado con intención de pagar, es como el que peca con intención de enmendarse. Son las deudas la polilla de las nobles casas, y el desdoro de sus blasones; es la esclavitud de un alma elevada é independiente; es el azote del que á falta de dignidad, tiene orgullo, como se tiene á falta de oro, cobre dorado».

En esta inteligencia, y movida por estos nobles sentimientos, cedió Cecilia para pagar las deudas de la casa de Arco-Hermoso, toda la fortuna que legítimamente había heredado de su marido, y sabiéndolo y queriéndolo descendió de un golpe de la opulencia á una modesta medianía; porque después de esta donación quedábale por todo caudal la legítima que acababa de heredar de sus padres, corta y men-

guada, pues la casa Bölh de Faber, tan opulenta en otro tiempo, habíase también arruinado por la piratería inglesa, las invasiones francesas en España y Alemania, y los trastornos sin cuento que á ellas se siguieron.

Mas no abatió este cúmulo de seguidas desgracias aquel ánimo entero y sereno que apoyado en la resignación cristiana y en la dignidad humana, sabía respirar desahogadamente en la atmósfera de la abnegación y el sacrificio. «Nunca dudé, escribía á un amigo, de la parte que por tu buena amistad y por tu excelente corazón, tomarías en mis penas, que he soportado y soporto en completa salud, porque soy un roble que no hay temporal, por recio que sea, que lo desarraigue ni aun lo doble...»

Una cosa, sin embargo, vino de allí á poco á doblegar aquel robusto roble, que había resistido á la ruina propia y á la muerte de los que amaba... la Ingratitud!... la ingratitud con que pagaron sus beneficios algunos de los más predilectos suyos!... Abatido entonces su ánimo y enfermo su cuerpo por una atroz ictericia, levantó su casa de Sevilla y retiróse á Jerez, para buscar en el retiro y la soledad, y en su afición á las letras, consuelo para las penas de su alma y remedio para las enfermedades de su cuerpo. Y entonces fué cuando escribió *La Gaviota* en

el francés más correcto; luego *Clemencia*, en cuyas páginas vació su corazón y trazó su retrato, y últimamente algunas de sus más bellas *Relaciones Populares* y aquella lindísima novela en que salta de continuo de los vehementes y apasionados episodios del pueblo, á los tranquilos cuadros de la clase media, justificando así su extraño título de *Una en otra*.

Durante todo este tiempo solo una vez abandonó Cecilia su retiro, y fué para cumplir una última voluntad de su padre. Había éste legado, al morir, su hermosa biblioteca á la Real Academia Española, y esta docta corporación envió al Puerto de Santa María á los dos ilustres literatos D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. José Joaquín de Mora para recoger el precioso legado. Avisaron su llegada á Cecilia, y ella acudió cortesmente á aquella ciudad, para hacerles la entrega oficial, como primogénita de la familia. Quedó Hartzenbusch encantado de la discreción y cultura de la hermosa viudita, pero no adivinó en ella á la brillante escritora de quien, andando el tiempo, había de ser uno de los más fervientes y autorizados panegiristas. A D. José Joaquín de Mora, por su parte, estaba reservada la gloria de dar á conocer las escondidas obras de Cecilia, cuya existencia ni aun sospechaba siquiera por aquel entonces.

Conocíala él desde su juventud, porque Mora fué quien en unión de D. Antonio Alcalá Galiano y Martínez de la Rosa, sostuvo en Cádiz con Juan Nicolás Bölh de Faber la encarnizada y ágria polémica sobre el teatro de Calderón, de que el erudito alemán salió al cabo triunfante. No eran, por lo tanto, sus relaciones las más cordiales con la familia de Cecilia, pero de tal manera supo la viudita fascinar al sabio Académico, y captarse su confianza, que llegó á hacerle confidencias tan íntimas, tan curiosas y tan interesantes, como el siguiente episodio de su juventud, que nos ha conservado la misma elegante pluma de Cecilia.

«Antes que existiese en Cádiz la moderna plaza de Mina, era el terreno que la forma una espaciosa y frondosa huerta, que pertenecía al convento de San Francisco, la que enclavada en las uniformes y blancas casas de aquella bien labrada ciudad parecía una esmeralda engarzada en perlas.

»La pared de esta huerta formaba entonces, con las casas que al frente tenía, una calle tan angosta, que en el mismo Cádiz, donde todas las calles son angostas, se la denominaba el callejón del Tinte. Antes de concluir dicho callejón, en la plazuela de Loreto se hallaba una puerta lateral del convento, de escaso uso y

siempre cerrada, sobre la cual había colocada en un nicho una imagen, ante la cual, según piadosa costumbre, ardía de noche una luz, suave y vigilante culto, al que encarga el hombre de vigilar cuando se duerme, y de orar cuando él enmudece.

»Cuatro jóvenes que llevaban una vida disoluta y escandalosa, pasaban diariamente al retirarse de noche á sus casas por el mencionado callejón, separándose en la plazuela, para seguir cada cual las distintas direcciones que los conducían á sus respectivos domicilios.

»Habían éstos notado por varias veces al pie de la portada y ante la imagen que alumbraba la luz, á una mujer arrodillada, profundamente recogida, silenciosa é inmóvil.

»—¿Quién será?—preguntó una noche á sus amigos el más disoluto y más despreocupado.

»—¿Qué te importa?—contestó el más moderado de los cuatro: será alguna devota que cumple una promesa, ó una arrepentida que cumple una penitencia.

»A la siguiente noche la mujer se hallaba en el mismo lugar, y en su acostumbrada silenciosa inmovilidad.

»—Tengo curiosidad de ver la cara de esa rezadora nocturna—dijo el que ya había demostrado su curiosidad la noche anterior.

»—Sería no solo un atrevimiento el intentarlo; sería un desacato—repuso su amigo.

»Los otros dos fueron de la misma opinión, porque en aquella todavía no muy lejana época, aun en medio de los vicios conservaban casi todos los hombres el respeto, como en las barcas en desechas borrascas, todo se arroja al mar menos el áncora de salvamento, que queda intacta en el fondo de la cala.

»Pero á la tercera noche, ni aun esto bastó á contener al pertinaz, pues aunque al pasar fronterizo á la arrodillada mujer pudieron contener sus amigos su osado empeño, cuando parados en la plazuela se despedían unos de otros, les dijo:

»—No me voy de aquí esta noche sin ver la cara de esta mujer estatua.

»—No hagas tal, repuso su amigo; esa mujer me inspira un alejamiento que no sé si atribuir al respeto ó al temor.

»—Temor dijiste? exclamó su amigo, temor dijiste, y te afeitas y gastas espada?

»—Ahí verás, respondió su interlocutor, como es á veces el temor de una esfera en la que nada supone la fuerza física.

»—Esto aún es más absurdo, contestó el despreocupado: diciendo lo cual volvió resueltamente la espalda á sus compañeros, desan-

duvo lo andado, y se entró en el mencionado callejón.

»Sus amigos continuaron la poco edificante conversación que antes de este episodio tenían entablada, cuando de repente sonó en el silencio de la noche un fuerte golpe. Corrieron presurosos en la dirección en que le oyeron, que era la del callejón. Hallaron á su compañero tendido en el suelo ante la portada en que había orado la mujer, la que había desaparecido. Estaba inerte: no tenía herida, señal de violencia, ni lesión alguna, y no obstante su pálido rostro estaba marcado por la muerte con su *estampilla real.*

»De estos tres amigos testigos de lo referido, uno murió, otro entró en religión, el tercero, convertido también, quedó toda su vida tétrico, grave y metido en Dios, y en su ancianidad comunicó lo referido al que lo traslada á este papel, no como un acontecimiento casual é impensado, sino como una obra ó disposición divina superior al orden natural».

Pues este anciano tétrico, grave y metido en Dios que refirió á Fernán el extraño caso, fué el famoso D. José Joaquín de Mora.

XXVII

DIJE antes que la Marquesa Viuda de Arco-Hermoso pasó en el Puerto de Santa María, al lado de sus hermanas y su madre, todo el tiempo que medió entre la muerte de ésta y la de su padre, que fué poco más de año y medio. Frecuentaba entonces mucho la casa de D.ª Frasquita de Larrea, un joven muy simpático y galán, de ilustre familia de Ronda, que se llamaba D. Antonio Arrom de Ayala. No pudo tratar éste tanto ni tan de cerca á la Marquesa Viuda, sin sentir hacia ella una ardiente simpatía, que el tiempo y las esperanzas é ilusiones que en su juventud se forjaba, trocaron al cabo en pasión ciega y profunda. En vano sus amigos, y aun la misma Cecilia, hiciéronle

patente lo disparatado de un amor en que la amada aventajaba al amante en diez y ocho años, por más que se hallase todavía en el apogeo de su discreción y su hermosura. Sucedíale á Arrom en sus ilusiones y esperanzas lo que sucede siempre en los caracteres soñadores y apasionados: que brotan más potentes mientras más á cercen se las poda; y tanto y con tal potencia crecían las del gallardo rondeño, que no tardaron en presentarse en él los primeros síntomas de una enfermedad peligrosa. Cecilia por su parte miró desde luego á Arrom con aquellos benévolos lentes de aumento con que toda mujer, por muy superior que sea, mira siempre las cualidades del hombre que sinceramente las adora, y cuando la enfermedad y la muerte comenzaron á amenazarle, la lástima y el remordimiento del daño que sin querer había causado, penetraron en el corazón de Cecilia y engendraron allí la compasión, que es el amor más puro, hacia aquel ser desgraciado que tendía hacia ella los brazos, como un niño pequeñito á su madre, pidiéndole la paz, la dicha, la salud, la vida!...

No es extraño, por lo tanto, conociendo la delicada sensibilidad del corazón de Cecilia, que se creyera obligada á reparar los daños de que había sido causa, aunque sin la menor culpa

suya, otorgando al fin su mano á D. Antonio Arrom de Ayala. Casóse, pues, Cecilia la tercera vez por compasión, como se había casado la primera por sorpresa, y se casó la segunda por equilibrada combinación de su corazón y de su cabeza, únicos matrimonios que ofrecen garantías ciertas de felicidad duradera.

Era Arrom hombre de gusto exquisito y de aficiones artísticas muy cultivadas, y supo apreciar, por lo tanto, en todo su valor el mérito de los tesoros literarios que escondía Cecilia á la vista de todos, pero que desde el primer instante de su matrimonio á él le había franqueado. Desesperaban á Arrom el secreto y el olvido en que yacían aquellas joyas literarias, y por varias veces intentó convencer á su esposa de que era un deber, por decirlo así, de *conciencia literaria,* dar al público aquellos libros que habían de introducir una sana revolución en el campo de la novela española, tan agostado entonces y tan inficionado por la influencia francesa. Mas no hacían ninguna mella en el ánimo de Cecilia aquellos escrúpulos que intentaban despertar Arrom en su *conciencia literaria,* y resistióle siempre con suave firmeza. Entonces apeló Arrom á una estratagema muy semejante á la empleada años antes por D.ª Frasquita de Larrea, cuando hizo publicar la novela *Sola* en

Hamburgo. Era la preferida de Arrom entre las obras de Cecilia *La Gaviota*, cuyo manuscrito francés había ilustrado él con preciosos dibujos al margen (1), y en un viaje que hizo á Madrid para asuntos personales, llevóse el manuscrito sin advertir nada á Cecilia, decidido á hacerlo publicar en París en alguna revista literaria, á hurtadillas de la autora. Consultó el caso en Madrid con D. José Joaquín de Mora: dióle á leer el manuscrito y maravillado éste, rechazó enérgicamente el plan proyectado por Arrom de regalar á Francia aquella joya literaria, y propúsole en cambio, publicar en castellano *La Gaviota* en algún gran periódico de Madrid, ofreciéndose él mismo á hacer la traducción con la mayor fidelidad posible. Objetóle Arrom la repugnancia de Cecilia, y á esto contestó Mora, con una crueldad hija de su entusiasmo, que se la notificase la aparición de su obra como un hecho irrevocable y próximo y usase Arrom, en último caso, de sus derechos de esposo.

Hízolo Arrom con toda la suavidad que pudo: negóse terminantemente Cecilia y después de varias réplicas y contrarréplicas, algunas de ellas

(1) Ignoro quién posea al presente este precioso manuscrito, todo de puño y letra de Cecilia, que me enseñó várias veces, y guardaba ella con gran veneración, como recuerdo de aquel esposo tan amado, ya difunto.

harto enérgicas, decidióse Arrom á escribirle, que la publicación de *La Gaviota* en el *Heraldo* era ya cosa decidida y tratada con el Ministro D. Pedro de Egaña, su propietario y director antiguo: que sería indecoroso volverse atrás del compromiso, y que lo único que podría hacerse era designar un pseudónimo con que se firmase la obra, si tal repugnancia tenía á ver su verdadero nombre en letras de molde; lo cual había de hacer prontamente, pues no era ya tiempo de demoras ni vacilaciones.

—En este apuro, me decía Cecilia al referirme estos curiosos pormenores que revelan el origen del pseudónimo, después tan célebre, cogí unos periódicos que había sobre la mesa para buscar un nombre cualquiera que pudiese evitar al mío propio el salir á la vergüenza pública, y encontré la relación de un asesinato cometido en un pueblecillo de la Mancha llamado Fernán Caballero.... Gustóme este nombre por su sabor antiguo y caballeresco y sin titubear un momento lo envié á Madrid, trocando para el público mis modestas faldas de Cecilia, por los castizos calzones de Fernán Caballero.

Al enviar Cecilia el célebre pseudónimo á sus amigos de Madrid, ó más bien á sus enemigos, como decía ella, pedíales también que le per-

mitieran añadir á su manuscrito una corta advertencia en que constase su falta de pretensiones al publicarlo y su intención noble y patriótica al escribirlo. Otorgósele magnánimamente petición tan justa y Cecilia escribió entonces las siguientes líneas, en que expresa su noble y patriótico propósito de presentar á los ojos de los extranjeros la España y los españoles de su tiempo, tales cuales en realidad eran.

«Apenas puede aspirar esta obrilla á los honores de la novela. La sencillez de su intriga y la verdad de sus pormenores no han costado grandes esfuerzos á la imaginación. Para escribirla, no ha sido preciso más que recopilar y copiar.

»Y en verdad, no nos hemos propuesto componer una novela, sino dar una idea exacta, verdadera y genuina de España, y especialmente del estado actual de su sociedad, del modo de opinar de sus habitantes, de su índole, aficiones y costumbres. Escribimos un ensayo sobre la vida íntima del pueblo español, su lenguaje, creencias, cuentos y tradiciones. La parte que pudiera llamarse novela, sirve de marco á este vasto cuadro, que no hemos hecho más que bosquejar.

»Al trazar este bosquejo, sólo hemos procurado dar á conocer lo natural y lo exacto, que

son, á nuestro parecer, las condiciones más esenciales de una novela de costumbres. Así es, que en vano se buscarán en estas páginas caracteres perfectos, ni malvados de primer orden, como los que se ven en los melodramas; porque el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinión sobre lo que se trata de pintar, por medio de la verdad; no extraviarla por medio de la exageración.

»Los españoles de la época presente, pueden, á nuestro juicio, dividirse en varias categorías.

»Algunos pertenecen á la raza antigua; hombres exasperados por los infortunios generales y que, impregnados de la quisquillosa delicadeza que los reveses comunican á las almas altivas, no pueden soportar que se ataque ni censure nada de lo que es nacional, excepto en el orden político. Estos están siempre alerta, desconfían hasta de los elogios, y detestan y se irritan contra cuanto tiene el menor viso de extranjero.

»El tipo de estos hombres es, en la presente novela, el General Santa María.

»Hay otros, por el contrario, á quienes disgusta todo lo español, y que aplauden todo lo que no lo es. Por fortuna no abundan muchos estos esclavos de la moda. El centro en que ge-

neralmente residen es Madrid; más contados en las provincias, suelen ser objeto de la común rechifla.

»Eloisa los representa en esta novela.

»Otra tercera clase (la más absurda de todas, en nuestra opinión), desdeñando todo lo que es antiguo y castizo, desdeña igualmente todo cuanto viene de afuera; fundándose, á lo que parece, en que los españoles estamos á la misma altura que las naciones extranjeras en civilización y en progresos materiales. Más bien que indignación, causarán lástima los que así piensan, si consideramos que todo lo moderno que nos circunda es una imitación servil de modelos extranjeros, y que la mayor parte de lo bueno que aún conservamos es lo antiguo.

»La cuarta clase, á la cual pertenecemos, y que creemos la más numerosa, comprende á los que, haciendo justicia á los adelantos positivos de otras naciones, no quieren dejar remolcar, de grado ó por fuerza, y precisamente por el mismo idéntico carril de aquella civilización, á nuestro hermoso país; porque no es ese su camino natural y conveniente: que no somos nosotros un pueblo inquieto, ávido de novedades, ni aficionado á mudanzas. Quisiéramos que nuestra Patria, abatida por tantas desgracias, se alzase independiente y por sí sola, contando con sus

propias fuerzas y sus propias luces, adelantando y mejorando, sí, pero graduando prudentemente sus mejoras morales y materiales, y adaptándolas á su carácter, necesidades y propensiones. Quisiéramos que renaciese el espíritu nacional, tan exento de las baladronadas que algunos usan, como de las mezquinas preocupaciones que otros abrigan.

»Ahora bien; para lograr este fin es preciso, ante todo, mirar bajo su verdadero punto de vista, apreciar, amar y dar á conocer nuestra nacionalidad. Entonces sacada del olvido y del desdén en que yace sumida, podrá ser estudiada, entrar, digámoslo así, en circulación, y, como la sangre, pasará de vaso en vaso á las venas, y de las venas al corazón.

»Doloroso es que nuestro retrato sea casi siempre ejecutado por extranjeros, entre los cuales á veces sobra talento, pero falta la condición esencial para sacar la semejanza: conocer el original. Quisiéramos que el público europeo tuviese una idea correcta de lo que es España, y de lo que somos los españoles; que se disipasen esas preocupaciones monstruosas, conservadas y trasmitidas de generación en generación en el vulgo, como las momias de Egipto. Y para ello es indispensable que, en lugar de juzgar á los españoles pintados por manos

extrañas, nos vean los demás pueblos pintados por nosotros mismos.

»Recelamos que al leer estos ligeros bosquejos, los que no están iniciados en nuestras peculiaridades se fatigarán, á la larga, del estilo chancero que predomina en nuestra sociedad. No estamos distantes de convenir en esta censura. Sin embargo, la costumbre lo autoriza; aguza el ingenio, anima el trato, y amansa el amor propio. La chanza se recibe como el volante en la raqueta, para lanzarlo al contrario, sin hiel al enviarla, sin hostil susceptibilidad al acogerla; lo cual contribuye grandemente á los placeres del trato, y es una señal inequívoca de superioridad moral. Este tono, sostenidamente chancero, se reputaría, en la severidad y escogimiento del buen tono europeo, por de poco fino; sin tener en cuenta que lo fino y no fino del trato son cosas convencionales. En cuanto á nosotros, nos parece en gran manera preferible al tono de amarga y picante ironía, tan común actualmente en la sociedad extranjera, y de que se sirven muchos, creyendo indicar con ella una gran superioridad, cuando lo que generalmente indica es una gran dósis de necedad, y no poca de insolencia.

»Los extranjeros se burlan de nosotros: tengan, pues, á bien perdonarnos el benigno en-

sayo de la ley del talión, á que les sometemos en los tipos de ellos que en esta novela pintamos, refiriendo la pura verdad».

Tal fué la historia secreta de la aparición de *La Gaviota* en *El Heraldo* en 1849, contando ya Cecilia entonces, más de cincuenta y dos años.

XXVIII

La aparición de *La Gaviota* en el periódico *El Heraldo* produjo en el mundo literario una honda impresión de sorpresa, de asombro, de curiosidad, de bienestar apacible y tranquilo; algo así como la de una pura corriente de aire de la montaña impregnado de aromas del campo, en una atmósfera caldeada y densa saturada de malsanos perfumes artificiales. Hízose eco de aquella impresión general el más autorizado de los críticos de entonces, D. Eugenio de Ochoa, y vaticinó desde las columnas de *La España* que *La Gaviota sería en nuestra literatura lo que es Waverley en la literatura inglesa; el primer albor de un hermoso día, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñirá las sienes de un Walter Scott español.*

Y acertó Ochoa en su profecía: porque á

poco fueron apareciendo seguidamente *La Familia de Alvareda, Clemencia, Lágrimas, Un verano en Bornos, Elia, Un servilón y un liberalito,* y todas aquellas otras joyas literarias que Cecilia tenía almacenadas y escondidas, y que poco á poco fué traduciendo ella misma de los respectivos idiomas en que habían sido escritas. Enardecido con esto el entusiasmo y excitada la curiosidad de los grandes literatos de entonces, apresuráronse todos á tributar su homenaje y sus aplausos á aquel duende encantador que, desde misterioso gabinete ó gótico torreón, desde sombría selva ó profundo subterráneo, se burlaba de todos sin dar la cara nunca, y jugando y riendo había resucitado la novela realista en España, y presentádose desde el primer momento, como «el más acabado tipo del escritor realista en el verdadero sentido de la palabra; como el escritor á quien, después de Cervantes, nadie ha superado en la pintura de los afectos y caracteres, ni excedido en la viveza y verdad de los diálogos y las descripciones, ni ha retratado más fielmente y con mano más maestra la España de su tiempo» (1).

Ochoa, Cañete, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, el inmortal Duque de Rivas, el Mar-

(1) Barón Wolf.

qués de Molins, Madrazo, el Marqués de Valmar, el grave Ministro y Embajador Pacheco, Eguilaz, el autor de *Las Querellas del Rey sabio*, Nocedal, González Pedroso y Olloqui, duendes los tres de *El Padre Cobos;* el grave historiador Lafuente, el clásico y severo Aparisi y Guijarro, Cavanilles y el sublime Marqués de Valdegamas; todos éstos y muchos más entonaron un unísono coro de alabanzas del autor misterioso, concluyendo siempre sus estrofas con el estribillo que corría ya por toda España, y comenzaba á franquear la frontera. ¿Pero quién es Fernán Caballero?...

Ya había escrito el perspicaz Ochoa al aparecer *La Gaviota*. «Quién será el Fernán Caballero que firma como autor esa preciosa novela, *La Gaviota*, que ha aparecido recientemente en *El Heraldo?*—Bien conocíamos que ese era un nombre supuesto; bien conocíamos también que ese libro, en el que desde las primeras líneas respirábamos con delicia como un perfume de virginidad literaria, era producto de una inspiración espontánea y pura, y que nada tenía que ver con todas esas marchitas producciones, que la especulación lanza diariamente al público paciente, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo. Pero por otra parte se nos hacía duro creer que el verdadero nombre

encubierto bajo aquel seudónimo notorio, fuese enteramente desconocido en la diminuta república,—verdadera república de San Marino,—que forman nuestros literatos propiamente tales; y así íbamos pasando revista á todos los que la Fama pregona con sus cien trompas, para entresacar de sus gloriosas filas el que mejor se adaptase á las dotes de la nueva producción. Ninguno nos satisfacía: revolviendo antecedentes, ninguno hallábamos que se ajustase á aquel marco tan elegante y correcto; ninguno que justificara aquel interés tan hábil y naturalmente sostenido, aquellos caracteres nuevos y tan verdaderos, aquellas descripciones tan delicadas, tan lozanas y tan fragantes—permítasenos la expresión;—que ora recuerdan el nítido pincel de la escuela alemana, ora la caliente y viva entonación de la escuela andaluza. Vese allí el dibujo de Alberto Durero realzado con el colorido de Murillo... No hay que dudarlo; el autor de *La Gaviota* es nuevo en el palenque de la publicidad literaria; apostaríamos algo bueno á que no ha escrito su novela para publicarla, y menos aún para venderla»..

Reíase Cecilia desde su escondite de todo aquel alboroto y gozaba el infantil placer de la mujer hermosa que, cubierto el rostro con un antifaz, oyese por todas partes alabar y ponde-

rar sus encantos. Instábanla los pocos que se hallaban en el secreto á que rompiese el velo del misterio y se aprovechase de las ventajas que aquel triunfo colosal traía consigo: mas ella, con modesta sensatez, negóse á ello y entonces escribió aquella graciosa carta al *lector de las Batuecas*, en que dice:

«No me has dicho tu nombre; pero no por eso dejas de ser mi simpático amigo, pues, como dice un refrán, el nombre ni quita ni pone. Además podría suceder que si me lo dijeses, me quedase lo mismo que antes de saberlo, pues es dable que sea tu nombre tan desconocido como lo es el de Fernán Caballero, por lo cual ha tenido el pobrecito que sufrir el desaire de ver á las gentes empeñarse en que no es legítimo y sí hijo de la Cuna. Ojalá me llamase *Tostado!* Este nombre al menos, aunque no muy bonito que digamos, no tendría el inconveniente de ser incompatible con la pluma.

»Quieres creer, que un escritor de los buenos, de los de fuste, de los *sonados*, como decimos por acá, ha escrito á Andalucía para saber si Fernán era Fernán, ó si era quizá Luis Napoleón, Kossuth ó Lola Montes? (1). Y eso que dicho escritor ha escrito con el nombre de un

(1) Alúde al célebre historiador D. Modesto Lafuente, que escribió á veces con el *seudónimo* de *Fray Gerundio*.

fraile, y Fernán ha tenido la buena fe de tenerle por tal; y aún hoy día existe para él ese fraile, sin que por eso deje de existir además un historiador de gran mérito y nombradía. Y sábete que no ha sido él solo entre la aristocracia literaria el que se ha empeñado en que *yo no soy yo:* esto ha sido á punto que han llegado á aturrullarme y hacerme dudar de si existo ó no. Mi cocinera, á quien ya conoces, estaba muy inquieta viéndome de continuo pasear agitado por mi gabinete, declamando en lúgubre acento el monólogo de Hamlet: *To be or not to be: that is the question.*

»—Señor, me decía, el almuerzo.

»—*Ser ó no ser; esta es la cuestión,* contestaba yo.

»—Señor, la comida.

»—Ser ó no ser...

»Mi cocinera, con la gran dósis de buen sentido que la distingue, se fué á la parroquia, me trajo mi fe de bautismo y una certificación del cura, atestiguando que el sujeto que anotaba la fe de bautismo no había sido enterrado; y desde entonces me he tranquilizado, he dejado mis cavilaciones y me he convencido de que existo para servirte, así como á todos los que me creen un autor silfo, un escritor que tiene nombre y no persona ó un eco espontáneo.

»Recuérdame este singular empeño una anecdotilla, de cuya autenticidad te respondo.

»Una madre rígida llevó á su hija á un baile de máscaras de convite.

»—Cuidado, le dijo al entrar, que te prohibo que bailes con ningún enmascarado.

»—Señora, observó la pobre niña, si casi todos lo están!...

»—Pues el que quiera bailar contigo, repuso la madre, deberá antes decirte su nombre.

»Llegado que hubieron al baile, se apresuró un máscara á sacar á la joven á bailar.

»—Quién sois? preguntó ella.

»—Soy un dominó. Qué más necesitas saber para bailar un rigodón?

»—Tu nombre.

»—Á qué santo?

»—Es precisa condición.

»—Me llamo, dijo el dominó, Juan Pedro Fernández.

»La niña se levantó muy contenta y bailó su rigodón con Juan Pedro Fernández, que le era exactamente tan desconocido como el dominó.

»No resisto al deseo de citar á este propósito otra anécdota que refiere Walter Scott en el prefacio de la segunda parte de sus obras. Yo siempre leo los prefacios, mi querido lector, pues á veces son lo mejor de la obra.

»Había, dice, en la feria de San Germán un arlequín que divertía mucho á las gentes y tenía gran popularidad. Presentábase siempre á trabajar enmascarado. Un amigo suyo le aconsejó, puesto que había agradado tanto, que se quitase la mascara. Hízolo así... y perdió el partido que tenía: se desprestigió. El por qué, preguntádselo al capricho de las masas.

»Esto lo cuenta el gran escritor porque escribió mucho tiempo sin dar su nombre, sólo con el de *el autor de Waverley*».

Traslucióse al cabo que tras el nombre de Fernán Caballero ocultábase una dama principal andaluza, y la opinión pública, desorientada por equívocos datos, designó entonces á la Duquesa de Montpensier, hermana de la Reina D.ª Isabel II. Mr. de Latour, antiguo ayo de los hijos de Luis Felipe, encargóse entonces en *La Revue Britannique* de levantar la punta del velo.

«Algunas personas (dijo), me han dispensado el honor de preguntarme si por acaso FERNÁN CABALLERO era la señora Duquesa de Montpensier... No, la augusta hermana de la Reina Isabel no es FERNÁN CABALLERO. Bien sé que S. A. tiene afición suma á la persona y á las obras de este ingenioso escritor; pero entregada exclusivamente al cuidado de educar sus hermosos hijos, puedo asegurar que nunca pensó

en pintar la Andalucía ni en referir sus leyendas, contentándose con prestar á quien las refiere la atención más solícita y afectuosa. No debe, pues, buscarse el autor de *La Gaviota* en el palacio de San Telmo, sino á dos pasos de él, dentro de la misma Sevilla, en una de las torres del antiguo alcázar morisco reconstruído por D. Pedro.

»Semejante vivienda es como hecha de encargo para tal huésped. Al asomarse á la ventana rasgada en el fondo de su salón principal, FERNÁN puede ver á su izquierda la bóveda bajo la cual Sancho Ortiz, el cid de Andalucía, el héroe de Lope de Vega y de M. Lebrun, quitó en duelo la vida á Bustos Tavera, hermano de su prometida. Al frente tiene el Archivo de Indias, en que duerme la historia de la España americana, esperando al encantador que ha de sacarla de entre el polvo de tantos manuscritos; y á su derecha vé, en fin, la Catedral y la Giralda, pasión de los artistas. Tan poéticos monumentos circuyen una plaza ovalada con acacias y naranjos. Así por poca atención que FERNÁN CABALLERO preste hacia aquella parte, la brisa le lleva durante el día todo el rumor de la vida popular, y por la noche las dulces conversaciones de los amantes que se sientan en los bancos. Pero á la hora en que el

sol dora con sus últimos rayos los desiguales techos de aquellos monumentos, si FERNÁN sube á su torre y alza y lleva más lejos sus miradas, desaparece de su presencia la obra del hombre para ceder el puesto á la del Criador; ó mejor dicho, se le presentan las dos mezcladas y confundidas, porque los grandes paisajes despiertan grandes recuerdos. Allí se extienden las inmensas cuestas del Aljarafe, coronadas de olivos, y á las que todavía la tradición da el nombre de jardines de Hércules; aquí se encuentra el poético convento de San Juan de Alfarache, ciudadela romana un tiempo, después castillo morisco, y hoy santa ruina, al lado de sus dos cipreses que parecen velar por ella y consolarla. Al pie de la roca que sirve de pedestal al convento, hay una aldea encantadora, cuna del héroe de Mateo Alemán y de Lessage, tan poco parecido por cierto á los de FERNÁN CABALLERO; más lejos, subiendo la cuesta, se perciben las blancas casas de Castilleja, donde murió Hernán Cortés, olvidado de su rey y de la España, bajo un techo que á lo menos está seguro de no perecer. Al pie de aquellas ricas colinas pasea el Guadalquivir sus hermosas y pacíficas aguas. Allí el observador mira, el novelista escucha y el escritor no tiene que hacer más que recordar.

»Pero forzoso es haber aprendido en alguna parte á mirar, á escuchar, á observar, y sobre todo á escribir. Ya he confesado que FERNÁN CABALLERO puede bien ser una mujer, pero si lo es, de seguro es andaluza. Abriéronse sus ojos por vez primera bajo aquel hermoso cielo y en aquellas hermosas comarcas; y de aquí provienen su amor á la Andalucía y el entusiasmo con que la pinta. Sin embargo, FERNÁN no conoció bien todo el encanto de su país natal hasta que vió otros. Es una andaluza que ha recorrido la Francia, la Inglaterra y la Alemania, y que además lleva sangre alemana en sus venas. Por instinto había conocido los encantos de su Andalucía; pero cuando la vió de nuevo fué cuando la vió bien, y cuando aquella tierra privilegiada se le presentó con toda su gracia y esplendor. Pudiendo compararla con las otras, túvola más afecto y consagróle preferencia más ilustrada; y el día en que descubrió que poseía el talento de pintarla, no hizo lo que esos artistas que, apenas se figuran haber puesto el pie en tierra desconocida, no perdonan ni el más leve pormenor, y perjudican á la misma verdad de la copia á puro querer que en ella figure todo. No; FERNÁN CABALLERO no aspira á ser el Cristóbal Colón de Andalucía. Sus rápidas excursiones fuera de España le pusieron en aptitud de

escoger y admirar atinadamente, y esa relación involuntaria que por sí misma se forma en la imaginación del pintor ó del escritor, es la que á entrambos proporciona el verdadero punto de vista. Los cuadros y narraciones de FERNÁN CABALLERO, como los de Walter Scott, cuyo nombre se viene naturalmente á la memoria y á los labios siempre que se habla de FERNÁN, tienen esa verdad interesante que proviene de una observación sincera y profunda, y no de la sorpresa de un encanto pasajero».

XXIX

RASGÓSE al fin hecho girones por la curiosidad de unos y el entusiasmo de otros el velo que cubría el incógnito de Fernán Caballero, y súpose al cabo que tras aquel castizo nombre no se ocultaba Kossulth, ni Lola Montes, ni Luis Napoleón, ni siquiera el Preste Juan de las Indias: ocultábase sencillamente la antigua Marquesa de Arco-Hermoso, transformada por su nuevo matrimonio en señora de Arrom de Ayala.

Los honores y las distinciones cayeron al punto sobre ella: la Reina D.ª Isabel II mandóle la banda de Dama noble de María Luisa; quiso después señalarle una pensión, y á propuesta del Ministro D. Cándido Nocedal decretó se hiciese en la Imprenta Nacional, para donarla á Cecilia, una esmerada edición de to-

das sus obras. Ofrecióle finalmente para su uso propio una vivienda en el Real Alcázar de Sevilla; única merced, entre todas éstas, que aceptó Cecilia más adelante. El Rey D. Francisco de Asís, por su parte, escribióle ofreciéndole un puesto en la Corte, para que pudiera dirigir la educación de la Princesa de Asturias, hoy Infanta D.ª Isabel, que contaba á la sazón tres ó cuatro años; y como Cecilia se negara á ello, no conceptuándose capaz, en su modestia, de semejante empeño, tornóle á escribir el Rey, suplicándole que á lo menos, escribiese un libro para la educación de su hija. Consta que este libro comenzó á escribirse, pero ó no debió acabarse ó se ignora por completo su paradero, pues que la misma augusta señora á quien se dedicaba no tuvo nunca la menor noticia de ello, aunque recuerda vagamente haber oído hablar, siendo niña, del proyecto de colocar á su lado á Fernán Caballero para confiarle su educación. Tal vez la catástrofe horrible que de allí á poco destrozó para siempre la vida de Cecilia le hizo abandonar esta obra como tantas otras que proyectaba. Yo recuerdo, sin embargo, haberle oído hablar de este libro y referirme á grandes rasgos su plan, sencillo y profundo como todo lo suyo, y en una carta á su íntimo amigo D. Fermín de la Puente y

Apecechea, que tengo á la vista, le dice con fecha del 23 de Mayo de 1854: *Ahora voy á dedicarme al libro de la Princesa.*

No corrió por el extranjero tan rápidamente como por España el verdadero nombre de Fernán, dándose el gracioso caso en Bélgica, donde eran sus obras en extremo conocidas y admiradas, de que el Rey la condecorase con la cruz de Caballero de la Orden de Leopoldo, creyéndole en efecto un señor particular que se llamaba Fernán Caballero, como hubiera podido llamarse Juan García ó Pedro Fernández. El General Juan Van-Halem, veterano de la independencia de aquel país y grande amigo de Cecilia, que se hallaba á la sazón en Bruselas, encargóse de sacar de su error al Ministro de Negocios extranjeros, el cual detuvo entonces el decreto ya firmado.

No fueron todas, sin embargo, rosas sin espinas para Fernán Caballero en aquellos años de su colosal y sostenido triunfo literario. Solía decir ella que la poesía en la vida real pega lo mismo que una rosa en el puchero, y suele ser una mala ama de llaves; y la prosa de la vida vino á amargar con su áspera y desabrida levadura la dulcedumbre que pudieran tener aquellas satisfacciones del amor propio, que, por otra parte, nunca alcanzaron á llenar el grande

y elevado corazón de Cecilia. Era el caso, que D. Antonio Arrom de Ayala, modelo de caballeros y de hombres honrados, pero más artista y soñador que hombre de negocios, tales trazas se dió para administrar las ya mermadas rentas de su esposa, que en aquellos pocos años dió al traste con toda su modesta fortuna. Por eso escribía ella, poco después, á una de sus íntimas amigas: «Me preguntarás que ya que decidí, por graves razones, salir del Puerto de Santa María, por qué no me decidí por mi querida Sevilla, en que tengo tantas personas queridas y tantas simpatías me arrastran: yo te lo diré con esa franqueza de corazón que siempre ha existido entre nosotros. Mi caudal ha disminuído en términos que solo me queda una corta renta en casas en el Puerto. Debí, pues, buscar un punto que fuese barato, y todas estas circunstancias reunía Sanlúcar, con los atractivos de su linda posición, su salubridad y el tener aquí varias personas amigas, en particular Florencia, que es para mí, desde que éramos jóvenes, una hermana».

No era esto gran cosa para un carácter tan desprendido y abnegado como el de Cecilia, pero lo que anegó su alma en tristeza tal y tan grande que pudo alguna vez dulcificarse, pero nunca extinguirse en todo el largo resto de su

vida, fué que asustado Arrom del desastre, pidió y obtuvo el Consulado general de España en Australia, y marchó allí decidido á rehacer á toda costa la fortuna de su esposa con el auxilio y el apoyo de los muchos y poderosos amigos que tenía en Inglaterra. Marchó, pues, Arrom á Sidney, sin que nada ni nadie pudiera detenerle, y quedó Cecilia sola y triste en medio de los plácemes y aplausos, que resonaban en sus oídos lúgubres y fatídicos como campanas que anunciaran la otra ausencia eterna de la muerte. Trasladóse entonces á Sanlúcar de Barrameda, donde tomó una modesta casita en la calle Angosta de Santo Domingo, vecina á un convento de monjas. Dice á este propósito su biógrafo D. José María Asensio, que la visitó en aquel retiro: «Nada más limpio ni más agradable que aquella casita adornada desde su entrada de pájaros y macetas, cuyos tiestos y plantas revelaban la pulcritud de su dueño, así como la blancura de las paredes y la brillantez de los ladrillos acusaban un aseo llevado á la exageración, si es que puede haberla en lo aseado».

En aquel risueño y apacible retiro escribió Fernán, para alivio de sus penas, algunas de sus *Relaciones populares*, sus *Cuadros de Costumbres* y aquellos sus hermosísimos y profun-

dos *Diálogos entre la juventud y la edad madura,* que sintetiza en el resignado proverbio,

Cosa cumplida
Sólo en la otra vida!...

También salieron entonces de aquel nido de pájaros y macetas tres trabajos de índole muy diversa, poco ó nada conocidos en el día. Fué uno de ellos la primera y única vez que terció la dulce y sencilla pluma de Fernán en las agrias é interesadas contiendas políticas. Publicábase á la sazón en Madrid el famoso y saladísimo periódico *El Padre Cobos*, que dió al traste con Espartero, obligándole á marcharse de una vez para siempre á cuidar de sus gallinas en Logroño; y era Presidente del Congreso el General Infante, progresista de lo más neto que brotó jamás en España al son del himno de Riego. Un día llegó á la clandestina redacción de *El Padre Cobos* una carta certificada, procedente de Sanlúcar de Barrameda; venía dentro un artículo anónimo y graciosísimo, titulado *El Congreso Infantil,* en que se describía con inimitable gracia una sesión de Cortes celebrada por infantiles diputados progresistas bajo la presidencia del General Infante. Al terminar la sesión poníase el Presidente ante la puerta con el cuerpo doblado y todos los dipu-

tadillos saltaban por encima, entonando por turno, al saltar, aquel juego de los muchachos:

A la una, anda la mula,
A las dos, anda el reloj,
A las tres, el almirez,
A las cuatro, brevas en el plato,
A las cinco, te las hinco,
A las seis, sopas comeréis,
A las siete, el capiruchete,
A las ocho, el último lleva el mocho,
A las nueve, saca la mula y bebe,
A las diez, sácala otra vez,
A las once, llaman al Conde,
A las doce, no responde.

El artículo recorrió la España entera con universal regocijo, y nadie sospechó, ni aun los redactores de *El Padre Cobos*, que había salido de aquel nido de pájaros y macetas donde ocultaba á la sazón Fernán Caballero sus penas y sus triunfos. Muchos años después, en 1870, enseñóme Cecilia el original de *El Congreso Infantil*, tal como ella lo había escrito, despojado de algunas violentas cantáridas al General Infante, con que le habían adornado por su cuenta los ingeniosos y traviesos redactores de *El Padre Cobos*.

En cuanto á los otros dos trabajos que salieron entonces de la casita de los pájaros y las macetas, ellos pintan por sí solos la falta abso-

luta de pretensiones de Fernán, el poco aprecio que hacía de su fama literaria y la convicción en que la mantuvo siempre su modestia, de que no era un *autor*, sino, como decía ella misma, *una buena vieja que contaba cuentos*... Quién se figura nunca á la sabia, profunda y pomposa Mme. Stäel escribiendo un ejemplito moral para una niña pequeña?... Y sin ir tan lejos ni picar tan alto, quién se imagina á la autora de Baltasar y Catilina, Tula Avellaneda (1), de quien dijo D. Juan Nicasio Gallego: —Es mucho *hombre* la mujer ésta!—quién se la imagina, digo, escribiendo *vidas de aleluyas* para un chico?... Pues Fernán Caballero, que se hombrea en su género con Mme. Stäel y está cien codos por encima de Tula Avellaneda, no temió deslustrar los rayos de su gloria escribiendo ejemplos para niñas y vidas de aleluyas para muchachos. Un día, dos niños, hijos de su íntimo amigo D. Fermín de la Puente y Apecechea, Feliciana y Fermín, la escribieron una infantil carta pidiéndola que les escribiese algo para *ellos solos*, y la autora de *La Gaviota*, en el apogeo entonces de su gloria, no vaciló en escribirles, á Feliciana, un ejemplo

(1) La célebre poetisa D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quien sus íntimos llamaron siempre *Tula*.

que había recogido de boca de un pordiosero; á Fermín, el Viaje de Mister Jhon Bell por España.

El ejemplo, tan bello en la forma como profundo en el fondo, está á pique de perderse por no hallarse comprendido en la colección de las obras de Fernán Caballero, y por eso y por la utilidad de su enseñanza para las malas lenguas, que tanto abundan aun entre las gentes piadosas, á continuación lo transcribo:

«Había una niña muy hermosa, criada por padres con mucho recato y temor de Dios, que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivía retirada, y no salía más que á la iglesia por las mañanas temprano, ni iba á parte alguna, sino á casa de una buena vecina, mujer muy honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse.

»Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho y dañan cuanto alcanzan, como la de los basiliscos. Así fué que varios de estos inicuos, que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña y sacarla de la buena senda; pero todo lo que hicieron al intento fué en vano: su corazón, sus oídos y su casa permanecieron cerrados á toda seducción, como el paraíso cuando lo guardaba el Angel.

»Exasperado el más audaz y más malo de todos, la amenazó con que se vengaría si se mantenía en no darle oídos; y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedía la niña á sus ruegos, púsolas por obra, publicando por todas partes que era una hipócrita y que él había sido en secreto, y sin gran resistencia de su parte, su correspondido amante.

»Como el mundo está siempre predispuesto á creer todo lo malo que del prójimo se dice, la pobre niña quedó en poco tiempo completamente difamada.

»Veía la inocente que los mismos que antes la querían bien y la saludaban, la miraban ahora con desvío y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban, ahora le volvían la espalda, y no podía atinar con la causa de estas mudanzas, hasta que por último su buena vecina se lo manifestó, añadiendo que sentía, porque la quería bien, tener que decirle que en adelante no podía permitir la intimidad que con sus hijas tenía, porque aunque no fuera cierto lo que sobre ella decían, era el hecho que había perdido su buena fama, y que la de sus hijas padecería si se trataban con ella.

»Un rayo no hubiera podido herir y anonadar en mayor grado á la pobre niña de lo que lo hicieron estas palabras! Retiróse á su apo-

sento llena de dolor y de vergüenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor marchita por el hálito de una serpiente, no había ya lugar para ella en el vergel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiera accedido á plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel día empezó á enfermar aquella flor marchita por el vil gusano de la calumnia que roía su corazón.

»Vamos ahora á aquel mal alma que había robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida, como aquel que cree que no se ha de morir nunca. Sucedió que la capital en que á la sazón se encontraba fué súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

»Las epidemias, cuyas causas y orígenes no ha podido averiguar el hombre, que tanto sabe y tan comprensivo se cree que quiere explicar á Dios, y no explica la causa de una dolencia de su cuerpo que á la vista tiene, las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envía al hombre para que entre en sí y retroceda en la senda del mal. Muchos desatienden estos avisos, pero también á otros les sirven de gran prove-

cho, haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del solo que socorre y salva.

»Uno de estos afortunados fué el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vió cerca de la muerte, y le puso patente ante los ojos, como un santo Juez, la enormidad de su culpa, lo que le aterró tanto que, estando cercano á la corte de Roma, marchó á ella, se echó á los pies del Sumo Pontífice y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condición para absolverle que remediase del modo que pudiese el daño que había causado, y le dió por penitencia que entrase á orar en las iglesias que en su viaje de vuelta hallara á su paso.

»Así lo efectuó sumiso el penitente.

»Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna, y al pasar frontero á su iglesia, extrañó notar la puerta entreabierta y su interior alumbrado. En cumplimiento de la penitencia impuesta, entró á orar; pero cuál no sería su asombro cuando vió en medio de la nave un féretro que alumbraban y custodiaban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente día sin noche de la eternidad.

»—Infeliz! pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar depositado, y pidió á Dios la suya que presta

Su Divina Majestad á todos los desamparados! Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lo hicieran estas luces de la iglesia, que del mismo modo honran y alumbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

»Acercóse al féretro y retrocedió aterrado. En él yacía el cadáver de la flor que su vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos, el dolor y la vergüenza.

»Huyó despavorido, pero encontró las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez más asombrado, trató de esconderse, pero dónde, que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo, en el centro del foco de luz que esparcían los blandones?

»Sus ojos fijos y espantados, no podían desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atracción.

»Entonces vió que la muerte levantó su escuálida cabeza, y como si le faltasen las fuerzas, la volvió á dejar caer.

»El infeliz, extraviado por el espanto, huyó á otro lado, pero ninguno estaba tan desviado que no llegase á él la luz de los cirios, ni tan apartado que no alcanzaran sus miradas al centro.

»Vió entonces que la muerta se incorporó y

se sentó en su ataúd; pero tambien esta vez parecieron faltarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente, por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro dirigióse con paso lento hacia él, que postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos extraviados, empezó á decirle:

»—Perdona, perdóname piadosa! Sabe que he reconocido mi enorme delito, que me pesa, me pesa, me pesa!... y que peregrinando venía con el cargo y la firme intención de restituirte la buena fama que en mal hora te quité.

»La muerta, con un gesto, le mandó que la siguiese. Encaminóse seguida por él á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desatentado, apresuróse él á cumplir con lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía, le dijo la muerta con voz grave y severa:

»—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

»Asombrado se quedó el penitente de tan extraño mandato.

»—No ves, exclamó, que no existe ya el agua... que el suelo la ha absorbido, y que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

»Á lo que la muerta repuso en tono solemne:

»—La buena fama en el hombre es como el

agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podrá el que la derramó recogerla y restituirla.

»Á la mañana siguiente halló el sacristán, cuando entró en la iglesia, á un hombre accidentado junto á la pila del agua bendita. Vuelto en sí de su accidente, no pudo hablar ni dar noticias acerca de su presencia en aquel lugar, porque su lengua se había secado. Entró de lego en un convento, en que hizo una vida ejemplar y penitente, y donde murió en opinión de santo.

»Si Lamartine, Worthswood ó Bürger hubiesen estado, cual yo, escuchando al pordiosero, hubiesen escrito sobre lo referido una de esas románticas baladas, que conoce y admira el mundo entero; en cuanto á mí, Felicianita mía, no he podido hacer más que referírtelo tal cual se lo oí al pordiosero, consolándome la idea de que si la forma nada ha ganado al pasar por mi pobre pluma, su hermosísimo espíritu espero que nada habrá perdido».

XXX

La Vida de Mister John Bell no se publicó á raíz de ser escrita y aún permanece inédita. De una carta de Fernán á D. Fermín de la Puente y Apecechea parece desprenderse que no la satisfacieron las viñetas hechas en Madrid para ilustrarla: queríalas Fernán á toda costa como las de la *Vida de D. Perlimplín*, y no se encontró entonces artista capaz de ejecutarlas. La admiración de Fernán por este género de *literatura* rayaba en lo inverosimil; participaba yo de su entusiasmo, con la diferencia natural que había entre mis quince años y sus setenta y tantos, y aun *me sonrío con ganas de llorar* —que es como la vejez evoca siempre los risueños goces de la infancia—cuando recuerdo el cuadro que formábamos ambos cierta tarde de Abril, en el amplio salón de su casa del Al-

cázar, cuya rasgada ventana, abierta de par en par, nos dejaba percibir el perfume de las acacias y naranjos de la plaza del Triunfo. Hundida Fernán en su poltrona de reps verde, hacía calceta para los pobres, según su inveterada costumbre, y sentado yo delante en un taburete, leíale y comentábamos ambos, la Vida de D. Crispín y la de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. Con el mismo tono solemne con que hubiera leído la Introducción de la Iliada, leía yo aquella otra introducción.

Aventuras, vida y fin
Del enano D. Crispín.

Admirábamos luego los estudios astronómicos del héroe, y pasmábamonos de la exactitud científica y verdad profunda con que decía:

Y mirando á las estrellas
Se acuerda mucho de ellas.

Venían después las atrevidas navegaciones.

En un zapato metido,
Todo el río ha recorrido.

Y temiendo ya la catástrofe, nos horrorizábamos, sin sorprendernos de que

En el agua se cayó
Y un pez grande lo tragó

Regocijábanos la consumada prudencia con que

Púsose á secar al sol
Arrimadito á una col.

Y nos parecía muy conforme á la lógica asnal y aun á la humana, que

Un borrico que lo vió
Al punto se lo comió.

Extremecidos de horror le acompañábamos en aquel cautiverio semejante al de Jonás.

Dentro del tripaje inmundo
Estuvo sin ver el mundo.

Y con el más puro gozo respirábamos desahogados, al saber que

Merlín, sabio encantador,
Le sacó de tanto horror.

No nos causaba menos emociones ni sobresaltos, la vida de aquellas tres generaciones de heroes, Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, modelos de cultura y de diplomacia. La urbanidad exquisita del último nos trasportaba desde luego al Versalles de Luis XIV.

A los Reyes, muy cortés,
Les saluda á cuatro pies.

Y erizábasenos el pelo al escuchar la sentencia de muerte de Bertoldo.

Manda el Rey que sea ahorcado
Del árbol más de su agrado.

Mas volvíanos el alma al cuerpo aquella feliz advertencia.

Pero Bertoldo es tan tuno
Que no le agrada ninguno.

Hasta que obligado á escoger por los fieros esbirros, enternecíanos profundamente la sabia cautela con que elegía al fin para ser ahorcado, un perfumado tomillo que apenas levantaba un palmo del suelo...

Recuerdo muy bien que embebidos en nuestra sabrosa lectura y en sus regocijados comentarios, no notamos que se ponía el sol y declinaba la tarde, hasta que vinieron á resonar en nuestros oídos unas campanadas sonoras, vibrantes, claras como un llamamiento de Dios que llega al corazón y arranca lágrimas... Eran las campanas de la Giralda que tocaban al *Angelus*. Dejó Cecilia prontamente la calceta: púsose de pie y rezó en alta voz las tres *Ave-Marías* del *Angelus*, concluyendo con esta bellísima jaculatoria que jamás he olvidado y siempre repito:

El Angel las lleve
Y la Virgen las reciba!...

Este era Fernán; el Fernán legítimo, el Fernán íntimo, el Fernán al natural, sencillo como un niño, capaz de extasiarse ante las aleluyas de D. Crispín y de reirse muy de veras con un chico de quince años, y ponerse á su nivel, contando ya ella muy cerca de ochenta. Sabido esto, nadie podrá ya extrañarse ni de que Fernán escribiese entonces la vida de Mister John Bell, ni de que yo publique ahora en estas páginas de *Recuerdos* suyos, esta obrilla inédita de mi anciana amiga que, por una feliz casualidad, poseo al presente, escrita toda de su puño y letra. Dice así en su portada:

«Historia de un escritor
de
Impresiones de viaje.
Escrita para mi querido niño Fermín Puente y Puente
á petición suya:
Por
Fernán Caballero.
(Advertencia). Mister Bell es muy alto y flaco; el poeta clásico muy bajo y gordo.

Mister John Bell en España.

I

El joven John Bell, hijo de un rico cervecero de Londres, ha crecido demasiado y se halla

enfermo, lo que unido á un profundo spleen ó triste fastidio, le dan malísimo semblante.

2

Los médicos aconsejan á su padre que lo envíe á Andalucía á mudar de aires y de objetos. El cervecero desata, suspirando, los cordones de su bolsa.

3

Mister John Bell se embarca llevando debajo de los brazos media docena de diccionarios y gramáticas castellanas.

4

Al llegar á Cádiz desembarca Mister John Bell encantado con el brillo del sol de Andalucía, pero la gritería de las gentes del muelle, que compara con el silencio de las orillas del Támesis, le extraña y sobrecoge tanto que se persuade que su presencia causa una asonada.

5

Mister John Bell pide en su posada vino de Jerez, y ve con asombro que á dos leguas de su patria es más difícil hallarlo que el vino del Rhin.

6

Mister John Bell es convidado á un baile en casa de un Cónsul, y al ver bailar la Dancita se extasía creyendo ver bailar el bolero y el fandango.

7

Mister John Bell encuentra á un ciego que va vendiendo la papeleta de los toros del Puerto: al oirlo se pone fuera de sí, lo abraza y le da una guinea por la papeleta.

8

Mister John Bell se embarca para ver los toros, y al desembarcar en el Puerto es asaltado por media docena de caleseros que le ofrecen sus vehículos. Mister John Bell creyendo que son los famosos bandoleros que desde tiempo inmemorial invaden á la España, echa mano á una pistola para defender su amenazada vida.

9

Al fin se impone y les contesta que no va á Jerez ni á Sanlúcar, pues se queda en el Puerto á ver los toros. El calesero le dice que la plaza se halla á media legua de distancia, y le pide media onza por llevarlo. Mister John Bell se conforma y entra en la calesa.

10

El calesero, que está chispón, echa á correr y vuelca á la calesa en la primera esquina.

11

Mister John Bell se levanta del suelo medio derrengado y con un ojo medio saltado.

12

El calesero le pide lo ajustado y Mister John Bell le contesta airado que no ha ajustado ningún vuelco, y que si le dice una palabra más le irá á acusar al *Justicia Mayor*.

13

Mister John Bell toma un billete de entrada y es colocado en el asiento más soleado de la plaza, donde se pone á suspirar por los nublados del Támesis.

14

Mister John Bell entusiasmado con el espectáculo, pero no pudiendo sufrir el resplandor del sol, se pone unas gafas verdes; entonces se levanta un sonsonete que va subiendo progresivamente de tono: *el de las gafas, que se las quite*.

15

Mister John Bell que no entiende de chanzas, ni quiere ceder, no tiene más remedio que levantar el campo, lo que hace con tanto denuedo y bríos, que al tropezar con un aguador caen los dos y el cántaro sobre una vieja.

16

La vieja se pone á gritar y Mister John Bell le da una guinea para que se calle. El remedio surte efecto.

17

Al salir, va Mister John Bell en casa del afamado sastre que le hizo su vestido de majo al Príncipe ruso Demidoff y le encarga uno para él que desluzca á Montes y á Redondo.

18

A la salida de la casa del sastre siéntese poseído del garbo, de la sandunga y del *aquel* de majo. Compra, y se encasqueta un sombrero calañés, se quiebra de cintura, soslaya la vista y menudea el paso al ver á una mujer bien parecida que con los brazos cruzados y apoyada en el quicio de una puerta parece aguardar á alguien, se acerca, y poniéndose una mano en

la cintura, le dice: Saláa, sirvo de algo? á lo que ella le contesta sin mirarlo: de estorbo.

19

Al oir esta respuesta Mister John Bell recoge todos sus aires y maneras garbosas y sus gracejos andaluces como el caracol sus cuernos, y se aleja más tieso, más serio y con más esplín que nunca.

20

Al tercer día, cuando el sastre le lleva el lujoso vestido de majo, que reluce como el sol, renacen sus inclinaciones meridionales; se lo viste, y puesto ante un espejo se embelesa al mirarse, cual otro Narciso.

21

Pero al ver la cuenta, que es de diez mil reales, se mitiga algo su entusiasmo, y escribe á su padre que vestirse de majo es en España una cosa indispensable y una necesidad, como lo es allá un gabán impermeable.

22

Mister John Bell que ha oído decir que quien no ha visto á Sevilla no ha visto maravilla, determina trasladarse á esta capital, y al efecto carga con sus gramáticas y sus diccionarios.

23

Al llegar á Sanlúcar, en lugar de ir á una posada se va á un mesón, y pregunta al mesonero qué hay allí de comer.

24

El posadero contesta que sopa de gato; Mister John Bell abre tantos ojos.

25

Añade que tiene olla podrida, y Mister John Bell arruga el entrecejo.

26

Y por último, que hay ropa vieja; Mister John Bell levanta el palo y quiere pegar al posadero diciendo que cómo se entiende ofrecerle á él olla podrida, la sopa de sus gatos y su ropa vieja?

27

El posadero creyendo que es un loco echa á huir y Mister John Bell sale airado y furioso del mesón.

28

Mister John Bell se encamina á la orilla del Guadalquivir y pregunta á unos marineros si es aquel el Betis.

29

Los marineros que no han oído nombrar más Betis sino el primitivo barco de vapor que surcó el río, le contestan que no; que el Betis ya no está en uso por viejo y que lo han arrumbado; que aquel que está á la vista es el Rápido.

30

Mister John Bell abre tantos ojos y extraña grandemente que un río esté en desuso, y saca el mapa para buscar en él al río Rápido, de que no tiene noticias.

31

Mister John Bell se embarca en el vapor, en el que se encuentra con un poeta clásico, entusiasta del latín, con el que entra en conversación.

32

El poeta, que llama á Mister John Bell, don Juan Llambeli, le pregunta, si según la costumbre de su país ha vendido su padre alguna vez á su madre?

33

Mister John Bell se ofende de esta pregunta y desafía al poeta clásico.

34

El poeta clásico le contesta que está ducho en las reglas de Apolo, pero que nada entiende de las de Marte.

35

Mister John Bell se da por satisfecho y pregunta al poeta que cuál es la tierra que ven?

36

El poeta le responde que es la Isla Mayor, á lo que le riposta el preguntante, que miente, que la Isla Mayor es Albión, y en seguida le pregunta qué quiere decir fulanita, menganita y zutanita? El poeta clásico le contesta que son las tres Gracias.

37

Mister John Bell convida al poeta clásico á comer, y recordando el dicho español «á buen bocado buen grito», queriendo españolizarse, al gustar una lonja de jamón de Montanches, da un grito atronador que espanta á su convidado.

38

Mister John Bell y poeta, cada vez más amigos, unen sus manos y sus corazones y se juran ser otros Orestes y Pilades.

39

Al llegar á Sevilla propone el poeta á Mister John Bell llevarlo á ver á Cristina. Mister John Bell creyendo que lo va á llevar á ver una buena moza andaluza, admite gustoso y se halla muy chasqueado cuando llegan, de no hallar más que árboles y bancos de piedra.

40

El poeta, por complacer á su amigo, lo lleva á un baile de gitanos, y Mister John Bell queda tan encantado que quiere aprender á bailar el olé y las seguidillas, y suplica al poeta que aprenda también y haga de mujer.

41

El Cónsul inglés viene á ver á Mister John Bell y lo saluda en su idioma; pero Mister John Bell le contesta con desdén y con un cigarrito de papel en la boca, que ha olvidado el inglés y que le hable en la lengua que se habla en la tierra de María Santísima.

42

Mister John Bell quiere aprender á tocar la guitarra y cantar á lo andaluz, y sobresale mucho en el Sa! Puñalá!

43

El Cónsul inglés escribe al cervecero que su hijo se españoliza demasiado y que gasta mucho dinero, y le envía las cuentas.

44

El cervecero indignado escribe á su hijo que regrese inmediatamente á sus lares cerveceros; pero éste no obedece, por lo cual su padre determina sitiarlo por hambre.

45

Al saber esta noticia Mister John Bell, puesta la mano sobre el corazón, asegura á su querida Mariquita Estropajo, que con ella pan y cebolla.

46

Mister John Bell, que ha reemplazado el sustancioso rostbeef por el frugal gazpacho, enflaquece de un modo alarmante.

47

El Cónsul, envuelve al enflaquecido amante en un makintosch y lo empuja en el vapor.

48

Mister John Bell regresa á sus lares tan pobre, pero menos arrepentido que el hijo pródigo, así es que su padre á su llegada no mata un ternero, sino pone un candado más á su caja.

49

No teniendo otra cosa que hacer, Mister John Bell escribe sus impresiones de viaje por la península Ibérica; dice que la gente fashionable de Sevilla vive en Triana: habla de las posadas, de los bandidos, y afirma que el Betis no existe ya, de lo que tienen la culpa los frailes, y que en España no se toleran gafas verdes por fanatismo.

50

Esta obra alcanza un éxito asombroso y constituye el encanto de los Clubs y gabinetes de lectura.

51

El *Times* le dedica un extenso artículo laudatorio.

52

Mister John Bell gana con su obra 100.000 duros.

53

En las tiendas de estampas de Londres se venden á miles el retrato de Mister John Bell vestido de majo.

54

Aquí dió fin el papel
Y la historia de Mister John Bell.

XXXI

QUEDÁBALE aún á Cecilia una breve dicha que disfrutar, seguida de la pena más atroz que tenía que sufrir en la vida; después de esto ya no hubo para ella penas ni alegrías, sino esa melancólica indiferencia que se apodera del alma cuando fortalecida y confortada por la resignación cristiana, deja de combatir al dolor como á enemigo y le respeta y abraza como á compañero.

Un día, á principios de 1858, recibió Cecilia una carta de Arróm anunciándole su venida á Europa para dentro de dos ó tres meses. Sus negocios habían prosperado de modo extraordinario en los cuatro años que llevaba en Australia, y después de algunos meses de descanso que pensaba pasar en Sevilla, al lado de su es-

posa, volvería otra vez á Sidney para regresar á poco definitivamente.

Fuera de sí de alegría Cecilia, con estas noticias, levantó al punto su casita de Sanlúcar para trasladarse á la hermosa vivienda que la cariñosa generosidad de la Reina D.ª Isabel II le había cedido en su Real Alcázar de Sevilla. Entrando en éste por la puerta de Banderas, hay á mano izquierda y debajo del arco mismo de entrada, un retablo de la Virgen, ante el que es creencia tradicional que ofreció Colón á María Inmaculada el primer oro que trajese de América, que se guarda todavía, convertido en una Cruz, en la Catedral de Sevilla (1).

Pues debajo de este mismo arco de entrada y frente por frente del histórico retablo, arranca un sombrío callejón largo y estrecho en cuyo fondo hay una gran puerta. Abierta ésta veíase en 1858, un hermoso patio brillante y resplandeciente de limpio, como pudiera estarlo el de una casa holandesa y adornado con aquellos mismos pájaros y aquellas mismas macetas que adornaban la casita de Sanlúcar de Barrameda.

(1) La primitiva imagen ante la cual hizo Colón su ofrenda, era una pintura al fresco de Antonio del Rincón, mandada poner allí por los Reyes Católicos. Deteriorada ésta por la acción del tiempo fué sustituída muy posteriormente por el retablo que hoy existe.

Aquella era entonces y fué por muchos años, la histórica mansión de Fernán Caballero.

Llegó Arróm al cabo, y pudo disfrutar Cecilia de la dicha fugaz de tener á su marido algunos meses á su lado. Amargábasela sin embargo, el encontrarle envejecido antes de tiempo y tan nervioso y sensible á todo afecto, que le ponía fuera de sí cualquiera impresión de alegría ó de tristeza.

Todo parecía sonreirle por otra parte, y sus planes y esperanzas no podían ser más halagüeños: sus negocios prosperaban de tal manera que tenía casi rehecha la fortuna perdida de Cecilia y dejaba tan grato recuerdo de sí en Australia, que los españoles residentes en Sidney, le habían regalado al marchar un magnífico anillo de oro con las armas de España y Australia esculpidas en una piedra preciosa, y este letrero por dentro.—*Los españoles á su Cónsul en señal de cariño y gratitud.*

Por eso era su plan ir de nuevo á Australia para realizar cuanto allí tenía: pasar antes por Londres con objeto de ultimar allí algunos negocios pendientes, y volverse en breve á Sevilla para no separarse más de su amada esposa Cecilia.

Marchó, pues, Arróm para Inglaterra con estas dulces y fundadas esperanzas, en Febrero

de 1859, y á poco escribía desde Londres á Cecilia contento y satisfecho por haberse arreglado allí satisfactoriamente sus negocios, y anunciándole para dentro de breves días su embarque para Australia.

Cruzóse esta carta en el camino con otras dos de Sidney que habían llegado á Sevilla después de su marcha y le remitió Cecilia á Londres, sin abrirlas ni sospechar la cuitada que aquellas cartas llevaban dentro de sí la ruina, la desesperación, la muerte!...

El 13 de Abril, al volver Arróm al *Tavistock Hôtel* donde se hospedaba en Convent-garden, encontró ambas cartas sobre la mesa de su cuarto: venía alegre y satisfecho de casa del Duque de Marlborough, muy unido á él por vínculos de amistad y agradecimiento.

Al ver en las cartas los sellos de Australia, abriólas Arróm ávidamente... Infeliz!... Anunciábánle en ellas sin ambages, ni rodeos, ni paliativos, que su compañero de Sidney se había fugado en un barco con toda su fortuna, dejándole no sólo arruinado, sino también lleno de compromisos...

La debilitada cabeza de Arróm no pudo resistir el golpe, y desde aquel momento dió muestras de enagenación mental: mudóse al punto, cual si le persiguieran al *Bear-Hôtel* en

Woodstock, que debía ser un lugar modesto y escondido: viósele en la mañana del 13 vagar por el *Blenheim-Park*, que era entonces residencia del Duque de Marlborough; por la noche escribió á Cecilia.

«Mi buena y querida Cecilia: Cuando recibas esta mi última carta ya habrás recibido el cruel golpe que mi atroz destino, mi flaqueza, mi razón extraviada y esa atracción irresistible del abismo, me fuerzan á darte.

»La consideración de que si permanezco en este mundo, solo es para causarte pesadumbre, y que más vale una grande que acabe con ellas de una vez, es lo que me decide.

»Hija mía, ¡qué veintidós años de miserias y penas te ha costado el casarte conmigo! Y por remate para que el resto de tus días lo pasases cuidando de un loco, pues siento á la locura apoderarse de mi pobre cerebro con su mano de hierro. ¡Qué corona de martirio vas á llevar en el cielo, santa y querida criatura!»

El 14 añadió en la misma carta muy de mañana:

«¡Otra cruel noche sin pegar los ojos! Mi cabeza que se me parte de dolor, mi juicio que se me va; es preciso acabar.

»En mis momentos lúcidos veo el gran pecado que voy á cometer poniendo fin á mis

días, pero creo que Dios me perdonará. Si no, por qué no me da fuerzas y juicio? Por qué esta sed de muerte? esta enagenación mental que me arrastra al precipicio?

»Dios misericordioso, tened piedad de mí! Amén; Señor de los afligidos!»

Y aquel mismo día 14 fuese de nuevo al Blenheim-Park, como si le atrajesen siniestramente aquellos floridos jardines, y sentado al pie de un árbol, levantóse la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Sobre el cadáver se encontraron tres cartas: una dirigida á la dueña del Hôtel Bear, otra recibida por él en el Tavistock Hôtel, donde se había hospedado antes, y la tercera escrita por él mismo al Duque de Marlborough.

Pedíale en ella perdón por haber escogido su parque para darse la muerte y suplicábale hiciera enterrar su cadáver en el mismo sitio en que había espirado y mandar poner encima una cruz, según la costumbre española (1).

(1) He aquí cómo daba cuenta del suceso un periódico de Londres:

«Suicide.—On Thursday a gentleman, said to be the Spanish Consul for Australia, shot himself in Blenheim Park.

»It appears that on his person were found three letters, one addresed by him to the landlady of the Bear Hotel, Woodstock, where he has been staying since Tuesday last, and another addressed to the Duke of Marlborough. The

La robusta complexión de Cecilia permitióle resistir al rudo choque de aquella desgracia tan inesperada como horrenda: pero su parte moral quedó por completo destrozada. Largos días permaneció sumida en una especie de estupor doloroso, y cuando al cabo de un mes pudo discurrir y darse cuenta de que no era aquello una horrible pesadilla, escribió á su grande amigo Mr. de Latour, dándole cuenta del trágico suceso y enviándole copia de la última carta de Arróm, que arriba transcribo.

A continuación añadía: «Esta carta recibo, la leo y no muero de dolor, porque el dolor es una *agonía sin muerte!* El luto de Fernán Caballero está salpicado con la sangre de un infeliz suicida!

»Y tengo que disimular ante el mundo por-

---

toird is evidently addressed to him. The address on this letter is «Don Antonio Arom de Ayala, Spanish Consul for Australia. Tavistock Hotel, Convent-garden». In his letter to the Duke of Malborough he begs that his grace will pardon him for selecting his park for a place in which to end his life, and observes that he has a feeling which may be a childish one, tha objects that he should die in cultivated fields, where cottages are, and railroads cross, and singns of life exist, therefore he has slected Blenheim Park for this purpose, and prays that the Duke will cause him to be buried at the spot where he has died and cause a cross to be put up to note the place, according to the Spanish custom».

que ignore que sepa yo tan lúgubre y cruel final del hombre, cuya elevada alma, cuyo sano é inocente corazón se hallaban como doradas aves de altas esferas, en las bajas y criminales mazmorras de los negocios de los hombres.

»Mi dolor, mi vergüenza y mi completa ruina, hija de la suya, no me dejan más refugio que un tranquilo convento. No es esto, como creen mi familia y amigos, un rapto de exaltación de lo caído de mi ánimo, de mi alejamiento del mundo. No seré monja: seré una señora recogida en un convento, como Mme. de Recamier y otras muchas».

Esta fué desde entonces la idea fija de Cecilia: que ella estaba deshonrada; que debía ocultarse á los ojos del mundo y no le quedaba por lo tanto más recurso que un convento.

Opusiéronse á esta resolución su familia y sus amigos, haciendo cabeza en la primera, su hermana Aurora que era la señora de Osborne, y entre los segundos la Infanta Duquesa de Montpensier.

Otros amigos, por el contrario, ofreciéronse á facilitarla su deseo, siendo el que lo tomó con más empeño, el Rey D. Francisco de Asís, que la escribió poniendo á su disposición los conventos de las Salesas y las Calatravas en Madrid y el de San Pascual en Aranjuez,

donde era Priora á la sazón la famosa Sor Patrocinio.

A este propósito escribía Cecilia á Mr. de Latour: «Esto último nunca lo hubiera admitido, aunque Sor Patrocinio me inspira gran respeto á pesar de lo que se la calumnia, y que ella desea que yo vaya allá: pero con razón ó sin ella se mezcla su nombre en la política, y no es mi genio ni son mis ideas para asociarme á este asunto, ni perder mi propia é independiente atmósfera».

Habíase ella fijado desde luego en el convento de las Dueñas de Sevilla, y para retirarse allí pidió la autorización necesaria directamente á Roma, por medio del Nuncio en Madrid Monseñor Barili.

No tardó en concedérsele el ansiado permiso, y Cecilia envióla sin pérdida de tiempo al cardenal Tarancón, Arzobispo entonces de Sevilla, para que como Prelado de la diócesis lo refrendase y mandase instruir el oportuno expediente de información.

Hízolo así el Cardenal; mas antes, como cariñoso amigo suyo y entusiasta de sus talentos, fuese á verla y de tal manera consoló su corazón y fortaleció su espíritu abatido, haciéndole ver la gloria que podía dar á Dios con su talento y su prestigio en medio del mundo, mas

bien que encerrada entre las cuatro paredes de un claustro, á que no la llamaba una santa vocación, sino el desfallecimiento egoísta del dolor, que Cecilia cedió al cabo, no al convencimiento de que su humildad huía, sino á la autoridad y al sagrado carácter de quien le hablaba y á la sumisión que como súbdita suya debía profesarle.

Porque la firmeza de Cecilia no era la de aquellas personas tenazmente voluntariosas, que jamás ceden un ápice en nada, ni por consideraciones, ni por cariño, y que sin porfiar jamás no cejan nunca: personas que toman la testarudez por carácter y la falta de corazón por fuerza moral; personas que se creen de acero y son de palo.

Una vez resignada Cecilia á quedarse en el mundo, presentósele un natural y lógico problema, difícil de resolver.

De qué iba á vivir en adelante la ilustre anciana?...

Arruinada en absoluto por la catástrofe de Arróm, sólo le quedaba para atender á su subsistencia una mísera viudedad que no podía cubrir sus necesidades por modestas que éstas fueran.

En vano su opulenta familia y sus poderosos amigos, acudieron en su auxilio por cuantos

medios pueden discurrir juntas la delicadeza y la generosidad.

Todos tropezaban en la digna firmeza de Cecilia, que por no tener que rechazar las ofertas, las prevenía disimulando y encubriendo su pobreza y hasta su necesidad.

Es curioso el siguiente trozo de una carta de Cecilia, escrita por aquel entonces á su íntimo amigo D. Fermín de la Puente y Apecechea, refiriéndole las indagaciones del Duque de Montpensier hechas á este propósito.

«No puede usted imaginarse el interés con que el Infante se ocupó de mí en una audiencia que dió á de Gabriel (1). No quedó cosa que no preguntase. Si mi familia de aquí me quería, y contestándole que sí, dijo:—Me alegro: hacen bien, hacen bien.—Qué era lo que habían hecho los sobrinos por mí y lo que me producía mi edición, y últimamente que cómo estaba yo de intereses. Me quedé muerta! Por suerte, de Gabriel le dijo que para mis modestos gustos, creía que estaba bien.

»Daba el Infante cien duros al mes á C. que tenía treinta mil reales de sueldo y un mayorazgo y que tenía la indelicadeza de admitirlos.

---

(1) El Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

No haría otro tanto la hija de mi madre, no! Así es que hubiera sentido les hubiera pasado por la cabeza hacer conmigo cosa parecida y ponerme en el desagradable trance de rehusar. Bendito sea de Gabriel que lo ha evitado!»

No logró, sin embargo, de Gabriel conjurar aquel *desagradable trance* que tanto temía Cecilia; porque mejor informado el Duque de Montpensier de las tristes circunstancias en que quedaba su amiga y enterada también de ellas la Reina D.ª Isabel II, acudieron ambos en su auxilio ofreciéndole sendas pensiones, por medio de Mr. de Latour el Infante, y por mediación, la Reina, del que luego fué Cardenal La Puente y ayo del Rey Alfonso XII: pensiones y favores que fueron rehusados con tanta gratitud como nobleza por aquella mujer insigne, que habiendo sabido en los tiempos de su opulencia ser espléndida, sin orgullos, supo también en los de su pobreza ser humilde con dignidad.

No en balde había escrito ella misma:

«La dignidad, al contrario del orgullo, no se alza á costa ajena, sino que deja y mantiene cada cosa en su lugar, siendo su actitud aún más noble cuando honra que cuando es honrada.

»La dignidad no la dan el puesto, el saber, la riqueza; ni menos, que nada, la soberbia. Ella

es el sencillo reflejo de un alma elevada que siente su fuerza. Es natural, como el sonrosado de la robustez y no postizo como el rojo de los afeites».

Y entonces fué cuando apremiada por las circunstancias y por consejo de su amigo don Fermín de la Puente, hizo Cecilia una cosa que en su exagerada modestia y en su señoril ignorancia de todo lo que fuese tráfico y negocio, jamás le hubiera pasado por las mientes.

Vendió la propiedad de sus obras al conocido editor de Madrid D. Francisco de Paula Mellado, y con la modesta renta que este capital le produjo, unida á su viudedad, vivió todo el resto de sus días, con el sencillo decoro de una señora y la caritativa munificencia de una reina.

XXXII

DESPUÉS de esta tremenda catástrofe puede decirse que la musa de Fernán enmudeció casi por completo. A veces, por complacer á un amigo ó por remediar á un desgraciado, exhumaba de entre el inmenso arsenal de sus apuntes uno de esos cuentos populares llenos de profundidad y gracia, ó alguno de esos artículos religiosos, expresión fiel de lo acrisolado de su fe y lo sólido de sus principios morales: pero aquellos cuadros y aquellos retratos que, según el Duque de Rivas, recuerdan á Velázquez por su vigor y á Goya por su colorido, no volvieron á aparecer nunca.

La piedad embargó exclusivamente, desde entonces, la vida entera de Cecilia. Pero no era su piedad esa piedad femenil y rutinaria que se encierra en un círculo de fáciles devociones,

laudables siempre, pero que no se elevan nunca á la esfera de la abnegación y el sacrificio. Su piedad, por el contrario, eminentemente práctica, no desdeñaba estas devociones, sino que arrancaba de ellas y servíanle como de suaves alas que la elevasen á otras obras más grandes y más prácticas de amor de Dios y del prójimo. El pobre fué siempre el objeto predilecto de sus piadosos afanes y en remediar sus necesidades morales y materiales empleó hasta el fin de su vida todos sus cortos ahorros, los recursos de su ingenio, la poderosa palanca de su influencia y hasta el trabajo de sus manos.

Encontrábasela de continuo en su gabinete, hundida en su poltrona de *reps* verde, leyendo siempre algún libro colocado en un atrilito giratorio, y trabajando al mismo tiempo con primorosa habilidad en hacer calceta, que luego daba á los pobres. Así recibía á todo el mundo, lo mismo á los desgraciados que acudían á ella en demanda de auxilio, que á los grandes personajes que llegaban á prestarle el homenaje de su admiración y su aprecio.

En cierta ocasión pude yo admirar muy de cerca este maravilloso contraste.

Un día detúvome María, la doncella de Cecilia, en el salón que precedía al gabinete, di-

ciéndome que la señora estaba ocupada y que presto despacharía. Salió, en efecto, Cecilia á muy poco, acompañando á una anciana miserable y llorosa que quiso, al despedirse, besarle la mano con muestras de gratitud ardiente. Era aquella infeliz la madre de un presidiario de la Macarena condenado por homicidio en el penal de Valladolid y trasladado por influencia de Cecilia al de Sevilla, á fin de que su buena y desdichada madre pudiese verle é influir en su corazón, no pervertido del todo.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora, cuando entró de nuevo María en el gabinete, algo extrañada, anunciando que estaba allí el señor Gobernador con un matrimonio anciano, al parecer extranjero, que no había dado su nombre. Encogióse de hombros Cecilia y mandó que pasasen adelante. Era el caballero un viejo alto y muy derecho, con venerable barba blanca: la señora, bajita y de sencilla apariencia, cojeaba imperceptiblemente al andar. Yo no les conocía: mas al verles Cecilia hizo un gesto de gran sorpresa, y sin cortedad ni aturdimiento adelantóse vivamente á su encuentro. Eran los Emperadores del Brasil, don Pedro de Braganza y D.ª María Teresa de Borbón, hermana de nuestra Reina Cristina, viuda de Fernando VII.

En otra ocasión vino á visitarla un inglés de fama, cuyo nombre no recuerdo, porque esto no lo presencié yo, sino que me lo refirió más tarde la misma Cecilia. Admiróse el personaje de encontrar á la célebre escritora haciendo calceta como la más humilde comadre de Triana ó la Macarena, y en un brote de entusiasmo británico pidióle, como recuerdo suyo, la que tenía aún en las agujas. Mas Cecilia, con aquella chuscada andaluza que siempre tuvo y conservó hasta en sus últimos años, contestóle que aquellas medias eran demasiado bastas y que no era justo privar de su abrigo al pobre á quien se destinaban; pero que ella le haría otras más finas y se las daría con mucho gusto para que las conservase como recuerdo de su ingenio. Hízole, en efecto, con finísimo hilo unos diminutos calcetines, que el inglés se llevó á su país encantado de la amabilidad de Fernán Caballero.

Hace cerca de treinta años que entresaqué de estos mismos apuntes el relato detallado de una obra de caridad hecha por Cecilia, y porque el verdadero lugar de la narración era éste, y porque ella da exacta idea del caritativo fervor, la delicadeza y la actividad que empleaba en sus buenas obras la piadosa anciana, plácome reproducirla aquí, añadiendo tan solo que

no fué este un caso extraordinario en la vida de Cecilia, sino que era, por el contrario, el modo habitual y constante que de ejercer la caridad tenía.

Llamábase el artículo *El viernes de Dolores*, y decía de esta manera:

Consolatrix afflictorum,
Ora pro nobis.

I

La Cuaresma tocaba á su fin, al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes, por una España fantástica, que solo existe en la necedad ó en la malicia de alguno de estos *touristes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban en honor de sus respectivas imágenes, esos septenarios y novenas cuyo esplendor

y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia á la vieja sultana á quien puso el santo Rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día 1.º de Abril había comenzado el quinario del Santo Cristo de la Espiración, y debía terminar el viernes mismo de Dolores. La capillita, situada en la plaza del Museo, abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles que acudían á postrarse ante la famosa imagen, que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos, quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est*, que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pie de la cruz estaba la imagen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo á estos hijos predilectos suyos aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena, tan sin consuelo que á todo dolor sobrepuja, tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio como si la doblegase el peso de un pensamiento, sus brazos caían á lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas que parecían pedir algo, con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada; con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, sus ojos permanecían secos, como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María y cruzó las manos sobre el pecho: *¡Ora pro nobis!* repetía con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban

salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar, exclamando en voz tan alta que todos la oyeron: *Ora pro nobis!... Ora pro nobis!...*

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió, sin embargo. Solo una señora anciana que se había sentado tras él se levantó, como obedeciendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su banquito de tijera. Al terminar el quinario ya había anochecido. La señora se dirigió á la puerta y á poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él, como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza, propio de las almas elevadas, que, al compadecer y consolar el dolor, empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y, aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas,

que el capricho de nuestras damas va substituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos ricitos que, con el nombre de *rizos*, introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido, negro y sumamente modesto; solo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso: *No me ha dejado*, que en premio de su lealtad añadió D. Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla (1). Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante á los que veinte años atrás usaban las elegantes con el bien aplicado nombre de *ridículos*.

El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil viéndole ir,

(1) El Rey D. Alonso el Sabio, en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de don Sancho el Bravo, añadió á las armas de esta insigne ciudad la empresa de una madeja anudada con el lema NODO, en esta forma: NO 8 DO. Esto es, *no madejado*, ó sea, *no me ha dejado*.

como si luchase entre la caridad, que la impulsaba á interrogarle, y la discreción, que la detenía temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella inmensa pena desconocida.

A la tarde siguiente ambos ancianos se encontraron también en el quinario del Santo Cristo; mudo él é inmóvil como la víspera, pero aún más abatido; su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele á veces aquellas palabras entrecortadas, que, cual las rachas de una borrasca, llegaban á oídos de la anciana, sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran, sin duda, aquellos brotes de dolor, alguna angustiosa súplica, una y otra vez repetida; súplica que ella sin conocerla hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración, y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. Á poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto se le acercó entonces:

—¿Vamos á casa de D. Tomás, abuelito?—preguntó al anciano.

—No, hija mía—respondió éste con profundo abatimiento. Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa.

Y, apoyándose en el hombro de la niña, se dirigió como la víspera hacia la calle de las Armas. La señora les siguió de lejos.

Era la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros, y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo. Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes esos innumerables grupos de gente ociosa que, mirando desvanecerse el humo de un cigarro, ó entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que llaman los ingleses *dinero perdido,* y que es á los ojos del cristiano que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales: cruzábanse por todas partes hombres y mujeres; unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos—quizá ninguno!—en busca del Dios, que se llama á sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo, que caminaba solitario en medio de la

multitud, guiando el anciano á la niña, como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano, como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que les seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. Sólo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y, atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa, situada al final de la calle Z**, y, entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella: era el 69. Luego volvió á desandar lo andado, y, caminando penosamente, llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del Alcázar, joya morisca, sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los reyes de Castilla.

El reloj de la Catedral daba entonces las

once, y en todo aquel trayecto había recorrido más de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón cerca de ochenta años!

II

La antecámara del Sr. Gobernador se hallaba poblada de un sinnúmero de esos pretendientes de amhos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plumas satíricas, que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de carnaval sobre el rostro de un cadáver. La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales, por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... Ah! levantad esas caretas de carnaval ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira, que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequín; entonces se helará la risa en vuestros labios, y aprenderéis á ser observa-

dores más profundos, críticos menos burlones, y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de cerrarse de allí á dos días, hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado este tiempo. El Capitán General había llegado dos horas antes á conferenciar con el Gobernador, y aumentando con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban. Un portero muy gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las bocamangas, les disponía en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería, que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los castillos de fuego, y leyendo un periódico, cuya lectura sólo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba, ó hacer una observación agresiva á cualquiera que, cansado de esperar, le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del Capitán General, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á cono-

cer á nuestros lectores en el quinario del Santo Cristo.

—¿El Sr. Gobernador?—preguntó al portero.

—Ocupado,—contestó éste, sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele V. esta tarjeta,—dijo la señora, sacando una de su inseparable bolsito.

—Ocupado con el Excelentísimooo señorrr Capitánnn generalll!—tornó á decir el portero, recalcando las palabras.

—No importa,—persistió la anciana.—Pásele V. esta tarjeta.

—¿Que no importa?—gritó el portero, girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia. Y mirando de arriba abajo á la modesta mortal, que tal pretensión abrigaba, continuó colérico:—¿Se ha pensado V. que va á salir el Sr. Gobernador á llevarla en brazos á su despacho?... Que no importa... Pues me gusta la salida!... Siéntese en aquel rincón, y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase V. esta tarjeta,—repitió, sin embargo, con imperio.

—¿Pero está V. sorda ó hablo en griego?

—Pase V. esta tarjeta al instante ó...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz que sólo el portero pudo oir lo que dijo. Una mujer aseguraba luego que le había amenazado con la cárcel; otra, que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo, y, tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del Gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto, al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara, seguido del Capitán general.

—Pero, señora,—exclamó dirigiéndose á la anciana; ¿por qué no me ha avisado V. y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes?...

La señora tendió sonriendo una mano al Gobernador y otra al Capitán general, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos: unos decían que era un duende, otros aseguraban que era la *vieja del candilejo;* los más dijeron que era la Reina Cristina, que había venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué la más aceptada, por la esperanza que abriga-

ron todos los pechos de que la ofendida Reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero en mitad de la plaza de San Francisco.

—Había de parecer un melón de cuelga,—dijo una vieja rencorosa. Otra, en alto grado previsora, añadió:

—Pues como no le ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la soga.

Mientras tanto, el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las caballerizas, gritando:

—El coche del Sr. Gobernador!

Y sin duda los negocios de la Reina Cristina debían ser de fácil expedición porque, diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

—Mañana, á primera hora,—le decía el Gobernador,—tendrá V. cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré á llevárselas.

—Gracias,—contestó la señora con sumo interés.—Le espero á V. sin falta.

Advirtióle entonces el Gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

—Al menos,—dijo el Capitán general,—permita V. que yo la acompañe.

—Eso es para mí tanta honra, que no la desecho,—replicó la anciana. Y apoyándose en el brazo que el General le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que era el local ocupado entonces por las oficinas del Gobierno.

III

—¿Qué noticias me trae V.?—decía la señora al Gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

—Muchas en cantidad, malas en calidad,—contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilito, que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas, luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

—Veamos, veamos,—dijo con gran interés.

—Desde ayer,—dijo el Gobernador,—ha tenido V. en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es este.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

«El inquilino de la casa núm. 69, de la calle

Z**, se llama D. Esteban Rodríguez, cuenta sesenta y dos años de edad y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota y seis nietos, hijos de otra hija difunta hace tres meses, de los cuales tiene la mayor doce años y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. Don Esteban Rodríguez ha estado empleado veintitres años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del Ministerio. Desde entonces ha venido poco á poco á la miseria: debe al casero 3.625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa, si el día 5 del corriente, á las tres de la tarde no le ha satisfecho la deuda...

—¡Mañana es día 5!—le interrumpió con terror la señora. Mañana, Dios mío!... Mañana, Viernes de Dolores!...

—D. Esteban no tiene con qué pagar—continuó leyendo el Gobernador, y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El don Esteban es persona honrada y de toda confianza.

El Gobernador dejó el papel sobre la mesa y la señora exclamó abatida:

—¡Ahora lo comprendo todo!... Razón tenía para afligirse!...

No bien quedó sola la anciana volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—Imposible—murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... Imposible que, en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande!... Si yo fuera rica... Si yo pudiera hacerlo en su nombre! ..

De nuevo volvió á quedarse pensativa; algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules, y surcaron lentamente sus mejillas.

—¡Á las tres de la tarde, Dios mío!—murmuró, levantando los ojos á un crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. Á las tres de la tarde, hora en que espiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo!... Seis niños, Virgen Santísima, seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano, que es la sombra de un sepulcro!... Pobres niños de mi alma!... Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos! por esa hora en que espiró tu Hijo, por ese quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos tú ó deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupi-

tre y se puso á escribir una carta, cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Sr. Marqués de X**, alcalde primero de Sevilla; al pie del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima.*

Tres horas después recibía un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *En favor de D. Esteban Rodriguez.*

Abrió luego un cajoncito del pupitre cerrado con llave: en el fondo había varias monedas de oro y algunos billetes de banco. La anciana se puso á contarlos.

—Hasta Junio no puedo cobrar más—murmuró entre dientes.—¿Qué importa?... Á mí no han de embargarme...

Y envolviendo los billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre, sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Dolores á su devoto:* y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como

todos los días, la señora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cúando en cuando se sonreía...

IV

El viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

—Vendrá de seguro—pensó la anciana. Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el quinario había comenzado y el desgraciado cesante no venía.

—¿Qué habrá sucedido?—pensaba la anciana. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas que invocan á Dios en los dolores y no le dan gracia en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeron su atención. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres, que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mujer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto. Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pie del

presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado, al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. También ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica; por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente la observaba.

—¿Es esa señora tu mamá?—preguntó á la niña.

—Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

—Está tullida, pero hoy ha hecho la Virgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino, que, para impulsarles á la caridad, señaló Dios á los poderosos, y que tantos, tantos, jamás han gustado en su vida. El placer de hacer felices!

Y, sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana, que hacía limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos ami-

gos una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana, era, en fin, la que, sin saberlo, se había retratado á sí misma, al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo; el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos».

Aquella anciana era la ilustre Marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el pseudónimo de *Fernán Caballero.*

XXXIII

La revolución de Setiembre de 1868 influyó poderosamente en el ánimo abatido de Cecilia. El derrumbamiento de aquel trono secular que ella había venerado tanto; la desgracia de aquella generosa Reina, víctima de la ingratitud y la perfidia, y sobre todo, las ofensas y agravios que á la Iglesia de Dios y á Dios mismo se inferian por todas partes, afligiéronla y aterráronla cual si viese desaparecer á su amada España bajo aquel cenagoso oleaje de traición, de impiedad y de anarquía.

Apresuróse, pues, á abandonar la mansión que en el Real Alcázar le daba D.ª Isabel II, porque podía ella sin menoscabo de su dignidad, aceptar esta merced de manos de la buena Reina que tan grande aprecio le mostró siempre; mas no lo podía igualmente de las de

aquellos *incautadores* que con igual desenvoltura se apoderaban, trabuco en mano, del patrimonio de sus Reyes, que de los templos de Dios y de los bienes de la Iglesia.

Tomó, pues, provisionalmente una modesta casa en la calle de Monsalves, y á ella se trasladó con sus libros, sus pájaros y sus flores. Constaba la casita de tres pisos distintos: en el bajo solía instalarse Cecilia en el verano; ocupaba el principal en el invierno, y reservaba en todo tiempo el segundo para su hermosa biblioteca, que cuidaba de mantenerle siempre en orden perfecto un sacerdote muy joven entonces, que se llamaba D. José Alonso Morgado.

En esta biblioteca presencié un caso gracioso que quiero consignar aquí, porque da idea de la sencilla intimidad de Cecilia con las amigas de su tiempo. Escribía yo á la sazón la novelilla *Juan Miseria,* que se publicó por primera vez en *El Tiempo* de Madrid, propiedad entonces del Conde de Toreno.

Discutíamos mucho Cecilia y yo el final que había de darse á aquel librejo: ella, con el cariñoso interés que por todas mis cosas se tomaba; yo, con la petulancia juvenil, por no decir infantil del todo, de un literatuelo que no había cumplido los veinte años, y, para solucionar la contienda, quedé en ir una mañana á leerle el

manuscrito. Fuí á las diez y no bien nos hubimos instalado en la biblioteca y dado comienzo á la lectura, abrióse repentinamente la puerta y apareció riendo á carcajadas y enarbolando el puño cerrado, una viejecita pequeña y muy ágil: parecían de plata sus cabellos y sujetábanse en las sienes con dos peinecitos de concha; cubría su venerable cabeza un sencillo manto negro, y su falda de lana, negra también y demasiado corta, dejaba asomar unos pies verdaderamente andaluces por lo pequeños, calzados con holgados zapatos de paño y medias blancas como la nieve. Resplandecía, en fin, en toda su persona, un aire de señorío, de aseo y de pulcritud, que no obstante lo modesto de su traje, la hacían simpática en alto grado.

Al verla entrar Cecilia, exclamó sorprendida:

—Lola!... Qué es esto?... Tú por aquí á estas horas?...

Dejóse caer la otra en una silla, sin dejar de reir, y abriendo al cabo el cerrado puño, mostró en la palma de la mano una moneda ínfima de cobre, diciendo lacónicamente:

—Mira!...

Contó entonces que al salir aquella mañana de la vecina iglesia de San Antonio Abad, encontró á un señor viejecito dando limosna á los pobres que había en la puerta, y como ella se

detuvo un momento en el grupo, al salir, la tomó el caballero por una de tantas, y le dió también un cuarto.

—Y tú lo tomaste? exclamó Cecilia riendo.

—Pues no lo había de tomar? replicó entre carcajadas la viejecita. Y como estaba tan cerca de tu casa, no pude resistir á la tentación de entrar á contártelo y á que me aconsejes en qué gasto mis dos ochavos...

—Gástalos en arrebol como la hormiguita del cuento, dijo Cecilia haciendo coro á las carcajadas de la anciana.

El caso resultaba verdaderamente chistoso: porque aquella viejecita que había confundido el caritativo señor con una mendiga y dádole un cuarto de limosna, que ella había tomado, era nada menos que la Marquesa Viuda del Moscoso, Condesa Viuda del Castellar, Dama noble de María Luisa y una de las más ilustres señoras de Andalucía.

Largo rato rieron y comentaron ambas señoras el chistoso suceso, y escuchábalas yo embelesado ante aquellas dos ilustres ancianas, reinas en otro tiempo de la belleza, la elegancia y la opulencia, y que despojadas entonces por los años y las desgracias de estos encantos materiales, conservaban aún el encanto moral de la risa de corazón, exclusiva sólo de los ni-

ños y de las almas puras, sencillas y candorosas.

Llamábase esta noble señora D.ª Dolores de Araoz, y contaba entonces noventa años. Su hijo, el Marqués del Moscoso, sostuvo un reñidísimo pleito con la casa de Medinaceli, que le disputaba el título y los cuantiosos bienes del condado del Castellar. Perdiólo el Marqués al cabo, y al notificar á la Marquesa, su madre, la sentencia del Tribunal Supremo, contestó ella fieramente:—Y qué tengo yo que ver con el Tribunal Supremo?... Se llevarán los bienes, pero ni el Papa mismo puede quitarme el ser yo la viuda del Conde del Castellar.—Y se siguió firmando hasta el fin de su vida la Marquesa Viuda del Moscoso, Condesa Viuda del Castellar.

No duró mucho en el ánimo de Cecilia, el abatimiento producido por la revolución de Setiembre. La misma magnitud del desastre reaccionóla bien pronto, y comprendiendo que ningún buen católico podía cruzarse de brazos ante tamaño desconcierto, y que era obligación de todos oponer un dique á la impía ola revolucionaria, á lo menos con la protesta, alzó su voz como una de tantas, y, con su energía, su prudencia y su avasallador prestigio, logró salvar de la piqueta revolucionaria varios templos

y conventos, y algunos de los muchos recuerdos históricos que los hombres de la revolución, envidiosos ó avergonzados, pretendieron tirar por tierra.

No le merecieron iguales afanes los sucesos puramente políticos: conocía ella demasiado á los hombres para ignorar que en la viciada atmósfera de la política, *Patriotismo, Libertad, Lealtad,* aun *Religión* á veces, son huecas palabras con que se disfrazan en las más de las ocasiones, intereses mezquinos, medros personales, y ambiciones bastardas y aun criminales.

Fuera aparte de la desgracia de la Reina, lo que más lastimó su corazón en este orden de cosas, fué la actitud de su grande amigo el Duque de Montpensier al presentarse como candidato á la corona de España; mas dolíase de esto como suele dolerse una madre prudente de las flaquezas de su hijo querido; en silencio, disculpándolas en lo posible y no hablando jamás de ellas. Solamente cuando ciertos periódicos de Madrid, ligeros ó malévolos y quizá ambas cosas á un tiempo, la acusaron falsamente de favorecer la candidatura del Duque de Montpensier é imprimirle con sus rancios consejos un rumbo reaccionario, alzó Fernán su voz para desmentir ambos asertos en la siguiente carta á *La Epoca,* haciendo constar al mismo

tiempo que no la unían otros vínculos con los augustos Infantes que los del respeto, el cariño y el agradecimiento.

«Señor Director de *La Epoca:*

Muy señor mío: He leído en el periódico que usted dirige, y en un artículo copiado de *La Voz del Siglo,* que con referencia á su alteza el señor Duque de Montpensier dice estas palabras:

«El señor Duque de Montpensier no se ha ocupado jamás de política sino con Fernán Caballero y con M. de Latour, en el hogar doméstico»; y en otro artículo de *La Reforma,* que usted inserta, he visto esta otra afirmación hablando de este esclarecido príncipe:

«Los castillos en el aire que hubiera podido forjarse en cenáculo inspirador de escritores tan populares y amigos de la libertad como Fernán Caballero».

No creí por cierto serlo tanto, que los señores que escriben *La Reforma,* ocupados en tareas de más monta, hubiesen oido mi nombre, ni menos leído mis escritos para deducir de ellos lo que aseveran.

Mejor juez yo mismo de mi valer, jamás en ningún terreno, me he dado importancia, y no admitiré la que con tan extraña malevolencia se me quiere dar, con el fin de achicar la supe-

rior y noble persona del Duque de Montpensier. Como hace tiempo que gradualmente se ha ido perdiendo el respeto á todo, no es de extrañar que se le pierda á la verdad; y así es, que ambos asertos son falsos. Si S. A. R. el señor Duque necesitase consejos é inspiraciones, de personas más sabidas, competentes y autorizadas se valdría. Jamás en el palacio de San Telmo ha habido cenáculos, á no ser que se denominen así las reuniones de señoras que convocó la señora Infanta doña Luisa Fernanda, para instalar las Sociedades de beneficencia domiciliaria y de escuelas dominicales, de las que es presidenta; y los conciertos, en los que eran todos los convidados igualmente atendidos con esa bondadosa dignidad propia de estos príncipes, que les ha valido el respeto y simpatías generales.

En cuanto á mi insignificante persona, ingrato sería si no añadiese enternecido que algo más que respeto y admiración siento, y es (me glorío en manifestarlo), la profunda simpatía que existe *entre la modesta persona que sufre y la encumbrada que consuela,* y no con medios pecuniarios, como con tantas y tantas otras desgracias lo han hecho, sino con ese divino sentimiento de compasión que es el distintivo de los corazones selectos y de las almas cristianas.

Estas son mis relaciones con los ilustres Duques de Montpensier, que una inaudita malevolencia me obliga á publicar para eliminar de estos señores el mal efecto que procuran sus contrarios causar con motivo de sus relaciones con persona tan insignificante como lo es Fernán Caballero.

En cuanto á M. de Latour, el sabio y reputado crítico, literato y poeta, el más leal de los amigos de su ilustre pupilo, el más entusiasta de los amantes de la literatura antigua, el más benévolo de la literatura moderna de España, sus amigos han podido oir de sus labios esta frase, cuando de política se trataba: «No soy hecho para la política; es un manantial de malas pasiones; en ellas se aprende el odio y se desaprende la justicia».

Soy de usted, señor director, con la consideración debida, muy atento s. s. q. l. b. s. m.,

FERNÁN CABALLERO.

12 Enero 1869».

En lo que sí trabajó Fernán con el exquisito tacto de su gran prudencia y el poderoso ascendiente que su talento y sus virtudes le habían granjeado en el ánimo de los Duques de Montpensier, fué en procurar con todo ahinco la reconciliación entre ambas augustas familias, y recuerdo haberle oído contar con lágrimas en

los ojos, de satisfacción y de cariño, la siguiente escena, el mismo día de sucedida.

Hallábase á la sazón gravemente enfermo en el palacio de San Telmo el Infantito D. Fernando, y D.ª María Luisa Fernanda, que tan grandes ejemplos dió de excelente madre, no se separaba un momento de su cabecera. Diariamente iba Fernán en persona á informarse del estado del enfermito, y aquel día hubo de ir más temprano. Salió precipitadamente á su encuentro la misma Infanta, y en una cámara vecina á la del Infantito, abrazóse á ella sollozando.

Asustada Fernán le preguntó:

—Pero está peor Su Alteza?...

—No, no, replicó la Infanta. Lloro de alegría, porque hoy me ha escrito mi hermana...

Este fué el primer paso dado hacia la reconciliación, por el ánimo generoso y magnánimo de D.ª Isabel II.

XXXIV

En otra ocasión quiso la casualidad envolvernos á Fernán y á mí en una intriga, que sospecho era cosa relativa á este mismo asunto, y que pudo muy bien ser peligrosa en aquella época de recelos, alarmas y violencias.

Habíase ya por este tiempo mudado Cecilia á la casa en que habia de morir, situada en la calle Juan de Burgos, que se llamó desde entonces de Fernán Caballero, y en cuya puerta se levanta hoy un sencillo monumento de mármor erigido á su memoria. Parecía esta casa construída expresamente para los gustos sencillos y retirados de Fernán: no tenía habitación alguna á la calle, y pasábase del zaguán á un reducido jardín muy poblado de flores y enredaderas, que trepaban por las rejas y perfuma-

ban con su exquisita fragancia toda la casa, verdadero y sosegado nido, oculto entre el ramaje.

Pues sucedió que por Abril de 1872 vino á Sevilla cierto personaje que ocupaba á la sazón un puesto de gran confianza al lado de Isabel II. Conocíle yo una noche en esta nueva residencia de Cecilia, de quien era muy amigo, y díjome ésta misma á los pocos días, que el personaje en cuestión había marchado precipitadamente á París, llamado por su señora. A poco envióme á decir Cecilia con grande urgencia, un viernes, que me esperaba aquella noche porque estaba enferma y me necesitaba: tenía, en efecto, un ataque á los bronquios, cosa en ella frecuente en sus últimos años, y hallábase, como consecuencia de esto, en un grave apuro de que esperaba salir con mi ayuda.

Era el caso que aquel grave personaje, amigo de Isabel II, no vino á Sevilla á humo de pajas; sino que venía á entregar personalmente ciertos importantes documentos al Duque de Montpensier, que debía llegar, en secreto, por aquellos días al palacio de San Telmo. Mas como en la práctica de las cosas surgen á veces incidentes que destruyen los sabios cálculos tirados en teoría, retrasó su viaje el Duque, vióse precisado el otro á volver á París, y no

pudiendo avistarse ambos, ocurriósele al personaje dejar los documentos á Cecilia con encargo de entregarlos en propia mano al Infante cuando llegase. Mas cayó enferma aquélla dos días antes de la llegada de éste, y entonces discurrió á su vez la buena anciana, encargarme de hacer la entrega en su nombre, cosa tanto más fácil para mí, cuanto que mi juventud y mi insignificancia, me ponían á cubierto de cualquiera sospecha.

Acepté entusiasmado el encargo deseoso de complacer á mi anciana amiga, halagado mi amor propio por la prueba de confianza que se me daba y ufano y hasta altivo por representar un papel, aunque fuese solo de humilde partiquino, en el drama de la restauración que ya por aquel entonces se ensayaba en España: porque en vano me aseguró Fernán que bajo aquel repleto sobre, lacrado con las armas de Isabel II, solamente había documentos de familia relativos á la reconciliación ya efectuada. Mi fantasía de veinte años tomaba otros rumbos y empeñábase en descubrir bajo aquel recio papel satinado, algo más importante y dramático, algo así como el plan de la conjura que había de restituir á Alfonso XII el trono de sus mayores, y complacíase en verme á mí, mísero estudiante, depositario por algunas horas de

secreto tan tremendo y de máquina tan formidable.

Recogí, pues, el cartapacio y como quien lleva bajo el gabán un explosivo, corrí á mi casa y lo encerré en un cajón de mi cómoda, sin manifestar á nadie que tenía bajo mi custodia semejante depósito. Esperé á la noche siguiente, ateniéndome en todo á las instrucciones de Cecilia, y á las nueve me dirigí en coche al palacio de San Telmo por la puerta de las caballerizas, llevando el misterioso cartapacio. Habíame dado tambien Cecilia una carta suya para el Infante y una tarjeta para no sé qué conserje que había de facilitarme la entrada. Hízolo así el buen hombre sin oponer dificultad alguna y me introdujo en una salita de la planta baja, donde me dejó solo un momento. Estaban los muebles de aquel salón todos enfundados, cubiertos los cuadros, arañas y espejos, y parecióme observar en todo el palacio, oscuro y silencioso como casa deshabitada, un aire de misterio, un olorcillo de conspiración que exaltaba mi fantasía y me atacaba los nervios. Apareció al fin un criado francés muy correcto, sin librea ni frac, vestido de negro, y por oscuros pasillos y salones desiertos, condújome á la biblioteca del Duque, perfectamente iluminada.

Lo primero que ví en ella fué el magnífico retrato de Fernán pintado por Madrazo, que encabeza estas páginas, y que como ya dije, encubría en la pared una puertecilla de escape. Por ella apareció el Duque al cabo de cortos momentos: traía en la mano la carta de Fernán abierta, como si acabase de leerla, y recibióme con mucho agasajo, como si me conociese de toda la vida, hablando en español muy correcto, pero con marcadísimo acento extranjero. Tomó el cartapacio: púsolo sobre la mesa sin mirarlo siquiera, y prosiguió hablándome de Fernán, de su salud, de sus virtudes y talentos, de lo mucho que la quería y de lo mucho que disputaba con ella en todas sus conversaciones. Cambiando luego de tema, lamentóse de las mentiras y calumnias que propalaba la prensa respecto de su persona, y recuerdo una frase suya, muy francesa, que me hizo gracia y no he olvidado nunca. Hablaba de la fama de sórdida avaricia que algunos periódicos le atribuían, y como si quisiera refutarla dijo:—Y vea usted lo que son las cosas!... Mi padre nunca me decía—*Ah Montpensier*—sino—*Ah Mon dépensier!*

Despidióme al cabo de un buen cuarto de hora, dándome gracias muy corteses y acompañándome hasta la puerta de la biblioteca...

Cuando me ví de nuevo en el coche, respiré desahogado el puro ambiente de aquellos deliciosos jardines, juzgando terminada mi misión sin ningún tropiezo. No podía sospechar, en efecto, que á dos pasos de allí me acechaban, ni que los pueriles sueños de mi fantasía se hubiesen reflejado y tomado cuerpo en las solemnes esferas gubernamentales, causando suspicaz alarma.

Sucedía todo esto en la noche de un sábado, y al día siguiente, al salir yo muy de prisa de mi casa para alcanzar la Misa de doce, me entregaron en la puerta una carta de Fernán. Abríla por el camino y sólo contenía este renglón misterioso:—*Venga esta noche, si puede, porque deseo noticias. Aviseme si viene para procurar estar sola.—Fernán.*—Metíme la carta en el bolsillo de la americana, sin detenerme, proponiéndome volver á mi casa para contestarla después de Misa.

Vivía yo á la sazón en una casa de huéspedes situada en la calle de Odonnell, número 24, como era entonces costumbre de todos los estudiantes, y sorprendióme mucho encontrar á mi vuelta el zaguán ocupado por la Policía, con grande aparato de fuerza. Causóme asombro aquel alboroto, porque era la casa muy pacífica y de las más acreditadas de Sevilla: mas ni por

un momento pude imaginarme que fuese causa de todo aquello mi humilde persona. Abríme calle entre los polizontes y al llegar á mi cuarto, que estaba en la planta baja, cerróme el paso un Comisario, con larga levita, alta chistera y bastón con borlas en la mano. Preguntóme si yo era yo; díjele que sí y repúsome entonces que tenía orden del señor Gobernador de registrar mis habitaciones é incautarse de mis papeles.

Creció entonces mi asombro sin mezcla de inquietud alguna, porque harto sabía yo que nada comprometedor habían de encontrarme. Pero acordéme en aquel instante de la cartita de Fernán que tenía en el bolsillo, y como ignoraba si después de registrar mi habitación, registrarían también mi persona, temí comprometer á la buena anciana si encontraba el polizonte aquella carta y descubría en ella miasmas conspiradores. Disimulé, sin embargo, replicando al Comisario, muy indignado, que aquella orden del Gobernador no podía cumplirse ni consentiría yo jamás en que se cumpliese, mientras no me presentase antes otra orden del Juez autorizando el registro. Tenía yo en la punta de las uñas la flamante Constitución del 69, y sabía muy bien que esto era lo en ella dispuesto.

Sonrióse el Comisario al oirme, y presentóme en el acto un papel hecho cuatro dobleces: era, en efecto, una orden del Juez autorizando al Gobernador ó á su delegado para penetrar en mi domicilio y registrar mis papeles. No tuve, por lo tanto, más remedio que conformarme; pero exigí entonces la presencia de dos testigos por mi parte, y fuéronlo, en efecto, un íntimo amigo mío que acertó á llegar en aquel momento buscándome, y un coronel de caballería, persona muy respetable que vivía en la casa.

Entregué, pues, las llaves al Comisario y abrí yo mismo la puerta de mi aposento, pensando siempre en el modo de deshacerme de aquella carta que tenía en el bolsillo, entregándola con disimulo á cualquiera de mis testigos, pues esta sola había sido mi idea al exigir su presencia. No me fué posible, sin embargo, porque el Comisario había hecho entrar á otros dos polizontes, que puestos á un lado y otro de la puerta, no nos perdían de vista.

Tenía mi cuarto una gran ventana que daba á la calle Odonnell, cubierta por una media persiana y un gran cortinón que llegaba hasta el suelo, y á ella llamaban á cada instante mis amigos, que tomaban mi casa como punto de reunión por ser tan céntrica y bien situada. Ha-

bía yo abierto los cristales de esta ventana al entrar y dejado entreabierta la persiana y corrida la cortina.

Media hora hacía ya que duraba el registro, cuando llamaron fuertemente á la ventana: era el Conde de San Bernardo, Manolo Mariátegui, como nosotros le llamábamos, joven de mi edad entonces, que venía á preguntarme si iba yo aquella tarde á los toros. Contestéle que sí desde dentro; y acudiendo prontamente á la ventana y recatándome tras la cortina, saqué con gran viveza la carta de Fernán del bolsillo y se la entregué por la reja, indicándole con un expresivo gesto que la ocultase ó rompiese. Comprendió Manolo al vuelo mi gesto, y para mayor disimulo, díjome en alta voz que me esperaría en su casa para ir á los toros, y que contase con un asiento en el *cajón* que tenían ya tomado varios amigos... Quién nos había de decir entonces que treinta y cuatro años después había yo de ayudar á bien morir á aquel arrogante joven, á los dos días de ser nombrado Ministro de la Corona en el Gabinete Villaverdel...

Libre ya de esta inquietud, seguí presenciando el registro, que duró cerca de dos horas. Muebles, ropas, armarios, maletas, todo fué abierto y registrado con escrupulosidad nimia; leídas las cartas de la cruz á la fecha y recorri-

dos los papeles hasta comprender bien de lo que trataban. Hizo el Comisario un paquete con algunos de éstos y muchas de aquéllas, y declaróme al cabo que era preciso llevar aquello al señor Gobernador para que él mismo lo examinase. Pedíle recibo de todo ello y noté entonces que iban entre los papeles que se llevaba, las actas de la *Asociación de Católicos,* de que era yo secretario. Ocurrióme al punto la idea de agarrarme á esto y armar sobre ello gran alboroto, á fin de llevar la opinión por este cauce inofensivo y apartarla de la pista verdadera en que pudiese quedar comprometida Cecilia: porque evitar tamaño disgusto á la buena anciana, era mi sola preocupación y el único objeto de mis afanes.

Fuíme, pues, á ver al Arzobispo, al Presidente de la Asociación de Católicos, que lo era el anciano y respetabilísimo señor D. Joaquín de Goyeneta, al Vicepresidente D. Diego Benjumea y á otra porción de personas influyentes, y tales trazas me dí achacando ante ellas el registro al deseo de apoderarse de las Actas, y tal alboroto armé publicando una carta en *La Legitimidad* de Sevilla, narrando y ridiculizando el caso, que el Gobernador se apresuró á devolverme mis papeles y á enviarme sus excusas, y nadie sospechó, ni aun mis más íntimos

amigos, ni la verdad del caso, ni la parte que en él había tomado Cecilia.

Cuando le referí todo á ésta, lloraba y reía la buena anciana al mismo tiempo, como una abuela que oyese contar la ingeniosa travesura de un nieto, para salir de un apuro en que ella misma le hubiese puesto (1).

---

(1) La carta á que se alude, que se publicó en *La Legitimidad* de Sevilla, periódico alfonsino, y copiaron otros muchos de Andalucía, y varios de Madrid, entre ellos *El Tiempo*, decía de esta manera:

«Sr. Director de LA LEGITIMIDAD:

»Mi estimado amigo: aquel profundo consejo de los filósofos antiguos—*nosce te ipsum*—que he procurado siempre seguir, ya no me es posible observarlo. Ya no me conozco: ya no soy aquel inofensivo Luis Coloma, aquel estudiante de Derecho que el año pasado entró en quintas, y que si alguna vez hizo traición á la severa Temis, fué seducido por esas coquetas hijas de Mnemosine que—ingratas!—no le han dado ni una entrada de cazuela para sentarse en el Parnaso.

»Ahora soy un conspirador peligroso: un Orsini que prepara sus terribles bombas en el misterio de su cuarto de estudiante; un caballero de Casa-Roja que urde las conspiraciones más atrevidas, que hasta ahora han derrocado ministerios y hundido tronos. Dicen que el solapado Thiers me imita, y el astuto Bismark rabia de envidia.

»Crea V., señor, que tan radical ha sido mi transformación, que hasta más feo me encuentro. Júpiter me ha prestado su entrecejo, Agamenón sus miradas, el misterio sus sombras y un federal desengañado me ha vendido su larga y poblada barba.

»Y no vaya V. á creer que debo esta metamórfosis á la

vara de Merlín: la ha operado el Gobierno (porque sepa V. que yo me trato nada menos que con el Gobierno) con solo fijar en mí sus ojos de lince, á través de esos lentes de miedo que tan prodigiosamente aumentan los objetos.

»Así es que al crecer en importancia, he merecido una visita de la policía, que he de contarle á V., por si alguna vez piensa escribir un sainete y le falta el argumento.

»No encontré en esta señora, como yo pensaba, un Argos severo pero justo: ni tampoco, como me habían dicho, ese mónstruo irritante nacido en el cieno de las revoluciones, de la combinación del despotismo y la anarquía. Solo ví una de esas comadres que van y vienen, traen y llevan, y juzgando siempre por su mala conciencia, en cada dedo se les antoja un huésped, y en cada mata ven un ladrón.

»Presentóse, pues, esta señora en mi casa bajo la forma de un Comisario que sin duda por ser domingo ó por venir de oficio, traía guantes negros y sombrero de copa alta: seguíanle tres representantes del *orden público*, y como cuarto pie de este banco, que si bien no servía á la policía de asiento, le servía de respaldo, un individuo problemático que á juzgar por una aterradora tranca en que se apoyaba, con el mismo aire de seguridad con que yo lo hubiera hecho en mis derechos individuales, pensé—Dios me lo perdone!—que era un representante de la partida de la porra.

»La policía no se quitó el sombrero, sin duda porque venía resfriada, y suponiendo que al fin de la visita yo le ofrecería la casa, entró en la mía como Pedro en la suya. Entonces comprendí, señor director, que esa igualdad de que la situación blasona no es una farsa: querrá V. creer que con la misma escrupulosidad fueron registrados mis baules que mis guantes, mis papeles que mis pacíficos calcetines que en vano aseguraban no haber tenido jamás preñez conspiradora?...

»Qué escena tan terrible aquella, amigo mío! Allí eran de oir los lamentos y protestas de mis libros cuyas entrañas se registraron: el *Derecho Patrio* se tapaba el rostro avergonzado; la *Constitución* del 69 se escondió bajo la mesa como

quien dice: *No* estoy en casa, y el *Criterio* de Balmes preguntaba á gritos por el *Sentido común*.

»Esto por un lado: por otro, mis apuntes se declaraban en huelga, y cada cual tomaba un camino: más lejos, unos venerables zapatos que jubilé días antes, eran sacados á la pública vergüenza, y—pásmese usted, señor director!—estaban vacíos. En fin, señor, hasta el sagrado de mi mesilla de noche fué profanado, y reconocido su inquilino por una inquisitorial mirada digna de la penetración de Radamanto, ó de la justicia de Minos.

»De repente el inspector de policía descubre en un oculto rincón unos papeles cuidadosamente doblados; se apodera de ellos y porque no sabe griego no exclama como Arquímides:—Eureka!—En la gravedad de su misión, sólo se permite decir:—Ya caiste, tres motas!—Examina aquellas pruebas palpables de mi delito, y encuentra en ellas las actas de la Asociación de Católicos de que soy secretario, y una porción de cartas de mi anciana abuela, que siempre he guardado con el respeto con que se guarda una reliquia, con el cariñoso agradecimiento que inspiran los consejos de una madre, con aquella dulce tristeza que infunde el recuerdo de una voz querida, con aquella melancolía con que se piensa en el tiempo que se ha ido y ya no vuelve;—ojalá y volviese!—el tiempo en que era niño!...

»Una de las cartas que á pesar de que la escribió un corazón para que otro corazón la leyese, pareció sospechosa al Comisario, fué llevada en unión de alguno que otro papel insignificante en que olió miasmas conspiradores y de las Actas de la Sociedad de Católicos, á manos del señor Gobernador.

»Cuánto me alegro de que estas últimas hayan llegado á su poder! Porque así habrá sabido, sin duda con entusiasmo, que esa Asociación de Católicos que no teme las burlas del vicio impío ni del indiferentismo cobarde, va fundando por todas partes escuelas en que el pueblo recibe una educación cristiana. Así vería con gusto, que á ella pertenece la mayor parte de la juventud sevillana; pero no de esa ju-

ventud gastada, cínica, destruída, que no cree, ni ama, ni espera, sino de esa otra juventud tan simpática, tan hermosa, que une los impulsos más blandos del corazón con los ecos de la más dulce alegría, cual es la que empieza, y que en esta época traicionera se arma, como un ángel con una espada, con el razonado juicio de la edad madura: juventud que cree en Dios, ama á su patria y espera en el porvenir que le abrirá su camino: juventud que dobla la rodilla ante un confesor porque es humilde como cristiana, y no inclina la cabeza ante una voluntad despótica que se le impone, porque nació en España y tiene el corazón en el pecho!"...

»Pero no le parece á V., señor director, que se va la pluma y es esto algo más que el argumento de un sainete?...

»Pero, qué quiere V? A los veinte años hierve tanto la sangre!

B. S M.

Luis Coloma.

»P. D.—Caí por fin del pedestal en que sin solicitarlo me han colocado: devuelvo á Júpiter su entrecejo, á Agamenón sus miradas, al misterio sus sombras, y las barbas que compré he de venderlas para pestañas de santos.

»Ya soy otra vez ciudadano pacífico! El señor Gobernador me ha devuelto mis inocentes papeles y me envía sus excusas.

»En prueba de agradecimiento quiero contarle este cuentecillo que trae el Padre Isla en el prólogo de Fray Gerundio.

»Fué á quejarse al alcalde una mujer, de que su marido le había vareado muy bien las costillas lo más importunamente del mundo.—Declaro, dijo el alcalde, que los palos fueron nulos, y se le apercibe al marido que otra vez los dé con motivo, tiempo y en sazón.

»Sevilla 6 de Mayo de 1872.»

XXXV

ÍZOME Dios al cabo, la gracia inmensa de despertar en mi alma la vocación religiosa, y en este momento crítico, el más solemne de mi vida, tuvo también Fernán una influencia extraña, que nunca llegué á explicarme hasta que muchos años después, al morir mi anciana madre, aparecieron entre sus papeles ciertas cartas reveladoras.

Al concluir mi carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, abandoné esta hermosa ciudad para establecerme al lado de mi familia en Jerez de la Frontera: mas no por eso se interrumpieron mis relaciones con Cecilia, sino que antes al contrario, mantuvimos desde entonces una íntima y frecuente correspondencia. A poco de salir yo de Sevilla, escribióme ella.—

«No diré á usted con cuanto placer recibí su carta, pues usted lo sabe y *debe* saberlo. Las notas que de varios instrumentos vagan por el aire y si se encuentran y concuerdan forman la armonía, la música, lo más grato del mundo al oído, y moralmente forman la concordia, la amistad y buena correspondencia, y usted no duda que las notas de nuestros corazones ó inteligencias son las mismas, si bien en usted suenan más claras, más fuertes y vibrantes, como corresponden á su edad y á su sexo; pero la inspiración es la misma. . . . . .
Qué sola estoy en el campo, no diré de la inteligencia, en que me superan muchos, sino en el de *mi* inteligencia y modo de ver y sentir las cosas!!! Bajo ese concepto, así como en el de la amistad, echo á usted de menos de tal manera, que á veces su ausencia me causa honda tristeza!! Pero me consuelo con pensar que no solo está usted en su casa, en el seno de su larga y querida parentela, sino trabajando en el pedestal sobre que ha de asentar su vida».

Paraba yo poco en Jerez y hacía frecuentes viajes á la corte y á otras muchas partes, y en uno de estos viajes sentí por primera vez el suave aguijón de la gracia divina. No lo resistí un momento, mas tampoco partí de ligero, y antes de tomar resolución alguna, consulté á

personas competentes y diestras en diferenciar y dirigir estos misteriosos impulsos de la gracia, desconocidos para mí hasta entonces. Quise consultar también á Fernán, porque aunque naturalmente fuese ajena á esta sublime ciencia, su gran prudencia, su profundo conocimiento del mundo y de los hombres, y sobre todo, el cariño maternal que me tenía, habían de prestar, sin duda alguna, gran peso y madurez á su consejo. Escribíle, pues, una larga carta exponiéndole el caso, y después de un largo silencio, tan prolongado que llegó á extrañarme, recibí la siguiente respuesta: — «¡Cómo habrá usted extrañado, constándole la profunda y sincera amistad que le profeso, no haber tenido respuesta á su interesante carta! Pero la recibí en los días de la gran gravedad en que ha estado mi sobrino Antonio Burin (el artillero) y estando fuera su hermana Mercedes, la de Benjumea, tomando baños en Sanlúcar, su tío, Manuel Castro, que los toma en Carratraca y su tía Pancha Castro que los toma en Vichy, no quedaba más de la familia sino yo, y así conforme le acometió la enfermedad, que fué una congestión en el pecho, dijo:—Que avisen á mi tía Cecilia,—y así he estado acompañándole y á su joven mujer todo este tiempo de la gravedad. Hubo junta y está mejor, aunque tan dé-

bil por la sangre que ha perdido, por las calenturas y las dietas, que apenas puede tenerse en pie. Uno de estos días irá por mandato de los médicos á Cazalla á mudar de aguas y de aires, pues este año el que se respira en Sevilla asfixia. Ya ve usted que no podía escribir una palabra, pero mucho menos contestar á una carta que, se lo confieso á usted, me ha causado un profundo pesar, por ver en ella que está usted disgustado con su suerte, y no pareçerme el medio que usted me indica á propósito para mejorarla. Mas esta idea mía necesita explanarse y no tengo tiempo ni tranquilidad suficiente para hacerlo, por lo cual no corriendo prisa esta mi respuesta, la aplazo hasta que Antonio se haya ido al pueblo. Así es que me despido de usted diciéndole *hasta luego,* pues ésta solo servirá para explicar á usted mi silencio, que no á ser por las razones que le llevo indicadas, sería muy de extrañar en su mejor amiga.—FERNÁN».

No me extrañó aquella reprobación anticipada de mi proyecto, porque ví claramente la idea errónea que extraviaba á Fernán. Mi vida no había variado nada en apariencia, y continuaba siendo la de la generalidad de los jóvenes que frecuentan la buena sociedad y gozan y disfrutan en ella; y, esta vida que, sin ser pecami-

nosa de suyo, tiene siempre grandes riesgos para la juventud, distaba mucho del retiro y la austeridad que preceden y acompañan de ordinario á las vocaciones religiosas. Habíame aconsejado que así lo hiciera mi sabio y prudente confesor de entonces, tanto por probar más y más mi vocación, como porque ciertas graves circunstancias que me rodeaban, así lo exigían.

Aparecía, sin embargo, en el fondo de mi alegre vida, algo hondo, serio y casi triste, que no podía ocultarse á ojos tan perspicaces como los de Cecilia y este *algo*, que no era sino el *desencanto del mundo*, tomábalo ella por el *disgusto de mi suerte*, á que alude en su respuesta. Por eso me había escrito poco antes, con motivo de una ligera enfermedad mía, esta otra hermosísima carta. — «Justamente me había propuesto escribir á Javier Casa-Pavon pidiéndole me diese exactos pormenores sobre el estado de usted, que no tenía y deseaba tener, cuando tuve el gran placer de recibir ayer su favorecida. No obstante, éste se mitigó con ver que tiene usted ictericia, mal tanto más cruel, cuanto que aunque sus causas sean físicas, sus efectos son morales. Lo he padecido y sé lo que es: pero en mí era debido á amargos sinsabores y á continuas angustias, y así mi razón

no podía contrarrestar una fuerza á que las circunstancias añadían cada día nuevo combustible. No así usted cuya posición y vida son de las más envidiables, cuyo interior es tan dulce, cuya conciencia es tan pura, y cuantos le rodean, no solamente le quieren, sino le respetan y le admiran. No concibo qué más pudiera usted desear! La misma clase de talento, de imaginación y de sentimientos de usted son suaves y razonables, y contrapuestos á los descontentadizos y tétricos á lo Byron. Usted se va al campo, al retiro á convalecer físicamente y yo añado moralmente. Acuérdese usted de lo que dice Kempis, *ama tu celda y ella te dará la paz*, y el Padre Bosch Centella escribe: «Vive contento y gozoso en el estado en que Dios te ha puesto; no emplees tu ingenio en cosas que te pueden hacer desdichado». Y la popular y altamente moral sentencia dice:—Todo lo tiene quien nada desea.—Muy empapado creía yo á usted en estas suaves doctrinas y su genio al par que suave, alegre, me lo persuadían; pero la triste (aunque nada peligrosa) enfermedad á la que me dice está amagado, me hace temer haya borrado en usted estas razonables y cristianas ideas. Puede que me engañe. Ojalá sea cierto!

«Mucho, muchísimo me ha agradado el artículo que usted me envía, y considero hasta

qué punto lo agradecerá G., cuyo privilegiado talento sabrá apreciarlo en lo que vale. Es la pluma poética, religiosa de siempre, que sabe tan bien unir el genio y el sentimiento; pero, como siempre, haré á usted una pequeña observación, ya que con tanta bondad y modestia suele usted acoger las que me tomo la libertad de hacerle.—Yo he sido la que ha dicho y lo vuelvo á repetir—*el recuerdo es un corrosivo y el olvido un bálsamo.*—Esto no se aplica á los beneficios que haya usted recibido, aunque en esa pequeña escala se podría decir qué se entiende de los agravios, y más bello es olvidar y perdonar éstos, que es malo olvidar beneficios. Mi idea es más amplia y se eleva á las grandes crisis de la vida, y como éstas suelen ser muy amargas, la paz interior aconseja olvidarlas, pues su recuerdo está unido á rencores é inquietudes.

»En la *Floresta* de mi padre hay un admirable diálogo de Cristóbal de Castillejos entre el olvido y la memoria, haciendo cada cual alarde de sus ventajas y acaba así:

»En cualquier cosa perdida
Que no puede ser cobrada,
Tú renuevas la herida.
Yo soy solo en esta vida
Medicina señalada

Por tanto, memoria amiga,
Pienso que estás en error,
Y si no te da fatiga
Que mi mote te lo diga:
Olvidar es lo mejor.

»Por qué están los niños tan alegres y los ancianos por lo regular tristes? Porque aquéllos no recuerdan y los otros recuerdan mucho. . . . . Quítese usted los anteojos amarillos que le habrá puesto esa pícara bilis, y póngaselos usted color de rosa. Con ellos mire usted al campo donde va, que el campo en todas partes es bello; con ellos mire su dulce y tranquila vida; con ellos á los muchísimos amigos que tiene y entre ellos es el más simpático y más sincero.—FERNÁN».

No llegó á escribirme Fernán la prometida carta: precipitáronse los sucesos más de lo que yo creía, y el 5 de Octubre de 1874 salí para el Château de Poyanne, en Francia, donde los jesuítas castellanos, desterrados de España, habían establecido un noviciado. Al traspasar por última vez los umbrales de la casa en que nací y en que quedaba mi madre, comprendí perfectamente lo que dice Santa Teresa en una situación análoga: «Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el senti-

miento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí».

Detúveme antes en el Puerto de Santa María para hacer en el más absoluto retiro los Ejercicios de San Ignacio, como preparación al noviciado que me aguardaba. Había allí dos Padres Jesuítas refugiados en una casita aneja al convento de Capuchinas, y en aquella soledad me sepulté ocho días, para meditar sobre el fin y destino del hombre, á la viva luz de las verdades eternas. Cuando al cabo de este tiempo volví á ponerme en comunicación con los hombres y la vida, entregáronme una larga carta de Fernán, y ésta fué la que no acerté á explicarme hasta muchos años más tarde.

Reprobaba en ella mi conducta con todos los argumentos que pueden inspirar la razón y el cariño y esforzábase por convencerme de que, en vez de seguir para el noviciado de Poyanne, debía volver á mi casa, al lado de mi madre desolada... Esta fué mi hora de prueba, de lucha, de angustias, de agonía; la hora crítica, la hora decisiva que tienen todos los hombres en la vida, y de la cual pende su suerte temporal y á veces también su destino eterno!... Estaría yo equivocado?... Y cómo, si no lo estaba, había podido el piadoso Fernán, que tanto me quería, escribirme en tan peligrosos momentos,

verdades tan engañosas para arrancarme de lo *mejor* é impulsarme solo á lo *bueno?*...

Dios acudió en mi auxilio y me inspiró la siguiente carta que luego explicaré cómo, después de treinta y dos años, volvió otra vez á mis manos.

«Qué choque tan rudo ha sido su carta de usted para mi corazón! Cuando impulsa éste con vehemencia; aprueba la conciencia con ahinco, y la razón examina para meditar y *friamente decide,* es fácil resistir á todo. Pero para resistir yo á mi querido Fernán, á mi sabio Fernán, á mi santo Fernán, preciso era además que Dios me apoyase é iluminase, y así ha sucedido en efecto. Me lo prueba la singular coincidencia de no haberme sido entregada su carta de usted hasta ayer que concluí los famosos Ejercicios de San Ignacio, primera y fuertísima prueba á que me han sujetado. Esta formidable égida me ha servido: leí su carta de usted, la releí, la volví á leer, la besé y la he roto.

»Yo no debí explicarme bien cuando usted no me ha comprendido, y sus cariñosos argumentos son apoyo de mis razones. Nada de extraño tiene, por otra parte, que yo no me diera á entender, siendo como son los sentimientos, tan difíciles de expresar, sobre todo, cuando hay muchos que llevan á un mismo punto.

»Escuche usted este ejemplo.—Iba el alma caminando con su Cruz: era de gran peso, porque á ella iban unidas multitud de vanidades, de deseos, de esperanzas, de pasiones, de afectos terrenos, y la pobre alma no podía *caminar bien;* le tiraban de un lado y otro y era débil. Entonces se sentó angustiada y sobre su Cruz se durmió llorando. Mas he aquí que la despierta una voz como un viento huracanado, y sonó en sus oídos.—Sígueme.—Y el alma despavorida vió delante aquel Jesús Nazareno que pintó Fernán apareciéndose á Rodrigo: el rostro triste, tristísimo, la Cruz á cuestas, y echó á andar. Y el alma cogió su Cruz con valentía y le siguió, y se cansaba y le seguía, y se hería los pies y le seguía, y le chorreaban sangre y seguía siempre, pensando de cuando en cuando:—Llegaremos pronto?—Mas Jesús volvió el rostro ya sereno; sonó una voz como viento perfumado, mostró á el alma sus huellas y dijo:—Pon tus pies en mis pisadas y no te herirán las espinas.—Obedeció el alma y caminó ligera y sin fatiga: porque de su Cruz cayeron entonces—¡solo entonces!—las vanidades que la cargaban, y los deseos huyeron, y las esperanzas fueron humo, y los afectos terrenos, celestiales, y la Cruz se hizo ligera y el alma llegó.

»Y no llegó sola, queridísimo Fernán, sino

que llegó con todos los suyos, que en el camino había recogido, y su padre no le recibió en el cielo con faz torva, sino que le abrazó y le dijo:—Bendito seas, mi hijo muy amado, que despreciaste la tierra por los cielos y me has traído aquí á toda mi familia!

»Indiferencia yo hacia ellos! No ha visto usted cuando en un incendio arden llamas por todas partes hasta que se levanta una inmensa que las confunde á todas en sí misma y las eleva con ella hasta el cielo?... Pues eso hace el amor de Dios con los amores de la tierra, y allí entran todos, Fernán, *todos* para vivir para siempre.

»Una de las profundas reglas que da San Ignacio para la elección de estado, es esta:—Escoge en la vida el que hubieras deseado tener en la hora de la muerte.—Cuál sería éste sino el más perfecto? Creo que *vivo* mi padre, aprobaría mi elección; *muerto,* de seguro la aplaude y me anima.

»Sé lo que valgo, sin arrogancia ni falsa modestia. Cuando me considero, nada; cuando me comparo, algo. Mi porvenir era bueno, y si mi pasado me disgustaba era porque *me herían las espinas,* mas no porque no dejara satisfechas mis aspiraciones mundanas, ni porque tuviese un orgullo, que por más que fuese noble,

sería siempre orgullo. Qué más quería yo, deseando racionalmente? Habrá muchos jóvenes de mi edad que con tan escaso número de dotes materialmente brillantes, tuviesen la posición y gozasen de la consideración de que yo disfrutaba?

»Si Dios admite los corazones marchitos que llegan á él por recurso y por estar ya hartos de la vida; si admite también á los que van por inocencia y porque nada conocen de ella, cómo no ha de admitir á los que conociendo el mundo y sin estar desengañados de él, se lo sacrifican por *convencimiento* y no por desengaño, con *conciencia* y no con inocencia de que lo mejor es enemigo de lo bueno? Nada sacrifica el desengaño que nada tiene, ni la inocencia que nada sabe; mas yo que sé y tengo, sacrifico, y donde hay sacrificio hay amor, y donde hay amor acude Dios á mantener en el corazón esas llamas semejantes á las del infierno en que arden siempre y no se consumen nunca!

»Esperar! Y quién espera al mañana ni le dice á Jesús que aguarde? Dijo Jesús á un joven que le siguiese.—Espera, Señor, contestó éste, á que entierre á mi padre.—Deja que entierren á los muertos, los muertos del siglo, replicó Jesús.

»La exaltación es un brote y no una base.—Convengo en ello. Pero yo no fuí nunca exal-

tado. Fuí siempre vehemente y constante; jamás varié en mis gustos, ni en mis simpatías, ni en mis opiniones, ni en mis amistades que hasta á la ingratitud resisten. Y entonces, por qué he ser ahora mudable? Acaso iba á ser en cosa de tamaña importancia, lo que nunca fuí en cosas baladíes? No lo crea usted, mi buena amiga; ni crea tampoco que hay impremeditación en lo que se *dice* de repente, pero solo se *hace* después de largas oraciones, meditaciones profundas y consultas graves. Figúrese usted á qué grado habré llegado, no de exaltación, sino de frío convencimiento, cuando yo que soy, como usted dice, de natural apacible, carácter suave y amante de la familia, *medito, decido y pongo en práctica,* arrancando de mi corazón de un solo esfuerzo todo lo que arranco, y salgo de mi casa, para no volver nunca, diciendo nada más que—adiós—á la madre de mi alma.

»Y qué fuerte no debe de ser mi convencimiento, cuando hoy, después de hecho, pasado el primer calor, debiendo haber sentido ya el vacío de lo que dejo, no me arrepiento, ni tiemblo, ni me turbo, y se lo escribo á usted, mi buen Fernán, con los ojos enjutos, el corazón tranquilo y tranquilo también el pulso. Si mil veces tuviera que decidir, mil veces decidiría lo mismo.

»Le estoy escribiendo á usted desde las nueve y es ya la una y tengo que poner en limpio estos renglones porque van ininteligibles; renglones que van dirigidos, no á justificarme, que eso no lo hago ni con usted misma, y no por orgullo, sino por la indiferencia que me causa mi propia estimación. La de Dios me basta, porque sé que las alabanzas no me harán santo, ni los vituperios malvado: van dirigidos solamente á que *no me quiera usted menos* y se acuerde de mí siempre y rece por su joven amigo.

»Uno de los sacrificios que hago á Dios, y lo hago con la mayor tranquilidad, es el de mi estimación y de mi buena opinión. Para casi todos seré, por lo menos, hijo ingrato y egoísta; menos para Dios, que sabe que no lo soy, y para mi madre que no lo creería aunque lo fuese. Lo único que me mortifica en los juicios del mundo, y no por mí, sino por lo que puede perjudicar á alguien, es que se crea que no contento yo con *escribir* novelas, también las *hago,* y sea mi determinación hija de algún melodrama sentimental. Ay mi buena amiga! puesto que tantas personas, inclusa mi madre, saben que usted era la depositaria de mis confianzas, le pido por Dios, por mí y por otras personas, que evite en lo que pueda la suposición de que mi historia

sea otra sino la común, vulgar, trivialísima y miserable del pecador que se arrepiente; la del humilde hijo pródigo que vuelve á su buen Padre, para no separarse ya nunca, nunca.

»Adiós, mi anciana amiga. Es probable que no nos veamos más en esta vida; pero nos veremos en la otra, donde no será usted Fernán el admirable, sino Fernán el bueno, y donde hablaremos de una literatura celeste que tendrá á los ángeles por críticos. Le pido á usted su bendición como se la he pedido á mi madre, y como á ella se lo mandé, le mandaré á usted un abrazo, mañana, cuando pase por Sevilla camino ya de Francia.

»En este momento sí que se me escapan dos lagrimones que vienen aquí como despedida; tristes porque separan, pero serenos y tranquilos como están la conciencia y el corazón de su joven amigo.—LUIS».

Muchos años después, al morir mi madre en 1905, aparecieron entre sus papeles una copia de esta carta, que es la que tengo á la vista, y otra carta de Fernán que vino á explicarme todo lo ocurrido.

Al saber mi madre mi resolución de abrazar el estado religioso, que yo le oculté cuidadosamente hasta después de haber salido de mi casa, su dolor y su alarma fueron inmensos. Y

no porque le repugnara ni se opusiera á mi intento, sino porque resolución tan trascendental y tan repentina, en medio de mi alegre y mundana vida, que nada había cambiado en apariencia, hízole desconfiar de mi vocación y atribuirla más bien á alguna obcecación mística transitoria, ó á alguna de esas pasajeras desilusiones que á los veinticuatro años siempre se juzgan eternas. En esta duda cruel para una madre tan prudente como la mía, fuese á Sevilla y avistóse con Cecilia, que sabía ella muy bien era la depositaria de mis íntimas confidencias. Encontróla igualmente recelosa y alarmada, y juntas y de común acuerdo concertaron entonces las dos buenas ancianas, que Cecilia me escribiese reprobando mi conducta y aconsejándome con toda clase de argumentos que desistiese de mi intento ó á lo menos lo demorase, y en vez de seguir para Francia, volviese á mi casa al lado de mi madre. Esta carta había de ser, á juicio de ambas, piedra de toque que confirmase mi vocación, si era verdadera, ó antorcha resplandeciente que me hiciera ver claro, si era tan solo una obcecación mística de mi mente.

Hízolo así Fernán y su carta surtió el efecto deseado y provocó la crísis. Mas venció en mí la gracia divina, y afligida Fernán con mi res-

puesta, mas ya perfectamente tranquila, apresuróse á enviarla á mi madre con esta carta suya, que al leerla yo por primera vez treinta y dos años más tarde, vino á darme la clave del enigma. La carta de Fernán á mi madre decía de esta manera; y supongo que el lector comprenderá fácilmente que las exageradas alabanzas que encierra, fueron inspiradas por el cariño que Fernán me tenía y por su piadoso anhelo de consolar á mi madre. Por lo demás, harto sé yo medir hoy la distancia inmensa que existe entre lo que mi anciana amiga se prometía y lo que cumplió mi flaqueza.

«Según prometí á usted escribí una carta de ocho carillas á su incomparable hijo, haciendo todo lo *posible* para disuadirle de su intento, tocando todas las fibras de su corazón y apelando á todos los motivos de la razón. No le pedía renunciar á su buen propósito, sino que lo aplazase. En fin, por varias de sus contestaciones podrá usted conocer los argumentos que le hice: cuando dice que la rompió después de leída, es dar á entender que la destruyó como una mala tentación y diría:

»Aparta mi Dios de mí
»Lo que me aparta de tí.

»Esa carta, que suplico á usted que me de-

vuelva, es admirable. Después de leída, no nos puede quedar duda alguna, de que esa alma privilegiada haya nacido para altos y santos destinos y que en el mundo siempre se hubiera hallado como un pájaro en una jaula. Aunque mezclo mis sinceras lágrimas de amiga con las tiernas de usted de madre, por la separación de tan querida prenda, no puedo menos de envidiar á usted, pues puede decir con toda certeza, «mi hijo es un ángel y un santo». Qué sacrificio hace!! qué recompensa le aguarda, tanto en esta como en la otra vida!! Se acusa de vanidad! él, la persona más modesta que he conocido! Estoy muy conmovida, señora, y veo cuán lejos estamos de su altura, cuando tanto sentimos que la haya alcanzado!

»En el retiro de Poyanne donde va, tengo un sobrinito hijo de la Marquesa de Marchelina, que también le dejó ir con gran sentimiento pero que ya está consolada en vista de lo contento y feliz que se encuentra allí su hijo. Allí, lo mismo él que Luis, estarán dos años, al cabo de los cuales salen, se decidan ó no á seguir en la corporación, y entonces, conociendo bien sus deberes, y habiendo tenido tiempo para pensarlo, se deciden ó no á seguir esa carrera, la más santa de todas. Puede que entonces Luis prefiera volver á su casa.

»Dichoso él mil veces que ha elegido lo mejor! Pero considero el dolor que le causa á usted esa partida, pues participo de él!

»Dios consolará á usted, como se lo pide esta su M. S. S. y A.—FERNÁN CABALLERO».

La lectura de esta carta á los treinta y dos años de escrita, hízome comprender la prudente, cariñosa y recta intención de Fernán al escribirme la tentadora suya... Comprendí entonces también, que si la misericordia infinita de Dios me había dado la vocación, sin merecerla, las lágrimas resignadas de aquellas dos santas ancianas, me habían alcanzado sin duda, esa otra gracia, complemento indispensable de la primera; la perseverancia.

Y hoy, viejo ya, enfermo, cansado, con el sepulcro abierto á dos pasos, creo firmemente que esas mismas resignadas lágrimas, han de alcanzarme también, la última gracia que espero: la gracia final de una buena muerte.

XXXVI

NUNCA volví á ver á Fernán; mas en los dos años largos que aún le duró la vida, jamás interrumpió la íntima y frecuente correspondencia que sostuvo siempre conmigo. Tuve también la triste satisfacción de que se acordase de mí en sus últimos momentos: horas antes de morir, encargó á su sobrina querida, la Marquesa del Saltillo, que me notificara cuanto antes su muerte, y me entregase, cuando fuera posible, un precioso rosario, que era el de su uso, para que rezase mucho por su alma.

Murió el 7 de Abril de 1877 á las diez de la mañana: los honores y pompas mundanas la persiguieron hasta última hora, luchando siempre con su natural modestia. Rodearon su lecho de muerte, la Reina D.ª Isabel II, que se hallaba entonces en Sevilla, la Infanta D.ª María

Luisa Fernanda y varias ilustres damas de su familia de ella. Pocas horas antes de perder el conocimiento, recibió por segunda vez el Viático, y como oyese ponderar á alguien los muchos coches y gente de todas clases que se agolpaban á la puerta, repitió aquella frase que puso ella en boca de la Asistenta de Sevilla, una de sus heroínas favoritas:—Tanto para mí... y tan poco para Dios!...

La prensa nacional y extranjera, soltó los registros de sus elogios y ditirambos. Una mujer del pueblo, costurera de oficio y entusiasta de sus obras, que oía leer á su señora, hizo, al saber su muerte, el elogio más profundo.

—Y que á esa cabeza, se la haya de comer la tierral...

FIN

En la Librería de ANTONINO ROMERO, editor.

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

y no en la Administración del MENSAJERO

ESTÁN Á LA VENTA LAS

OBRAS DE FERNÁN CABALLERO

	Pesetas
I.—**Clemencia,** con prólogos de D. Luis de Eguilaz y D. José Fernández Espino. Un tomo en 8.°....	2,50
II.—**La Gaviota,** con un prólogo de D. Eugenio de Ochoa. Dos tomos en un volumen en 8.°.....	2,50
III.—**Lágrimas,** con un prólogo de D. Antonio Cavanilles. Un tomo en 8.°.....	2,50
IV.—**La familia de Alvareda,** con un prólogo del Duque de Rivas. Un tomo en 8.°.....	2,50
V.—**Relaciones,** con prólogos de D. Fermín de la Puente y Apezechea y D. Eduardo G. Pedroso. Primera parte: Callar en vida y perdonar en muerte.—No transige la conciencia.—La flor de las ruinas.—Los dos amigos.—La hija del Sol.—Segunda parte: Justa y Rufina.—Más largo es el tiempo que fortuna.—Un tomo en 8.°.....	2,50
VI.—**Elia.**—La noche de Navidad.—El día de Reyes, con un prólogo de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Un tomo en 8.°.....	2,50
VII.—**La estrella de Vandalia.**—¡Pobre Dolores!, con un prólogo de D. Joaquín Pacheco. Un tomo en 8.°.....	2,50
VIII.—**Un servilón y un liberalito, ó tres almas de Dios.**—El ex-voto.—Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen.—El Alcázar de Sevilla.—Un sermón bajo naranjos, con un prólogo de D. Antonio Aparisi y Guijarro. Un tomo en 8.°.....	2,50

Pesetas

IX.—**Cosa cumplida, sólo en la otra vida:** diálogos entre la juventud y la edad madura.—Estar de más.—Magdalena (relaciones), con un prólogo de D. Fermín de la Puente y Apezechea, y una noticia biográfica por el Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Un tomo en 8.°.. 2,50

X.—**Un Verano en Bornos.**—Lady Virginia, con un prólogo de D. Emilio Olloqui. Un tomo en 8.° 2,50

XI.—**Cuadros de costumbres.**—Comprende: Simón Verde.—El último consuelo.—Dicha y suerte.—Más vale honor que honores.—Lucas García.—Obrar bien, que Dios es Dios.—El dolor es una agonía sin muerte.—Sola, con un prólogo del Marqués de Molins. Un tomo en 8.°..... 2,50

XII.—**Una en otra.**—Con mal ó con bien, á los tuyos te ten, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Un tomo en 8.°..... 2,50

XIII.—**Deudas pagadas.**—Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen.—El Eddistone.—Una excursión á Waterloo.—Aquisgrán.—Episodio de un viaje á Carmona.—El vendedor de tagarninas.—Una madre.—Un naufragio.—Una visita al Convento de Santa Inés de Sevilla.—La Catedral de Sevilla en una tarde de Carnaval, con un prólogo de D. Manuel Cañete. Un tomo en 8.°..... 2,50

XIV.—**La Farisea.**—Las dos gracias, con un prólogo de D. Pedro de Madrazo. Un tomo en 8.°.. 2,50

XV.—**Vulgaridad y nobleza.**—La corruptora y la buena maestra.—La maldición paterna.—La viuda del cesante.—Las mujeres cristianas.—Leonor.—Los dos memoriales.—Un vestido.—Los pobres perros abandonados. Un tomo en 8.°.... 2,50

XVI.—**Cuentos y poesías populares andaluces,** con un prólogo de D. José Joaquín de Mora. Un tomo en 8.°..... 2,50